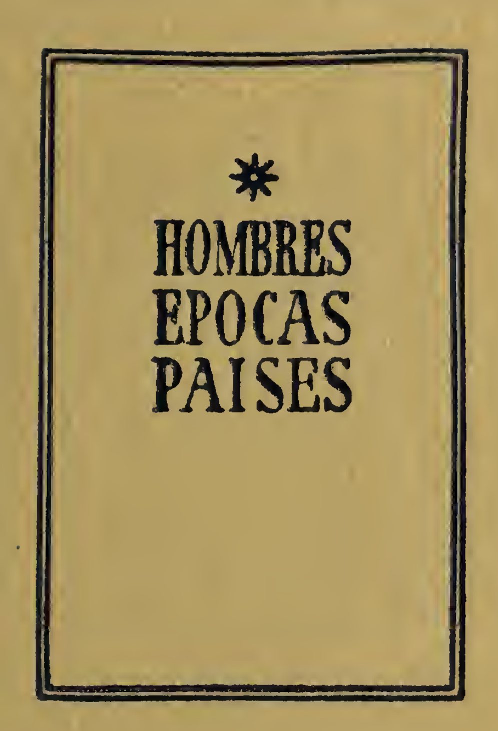
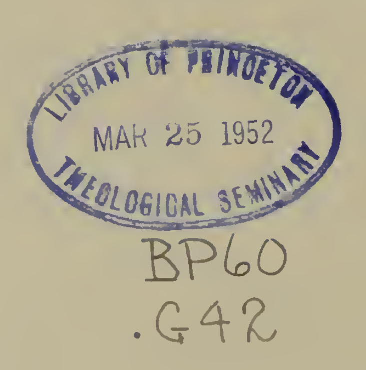
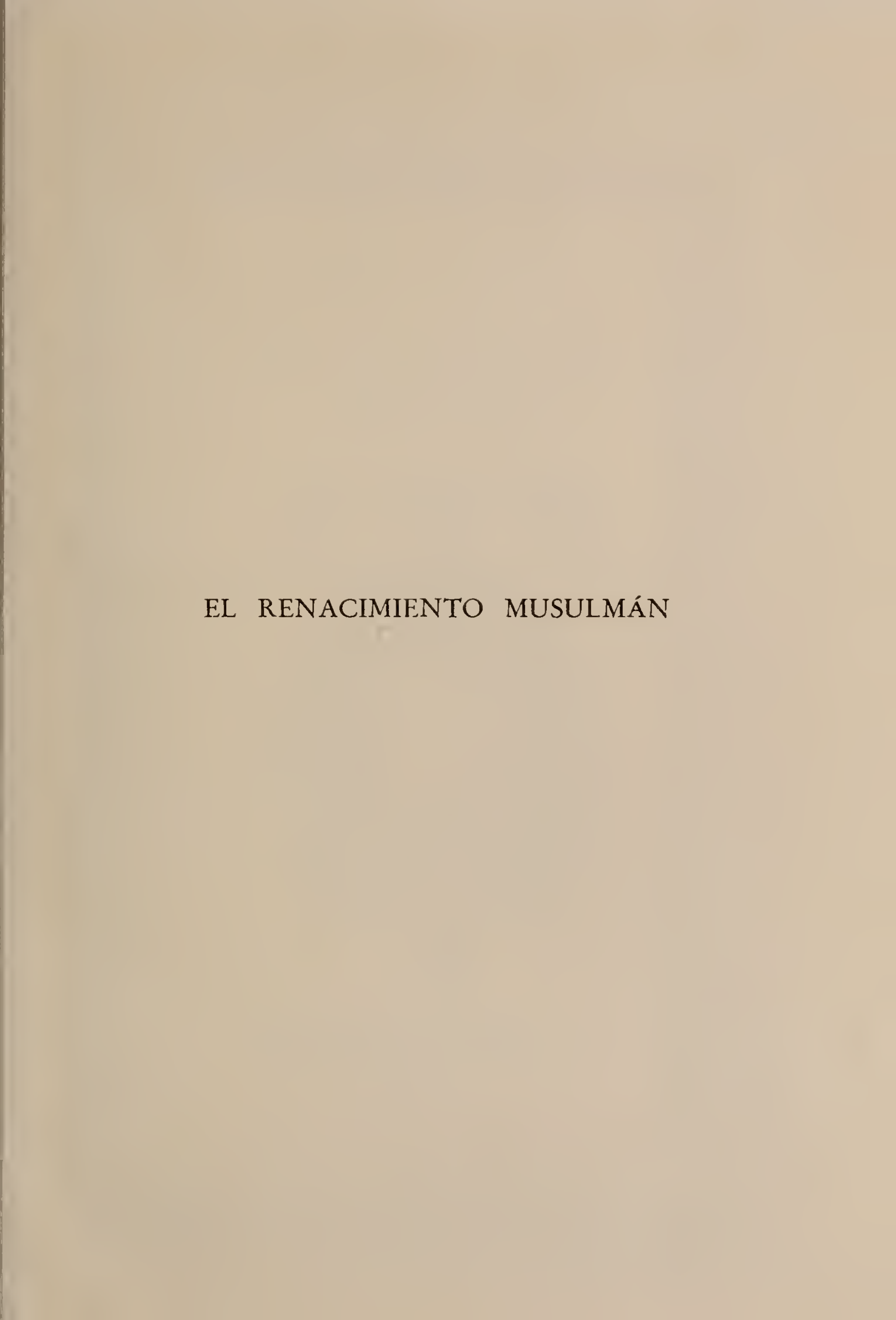

HOMBRES
EPOCAS
PAISES

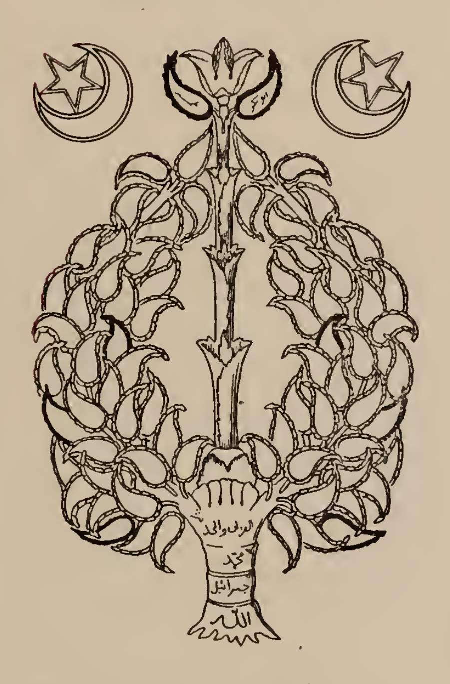




EL RENACIMIENTO MUSULMÁN

ANGELO GHIRELLI

EL RENACIMIENTO MUSULMÁN



MONTANER Y SIMÓN, S. A.
BARCELONA

HOMBRES, EPOCAS, PAISES

Primera edición: abril de 1948

ÍNDICE DE MATERIAS

Cuarta Parte

CONCLUSIONES

ÍNDICE DE LÁMINAS

INTRODUCCIÓN

Una de las consecuencias de la guerra europea de 1914-1918, importante por la evolución que representa y por la duración de sus efectos, ha sido la reconquista por parte de los árabes de su primitiva hegemonía en el Islam.

La disolución del Imperio Otomán, consecutiva a la victoria de los Aliados, tuvo como resultado exaltar la idea nacionalista entre los pueblos que habían pertenecido al Imperio: esta idea orientó a los árabes hacia la unión panarábiga y a los turcos hacia la formación de un Estado laico, independiente de la influencia religiosa musulmana.

La laicización de Turquía con la supresión del Califato islámico en territorio turco, decretado en 3 de marzo de 1924, provocó de momento un desconcierto en el mundo musulmán, pero la reacción que se produjo, coincidiendo con la exaltación nacionalista de las poblaciones árabes libertadas de la dominación turca, determinó una nueva orientación político-religiosa, más de acuerdo con las ideas mahometanas primitivas y más adecuada a las circunstancias modernas, que tomó el carácter de un movimiento arábigo islámico.

Con el Califato turco, el Islam había quedado durante varios siglos unido y supeditado a las tradiciones del absolutismo otomano, en total oposición con los principios democráticos y con el racionalismo predicados por Mahoma; con la laicización de Turquía volvió a ser patrimonio de las poblaciones árabes.

Las divergencias surgidas entre las naciones Aliadas por la repartición de los despojos de los vencidos, provocaron entre las poblaciones musulmanas, reacciones que contribuyeron a crear un estado de ánimo que, coincidiendo con las facilidades modernas

de comunicación, dió un aspecto dinámico al Islam del siglo XX.

Conviene aquí recordar que el primitivo imperio islámico tuvo como base una teocracia cuyos principios democráticos armonizaban perfectamente con las tendencias sociales del pueblo árabe. Cuando el Califato pasó a manos de los Omeias, que trasladaron la capital de la Meca a Damasco, la influencia del ambiente sirio y persa, absolutista por tradición, transformó el gobierno democrático, electivo y patriarcal de los Califas, en una dominación despótica y hereditaria; esta transformación política fué acompañada de deformaciones doctrinales, que los árabes, fieles a sus principios religiosos, no quisieron aceptar, considerándolas como heterodoxas: ansiosos de conservar además de sus principios religiosos también sus instituciones sociales, los árabes se alejaron de la Corte de Damasco, regresando a sus territorios.

La Historia nos enseña que el Califato islámico en manos de los elementos asiáticos no tardó en decaer: los Abasidas que sucedieron a los Omeias, trasladaron la capital de Damasco a Bagdad, y los Califas de esta dinastía, rodeados de suntuosidad persa, fueron los herederos de los antiguos sátrapas, más que los sucesores de Mahoma.

Al llegar los Abasitas al Califato, el imperio musulmán empezó a dislocarse: primeramente, un Omeia fugitivo consiguió crear en España el Califato de Córdoba; luego, más tarde, los Fatimitas fundaron en Egipto otro Califato que luchó contra los anteriores para establecer su influencia hegemónica en África septentrional. La decadencia de los Abasitas abrió el camino a los mercenarios turcos que, aprovechándose de la debilidad de los Califas, llegaron a desempeñar los cargos políticos y militares más elevados de la Corte de Bagdad.

Los turcos, con los cuales los árabes habían entrado en contacto al conquistar el territorio persa, constituían una rama occidental de las tribus turanianas nómadas que vagaban por las estepas del Asia central. Sus cualidades militares los hicieron ser apreciados por los Califas, que llegaron a reclutar de preferencia entre ellos sus soldados y hasta sus guardias particulares. En los primeros tiempos, eran admitidos sólo individualmente; más tarde, cuan-

do su prestigio aumentó en la Corte, les fué abierto el territorio musulmán, en donde penetraron por tribus enteras mandadas por sus propios jefes hereditarios. Una vez convertidos al Islam, los turcos sustituyeron rápidamente a los elementos sirios, persas y neoárabes, en los cuales los Califas se habían apoyado hasta entonces.

A partir del siglo XIII de J. C., la decadencia del imperio islámico se fué precipitando: en Occidente, la derrota de Las Navas de Tolosa (1212 de J. C.) fué la señal del derrumbamiento de la dominación musulmana en España; en Oriente, la invasión de los mogoles asoló y despobló el Imperio de los Califas, arruinándolo con el saqueo de Bagdad (1258 de J. C.) y la destrucción del maravilloso sistema de riego que hacía de la Mesopotamia un jardín perenne y el granero del mundo. En el siglo XV, cuando las incursiones de los mogoles cesaron por completo, los turcos osmanlíes no tuvieron dificultad alguna para apoderarse del Imperio de los Califas; con la conquista de Bizancio, en 1453, el Califato turco inauguró su reinado con capital en Estambul.

Es evidente, pues, que en la evolución del Islam los turcos no son más que advenedizos que mantuvieron los principios del absolutismo asiático, contrario a los de la teocracia democrática mahometana. Por lo tanto, el derrumbamiento de la organización musulmana en Turquía no afectó para nada a la vitalidad del Islam; al contrario, éste, libre de toda traba, pudo orientarse hacia el primitivo puritanismo doctrinal de Mahoma; su separación del pueblo turco coincidió con el renacimiento político del pueblo árabe, fiel guardián del racionalismo y de la sencillez doctrinal del Islam primitivo.

En efecto, como ya se ha indicado, los árabes en la época de los Omeias, discrepando del modo de gobernar de éstos y en protesta contra las deformaciones doctrinales provocadas por la influencia de los elementos recién convertidos al Islam, se habían retirado a sus territorios. Pero en el siglo XVIII, hallándose el Imperio de los Califas turcos en plena decadencia, la protesta de carácter religioso se concretó con la doctrina de reforma islámica de Abd el Uahab; la adhesión y el apoyo de los jefes del Neyed a la reforma le dieron carácter político.

A principios del siglo XIX, los uahabitas, organizados militarmente, trataron de imponer con las armas sus ideas de reforma religiosa; conquistaron los Lugares Santos del Islam y se preparaban para invadir a Siria cuando el Califa de Estambul envió contra ellos a su vasallo de Egipto, Mehemet Ali, quien los derrotó, obligándoles a abandonar los territorios conquistados y a volver al Neyed (1818). A pesar de esta derrota militar la idea de la reforma religiosa de los uahabitas no desapareció; al contrario, durante todo el siglo XIX, desde la India hasta Tripolitania, hizo numerosos adeptos.

Con la guerra europea de 1914-1918, los uahabitas, reunidos bajo el mando de su jefe natural el Emir del Neyed, Abd el Aziz Ibn Seud, volvieron a agitarse reconquistando poco a poco los territorios que habían perdido. Terminada la guerra, se enfrentaron con el Malik Hosein, que se había hecho proclamar (en 1916) rey del Heyaz, y lo echaron de sus Estados. En poco tiempo, el Emir seudita llegó a extender su autoridad sobre la mayor parte de la península arábiga, revelándose como político de gran envergadura; en efecto, desde el punto de vista político, Ibn Seud ha manifestado su tendencia de unificación de los pueblos árabes, bajo la forma nacionalista panarábiga; desde el punto de vista religioso, el Emir uahabita representa la reforma islámica que predica la vuelta a la primitiva sencillez dogmática de Mahoma.

Desde luego, el mundo musulmán está lejos de constituir un conjunto homogéneo desde el punto de vista étnico; está sólo unido por los lazos religiosos, consagrados por la fórmula mahometana «todos los creyentes son hermanos». Además de las poblaciones árabes, para las cuales la reforma uahabita es el retorno al puritanismo religioso conservado más o menos intacto, existen las poblaciones islamizadas en las cuales el Islam se ha injertado sobre creencias antiguas, modificándolas sin destruirlas; al contrario: adoptándolas.

La laicización de Turquía y las tendencias sociales del África del Norte han concentrado las fuerzas islámicas en la península arábiga, país de origen del Islam.

El Emir uahabita Ibn Seud, actual Guardián de los Lugares Santos del Islam, intenta resucitar, al parecer, la visión política primi-

tiva del Profeta; es decir: hacer de la reforma espiritual un poderoso instrumento de política, susceptible de revolucionar la vida árabe, avivando en ella el espíritu unitario. Todos sabemos que en los primeros tiempos del Islam, el éxito ha sido debido no sólo al impulso religioso, sino, y sobre todo, a la naturaleza preexistente del carácter del pueblo árabe, a sus condiciones especiales consecutivas a las predicaciones del Profeta y también a sus dificultades económicas. Todos estos factores, que existen en los momentos presentes, han contribuído antaño a la rápida difusión de la religión musulmana.

Ibn Seud ha demostrado su tenacidad en la realización de su programa de unión de las poblaciones árabes, programa con tendencia panarabista en un criterio general panislámico.

Primera Parte

EL ANTIGUO MUNDO ISLÁMICO

Capítulo Primero

LAS PRIMERAS EVOLUCIONES DEL ISLAM

La rápida difusión de la doctrina islámica es uno de los casos más excepcionales que se haya registrado en la historia de las religiones.

En general, las grandes religiones se han desarrollado muy lentamente y han triunfado con el apoyo de monarcas poderosos que, convertidos a la nueva fe, contribuyeron a su triunfo con toda la influencia de una autoridad secular: la doctrina de Zoroastro tuvo su Ciro; el Budismo su Asoka; y no cabe duda que la conversión del emperador Constantino precipitó el triunfo del Cristianismo.

Pero la rápida expansión del Islam, nacido en una región desértica habitada por nómadas diseminados, es debida, no sólo a la naturaleza de la doctrina de Mahoma de gran sencillez dogmática, sino y principalmente al carácter de las poblaciones árabes y a las condiciones económicas y políticas generales en que se hallaban en esa época los países de Oriente que fueron los primeros en adoptar la doctrina mahometana. Desde luego, el carácter preexistente de las poblaciones árabes ha sido el factor principal de su desarrollo.

1.° El ambiente árabe preislámico

a) *Arabia y los árabes anteriormente a Mahoma.* — Según los genealogistas árabes, el nombre de Arabia dado a la Península procede

del de los «Ahriba», población primitiva de la cual derivan los Amalicas, Aditas, los pueblos de Thamud, Tasm, de Yadis, descendientes de Sem: los historiadores designan con el nombre de Mutahariba a los pueblos que habitan el Sur de la Península y que la Biblia denomina «Hijos de Iectan»; los Mustahariba son, al contrario, los pueblos del Norte de la Península, los Ismaelitas de los cuales se conoce sólo la rama de los Adnan.

Los árabes dividían su península en ocho regiones: Heyaz, Iemen, Hadramaut, Mahra, Oman, Hasa, Neyed y Ahkaf. Sus habitantes, nómadas, formaban agrupaciones organizadas en tribus que a su vez constituían pequeñas repúblicas independientes y de carácter patriarcal, en las cuales el sentimiento de la familia era extremado bajo la autoridad patriarcal del chej (jefe); uno de los factores que determinaba la importancia de la agrupación con relación a las otras, era la genealogía, conservada y transmitida celosamente: algunas tribus hacían remontar su origen a Noé.

En caso de amenaza de peligro del exterior, los jefes de las agrupaciones (chiujs) se reunían en asamblea (yemaa) para eligir un jefe supremo o Emir, cuya autoridad, sin embargo, estaba supeditada a la asamblea, ante la cual era responsable de su actuación y que le aplicaba la pena del talión en el caso de traición o cuando, por su incapacidad, comprometía los intereses comunes.

En la agrupación, el individuo llegaba a distinguirse sobre todo por sus hazañas guerreras, por su generosidad y por su elocuencia. De temperamento seco y ardiente, el árabe era sanguinario y obsequioso, supersticioso y exaltado, imaginativo y crédulo: sobrio de espíritu y de cuerpo, estaba entrenado en los grandes recorridos a través del desierto; rápido en la acción, era sin embargo propenso a los largos descansos. Desde luego, era susceptible de hechos extraordinarios, y como dice Sedillot (1): «La analogía de sentimiento y de situación inspiraba a todos los árabes los mismos puntos de honor; las armas, la hospitalidad, la elocuencia constituían sus factores de gloria; la espada era la única garantía de sus derechos; su código de humanidad quedaba sintetizado en los deberes de la hospitalidad; la elocuencia, en ausencia de la escritura, le servía

(1) Véase: L. A. Sedillot. *Histoire general des Arabes.* (T. I.)



LA MECA. LA KAABA



LA MECA. LA TUMBA DE ABRAHAM

para resolver las divergencias que no quedaban solucionadas por las armas.»

El aislamiento y la ignorancia de las evoluciones materiales y espirituales de los otros pueblos, limitando a un estrecho círculo los pensamientos del árabe, le hacían sentir con mayor intensidad las impresiones de su vida, que las continuas migraciones, los combates y el amor llenaban por completo.

Así que, aparte de algunas máximas filosóficas brahamánicas llegadas de la India a través de Persia, la vida espiritual del árabe, eminentemente imaginativa, se desarrollaba entre las leyendas maravillosas antiquísimas que relataban los hechos heroicos de sus antepasados.

Los argumentos de estas leyendas servían de base a los poemas épicos, en los cuales los poetas árabes cantaban el honor, la hospitalidad, la venganza, los espectáculos de la naturaleza, graciosos o solemnes. De este modo se constituyó una selección poética que fué conservada primeramente en la memoria y más tarde fué transcrita en diversos dialectos: sirio, cufico o árabe.

Las reuniones en donde se celebraban los concursos poéticos, tenían lugar en Okadh, pequeña ciudad entre Taif y Nejla, a tres días de marcha de la Meca: las obras más aplaudidas se escribían con caracteres de oro sobre estofas de gran precio y eran conservadas en la Kahaba (1).

b) *La cuestión religiosa en la época preislámica.* — Como todos los pueblos agricultores y pastores, que viven en contacto con la Naturaleza, los árabes eran muy supersticiosos: los genios (yenun), los ogros (aghual), la magia (seher), la adivinación (kehana), las voces misteriosas (hauatif) eran materia de supersticiones. La Ham o Sada (variedad de lechuza) representaba el alma que, según sus creencias, al separarse del cuerpo tomaba el vuelo bajo la forma

(1) Siete poemas han sido conservados de esta manera y son debidos: al *Imurlqais*, considerado por los autores musulmanes como el padre de la poesía árabe (muerto en 540); a *Tharafa*, hijo de Ahbd y contemporáneo de Imurlqais, reputado por la vivacidad de su espíritu y la delicadeza de sus versos; a *Ahmr*, hijo de Koltsum poeta guerrero. Otros poetas árabes de nombre son: *Haret* hijo de Hilize, el más elocuente de los poetas de su tiempo (siglo VI); *Labid* (622); Zohair (627) y el renombrado Ahntara. En la época actual los representantes de los antiguos poetas árabes son el med-dah, nómada y el *ghanai*, sedentario.

de pájaro, y era el intermediario entre el cuerpo del difunto y los hijos o los parientes más próximos que había dejado en la tierra.

Esta concepción del alma llevaba a los árabes a creer en su inmortalidad, y con el fin de que pudiese presentarse al juicio de Alah, sacrificaban sobre la tumba del difunto una camella: Mahoma en el Coran, prohibió esta práctica pagana.

La idea del Ser Supremo, que como los otros pueblos semíticos los árabes habían tenido siempre, les venía de Abraham (en árabe Ibrahim) que, según la leyenda, inspirado por una revelación divina, había llevado a su mujer Agar y a su hijo Ismael al desierto, en donde los había abandonado. El joven Ismael y su madre estaban condenados a una muerte segura cuando vieron brotar la fuente de donde procede, según los musulmanes, el agua del pozo de Zemzem, alrededor del cual las tribus Amalica, sustituídas más tarde por los Yorhm, se concentraron.

La reconstrucción de la Kahaba fué emprendida por Abraham ayudado por su hijo Ismael; las leyendas árabes hablan de reconstrucción, pues afirman que la Kahaba fué inicialmente construída en el cielo antes de la aparición del primer hombre: Adán y Eva, echados del Paraíso, la construyeron tomando por modelo la que habían visto en el cielo. Abraham la reconstruyó él mismo ayudado por su hijo Ismael, al cual el ángel Gabriel entregó la piedra negra (el Hagar el asued) para marcar la esquina de donde deben empezar las vueltas rituales.

La Kahaba (bit Alah) era, en el siglo VII de J. C., con el pozo de Zemzem encontrado por Abd el Motalib, abuelo de Mahoma, el único recuerdo que todavía existía, de la religión de Abraham.

En las otras regiones de la península arábiga, la idolatría había sido siempre dominante; cada tribu, y se puede decir, cada familia, tenía sus divinidades que desempeñaban la función de intermediario respecto a Alah, del cual el árabe no tenía más que una noción muy vaga y lejana.

Desde luego, la idolatría de los árabes, culto informe y sin teoría, no tenía ningún punto de contacto con la idolatría que personificaba las abstracciones de la inteligencia humana y revestía con formas humanas a los dioses.

Sin embargo, se llegó a construir templos a las divinidades adoradas por las tribus nobles, y en el siglo VI algunos de ellos existían todavía; en Taif (Heyaz) existía un templo a la divinidad *Lat*, adorada por los Benu Thakif; en Najla, entre la Meca e Iatsreb (Iathrib), era venerada la diosa *Oz-za* por los Koreichitas y los otros descendientes de Kamina; en Kadaid (Medina) las tribus de Ans y de Khazrady adoraban *Manat;* en Tebela, y conocido con el nombre de Kahaba del Iemen, existía el templo dedicado a *Kholosa* (o Dhul Kholosa), adorado por los Benu-Jatan y los Benu Badiyla. En el Neyed, el templo de *Rodha* era dedicado al ídolo de los Benu Rabía y el del *Dhul el Kabat,* en el Irak, se elevaba en Sandad, construído por los descendientes de Udi y por los hijos de Iad.

Cada una de estas divinidades estaba representada en la Kahaba, y Mahoma pudo contar 360 de ellas. El Profeta las destruyó proclamando «que no había otro Dios que Dios» que la verdad había llegado y que la mentira debía desaparecer.

En el Heyaz la idea del Dios único no había desaparecido; el Cristianismo y el Judaísmo habían entrado en contacto con los árabes: algunos de éstos, avergonzados del decaimiento moral que su idolatría representaba, trataban de salir de ella.

c) *Las primeras evoluciones del Islam.* — Así que ya anteriormente a Mahoma algunos árabes habían abandonado sus antiguas creencias paganas para evolucionar hacia concepciones religiosas más elevadas. Mahoma, inspirado por este ambiente de fermentación religiosa en plena evolución, concretó en un monoteísmo sencillo, austero y exento de complicaciones sacerdotales y doctrinales, las aspiraciones de sus coterráneos, compaginándolas con las tendencias sociales, democráticas del pueblo árabe, consagrándolas con la fórmula «todos los creyentes son hermanos».

La semilla islámica, adecuada al terreno bien preparado de la mentalidad árabe, de la cual, en realidad, fué una emanación, brotó vigorosa, y los nuevos creyentes, olvidando sus rivalidades y luchas intestinas, se unieron con los estrechos lazos político-religiosos de la fe musulmana; y el fanatismo, característico del espíritu semítico exaltado por el celo religioso, los lanzó a la conquista del mundo

en nombre del Dios único: Alah, y de Mahoma, profeta y enviado de Dios.

La sencillez de la teología musulmana no puso traba alguna, para su libertad de evolución, al espíritu curioso, vigilante y ávido de instruirse del pueblo árabe; y éste, al entrar en contacto con otras poblaciones más evolucionadas socialmente, demostró ser susceptible de adaptación a condiciones de vida más amplias y complicadas que las de la existencia del desierto.

El Imperio islámico tuvo por base una teocracia democrática cuyos principios harmonizaban perfectamente con las tendencias sociales del pueblo árabe; la amalgama político-religiosa de estos principios favoreció considerablemente la rápida expansión entre las poblaciones árabes de la doctrina de Mahoma.

Los primeros sucesores del Profeta tomaron el nombre de Califa (lugarteniente) y eran elegidos por el pueblo, quedando sometidos a la ley revelada y siendo responsables de su gestión ante la opinión pública. Esto explica por qué el pueblo árabe, que no hubiese aceptado un amo despótico, obedeció a la autoridad paternal de los primeros sucesores de Mahoma.

Las condiciones político-religiosas en que se encontraban los países vecinos ayudó, por otra parte, a la difusión entre éstos de la doctrina de Mahoma; en efecto, el imperio de Persia y el de Bizancio estaban por entonces en plena decadencia, habiendo perdido uno y otro toda vitalidad religiosa.

En Persia, el antiguo culto de Zoroastro había degenerado en *magismo*, culto sacerdotal fastuoso, tiránico, propenso a las persecuciones, odiado y despreciado por la masa de la población, víctima de su tiranía. En Bizancio, el cristianismo oriental, obscurecido por prácticas propias del paganismo y por las interminables e insustanciales discusiones teológicas suscitadas por el espíritu griego en decadencia, no era más que un fantasma desfigurado de las enseñanzas de Cristo. Además, tanto el magismo en Persia, como el cristianismo oriental en Bizancio, estaban desgarrados por grandes herejías que habían formado partidos que se odiaban furiosamente y se perseguían a muerte; en ambos imperios, toda idea de patriotismo y de fidelidad al Estado había desaparecido sumergida por el espíritu de partido o por la idea de la lucha contra la tiranía.

Así es que los árabes musulmanes, una vez roto el dique de las legiones bizantinas o de los coraceros persas, no encontraron por parte de las poblaciones conquistadas resistencia alguna; por el contrario, parte de éstas los acogieron favorablemente, y parte los aceptó pasivamente.

El espíritu abierto y deseoso de instruirse de los árabes les permitió apreciar las ventajas materiales de las sociedades más adelantadas y, fusionándose con los vencidos por medio de casamientos, consolidaron sus conquistas. Los vencedores adoptaron el arte, la literatura, la ciencia y las ideas de civilización de los vencidos, dando origen a una nueva civilización, la civilización sarracena, en la cual las culturas griega, romana y persa se hallaron amalgamadas y vigorizadas por la energía del pueblo árabe, y sintetizadas por el espíritu del Islam.

Durante un cierto tiempo, los elementos cristianos, hebreos y persas recientemente convertidos al islamismo, rivalizaron con los árabes para dar a la civilización sarracena el esplendor que efectivamente alcanzó, y de la libertad en el pensamiento que presidía a esta evolución civilizadora, surgieron ideas originales y de gran atrevimiento especulativo. Pero, poco a poco, bajo la presión constante de fuerzas en reacción, el lustre de esta civilización fué disminuyendo, y el antiguo vigor islámico desapareció, anulado por el absolutismo oriental impuesto por las tradiciones preislámicas.

La deformación de la doctrina de Mahoma, provocó la decadencia del mundo islámico antiguo.

CAPÍTULO II

LA DECADENCIA DEL ANTIGUO MUNDO ISLÁMICO

En el siglo x de J. C. la civilización saracena empezó a dar señales inequívocas de decadencia, señales que siguieron acentuándose desde entonces.

La doctrina de Mahoma, favorable a las tendencias democráticas de la sociedad árabe, se había extendido rápidamente entre esas poblaciones, que habían aceptado sin grandes dificultades la autoridad de los dos primeros Califas — Abu Bekr y Omar — no hereditarios, sino elegidos por el pueblo y responsables ante éste de sus gestiones y sometidos, como todos los fieles, a la ley revelada. Pero después de Omar, la concepción del Califato se modificó, degenerando en mando despótico y personal; entonces el espíritu de partido, azote de los pueblos semíticos, que había quedado latente durante el período de unión político-religiosa de los primeros secuaces de Mahoma, volvió a manifestarse.

Las luchas por la dirección del Islam, entre el Califa Ali ben Abu Taieb y su competidor Moaùia de los Beni Omeia, provocaron la disidencia de los Uahabia que fueron designados con el apodo de «Jaradyiin» (los salidos de la regla religiosa) o sea: «los heréticos». La primitiva unidad islámica quedó hecha jirones por sangrientas guerras civiles. Vencido en el combate de Nrhruan, en donde halló la muerte, Sid Abd Alah ben Uahab er Recibii, los Uahabias se volvieron a concentrar rápidamente; pero muerto el Califa Ali por el puñal de uno de ellos, el Califato pasó definitivamente a manos de los Omeias que, abandonando la Meca, se trasladaron a Damasco.

Mahoma había podido convertir fácil y rápidamente a su doctrina a los árabes, porque su voz no hizo más que afirmar y dar consistencia a ideas que, aunque sólo obscuramente, existían y se

iban desarrollando paulatinamente en el espíritu de su pueblo. Pero cuando el Islam alcanzó *poblaciones no árabes,* cada una de éstas interpretó la doctrina del Profeta según sus tendencias peculiares, su cultura, sus costumbres, originándose automáticamente una deformación o corrupción del Islam primitivo.

En Persia, el austero monoteísmo de Mahoma no tardó en ser modificado por el espíritu de misticismo que lo transformó en un culto complicado, que separó completamente sus adeptos de la ortodoxia islámica. La misma tendencia a la deformación de la primitiva doctrina de Mahoma se reveló en el panteísmo disfrazado de los indios musulmanes, y en el culto de los Santones de los Bereberes islamizados del África septentrional. No cabe duda que Mahoma hubiese rechazado estas tendencias como heréticas, del mismo modo que en la actualidad, lo hace el Emir Ibn Seud, jefe de los modernos uahabitas.

La ley de Mahoma, identificada socialmente con las leyes consuetudinarias del pueblo árabe, no debía aportar ninguna modificación importante en la vida de éste; se comprende, pues, que el Korán fuese adoptado como compendio de las leyes civiles y sociales de la sociedad árabe. Pero no podía ocurrir lo mismo con las poblaciones no árabes, aun después de su islamización; en efecto, cada una de ellas poseía una organización social, más o menos perfeccionada, pero que constituía un obstáculo efectivo para la arabización de dichas poblaciones. Los vencedores no pudieron ya, o no se preocuparon, de asimilar a los pueblos sometidos, y esta falta de compenetración favoreció la formación de grietas doctrinales, que a su vez provocaron la disgregación del bloque de la unidad política islámica, que existía en los primeros tiempos del Islam.

El traslado del Califato de la Meca a Damasco, y luego, más tarde, de Damasco a Bagdad, tuvo por efecto, alejar a los árabes puros que, disgustados de ver la evolución del gobierno de los Califas hacia el despotismo, lo abandonaron, volviendo la mayor parte de ellos a sus territorios.

La masa de la población de Damasco, y más todavía, la de Bagdad, constituída por sirios, persas, neoárabes, se hallaba por tradición dispuesta a obedecer pasivamente a los Califas, que escogieron entre ellos sus funcionarios, sus cortesanos y hasta sus soldados.

Los árabes, refugiados en sus desiertos, quedaron fieles a la sencillez doctrinal y al racionalismo del Profeta, y fueron denominados «Motazelitas»; contra este criterio racionalista, se levantó una escuela formada en gran parte por cristianos recientemente convertidos al Islam e imbuídos todavía de las tradiciones bizantinas, la cual afirmó que «el precedente y la autoridad debían ser la base de todas las cosas». Esta escuela conservadora inició un trabajo enorme de exégesis coránica, combinada con una codificación e interpretación de las «tradiciones» de Mahoma transmitidas por sus discípulos y compañeros; este trabajo dió origen a una teología musulmana y a una filosofía escolástica, rígidas, complicadas y dogmáticas, muy diferentes de la sencillez doctrinal del Islam de Mahoma.

La lucha entre estas dos corrientes fundamentalmente opuestas, del racionalismo y del tradicionalismo, fué larga y encarnizada, pero terminó con el triunfo del tradicionalismo.

En efecto: la tradición histórica del Oriente, por razones de raza, de clima y de las condiciones del país, abogaba por el absolutismo. Esta tradición, que había sido interrumpida por la llegada de los árabes, patriarcales, democráticos y libertarios, volvió a nacer al modificarse la idea de gobierno de los Califas, que de una teocracia democrática pasó a ser un gobierno despótico y personal. Algunos califas aparentaron desde luego proteger a los motazelitas, pero éstos pasaron del terreno religioso al político, apoyando algunos de ellos las teorías republicanas de los jaredyiitas, que no reconocían a los califas, y estos últimos se inclinaron cada día más hacia los conservadores.

En la época de los abasidas el gobierno del Islam había tomado netamente el carácter del absolutismo religioso, empezando las persecuciones contra los Motazelitas y estableciendo cánones de ortodoxia dogmática.

El primer acto hacia la dislocación del Imperio de los Califas ocurrió a raíz de la llegada al poder de los Abasidas. Un Omeia fugitivo, llegó a España, en donde creó el Califato de Córdoba, que fué reconocido como legítimo, no sólo por los musulmanes españoles sino también por los del Norte de África. Más tarde, otro Califato, el de los Fatimitas, apoyado por la tribu berebere de los Ketama,

se instaló en Egipto, tomando parte en las luchas por la supremacía en África septentrional.

A principios del siglo XI de J. C., la decadencia de la civilización sarracena era evidente y hacía prever un movimiento evolutivo. Los neoárabes monárquicos y conservadores sobre los cuales los Califas apoyaban su autoridad, habían perdido su primitivo vigor y, poco a poco, habían sido substituídos en el poder por los turcos.

Rama occidental de las tribus nómadas designadas colectivamente con el nombre de «poblaciones uraloaltaicas» o «turanianas» y que vagaban desde tiempos muy remotos por las inmensas estepas del Asia oriental y central, los turcos habían tomado contacto con los árabes en la época de la conquista de Persia por los musulmanes. Aunque considerados como individuos de entendimiento algo cerrado y de poca imaginación, eran, sin embargo, tenidos por unos magníficos soldados por su espíritu natural de disciplina y por su valor. Estas cualidades hicieron de ellos los preferidos de los gobiernos de los Califas, llegando a ser muy numerosos en el ejército y en el cuerpo de las guardias particulares de estos soberanos. La decadencia de los Abasidas dió ocasión a los mercenarios turcos para aumentar su autoridad, y los elevó a los cargos más importantes de la Corte de Bagdad.

Como consecuencia de esta situación, las fronteras orientales del Imperio fueron abiertas a los nómadas turcos, que penetraron en el territorio del Califato, por tribus enteras, al mando de sus jefes hereditarios.

La conversión de los turcos al Islam, no modificó para nada su carácter. Soldado por profesión, el turco era naturalmente disciplinado; tardo mentalmente, con poca originalidad en el pensamiento, el espíritu falto de curiosidad y la imaginación corta; pero las ideas que llegaban a abrirse camino en su mentalidad se transformaban en órdenes a las cuales obedecía sin discusión ni reflexión. El Islam, con la conversión de los turcos adquirió un elemento de fuerza indiscutible; pero con la dominación otomana, cayó bajo la férula de fanáticos de espíritu lento, que obstaculizaban todo progreso.

La expedición árabe del siglo VII, después de haber atravesado la Siria, se había detenido en Asia Menor delante la barrera monta-

ñosa del Tauro. El imperio bizantino había reaccionado y, a pesar de la hostilidad permanente, la frontera no se había modificado. En la segunda mitad del siglo XI, los turcos vencedores de los bizantinos en Manzikert (1071), habían cruzado el Asia Menor llegando a amenazar Bizancio.

Los Santos Lugares del Cristianismo, en poder de los árabes desde el año 637 de J. C., en que el Califa Omar había ocupado Jerusalem, habían sido respetados por los musulmanes, que no habían perseguido a los cristianos ni habían molestado a los peregrinos que afluían de todas partes del mundo cristiano; pero al caer en poder de los turcos en el año 1076, la situación cambió violentamente. Ávidos de botín y llenos de odio fanático contra los «infieles», los turcos saquearon los Santos Lugares, persiguieron a los cristianos e imposibilitaron las peregrinaciones, provocando con su actuación una reacción en el mundo cristiano que se hallaba entonces en plena efervescencia religiosa. El fanatismo estrecho de los turcos provocó la explosión de celo religioso de los cristianos, y de esta reacción nacieron las cruzadas.

Las relaciones entre estos dos mundos, que en el siglo IX de J. C. habían parecido mejorar, desde entonces se hicieron cada día más tirantes; al sarraceno refinado y de costumbres agradables habían sucedido los turcos, santurrones, fanáticos y brutales, y con éstos, el ideal religioso, que había lanzado a los árabes de Mahoma a la conquista del mundo, se transformó en avidez de sangre, de pillaje y de destrucción.

En el siglo XV de J. C., el imperio islámico de occidente, ya herido de muerte en 1213, con la derrota de los musulmanes en Las Navas de Tolosa, se derrumbó definitivamente con la caída de Granada, mientras que en Oriente, la invasión de los Mogoles, en 1258, destruyó Bagdad, la capital del Califato musulmán en Oriente y dejó el mundo islámico oriental asolado y despoblado, fácil presa para los turcos.

Los turcos osmanlíes u otomanos, habían sido en su origen una de las numerosas hordas turcas que habían penetrado en Asia Menor, al final del siglo XI de J. C. El apoyo prestado a los Califas les había permitido aumentar su prestigio y su poderío, facilitando así la absorción paulatina de todas las tribus turcas vecinas. En

1453, los osmanlíes conquitaron Constantinopla, destruyendo definitivamente el antiguo imperio bizantino. Un siglo más tarde, dominaban todo el Oriente musulmán, desde Persia hasta Marruecos y, avanzando hacia el occidente europeo, habían conquistado la península balcánica; pero fueron detenidos en su avance, en 1683, bajo los muros de Viena.

Con la derrota de los turcos en 1683, su potencia militar, que había sido efectiva, desapareció; y el mundo musulmán otomán que. encastillado en su fanatismo político y religioso había quedado insensible al progreso de la civilización occidental, libre de sus trabas de la Edad Media, demostró haber llegado a la decrepitud política; sólo los celos recíprocos de las Potencias, que ambicionaban apoderarse de sus despojos, fueron los que salvaron al Imperio otomán del derrumbamiento definitivo.

En el siglo XVIII, en todas partes del mundo musulmán no se veía otras señales más que las de la decadencia y de la cristalización: los modales y las costumbres habían degenerado; los últimos vestigios de la cultura sarracéna habían sido sustituídos por el lujo excesivo de una pequeña minoría y por la degradación absoluta de la masa; la ciencia, muerta prácticamente, ya no era enseñada en las universidades que, olvidadas por los elementos dirigentes, se arrastraban en la miseria. El despotismo absoluto del Gobierno justificaba el asesinato y la anarquía.

Los soberanos musulmanes, el Gran Mogol de la India, los Sultanes de Turquía y de Marruecos, conservaban una apariencia de autoridad política a pesar de las tendencias separatistas manifestadas por los gobernadores de provincias deseosos de enriquecerse por todos los medios, hasta por la tiranía y la extorsión. Pero estos mismos gobernadores tenían que luchar sin tregua contra la indisciplina de los jefes locales y contra el bandolerismo que se había generalizado. El pueblo maltratado, robado, esquilmado había perdido toda iniciativa para el trabajo. La agricultura y el comercio habían quedado reducidos a lo más estrictamente necesario.

En una situación políticosocial del mundo musulmán oficial tan desastrosa, el Islam había degenerado.

El monoteísmo austero, sencillo y exento de complicaciones sacerdotales y doctrinales, predicado por Mahoma, se había obscure-

cido bajo la presión de la superstición y de un misticismo primitivo; las masas ignorantes, cubiertas de amuletos y preocupadas únicamente de los sortilegios, escuchaban a «fakires» o a «deruiches» alucionados e iban en peregrinación a los santones, a los que consideraban como los intermediarios de las fuerzas ocultas y los intercesores cerca de Alah, demasiado lejano para la devoción de estas almas obscuras. En cuanto a los preceptos del Korán, la masa de la población los ignoraba, o no hacía caso de ellos. El uso del vino y del opio o del «hachich», se había generalizado, y la degradación de las costumbres había llegado al extremo.

En realidad, el Islam había quedado reducido a un ritualismo material, complicado de las más vulgares supersticiones y exento de toda espiritualidad.

En estas condiciones de extrema decadencia del Islam, surgió en Arabia misma un reformador que quiso devolverle su pureza y su dinamismo primitivo.

Segunda Parte

EL RENACIMIENTO DEL ISLAM

Capítulo Primero

LOS ASPECTOS RELIGIOSOS DEL RENACIMIENTO DEL ISLAM

1.° *La reforma uahabita.* — A principios del siglo XVIII, cuando el Islam se hallaba en la más absoluta decadencia, un árabe, Mohamed ibn Abd el Uahab, desde los desiertos de Arabia se levantó haciendo un llamamiento a los musulmanes para que volvieran a la sencillez islámica del tiempo del Profeta.

a) *Principios y desarrollo del uahabismo.* — Mohamed ibn Abd el Uahab nació hacia el año 1703 en la región del Neyed (Arabia), el único rincón del antiguo mundo musulmán en donde se conservaban todavía los preceptos primitivos del Islam; pues, como hemos ya indicado, cuando el Califato se transformó en un gobierno despótico, los árabes volvieron a sus desiertos, último refugio del austero monoteísmo de Mahoma. Al amparo de la naturaleza del terreno y del clima, siguieron la vida nómada e independiente, conservando sus primitivas organizaciones sociales, políticas y religiosas.

Estos nómadas vivían bajo la autoridad patriarcal del Chej; la población sedentaria de los oasis reconocía la autoridad de alguna familia importante; pero estos jefes no poseían más que una autoridad limitada por las leyes consuetudinarias y severamente intervenida por la opinión pública.

La dominación turca llegó a extenderse, aunque de modo más nominal que efectivo, a las ciudades sagradas del Islam y a las del litoral del Mar Rojo. Pero las regiones al interior del país y principalmente el Neyed, habían quedado libres y efectivamente independientes: sus habitantes conservaron las instituciones políticas de sus antepasados y la teología sencilla del Islam primitivo.

Mohamed ibn Abdel Uahab se educó en ese ambiente de puritanismo islámico. Adolescente todavía, hizo la peregrinación a la Meca y estuvo estudiando en Medina; viajando después, llegó en sus viajes hasta Persia; de vuelta al Neyed, exaltado por lo que había visto en sus recorridos, decidió predicar una reforma puritana del Islam, inspirándose en las doctrinas de Ibn Tai Miiah, renovador del rito hanabalita.

Durante varios años recorrió Arabia en todos sentidos, predicando su meditada reforma basada sobre la interpretación directa del Korán y sobre la repudiación de determinadas innovaciones (bidaa) consideradas como heterodoxas, consiguiendo al fin que sus doctrinas fuesen adoptadas por Mohamed ibn Seud, poderoso jefe de la tribu Seud, la más fuerte del Neyed.

Esta conversión, dió a Ibn Abd el Uahab un apoyo moral y una fuerza material que supo aprovechar para su propaganda. Como en los primeros tiempos del Islam, los árabes, nuevamente unidos por lazos político-religiosos, se agruparon, y cuando Mohamed ibn Abd el Uahab murió en el año 1787, su discípulo Ibn Seud tomó su sucesión, siendo proclamado jefe de los Uahabitas. Bajo el Emirato de los Seud, el nuevo Estado uahabita llegó a reunir bajo su autoridad todas las poblaciones del Neyed, transformándose de electivo en Estado hereditario. Pero Ibn Seud conservó siempre una gran deferencia hacia la opinión pública y la libertad legítima de sus súbditos.

Consolidada su dominación sobre el Neyed, Ibn Seud emprendió su campaña de purificación del mundo musulmán y cuando murió, en 1814, había ya conquistado las ciudades santas del Islam y se preparaba para invadir la Siria.

Entonces el Sultán de Turquía, alarmado e impotente para oponerse al empuje de los árabes, pidió auxilio a su poderoso vasallo Mehemet Ali, que aceptó con entusiasmo el acudir en ayuda del

Sultán. Mehemet Ali, el aventurero albanés, que en esa época había ya conseguido apoderarse de Egipto y organizar un formidable ejército compuesto en gran parte de montañeses albaneses, magníficos soldados, disciplinados y valientes, atacó a las tropas uahabitas, que, derrotadas (1818), fueron rechazadas al desierto, teniendo que abandonar las ciudades del Islam que Ibn Seud había conquistado en 1803.

Durante un siglo aproximadamente, los Uahabitas quedaron políticamente circunscritos al Neyed, cuna de sus antepasados; pero la gran guerra europea debía tener una repercusión interesante entre los árabes; en efecto, mientras los ingleses suscitaban el nacionalismo entre éstos para levantarlos contra los turcos, un descendiente de los Ibn Seud, Abdel Aziz, reconquistaba el patrimonio de sus antepasados y, consolidada su posición en el país, avanzaba contra el Malek o Rey del Heyaz, Si Hosein (1924), ocupando Yedah y los Lugares Santos del Islam, en donde sigue reinando.

El papel político de los Uahabitas, que parecía haber terminado a principios del siglo XIX con la derrota que les había infligido Mehemet Ali, volvió a adquirir importancia después del derrumbamiento de la organización musulmana en Turquía, y se puede decir que en la actualidad el Estado Uahabita ha vuelto a hacer de Arabia el centro del mundo musulmán.

b) *Las influencias uahabitas.* — En 1818, cuando Mehemet Alí derrotó a los Uahabitas obligándolos a retirarse a su territorio del Neyed, el papel político del Emirato de los Seud pareció completamente anulado, pero no el papel espiritual de la reforma predicada por Mohamed ibn Abd el Uahab.

En efecto, el Neyed siguió siendo un foco de puritanismo islámico, de donde el espíritu de la reforma radiaba en todas direcciones. En la Meca y en las ciudades santas del Islam, el Uahabismo continuó marcando la nueva orientación religiosa, que cada año un número muy grande de peregrinos se encargaba de propagar hasta los países más lejanos que practicaban la religión islámica.

No cabe duda que el movimiento babista de Persia fué un re-

flejo de la reforma de Mohamed ibn Abd el Uahab, aunque doctrinalmente la religión de Bab fuese muy diferente de las enseñanzas uahabitas (1).

En la India septentrional, un fanático uahabita, llamado Said Ahmed, sublevó a los musulmanes del Punyab, consiguiendo formar un Estado teocrático; su muerte accidental detuvo a los uahabitas indios lanzados a la conquista de la India septentrional. El

(1) El episodio de Bab es, sobre todo, un hecho característico de la vida psíquico-social de Persia y tiene con el uahabismo un solo punto de contacto: el fanatismo de sus adeptos.

Como es sabido, una sola batalla, la de Kadisiiah, fué suficiente para que el inmenso imperio persa se entregara a las poco numerosas, pero fanáticas hordas árabes. La Persia, dominada por los audaces invasores, se convirtió rápidamente al Islamismo; pero la fuerza de su antigua y elevada cultura llegó a dominar moralmente a los árabes; por efecto de tal reacción también la nueva religión aportada quedó modificada, pues los persas se erigieron en defensores de los derechos de los descendientes de Ali ben Abu Taleb, iniciando el gran cisma chiita; éste tiene como base la afirmación de que, a causa de su origen divino, la calidad de Imam no puede ser abandonada a los caprichos del sufragio popular, debiendo permanecer en la familia de Ali ben Abu Taleb. Este cisma se identificó con el movimiento de rebelión espiritual y cultural de los iranianos dominados contra los árabes dominadores. Los persas aportaron, pues, al Califato la concepción derivada de sus antiguas doctrinas políticas y religiosas del principio divino del soberano y de su derecho a ser adorado.

Al reconocer a los solos descendientes de Ali el derecho de sucesión como Califas del Islam, se estableció la serie de los doce Imam, empezando por Ali, que desempeñaron ese cargo secretamente y contemporáneamente con los Califas del Imperio Árabe. El tercero de estos Imam secretos fué Hosein, cuyo martirio en Kerbelá, en la llanura de Nínive, es conmemorado por los persas, cada año, siendo la expresión trágica del sentimiento político-religioso nacional persa. El duodécimo Imam, Muhammud, desaparecido en el año 260 de la Héjira (874 de J. C.) es considerado como el Mahdi de los Chiitas, figura indefinida, pero grandiosa del que, en un porvenir lejano, debía reparar la injusticia cometida contra los descendientes de Ali, dar al Islam chiita el triunfo e inaugurar un reinado de paz y bienestar universal. Es el Mahdi de los Chiitas, el Imam que no ha muerto y que se halla escondido hasta el día del triunfo.

Hacia la mitad del siglo XIX ocurrió el episodio de Bab; este nuevo apóstol, el portavoz viviente del Imam escondido, había publicado su doctrina; condenado primeramente por las autoridades religiosas y luego por las políticas, había sido martirizado; sus adeptos fueron también martirizados con suplicios verdaderamente salvajes. En este trágico episodio, entre los horrores de la represión, brilla aureolada de misticismo la figura de una mujer dulce y heroica, propagandista de Bab, de gran hermosura, poetisa excelsa y que acabó su vida entre los suplicios, como los otros adeptos de la religión de Bab. Apodada «Curret-ul-ain (conforte del ojo) y también, a causa de su cabellera rubia, «Terrin Tayi» (corona de oro) y, por la santidad de sus costumbres, «Et Tahira» (la Pura,, exaltó en sus versos la figura del joven agitador (Bab, nació en 1820 y fué ajusticiado en 1850). El amor del Sha de Persia quiso salvar a la muchacha; pero ella confirmó en unos versos magníficos su adhesión indestructible a la doctrina de Bab, y fué sacrificada con el suplicio del fuego.

Estado uahabita del Puyab fué destruído por los Siks hacia 1830, pero el espíritu uahabita persistió en la región hasta después de la conquista inglesa y fué uno de los principales factores del movimiento insurreccional de los musulmanes de la India hacia la mitad del siglo XIX.

También el Senusismo revela una influencia uahabita, aunque las doctrinas del Uahabismo y del Senusismo tengan puntos en completa oposición entre sí.

Chej Mohamed es Senusi, fundador de la cofradía religiosa «Es Senusia» nació alrededor de 1790 en el aduar de Thorch, de los Ulad Sidi Abd Alah ben el Jatabi el Meyahiri, acampados en las proximidades de Mostaganem (Argelia); después de unos siete años de estudio en las universidades de Fez, Chej Mohamed emprendió la peregrinación a la Meca, adonde llegó hacia 1830. Allí fué uno de los discípulos más aprovechados del Cherif Saied Ahmed ben Idris el Fasi, propagador de la doctrina «Jadiria», de la cual derivan las dos cofradías musulmanas de los «Mirgania» y de los «Senusia». Chej Mohamed siguió a su profesor y maestro Si Ahmed el Fasi cuando éste fué obligado por la hostilidad de los Ulemas de la Meca a refugiarse en territorio uahabita, en donde permaneció hasta 1835 ó 1837, año de la muerte de Si Ahmed. De vuelta de Sabia, los Jadiria, poco después de llegar a la Meca, se dividieron en dos ramas: los Mirgania, discípulos de Mohamed Otman el Mirgani, y los Senusia, discípulos de Chej es Senusi.

El ambiente puritano de los Uahabitas, entre los cuales vivió durante algunos años, influyó sobre las tendencias religiosas de Si Ahmed ben Idris el Fasi y, por reflejo, sobre la orientación de la cofradía senusita; sin embargo, aunque existan algunos puntos de contacto entre el Uahabismo y el Senusismo, estas dos doctrinas no se pueden comparar, pues el Uahabismo es una reforma religiosa que obliga a sus adeptos a la observancia absoluta, rigurosa, de los preceptos del Corán y de la Sun-na despojados de todas las herejías o innovaciones; por eso mismo, los Uahabitas prohiben elevar mausoleos que, incitando al hombre a pedir la intercesión cerca de Dios de otro hombre, favorecen la idolatría. Los Senusitas, al contrario, constituyen una orden religiosa y Chej Senusi, como todos los fundadores de órdenes religiosas musulmanas, ha señalado

su regla con detalles exteriores que no afectan al camino secreto o esotérico (tesuuf) invariable para todas las cofradías; los Senusitas, por ejemplo, y al contrario de la doctrina uahabita, honran dignamente a sus muertos, y la tumba de su Chej está espléndidamente ataviada y recubierta de ricos tejidos y tapetes.

En el desarrollo político de la cofradía senusita, en la energía, habilidad y perseverancia desarrollada por Chej Senusi, que llegó a constituir un verdadero Estado temporal en los territorios situados bajo su influencia religiosa, el proselitismo islámico quedó obscurecido por el marabutismo que se manifiesta en todos sus actos.

Pero, Uahabismo y Senusismo, aunque con finalidades diferentes, se encontraron, en un momento determinado, unidos en un mismo intento de propaganda panislámica.

2.° Los Neo-Motazelitas

Hemos indicado cómo los árabes, alejados de la Corte de los Califas por la evolución hacia el despotismo del régimen de gobierno, habían en su mayoría vuelto a sus territorios desérticos, dando origen, en su disidencia, al Motazelismo.

Los Motazelitas representaban entonces a los puritanos del Islam y en la época del Califato abasita fueron perseguidos de tal modo que ya hacia el final del siglo XII de J. C. podían considerarse como aniquilados.

a) *Origen del Neo-Motazelismo.* — Pero el espíritu liberal del Islam nunca fué perdido completamente, y se puede afirmar que la antigua literatura motazelista de hace mil años es la base de la actual evolución liberal del Islam.

Esta tendencia hacia una evolución liberal se hizo sentir principalmente hacia la mitad del siglo XIX, época en la que todos los países musulmanes tenían ya su núcleo de espíritus ilustrados. Poco numerosos en principio y objeto de los anatemas de los Mulah fanáticos y de odio por parte de la masa ignorante, poco a poco se abrieron camino haciendo prosélitos cada día más numerosos.

El primer país en donde los reformadores establecieron definitivamente una corriente favorable a las ideas del liberalismo mu-

sulmán fué la India; Sir Said Ahmed Khan, al frente de un grupo de musulmanes, tomó la iniciativa de un importante movimiento liberal, fundando asociaciones, publicando libros y periódicos y organizando el colegio de Aligarh, que llegó a tener gran fama. Said Ahmed, perfecto ortodoxo en su teología, aunque conservador por temperamento, predicó contra la decadencia del Islam que denunció con el ardor de un verdadero uahabita.

Este núcleo liberal musulmán de la India tuvo entre sus miembros personalidades de valor, como Mulvie Cherag Ali y el sabio Sid Emir Ali, cuyas obras escritas en inglés son muy conocidas, en particular la que lleva el título de «The Spirit of Islam».

Estos reformadores musulmanes modernos tomaron el nombre de *Neo-Motazelitas,* afirmando con esto las tendencias de sus reformas.

b) *La doctrina neo-motazelita.* — Las reformas neo-motazelitas debían abarcar una refundición total del «cheriat» y una modernización general del Islam basada sobre las palabras mismas del Profeta Mahoma, que en más de una ocasión demostró respetar la ciencia.

Uno de los principales personajes del Neo-Motazelismo, S. Khuda Bukhsh (1), concreta el punto de vista de esta doctrina con las palabras siguientes:

«Nada está más lejos del pensamiento del Profeta que encadenar el espíritu o imponer leyes fijas e inmutables a sus partidarios; el Corán es un libro que debe servir de guía a los fieles, pero no es un obstáculo a su desarrollo social, legal e intelectual»; y añade: «El Islam moderno, con su jerarquía sacerdotal, su grosero fanatismo, su ignorancia burda, sus prácticas supersticiosas es indiscutiblemente una vergüenza para el Islam del Profeta Mahoma»; y concluye diciendo: «¿Es el Islam hostil al progreso? Deliberadamente contestaré que ¡no! Despojado de su teología, el islamismo es una religión absolutamente sencilla. Su principio fundamental es la creencia en un Dios único y en que Mahoma es su Profeta. Todo el restante es una adición inútil.»

(1) Véase: S. Khuda Bukhsh. Essay: *Indian and Islamic.* 1912. Londres.

3.° El liberalismo musulmán

Mientras que en las Indias el movimiento liberal musulmán tomaba el nombre de *Neo-Motazelismo*, en las otras partes del mundo islámico su influencia se hacía notar con mayor o menor intensidad.

Se puede decir que en el tiempo transcurrido entre la guerra de Crimea y la subida al trono del Sultán de Turquía Abd ul Hamid (1856-1878), el movimiento liberal musulmán tuvo en Turquía exaltados defensores, como los Ministros Rachid Bajá y Midhat Bajá, que hicieron grandísimos pero inútiles esfuerzos para orientar el imperio otomán hacia el liberalismo y el modernismo.

La tiranía de Abdul Hamid no llegó a sofocar completamente las tendencias liberales que habían penetrado en los diversos ambientes de la sociedad turca; la revolución de 1908, destronando a Abdul Hamid, llevó al poder a los «Jóvenes turcos», partido considerado como liberal. En Egipto, el liberalismo llegó a instalarse gracias al apoyo de Chej Mohamed Abdu, rector de la renombrada universidad de Azhar en el Cairo. Hasta entre los tártaros de Rusia el liberalismo musulmán hizo sentir su influencia y Arminio Vambery (1) señaló su evolución.

a) *El espíritu de reformas político-religiosas entre los musulmanes.* — Pero no todos los reformadores musulmanes con tendencias liberales han representado el verdadero partido del progreso evolutivo islámico; algunos, conservadores en el buen sentido de la palabra, parecen dispuestos a acoger toda modificación lógica, conservando, sin embargo, su equilibrio hereditario; otros grupos, por el contrario, han perdido todo contacto con su pasado espiritual e intelectual islámico, bajo la influencia de la civilización occidental. En todos los países musulmanes, en efecto, sobre todo en las regiones desde más tiempo sometidas a la dominación europea, la educación y la cultura europeas han influído sobre la mentalidad de elementos musulmanes que han adoptado una actitud que va

(1) Véase: Arminio Vambery. *Western Culture in Eastern Lands.* London. 1906.

desde la fácil indiferencia religiosa hasta el agnosticismo más declarado y, desde luego, con pérdida completa de las antiguas aspiraciones islámicas.

Ismael Hamet (1) describe perfectamente este estado de ánimo frecuente entre sus compatriotas argelinos:

«El escepticismo europeo no deja de tener una cierta influencia sobre los musulmanes argelinos que si, por una parte, han conservado un determinado apego a la forma exterior del culto, por otra ignoran, en general, las desviaciones anormales del sentimiento religioso. No renuncian a su religión, pero tampoco piensan en convertir a los que no la practican. Tienen empeño en que sus hijos la conozcan, pero no se ocupan de sus hermanos; no es incredulidad, no es todavía el libre pensamiento, pero ya es indiferencia.»

Al lado de estos elementos tibios, hay otros de carácter diferente, amalgama de sentimientos contradictorios; en general son elementos jóvenes cuyo cerebro se halla en plena fermentación de ideas europeas avanzadas: ateísmo, socialismo, bolchevismo, etc.

Estos revolucionarios fanáticos tienen muchos puntos de contacto con los fanáticos reaccionarios, a los cuales están unidos por el mismo odio contra el cristianismo. Considerándose como los jefes naturales de las masas ignorantes, estos revolucionarios tienen sed de autoridad política y protestan contra la dominación europea que se opone a su ambición. Muchas veces cubren sus tendencias revolucionarias con la etiqueta de «nacionalismo», y estos nacionalistas extremados ofrecen el espectáculo de ateos que adoptan la actitud de musulmanes fanáticos y que ostentan un celo religioso digno de un derviche; en realidad no son más que ambiciosos movidos por el deseo de dominación política y no por un ideal religioso de reforma islámica.

Aunque los reformadores liberales constituyen una fuerza efectiva en vía de progresión, sin embargo, son todavía la minoría. Las masas ignorantes siguen en el obscurantismo secular, odiando fanáticamente todo lo que no pertenece a su propio mundo.

El Islam se halla todavía entre dos fuerzas contrarias: la de la evolución por la reforma y la de la cristalización representada por

(1) Véase: Ismael Hamet. *Les Musulmans français du Nord de l'Afrique*. París, 1906.

los elementos del Islam llamados ortodoxos, que consideran como heréticos los movimientos de reforma con tendencia a la vuelta de la primitiva sencillez doctrinal de Mahoma, despojada de las complicaciones doctrinales y rituales adquiridas más tarde.

No cabe duda que el movimiento islámico basado sobre la idea de la necesidad de la reforma está en marcha: la Historia nos enseña que cuando una firme voluntad de reformas existe realmente, éstas acaban siempre por ser realizadas.

Es evidente que este espíritu de reforma ha provocado ya modificaciones importantes en el mundo del Islam, que no es ya lo que era hace un siglo. El fermento uahabita ha destruído en muchos puntos los abusos y ha dado a la fe musulmana una mayor pureza y también una mayor firmeza.

Las facilidades de locomoción multiplican las reuniones islámicas en las cuales se discuten los intereses generales de los pueblos musulmanes, y hasta se tratan cuestiones políticas que interesan al conjunto del mundo islámico y que tienden a reforzar los lazos de unión religiosa entre los pueblos que profesan la doctrina de Mahoma.

Capítulo II

LOS ASPECTOS POLÍTICOS DEL RENACIMIENTO DEL ISLAM

El renacimiento religioso del Islam ha tenido como consecuencia lógica la evolución política de las poblaciones mahometanas.

Como la mayor parte de los grandes movimientos sociales, este renacimiento político-religioso del mundo musulmán, es muy complejo: iniciado por la protesta puritana del siglo XVIII, se ha desarrollado, en poco más de un siglo, concretando sus aspiraciones en la reforma del Islam.

Pero, mientras una minoría formada por determinados elementos tiende a una reforma basada sobre el principio de evoluciones

consecutivas que le permitan llegar a la asimilación, no sólo del espíritu de progreso de la civilización occidental, sino también a sus formas exteriores, otros grupos, formados por agitadores militantes, están propensos a emplear los medios violentos, manifestándose, por otra parte, siempre hostiles a la civilización occidental.

Estos elementos militantes, muy diferentes de los reformadores progresivos del Islam, se dividen en dos grupos principales: los «panislamitas» y los «nacionalistas»; éstos son, en la actualidad, los dos aspectos políticos más característicos del renacimiento islámico.

1.° El panislamismo

En el sentido más amplio de la palabra, el panislamismo es: *el sentimiento de solidaridad que une a todos los musulmanes.*

En ese sentido, el panislamismo es muy antiguo, pues remonta a la época en que el Profeta se esforzó en crear la unión político-religiosa entre todos sus partidarios para combatir a los infieles, consagrándola con la fórmula: «todos los creyentes son hermanos». A pesar de todas las vicisitudes del Islam, y no obstante las continuas luchas intestinas, este principio de fraternidad musulmana ha persistido a través de los siglos, y no cabe duda que el lazo que une a dos musulmanes es hoy todavía, mucho más fuerte que el que puede existir entre dos cristianos.

La persistencia de este sentimiento de solidaridad entre musulmanes es debida principalmente a la peregrinación a la Meca, que pone en contacto todos los años a más de cien mil peregrinos procedentes de todos los puntos del mundo musulmán.

La reunión de estos peregrinos de idiomas y culturas diferentes, delante de la Kaaba sagrada, constituye en realidad un «congreso panislámico periódico», en donde los intereses de la fe islámica y los planes de defensa y de propaganda musulmana son estudiados y discutidos por los delegados de todos los países mahometanos.

En Europa se había generalizado la creencia de que la base principal del panislamismo era precisamente la institución del Califato musulmán. La práctica ha demostrado el error. No cabe duda de que el Califato ha desempeñado, sobre todo en los primeros tiempos del Islam, un papel histórico muy importante; la disgregación

política del mundo musulmán y las rivalidades le quitaron mucha importancia, hasta el punto de que cuando los Mogoles destruyeron Bagdad (1258 de J. C.), el Califato no era ya más que un fantasma, una sombra de lo que había sido.

En vano los Sultanes turcos intentaron devolverle su antigua autoridad y su prestigio pasado, tomando ellos mismos el título de Califas. Los árabes, desde tiempo ya, consideraban al Califato en manos de los turcos como un anacronismo. Los persas, chiitas, no podían admitirlo y los marroquíes, desde el advenimiento de las dinastías cherifianas, consideraban a sus propios sultanes como sus jefes religiosos, no teniendo para los Califas otomanes más que un respeto puramente teórico.

El Sultán de Turquía Abdul Hamid hizo una intentona ambiciosa para devolver al Califato su antiguo lustre; pero el éxito relativo que tuvo fué debido más bien a la fermentación panislámica que a la afirmación de su prestigio. Los mismos jefes del movimiento panislámico, como el Senusi, rindieron homenaje a Abdul Hamid, pero sólo en la forma, quedando, desde luego, netamente hostiles a él en el fondo.

El Decreto de Ankara, del 3 de marzo de 1924, suprimiendo el Califato en Turquía, produjo un cierto revuelo en el mundo islámico, porque era el Califato una institución indiscutiblemente venerada. Pero el fracaso del Congreso panislámico con vista al nombramiento de un nuevo Califa ha demostrado que el panislamismo moderno no cuenta ya con la influencia y el prestigio del Califato, pues hoy día es evidente que el poder atractivo del Islam reside principalmente en las instituciones como la peregrinación a la Meca y en las reuniones, cada día más frecuentes, de representantes de los países mahometanos.

a) *Los movimientos panislámicos.* — La primera etapa del panislamismo moderno ha sido el movimiento de reforma uahabita del siglo XVIII (1).

(1) No hay que confundir el primer movimiento uahabita, considerado como herético, del primer siglo de la Héjira, provocado por Sid Abdalah ibn Uahab er Recibii, con la reforma puritana que predicaba la vuelta a la primitiva sencillez islámica, iniciada en el siglo XVIII por Si Mohamed ben Abdel Uahab.

El Estado uahabita del Neyed debido a la adhesión de Mohamed ibn Seud a la doctrina de Ibn Abd el Uahab, se inspiró en la teocracia democrática de los Califas de la Meca y, no cabe duda que, cuando el Emir del Neyed se lanzó a la conquista de los Lugares Santos del Islam, creyó de buena fe que iba a conquistar el mundo musulmán para consolidar la reforma puritana islámica.

Aunque el Uahabismo no haya podido por entonces realizar este programa, sin embargo su influencia provocó hondos movimientos políticos hasta en las regiones más lejanas, como en la India y en el Afganistán, en donde estos movimientos representaban una verdadera protesta contra la decadencia política de los Estados musulmanes y contra la decadencia moral de los jefes del Islam.

Más tarde, hacia la mitad del siglo XIX, el panislamismo tomó netamente posición contra la influencia europea, que invadía el mundo musulman; en efecto, la conquista de Argelia por los franceses, la de Transcaucasia, por los rusos, y la dominación inglesa, extendida sobre casi toda la India, ponían de manifiesto que la reacción del Occidente contra el Oriente era cada día más enérgica y tenía por finalidad llegar a poner al mundo musulmán bajo la tutela de las potencias occidentales.

El peligro de la dominación europea contribuyó poderosamente al despertar del mundo musulmán. En los primeros tiempos la resistencia contra los avances europeos fué más bien esporádica y sin coordinación; personajes como Abd el Kader, en Argelia, y Chamyl, en el Cáucaso, adquirieron en la lucha una reputación legendaria, conquistaron la simpatía general de las poblaciones islámicas, pero no recibieron auxilio alguno y sucumbieron en su aislamiento.

Poco a poco, el odio y el temor fueron aumentando en contra de los europeos, hasta que, en 1870, una ola de fanatismo sacudió las poblaciones islámicas: en Argelia se produjo la sublevación de la Kabilía de 1871 y, en toda el África septentrional, santones fanáticos predicaban la guerra santa; en el Sudán egipcio se iniciaba la insurrección «madhista» que resistió a los esfuerzos militares ingleses hasta que, por último, Kitchener pudo sofocarla con la toma de Kartum, al final del siglo XIX. En Asia central, la poderosa cofradía de los Nekechanbendia provocó un levantamiento originado por el fanatismo que se propagó hasta el territorio chino, con

las grandes rebeliones de los mahometanos chinos en el Turkestán y en el Iunán. En el Afganistán, la recrudescencia del fanatismo tuvo repercusiones en la India inglesa, creando grandes dificultades políticas al Gobierno de la Gran Bretaña; en las Indias orientales holandesas, se inició una serie de movimientos levantiscos, como la guerra de Atchinque, movimientos que conservan todavía alguna vitalidad.

Pero todos estos movimientos eran espontáneos y locales, notándose una falta absoluta de coordinación, la ausencia de una autoridad central, directiva, obrando según un programa definido, a pesar de que todos ellos fuesen provocados por el temor y el odio hacia el extranjero y tuviesen las mismas aspiraciones.

La base principal de esta agitación ha sido la doctrina mística del *Madhismo;* esta doctrina, desconocida en el Islam primitivo, ya que el Corán no la menciona para nada, está basada en las «tradiciones», es decir: en las palabras atribuídas al Profeta, en las cuales anuncia la llegada de un hombre que tomará el nombre de El Madhi y que llevará al mundo la equidad y la justicia. Esta tradición ha dado origen a la creencia mesiánica de la llegada de un personaje inspirado por Dios que llevará el Islam al triunfo definitivo, asegurando la felicidad de todos los musulmanes. Esta creencia ha desempeñado un papel importante en la historia del mundo islámico; en varias ocasiones se han levantado fanáticos pretendiendo ser El Madhi, el Dueño de la Hora, arrastrando con sus predicaciones masas importantes de poblaciones fanatizadas.

Existe una gran analogía entre el madhismo musulmán y el mesianismo hebraico.

Es lógico que esta doctrina mística fuese tomada como base para una unión política de los pueblos musulmanes, dado el estado de defensa constante contra las presiones sistemáticas de las potencias europeas, y dado el estado de disgregación del mundo islámico. Pero la naturaleza misma del Madhismo no podía permitir la realización de nada concreto y de definitivo. Todas las veces que hubo una manifestación de Madhismo, no fué más que un fuego de paja que dejó a las masas desalentadas y desorientadas.

La impotencia de los más bravíos esfuerzos del fanatismo local contra la fuerza organizada y metódica de las potencias europeas,



SELSELA SUFISTA
(COFRADIAS RELIGIOSAS)



LAS COFRADIAS RELIGIOSAS
(COFRADIAS RELIGIOSAS)

llegó a convencer a los musulmanes de que, para que el Islam tuviese alguna probabilidad de poder sacudir el yugo de Occidente, era necesario prepararse a la acción y coordinar todos sus movimientos; para eso era indispensable estudiar los métodos europeos y adoptar, por lo menos en parte, el tecnicismo del poderío europeo. Pero, para poderlo hacer útilmente, era indispensable primeramente regenerar espiritualmente el mundo islámico; con esta regeneración espiritual se conseguirían las fuerzas morales necesarias no sólo para la guerra libertadora, sino también para la reconstrucción después de la lucha.

Sobre este principio, los elementos de reforma liberal del Islam y los Panislamistas llegaron a un acuerdo; ambos partidos reconocen la decadencia del Islam y la necesidad de su regeneración espiritual, pero divergen en el método: los unos creen que se deben asimilar de una manera efectiva las ideas de progreso europeo, mientras los otros opinan que no se deben adoptar más que los métodos y el progreso material de la civilización occidental.

b) Los diferentes aspectos del panislamismo

1. *El panislamismo a través del uahabismo.* — La reforma uahabita es indiscutiblemente la base del renacimiento musulmán; por reflejo lo es también del movimiento de defensa de los pueblos mahometanos contra la sumisión a las Potencias occidentales.

Los éxitos militares y políticos del Emir uahabita Abd el Aziz ibn Seud devolvieron a los partidarios de la doctrina de Mohamed ibn Abd el Uahab la custodia de los Lugares Santos del Islam que sus antepasados habían abandonado bajo la presión militar de Mehemt Ali (1818). Una gran parte del mundo musulmán esperaba que Abdel Aziz ibn Seud, Emir del Neyed, Rey o Malik del Heyaz, Imam de los Uahabita, guardián de los Lugares Santos del Islam y protector del Asir, se aprovecharía de la preponderancia que su tenacidad en la lucha y las circunstancias favorables le habían permitido adquirir para continuar la realización del programa de su antepasado Mohamed ibn Seud, que éste había iniciado a final del siglo XVIII. Pero la posición de Inglaterra en el próximo Oriente y el desarrollo actual de su política constituyen un obs-

táculo invencible, de momento, para las fuerzas de el que es llamado ya el «Dueño de la Arabia» (1).

A pesar de esto, la Arabia seudita en general y en particular la Meca, son consideradas como el centro de efervescencia en donde las aspiraciones político-religiosas de los uahabitas se amalgaman con las tendencias políticas del nacionalismo árabe en su fase racial de «panarabismo».

Es esta una cuestión de la cual trataremos ulteriormente.

2. *El panislamismo a través de las cofradías religiosas musulmanas.* — Uno de los medios de propaganda islámica y panislámica ha sido y es la acción de las cofradías religiosas musulmanas.

La formación de estas cofradías tiene como origen lejano la tendencia del musulmán a la asociación, tendencia que a su vez deriva de la creencia religiosa que ordena poner en común los bienes que Dios ha dado, para que los hermanos puedan aprovecharse de ellos. Poco a poco estas sociedades se crean, aumentan, se multiplican y se subdividen en ramificaciones, constituyendo cofradías; en realidad la existencia de estas cofradías está en oposición con la palabra del Profeta que ha dicho: «En el Islam no debe haber vida monacal» («La rahbaniieta fi el Islam»).

Mucho más antigua que la institución de las cofradías es la doctrina que practican: «El sufismo»; nacido en la India, naturalizado en Persia, se ha desarrollado entre los árabes bajo la forma de entusiasmo extático. En la actualidad, el sufismo o misticismo, a pesar de su degeneración, se encuentra bajo diferentes formas que recuerdan los antiguos cultos orientales.

La finalidad del sufismo (misticismo o tesuouf) es hacer penetrar en el espíritu del hombre el espíritu escondido de la ley, de acuerdo con la letra, y hacer llegar, con prácticas de piedad, a un estado de pureza moral y de espiritualismo tal que permita ver a Dios cara a cara, sin velos, y unirse a Él.

Estas asociaciones tenían, en general, un carácter exclusivamente religioso, algunas veces de un misticismo exagerado, con partici-

(1) En estos últimos tiempos la ingerencia americana para la explotación de los yacimientos petrolíferos de arabia seudita ha dado mayores riquezas al seudo Uahabita, pero ha hecho disminuir su prestigio en el mundo musulmán.

pación muy limitada en los asuntos de carácter civil o político; su influencia política, cuando existía, era únicamente local, y muchas veces, sólo circunstancial. Por otra parte, las rivalidades y los celos existentes entre las diversas cofradías hacían imposible una unión seria de todas ellas para realizar una acción de conjunto.

La historia de las cofradías religiosas musulmanas señala, sin embargo, la intervención activa de algunas de ellas en movimientos políticos o guerreros, como la presencia de los Badauia en la batalla de Fareskur (en el siglo XI de J. C.), en donde derrotaron a los cristianos, y la importancia política que llegó a adquirir en Argelia la cofradía de los Derqaua, sosteniendo la lucha contra las autoridades turcas del país.

Pero es desde la mitad del siglo XIX cuando las cofradías religiosas han tomado una orientación política, transformándose en asociaciones político-religiosas; es notorio el apoyo que la cofradía de los Qadria (o Kadiria) proporcionó al Emir Abd el Kader uld el Mahi ed Din en sus luchas contra los franceses. También se sabe que la mayor parte de los movimientos insurreccionales señalados en la región argelina, en la segunda mitad del siglo XIX, han sido provocados por las diversas cofradías religiosas como los Am-marias, los Rahamanias, etc.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, el desarrollo político de la cofradía senusita, llegó a hacer de ella uno de los principales factores políticos del panislamismo.

La cofradia «Senusia» representa el tipo de la cofradía religiosa musulmana con aspiraciones políticas; el programa panislámico de su fundador estaba en su pleno desarrollo cuando la expansión italiana en Libia empezó a ponerle trabas. Este programa muy vasto comprendía, en primer lugar, la unificación del África musulmana que debía ser completada por la del mundo mahometano bajo el «Imamato» análogo al de los primeros tiempos del Islam, constituyendo así una inmensa teocracia que debía comprender a todas las poblaciones islámicas.. La acción italiana en Libia llegó a destruir el poder temporal de los senusitas e hizo perder a la cofradía la mayor parte de su influencia político-religiosa; pero ésta no ha desaparecido por completo orientando su propaganda hacia el África central.

Aunque la cofradía senusia tenga adeptos en todo el mundo musulmán y su influencia haya llegado hasta los Lugares Santos del Islam, su centro de acción radicaba en el África septentrional y en particular en la región líbica.

En situación difícil, algunas veces, con los turcos de Tripolitania, los Senusitas conservaron una cierta neutralidad en la guerra italoturca y por algún tiempo evitaron una ruptura directa con las autoridades europeas. Pero, Si Ahmed ech Cherif Senusi, fanático, de espíritu inquieto, después de la Paz de Losanna (1912), recibió de Enver Bajá, comandante de las tropas turcas en Cirenaica, el encargo de continuar la resistencia contra los italianos; y en efecto Si Ahmed ech Cherif inició las hostilidades contra éstos, en mayo de 1913.

En julio de 1915, al entrar Italia en el conflicto europeo y después de una nueva declaración de guerra italoturca, Si Ahmed ech Cherif Senusi fué nombrado por el Sultán de Turquía gobernador de la Tripolitania y de las regiones dependientes de ésta. Durante tres años, el Senusi, sostenido por su fanatismo y por su odio contra los infieles, estuvo guerreando contra los italianos y contra los ingleses con suerte diversa, hasta que, poco tiempo antes de la firma del armisticio (11 de noviembre de 1918), abandonó la región líbica refugiándose en Turquía.

En el mundo musulmán la personalidad de Si Ahmed ech Cherif Senusi adquirió una cierta importancia hasta el punto de que, en 1924, cuando se trató de reunir un Congreso panislámico para la elección de un Califa del mundo musulmán (1924-1926) uno de los personajes islámicos de quien se habló como candidato a ese cargo fué precisamente Si Ahmed ech Cherif.

La inmediata postguerra de la de 1914 a 1918, creó una situación difícil para Italia, por la incomprensión del problema colonial por parte de los Gobiernos, preocupados por la situación interior de la península. El «modus vivendi», firmado en 1917, y con el cual el gobierno italiano entendía dar un título honorífico y una autonomía administrativa al jefe senusita, fué interpretado de un modo completamente diferente, creándose, de hecho y oficialmente, un gobierno independiente en manos de los Senusitas que, desde luego, dificultaron la implantación del Estatuto líbico.

Esta política de debilidades y de remiendos siguió durante algún

tiempo, llegándose al convenio de Bu Meriem y a la formación de los campamentos mixtos. Pero al ser nombrado Ministro de las Colonias, Luigi Federzoni, la situación cambió por completo; en poco tiempo la energía del nuevo gobierno se impuso y normalizó completamente la situación en Tripolitania, adelantando rápidamente los trabajos de pacificación en Cirenaica.

El jefe senusita, Mohamed Idris, fué obligado a descubrir su juego y sus relaciones con el «Comité de Reformas islámicas», y tratado como rebelde, perdió la autoridad que había adquirido con los gobiernos anteriores.

Desde entonces la doctrina senusista fué extendiéndose hacia el África central, convirtiendo al Islam las poblaciones negras fetichistas de esas regiones, haciendo entre ellas numerosos prosélitos.

El África septentrional es, en realidad, el país más propicio para el desarrollo de las cofradías religiosas musulmanas, cuyas doctrinas místicas se transformaron rápidamente en *marabutismo*. En Marruecos han adquirido un gran desarrollo las cofradías derivadas de la escuela mística purificada del renombrado filósofo español Chaib Abu Median el Andalusi, de Sevilla, discípulo del gran místico Sid Abd el Kader el Yilani.

Estas doctrinas fueron enseñadas en Marruecos por el santón de gran fama Abd es Selem ben Mechich, contemporáneo y súbdito del Sultán Abd el Mumen (siglo XII de J. C.) y propagadas en África septentrional, Egipto, Oriente y hasta en Arabia por el discípulo de éste, Sidi Hasan ech Chadeli.

La doctrina mística del chadelismo se transformó rápidamente en marabutismo, dando origen a una serie de cofradías religiosas, algunas de las cuales han adquirido una gran importancia política y religiosa, sea por ellas mismas, sea por las familias xerifianas que las sostienen, sea por sus derivadas.

A esta doctrina pertenecen las cofradías religiosas: de los Taibia, infeudada a la familia de los Xorfas de Uazan; la Derqaua y su derivada la Alauita (o Aluiin), cofradía ésta esencialmente política, pues los preceptos de la cofradía Derqaua, de la cual deriva, transforma a los Aluiin en un instrumento político muy activo (1).

(1) Véase: ANGELO GHIRELLI. *El Norte de Marruecos*. 1926. Melilla.

En general, todas estas cofradías están organizadas sobre un mismo modelo o tipo general: inspiradas por una doctrina mística, la autoridad está concentrada entre las manos del Chej o Gran Maestro; prácticamente la cofradía se divide en Zauias dirigidas por un maestro o moqad-dem que extiende su autoridad sobre los *Ijuan* o adeptos de su circunscripción.

La mística musulmana comprende también dos personajes que conviene señalar: el *deruich* y el *xerif*.

El primero es un iluminado, el «hombre de Dios» que se encuentra en todos los sitios y que, según la creencia popular, recibe sin esfuerzo alguno la parcela divina, «la baraka»: el deruich es venerado como un santón.

El segundo, descendiente del Profeta por su hija Fatima, es también un elegido de Dios y tiene el privilegio de poder ver a Dios y operar milagros; en África del Norte, el xerif es frecuentemente el santón (marabo); pero hoy en día se puede decir que no existe ningún santón ni cherif que no se apoye en una cofradía religiosa; la sumisión incondicional de los Ijuan al Chef o maestro espiritual da a las cofradías una gran fuerza político-religiosa (1).

3. *El panislamismo de Sid Yemal ed Din el Afgani.* — Otro foco importante de panislamismo es la propaganda efectuada por un grupo de pensadores, al frente de los cuales se hallaba Si Yemal ed Din el Afgani, nacido a principios del siglo XIX de J. .C., en Asadabad, cerca de Hamadan (Persia); como su nombre indica, Si Yemal era originario del Afganistán.

Dotado de una gran inteligencia y de una vasta cultura adquirida por la lectura y en sus viajes por el mundo musulmán y por Europa, llegó a reunir una importantísima documentación que utilizaba en las diversas ramas de su actividad. Propagandista dotado de magnetismo personal, en todos los países islámicos en donde efectuó su propaganda dejó semilla intelectual. Si Yemal es el primer musulmán que se ha dado cuenta del peligro para el mundo islámico de caer totalmente bajo la dominación europea, y ha pa-

(1) Los Ijuan uahabita constituyen el elemento de choque del Emir Abd el Agig Ibn Seud, que debe a ellos, sus conquistas en Arabia.

sado su vida estudiando los medios de defensa del Islam contra la manumisión occidental.

Agitador ardiente, no se preocupó de la teología islámica, consagrándose únicamente a la política. Perseguido por los ingleses en la India, se trasladó a Egipto en donde tomó parte en el movimiento antieuropeo de Arabí Bajá; pero al ser ocupado Egipto por los ingleses en 1882, Si Yemal fué expulsado, refugiándose entonces en Constantinopla, en donde encontró un protector generoso en el Sultán Abdul Hamid, al lado del cual permaneció hasta su muerte, ocurrida en 1896.

En un artículo firmado X y publicado en la «Revue du Monde Musulman» de marzo de 1913, bajo el título «Pan-islamisme y Panturquisme», el autor da un resumen interesante de los principios propagados por Si Yemal el Afgani, resumen que es el siguiente:

«El mundo cristiano, a pesar de sus divergencias interiores de raza y de nacionalismo, se halla coaligado, en oposición al Oriente y en modo particular al Islam, para el aniquilamiento de los Estados musulmanes.

»Las Cruzadas siguen existiendo, como también el espíritu fanático de Pedro el Ermitaño. La cristiandad mira todavía al Islam con odio y con desprecio fanáticos; éstos se manifiestan de diversos modos, como, por ejemplo, por el derecho internacional, que no trata a las naciones musulmanas de igual manera que a las cristianas.

»Los gobiernos cristianos alegan, para disculpar los ataques y las humillaciones que infligen a los Estados musulmanes, la situación atrasada y la barbarie en que éstos se hallan; sin embargo, dichos gobiernos entorpecen por todos los medios, y hasta con la guerra, todo intento de reforma y de renacimiento que se realice en los países musulmanes.

»El odio hacia el Islam es común a todos los pueblos cristianos, y el resultado de este estado de espíritu, es un esfuerzo común y continuo, con vistas a la destrucción del Islam.

»La cristiandad pone en ridículo y calumnia los sentimientos y las aspiraciones de los musulmanes. Los europeos llaman «fanatismo» en Oriente lo que en sus países denominan «nacionalismo» y «patriotismo»; tachan de «patriotismo exagerado y belicoso» lo que

para ellos mismos llaman «respeto de sí mismo», «orgullo», y «honor nacional». El sentimiento que en Oriente, según ellos, no es más que *xenofobia,* en Occidente es «sentimiento nacional».

»De todo esto resulta que el mundo musulmán en masa debe unirse en una gran alianza defensiva, para evitar ser aniquilado; y para llegar a este resultado, debe adquirir la técnica del progreso europeo y aprender los secretos del poderío occidental.»

El panislamismo así comprendido, es, en realidad, un sentimiento basado sobre el temor y el odio contra el invasor europeo, que tiene por finalidad contrarestar el esfuerzo continuo y tenaz del occidente europeo para penetrar en el mundo musulmán.

Pero Yemal no fué el único que sostuvo estas ideas; otros musulmanes influyentes se ocuparon, desde mediados del siglo XIX, en propagarlas, principalmente el turco Aalí Bajá. El sultán Abdul Hamid se sirvió de ellas como base para su campaña panislámica.

Elevado al trono en 1878, a raíz de la guerra desastrosa para Turquía contra Rusia, Abdul Hamid encontró el poder en manos de hombres de Estado cuyo afán era transformar a Turquía en un Estado moderno y que, en cumplimiento de su programa, habían empezado a introducir una serie de innovaciones occidentales, comprendido el Parlamento.

El sultán Abdul Hamid se aprovechó del estado de confusión que había resultado de la guerra desgraciada contra Rusia, para abolir el Parlamento, inaugurando con esta medida un reinado basado sobre el despotismo más absoluto y una política personal que desde el primer momento se manifestó resueltamente panislámica. Su mismo cargo de Califa del mundo musulmán le sirvió para el desarorllo de esta política. Se presentó a los ojos de los mahometanos, como deseoso de extender su influencia religiosa más que de imponer la autoridad política del Estado turco.

Durante treinta años Constantinopla fué el centro de la más activa propaganda panislámica y de donde salían emisarios llevando mensajes del Califa a todos los países del mundo musulmán, alentando a las poblaciones islámicas y prometiéndoles la próxima liberación del peligro amenazador de la dominación cristiana. Con esta propaganda Abdul Hamid buscó conseguir el apoyo de todos los musulmanes para poder, en un momento determinado, hacer frente

a las potencias europeas que intentasen tomar medidas agresivas contra Turquía..

c) El panislamismo durante la guerra de 1914-1918

Esta propaganda del sultán Abdul Hamid fué interrumpida por la revolución de los «Jóvenes turcos» que expulsó el Sultán del trono de Turquía (1908).

La propaganda de Abdul Hamid había llegado indiscutiblemente a extender la autoridad espiritual del Califa, y las masas musulmanas le profesaban una gran veneración; pero el ex Sultán de Turquía no había conseguido hacer suyos algunos de los elementos más importantes del panislamismo, como el Senusi y el partido liberal musulmán, que estaban indispuestos contra él por su despotismo que tachaban de reaccionario. Su influencia, pues, no llegó nunca a generalizarse políticamente de manera que pudiese, en un momento determinado, levantar todas las masas musulmanas.

La revolución de los «Jóvenes turcos» de 1908, seguida de cerca por la revolución persa y por movimientos sediciosos en diversas partes del mundo islámico, complicó la situación general; el panislamismo en contacto con nuevas fuerzas, como el constitucionalismo, el nacionalismo y hasta la agitación social comunista, perdió su primitiva orientación, y durante un cierto tiempo reinó la mayor confusión e incertidumbre espiritual en el mundo islámico. Pero este período fué corto, y en 1912 el panislamismo había ya vuelto a su cauce antieuropeo.

A eso había contribuído la actitud de Europa; la acción de Italia en Libia, en 1911; los ataques a Turquía, en 1912, por los Estados cristianos de los Balcanes; la acción política más intensa de Inglaterra y de Rusia en Persia; por último, el Tratado de Protectorado de Francia y España sobre Marruecos, que daba a esas dos naciones el dominio real del territorio del antiguo imperio xerifiano, provocaron una fuerte reacción en el mundo islámico que buscó el apoyo de los infieles contra la amenaza de la dominación cristiana.

Un Chej mahometano de la China escribía que: «si el Japón piensa ser un día una potencia muy poderosa, asegurando la supremacía de Asia sobre los otros continentes, sólo podrá conseguirlo

convirtiéndose al Islam». Pero el Japón no pareció tomar en consideración estas insinuaciones islámicas (1).

La guerra europea halló al mundo islámico en franca agitación contra la ingerencia europea y deseoso de unirse y hasta de buscar alianzas entre los pueblos asiáticos contra la amenaza occidental.

Parece, pues, extraordinario que, cuando Turquía entró en el conflicto europeo y el Sultán-Califa lanzó un llamamiento para la guerra santa, no se produjese un levantamiento general de todos los mahometanos. Las llamaradas insurreccionales señaladas en diversos puntos de los países musulmanes quedaron todas localizadas; los jefes del Islam no propagaron la voz del Sultán de Turquía, al contrario, muchos musulmanes influyentes condenaron la intervención turca en el conflicto y procuraron calmar el espíritu de las masas. Para la mayor parte de los jefes panislámicos, no había todavía llegado el momento y la ocasión de emprender la lucha definitiva contra las Potencias occidentales, pues su preparación material era insuficiente y además no existían entre ellos acuerdos definitivos, como tampoco entre ellos y sus aliados eventuales no musulmanes. Muchos de ellos estimaban que la entrada de Turquía en el conflicto europeo no podía dar fruto más que a favor de las otras Potencias europeas, que a su vez se aprovecharían de la situación para imponerse al Islam.

Con el Tratado de Versalles, las Potencias europeas vencedoras mostraron claramente que no tenían intención de abandonar sus ideas de dominio de los países musulmanes. En virtud de tratados secretos firmados durante la guerra, el Imperio otomán había quedado prácticamente parcelado entre los Aliados vencedores, y estos tratados secretos constituyeron, en parte, la base del Tratado de Versalles.

Durante los años de guerra (1914-1918), algunos hombres de Estado proclamaron oficialmente y en diferentes ocasiones que «se estaba combatiendo para el establecimiento de un orden mundial basado sobre el principio de los derechos de las pequeñas naciones y de la libertad de los pueblos».

Pero, al negociarse la paz, se vió que estas declaraciones, que habían sido acogidas favorablemente por el mundo musulmán, que-

(1) Véase: F. Farjanel. *Le Japon et l'Islam.*

daban en estado de teoría, pues no sólo no se llevaron a la práctica, sino que tampoco se tuvieron en cuenta para el Tratado definitivo de Paz.

Esta actitud de los Aliados vencedores (Francia e Inglaterra principalmente) ocasionó una gran desilusión en el ambiente islámico, provocando una fuerte agitación que el ilustre orientalista italiano el Duca de Sermoneta señalaba en mayo de 1919, hablando de las repercusiones de la guerra europea en Oriente: «Esta convulsión ha conmovido hasta en sus fundamentos a la civilización oriental islámica. El mundo oriental todo, desde la China hasta el Mediterráneo, está en ebullición. En todas partes arde el fuego escondido del odio hacia Europa; los motines en Marruecos, las sublevaciones en Argelia, el descontento en Tripolitania, las intentonas llamadas nacionalistas en Egipto, Arabia, Libia, no son más que manifestaciones de un mismo sentimiento profundo y tienen todas una misma finalidad: la rebelión del mundo oriental contra la civilización europea.»

En realidad no se debe considerar al panislamismo como una sencilla reacción política en defensa de los elementos islámicos contra una agresión exterior; el panislamismo tiene su origen profundo en el sentimiento de solidaridad predicado por Mahoma y que une a los musulmanes con lazos no sólo religiosos, sino también sociales y espirituales.

Sir T. Morison en su libro (1) dice: «La verdad es que el Islam es más que una creencia; es un sistema social completo; es una civilización con filosofía, cultura y arte propios. En su larga lucha contra la civilización rival de la cristianidad, ha llegado a ser una unidad orgánica, consciente de sí mismo.»

Aga Khan, uno de los jefes del partido liberal musulmán de la India dice: «Existe un panislamismo justo y legítimo al cual todo mahometano sincero y convencido debe pertenecer, y es la teoría de fraternidad espiritual y de unidad entre todos los hijos del Profeta. La verdadera unidad espiritual e intelectual del Islam debe ir aumentando siempre, porque es el fundamento de la vida y del alma de los partidarios del Profeta» (2).

(1) Véase: Sir T. Morison. *England and Islam.* London, 1919.
(2) Véase: H. H. The Aga Khan. *India in Transition.* London, 1918 (pág. 158).

Tales son los sentimientos de los musulmanes más adelantados y más favorables a la civilización europea. No cabe duda de que existen, de una manera más o menos definida, en todas las clases musulmanas.

El oficial alemán Ernst Paraquin, ex teniente coronel otomán y jefe en el Estado Mayor general durante la guerra (1914-1918), explica en el «Berliner Tageblatt» del 24 de enero de 1920, concretamente las razones que a su parecer habían hecho fracasar el movimiento panislámico durante la guerra de 1914-1918: «La guerra santa ha sido un fracaso completo, sencillamente porque no era una guerra santa.»

Mas si en esta ocasión el movimiento panislámico no llegó a generalizarse, no por eso quiere decirse que esta generalización sea imposible. Sin embargo, hoy día, por muchas razones, un movimiento general de todos los países musulmanes puede considerarse como muy difícil, si no imposible.

No es que los fermentos necesarios para la unión ofensiva de los elementos islámicos contra la ingerencia europea falten; desde la guerra de 1914, el sentimiento de solidaridad musulmana se ha avivado y los medios de comunicación rápida favorecen considerablemente la propaganda y la unión de los elementos mahometanos. Algunas cifras, aunque ya antiguas, demuestran, sin embargo, la progresión de la propaganda musulmana del siglo XX: A. Servier (1) dice que en 1900 no había más que 200 periódicos de propaganda islámica; en 1906 ya eran 500, y en 1914 habían llegado a 1.000.

El inglés B. Temple en su «The Place of Persia in World Politics» dice: «Cada país musulmán está en comunicación con los otros países directamente, por medio de emisarios especiales, de peregrinos, de viajeros, de comerciantes y de la correspondencia postal; indirectamente, por medio de periódicos, libros, folletos y revistas periódicas musulmanas. Encontré periódicos del Cairo en Bagdad, Teherán y Pechaver; periódicos de Constantinopla en Basora y Bombay y periódicos de Calcuta en Mohamerah, Kerbela y Port-Said.»

(1) Véase: A. SERVIER. *Le Nationalisme musulman.*

La actitud de Europa hacia el mundo islámico y en modo particular de Inglaterra y Francia, empuja a los liberales musulmanes hacia el panislamismo político, a pesar de que en principio sean favorables a las ideas de Occidente y opuestos a las tendencias intransigentes del panislamismo.

Por otra parte, la creación de nuevos partidos con tendencias a la independencia política y religiosa demuestra el estado de dinamismo en que se desarrollan los pueblos mahometanos; en Arabia, en el Neyed, se ha formado un movimiento puritano y fanático, el de los Ijuan, manifestación directa del uahabismo; el fanatismo de los Ijuan es extraordinariamente activo, y su programa comprende la realización del antiguo ideal uahabita, es decir, la conversión de todo el mundo musulmán al primitivo puritanismo islámico.

Otro movimiento de carácter religioso (por lo menos hasta ahora) y análogo al uahabismo es «Es Salafiah» de origen hindu, que se ha propagado rápidamente por África septentrional.

Pero todos estos movimientos panislámicos, cualesquiera sean sus divergencias internas, son manifestaciones indiscutibles de un sentimiento y tienden hacia un mismo objetivo, es decir, a la liberación del mundo musulmán de toda imposición política por parte de las Potencias no musulmanas.

d) El panislamismo económico

El panislamismo económico es el resultado directo de la penetración de las ideas occidentales en el ambiente islámico.

Hace pocos años, el mundo musulmán estaba todavía en un período equivalente a la Edad Media económica; las reglas del «Cheriat», o derecho musulmán, prohibían el préstamo a interés, dificultando de este modo el desarrollo económico en el sentido moderno; el comercio y la industria se hallaban en manos de los cristianos y de los hebreos; la conquista económica abría a los europeos el camino de la penetración política en los países islámicos. La preponderancia económica europea se manifestaba por la inundación de los mercados indígenas con productos de fabricación a máquina y barata; este acaparamiento de los mercados provocó una reacción entre los mahometanos más perspicaces que pensaron en un «modus

vivendi» que permitiera al Islam abrirse camino desde el punto de vista económico.

Los métodos occidentales fueron estudiados e imitados; las prohibiciones del «cheriat» fueron eludidas o ignoradas sistemáticamente y se inició de esta manera la evolución hacia el sistema económico europeo.

La solidaridad económica islámica constituye un importante factor de panislamismo, acentuando los lazos entre todos los creyentes; los liberales, los panislamistas y los nacionalistas, al tomar contacto entre sí en el terreno económico, se encuentran en un campo común, en el que se llegan a establecer cooperaciones entre correligionarios musulmanes con fines comerciales y según los métodos importados de Occidente, que los europeos mismos no pueden considerar como ilegales ni atreverse a reprimirlos.

El panislamismo económico manifiesta tener una finalidad bien concreta que es la de reunir la riqueza en manos musulmanas. Los beneficios del comercio y de la industria para los musulmanes, la eliminación del capital cristiano a favor del musulmán y, sobre todo, la supresión de la intervención europea en las fuentes naturales de riqueza de los territorios islámicos por la anulación de las concesiones de terrenos, minas, bosques, ferrocarriles, etc., que desvían hacia el extranjero las riquezas de los países musulmanes, éstas son las aspiraciones del panislamismo económico. Los principales instrumentos de esto son las asociaciones comerciales indígenas.

No cabe duda que la organización y el desarrollo del panislamismo económico es la base más seria para la generalización del movimiento panislámico político-religioso.

2.° El nacionalismo

El espíritu de nacionalidad es una de las fuerzas más importantes de los tiempos modernos y existe en el mundo entero.

La definición de esta fuerza, de carácter tan netamente decisivo, ha sido objeto de muchas discusiones y se han presentado numerosas teorías buscando identificar el nacionalismo con el lengua-

je, la cultura, la raza, la política, la geografía, el régimen económico o la religión; no cabe duda de que todos estos son factores que contribuyen considerablemente a la formación de la conciencia nacional, pero el nacionalismo es superior a estos elementos constitutivos y los coordina en una síntesis nueva y más elevada.

En realidad, el nacionalismo es un estado de espíritu, es una creencia, es el sentimiento de unión que existe entre los individuos de una agrupación ligados entre sí por los lazos que constituyen la nación. Una comunidad o pueblo, coherente consigo mismo, organizado bajo un solo gobierno y que ocupa un determinado territorio: ésta es la nación.

El ideal *nación* puede existir durante varias generaciones en estado de sencilla aspiración, sin atribuciones tangibles, como la soberanía o las fronteras materiales. Pero, al realizarse este ideal, se forma un «cuerpo político» que se llama «Estado» y que es la manifestación material del ideal «nación».

Se debe tener en cuenta, sin embargo, que un Estado puede no ser una nación, como por ejemplo el antiguo imperio austrohúngaro, que estaba formado por un conglomerado de nacionalidades diversas y que el choque de la guerra de 1914 disgregó completamente; Suiza, por lo contrario, considerada desde el punto de vista de los factores constitutivos de la nacionalidad (esto es, idioma, cultura, religión y geografía) es una anomalía absoluta, y, sin embargo, durante la guerra europea de 1914 ha demostrado poseer un sentimiento de nacionalidad muy vivo, que se ha ratificado durante el último conflicto mundial.

Los términos «raza» y «nacionalidad» son confundidos frecuentemente, aunque representen conceptos absolutamente distintos; la *nacionalidad* es una abstracción política, es decir, una *concepción psicológica*, mientras que la *raza* es un *fenómeno antropológico* concreto, que se puede determinar con precisión por medio de procedimientos científicos, como la medición del cráneo el color de los ojos, de la piel, etc.

No cabe duda que de estos elementos la raza constituye el más fundamental, pero, como dice Eugenio Pittard (1): «Los hechos

(1) Véase: Eugene Pittard. *Les Races et l'Histoire.*

etnográficos, lingüísticos e históricos nos han ocultado a veces, con visiones falsas, la realidad antropológica.»

La cuestión «raza» ha sido estudiada y apreciada en su justo valor sólo desde hace unos sesenta años y, aunque científicamente determinada, no se ha vulgarizado. Por esto mismo vemos con frecuencia que existe una gran confusión entre los términos: raza, pueblo, nación, idioma, cultura o civilización, empleados muchas veces impropiamente.

Como dice Marcelino Boule: «Hay que tener en cuenta que «la raza», al representar la continuidad de un tipo físico, representa una agrupación esencialmente natural, y que generalmente no tiene nada de común con el pueblo, la nacionalidad, el idioma, las costumbres, cosas que corresponden a agrupaciones puramente artificiales, en modo alguno antropológicas, y que reflejan la historia, de la cual son un producto. Así, pues, no existe una raza bretona, sino un pueblo bretón; una raza francesa, sino una nación francesa; ni una raza aria, sino lenguas arias; ni tampoco una raza latina, sino una civilización latina.»

Raza y *nacionalidad,* a pesar de ser conceptos diferentes en todos sus puntos, están relacionados entre sí y, como dice muy propiamente Henri Berr (2): «Las *razas antropológicas* se descomponen y se multiplican en *razas históricas* o *grupos étnicos;* los grupos étnicos se mezclan y se transforman en *pueblos* y *naciones.* Las naciones al combatirse se compenetran, forman la obra común: la civilización, y tienden a unirse en sociedad. La Humanidad se hace y se rehace; la unidad física, caso de que exista, queda sustituída poco a poco por la unidad psíquica, y la unidad de parecido por la unidad de conciencia.»

En estas condiciones es lógico que el hombre se preocupe más de la cuestión «nacionalidad» que es una concepción psicológica, que de la cuestión «raza», y en efecto, nuestra vida política está dominada más bien por la idea de nacionalidad que por la de raza, y en la práctica, la política está influída y determinada más por lo que los hombres creen ser, que por lo que son realmente.

El conflicto europeo es un caso típico de este hecho; se consi-

(1) Véase: Eugene Pittard. *Les Races et l'Histoire;* preface por Henri Berr.

dera generalmente como una guerra de raza a la guerra europea. Desde el punto de vista antropológico esta creencia es un error. Los etnólogos han comprobado de un modo terminante que Europa, aparte de algunas supervivencias del paleolítico y de algunos invasores asiáticos, históricamente recientes, está habitada por tres razas principales: la *raza nórdica,* rubia y con cabeza alargada; la *raza alpina,* de color de pelo y de ojos intermediarios y con cabeza redonda; la *raza mediterránea,* morena y con cabeza alargada. Estas tres razas están divididas y mezcladas de tal manera que cada nación europea comprende elementos de dos de estas razas, si no de las tres.

Eugenio Pittard en la obra ya citada dice: «Desde que la circulación humana se intensificó a través de los continentes, las razas primitivas se mezclaron. Hasta el neolítico, la Europa occidental no conoció más que dolicocéfalos, aunque de tipos diferentes. La llegada de los primeros braquicéfalos alteró profundamente aquella relativa uniformidad. Desde entonces las mezclas se acentuaron sin parar, y no es posible ya hablar en Europa de razas puras.»

a) *Origen del nacionalismo en el mundo musulmán.* — La idea de *nacionalidad* era un concepto fuerte y definido, aunque sólo psicológico, basado sobre una identidad aproximada de cultura, lenguaje y de historia, y derivado del concepto estrecho, existente en la Edad Media y limitado entonces a la religión, al feudo y al dialecto.

Pero, hacia la mitad del siglo XIX, la primitiva concepción de la nacionalidad fué insuficiente; la generalización de las ideas nacionalistas dió origen a una nueva concepción que llegó a comprender a todos los individuos de un mismo lenguaje, de una misma cultura y tradición histórica, por alejados que estuviesen unos de otros; y para expresar este nuevo estado de espíritu se hizo necesaria una nueva terminología.

Se acudió a la *raza,* utilizando impropiamente términos que se refieren a pseudo-razas, como: pangermanismo, paneslavismo, pananglicismo, panlatinismo, etc., y sus derivados, como panhelenismo, panservismo, etc.

Esta nueva fase del nacionalismo, que podría llamarse, aunque

impropiamente, «fase racial», quedó en los primeros tiempos confinada a los centros de civilización europea primitivos; pero, poco a poco, con la expansión de las ideas occidentales, invadió también el Oriente. Los movimientos de los «Jóvenes turcos», de los «Jóvenes egipcios» y la agitación nacionalista que surgía en regiones tan distantes unas de otras como Argelia, Persia, India, indicaban claramente que también el mundo oriental estaba contaminado por la fermentación nacionalista. Ésta dió origen al panturquismo, al panarabismo y a la paradoja del «Nacionalismo panislámico».

No cabe duda que el mundo musulmán, antes de estar sometido a la presión de la influencia europea, ignoraba en absoluto o, mejor dicho, no tenía conciencia del fenómeno psicológico de la nacionalidad. Los elementos constitutivos del nacionalismo, aunque existentes, estaban diseminados y sin coordinación alguna entre sí; la conciencia nacional de los pueblos musulmanes estaba todavía en un estado rudimentario, y se puede afirmar que sólo existía un espíritu de unidad, inerte, apenas perceptible y muchas veces ignorado por los mismos interesados, pero susceptible de desarrollo en determinadas circunstancias.

Por otra parte, el precepto islámico de «fraternidad entre todos los creyentes (musulmanes)» y la concepción política de la teocracia democrática que representa el Imamato, son contrarios al principio del nacionalismo; la formación de nacionalidades musulmanas soberanas debía encontrar las mismas dificultades que las nacionalidades europeas, en formación en la época del Renacimiento, tuvieron que vencer a causa de las concepciones medioevales del dominio temporal de los Papas y del «Santo Romano Imperio».

Es lógico, pues, que en este ambiente poco favorable, las tendencias nacionalistas musulmanas se desarrollaran, en principio, de una manera lenta, confusa y sin cohesión; los conceptos de «Patria» y de «Nacionalidad» no eran considerados como criterios diferenciales entre los hombres. Sólo desde hace algunos decenios la palabra árabe «autan» es de aplicación corriente en el sentido de «patria». En realidad, el término «autan», en lengua árabe, lengua de nómadas, significa *lugar elegido para residir* y, por lo tanto, implica la idea de un lugar de elección y no de nacimiento.

En Oriente, la patria es un hecho espiritual, y para el oriental

la verdadera patria es la religión y, sobre todo, la religión musulmana que constituye el compendio de las leyes sociales de esas poblaciones. El concepto de nacionalidad ligado a un territorio es un concepto netamente occidental y de importación reciente; por lo tanto, el patriotismo en el sentido europeo es un sentimeinto que no ha penetrado profundamente en el ánimo del oriental; y hablando de nacionalismo es necesario especificar y hacer una distinción entre el nacionalismo europeo y el nacionalismo oriental, así como conviene diferenciar el nacionalismo sentimiento y doctrina política, del nacionalismo o partido nacionalista, si se entiende por nacionalismo esa exaltación peculiar de sí mismo y el odio y desprecio hacia el extranjero que, para la mayor parte de la gente, constituyen la esencia del sentimiento o doctrina del nacionalismo; la xenofobia es uno de los sentimientos elementales, premorales, de la humanidad, y para los mahometanos cuya verdadera patria es la religión, *nosotros* representa a los que practican el Islam y *los otros* son los no musulmanes.

b) *Concepción islámica y oriental del nacionalismo.* — A los ojos del mahometano es necesario haber nacido, o haber tomado carta de naturalización en una determinada comunidad musulmana, para poder ser considerado como musulmán.

Todo musulmán se siente entre los suyos en cualquier punto del mundo islámico adónde vaya, de modo que un individuo inmigrado en una región puede considerarse como perteneciente a ella, al poco tiempo de haber llegado. Esto explica por qué el Islam ha tenido siempre una idea neta de su unidad territorial y espiritual. Todo país en el cual predomine el musulmán, constituye a los ojos de los mahometanos el *Dar el Islam;* mientras que los países no musulmanes son designados colectivamente con el nombre de *Dar el Harb.*

El *Dar el Islam* es un bien que pertenece en común a todos los mahometanos y que éstos tienen la obligación de defender; lo que los hace solidarios.

En estas condiciones se comprende perfectamente que la combinación del concepto occidental de la nacionalidad con la idea tradicional del *Dar el Islam* haya determinado una síntesis de estos

dos conceptos que se expresa con la fórmula: *Nacionalismo panislámico.*

El nacionalismo panislámico, pues, es un fenómeno reciente y su doctrina no ha sido todavía claramente definida. Se manifiesta en todo el mundo musulmán y es principalmente activo en las regiones en las cuales el patriotismo territorial no se ha desarrollado todavía.

El autor francés A. Servier (1) dice lo siguiente: «El nacionalismo musulmán no es un movimiento aislado o esporádico; es una gran marea que afluye sobre todo el mundo musulmán, en Asia, en la India, en África. El nacionalismo es una nueva forma de la fe mahometana, que en lugar de haber sido minado por el contacto de la civilización europea, parece, al contrario, haber encontrado en ésta un exceso de fervor religioso; y en su deseo de expansión y de proselitismo, aspira a realizar su unidad, suscitando el fanatismo de las masas, orientando las tendencias políticas de los dirigentes y sembrando en todos los países la semilla de una agitación peligrosa.»

El nacionalismo musulmán es, pues, una fuerza que, actuando sobre las masas entre las cuales se ha desarrollado la idea del nacionalismo territorial, provoca un estado de agitación político-religiosa cuyo alcance no se puede determinar..

El autor musulmán Mohamed Ali, en un artículo titulado «Le mouvement musulman dans les Indes» y publicado en la «Revue Politique Internationale» del 14 de enero de 1914, decía lo siguiente: «En Occidente toda la ciencia de gobierno descansa sobre el axioma de que las divisiones fundamentales de la humanidad están determinadas por consideraciones de raza y de geografía; pero yo tengo que deciros que para los orientales estas consideraciones no tienen, ni mucho menos, el mismo valor. Para éstos, como un autor moderno escribía recientemente, los habitantes del mundo se clasifican según sus creencias religiosas. La unidad no es ya la Nación o el Estado, sino el mil-lah (grupo organizado de sectarios de una determinada religión). «Los europeos consideran la unión de los musulmanes en el siglo XX, mediante lazos religiosos, como una

(1) Véase: A. SERVIER. *Le nationalisme musulman.*

etapa de la evolución política y social que ellos mismos han dejado atrás desde que han salido de la Edad Media. ¡Cuán mal interpretan lo que la religión es para un musulmán! Olvidan que el Islamismo no es sólo una religión, sino una organización social, una forma de cultura, una nacionalidad... El principio de fraternidad islámica, del panislamismo, si preferís esta palabra, es parecido al del patriotismo; con la diferencia, sin embargo, de que la fraternidad islámica no es provocada por la igualdad de leyes y de instituciones, por una comunidad de raza, de país y de historia, sino que es, como nuestra fe nos lo enseña, un don directo de Dios.»

Tercera Parte

LAS REACCIONES DE LOS PAÍSES MAHOMETANOS FRENTE AL RENACIMIENTO MUSULMÁN

El renacimiento religioso del Islam se ha iniciado en el siglo XVIII con la reforma uahabita; el renacimiento político del mundo musulmán es el resultado de acontecimientos del siglo XX y en particular de la guerra europea de 1914-1918. Durante este conflicto el nacionalismo árabe se ha afirmado en la forma racial de panarabismo, determinando el Renacimiento del mundo árabe. En realidad, la evolución árabe está unida a la evolución islámica por lazos que se pueden considerar como indestructibles.

Por otra parte, no conviene olvidar que en esos acontecimientos han intervenido algunas Potencias occidentales y que la influencia de éstas pesa todavía con fuerza sobre determinados países que practican la religión de Mahoma.

Por estas causas, el renacimiento del Islam, precursor del renacimiento del mundo musulmán, no ha tenido prácticamente las mismas repercusiones en los diferentes países mahometanos; para el estudio de sus respectivas reacciones, conviene, pues, agruparlos, sea por grupos étnicos, sea por regiones geográficas. Es evidente que el renacimiento musulmán se ha hecho sentir de modo diferente en las poblaciones árabes del próximo Oriente, en las islamizadas del África del Norte y entre los pueblos convertidos al Islam del lejano Oriente.

Capítulo Primero

LOS PAÍSES MUSULMANES DEL PRÓXIMO ORIENTE

Existe, en general, una cierta confusión en el empleo de los términos de Próximo y Medio Oriente; son considerados como países del Próximo Oriente los comprendidos entre el mar Mediterráneo, el Golfo Pérsico y el Océano Índico, y situados al Sur del territorio de la URSS., entre éste y el Mar Rojo; algunos comprenden en el Próximo Oriente el territorio egipcio que pertenece al África septentrional.

El Próximo Oriente, pues, comprende las poblaciones mahometanas de Turquía, con 17.869.000 individuos y las del grupo árabe, es decir: Península arábiga, Siria, Líbano, Palestina, Transjordania e Irak, con 17.257.225 individuos.

Pertenecen al Medio Oriente los países de población iránica: Persia, Afghanistán y Beluchistán, cuya población global es aproximadamente de 28.000.000 de individuos; los países de población turánica, como los turcomanes de Persia y del Cáucaso que forman parte de la Unión de las Repúblicas soviéticas y que suman aproximadamente, con los musulmanes del Turquestán chino y de Mongolia, unos 20.350.000 de mahometanos.

Conviene mencionar las minorías mahometanas existentes en Bulgaria, Rumania, Yugoslavia, Hungría, Grecia, Chipre, Estados Bálticos, que suman más de un millón de individuos y que constituyen un grupo aparte que denominaremos «grupo europeo».

Estas regiones están en gran parte pobladas, las del Próximo Oriente, por elementos árabes o que se consideran como tales; las del Oriente Medio por poblaciones iránicas o turánicas mahometanas, pero en parte chiitas.

Está comprendida entre las poblaciones del Próximo Oriente la república turca cuya población básica es de origen turánico. Turquía, a pesar de la laicización del Estado, sigue siendo un país mahometano; la supresión del Califato del mundo musulmán en

Turquía (Decreto de Ankara del 3 de marzo de 1924) y la expulsión del Sultán-Califa del territorio otomano han puesto fin a la larga sucesión de Califas otomanos que, desde el siglo xv, habían tenido la representación de Mahoma y que dieron una nueva orientación a la evolución del mundo musulmán.

Hasta la guerra de 1914-1918 el Califato del mundo islámico, localizado en Turquía, era considerado como el pilar principal de la organización islámica mundial; los veintidós años transcurridos desde su supresión han demostrado que la institución del Califato, en los momentos actuales, no es indispensable para la vida del Islam, que encuentra en las peregrinaciones anuales a la Meca y en las reuniones de los Congresos musulmanes una base sólida para su existencia y sus evoluciones.

Como veremos ulteriormente, entre las poblaciones musulmanas del Medio Oriente tenemos las de las regiones que, por influencia rusa, se han transformado en repúblicas soviéticas.

1.° La evolución de Turquía

Hace medio siglo, los turcos otomanos ignoraban casi todo lo referente a su historia y a sus orígenes; el estudio de la historia nacional estaba descuidado, y las gestas de los antepasados, así como los anales del Imperio, eran representados como una vaga reminiscencia legendaria de los hechos; la cuestión religiosa y los detalles de la vida de Mahoma interesaban más que el conocimiento de cómo se había desarrollado el poderío turco en los tres continentes.

Los primeros nacionalistas turcos enseñaron a sus compatriotas las glorias históricas de sus antepasados y despertaron en ellos, simultáneamente, el orgullo del pasado y la fe en el porvenir. En cuanto al lenguaje se refiere, el turco oficial era una mezcla pesada, recargada con expresiones críticas derivadas del árabe y del persa, casi completamente incomprensible para el público; el turco popular, por otra parte, era un lenguaje primitivo y pobre, dividido en numerosos dialectos empleados por la masa. Los nacionalistas se esforzaron en modificar este estado de cosas; gente instruída en los principios de gramática y de filología europea, utilizando la fuerza sencilla y directa del lenguaje vulgar, fabricó un verdadero

lenguaje turco, y en pocos años, éste, modificado, sencillo y flexible, fué generalizado por los periodistas y literatos, siendo el verdadero vehículo del pensamiento comprensible para las masas.

1. *El otomanismo.* — La presión política europea ha influído grandemente en el desarrollo del nacionalismo turco; cuanto más frecuentes e intensos eran los ataques europeos contra la integridad del territorio de Turquía, más vivo era el afecto de los turcos hacia su país, incitándolos a la defensa de su independencia amenazada.

En la primera fase, la idea nacionalista fué representada por el *otomanismo*, o sea por la aspiración a la formación de una verdadera nación en la cual todos los ciudadanos, cualesquiera fuesen su origen y su religión, serían otomanos, hablando el turco e inspirándose en la idea de patriotismo turco.

Este nacionalismo otomán suscitó conflictos con los nacionalismos anteriores de las poblaciones cristianas sometidas al dominio turco; también se encontró en oposición con el nacionalismo árabe, que empezaba a tomar consistencia. Por otra parte, el sultán Abdul Hamid era enemigo de todo movimiento nacionalista que consideraba contrario a la concepción de panislamismo universal, base de su política. Así resultó que los nacionalistas que proclamaban su adhesión al soberano fueron sospechosos y los que manifestaban tendencias liberales fueron perseguidos y desterrados.

La revolución de 1908 llevó a los nacionalistas al poder; los «Jóvenes turcos», aunque de opiniones divergentes sobre otras cuestiones, eran todos nacionalistas entusiastas. La violencia misma de su nacionalismo fué la causa de su fracaso. Con la impaciencia de fanáticos intentaron *otomanizar* todas las poblaciones del Imperio a la vez, lo que provocó una reacción por parte de las otras nacionalidades existentes, alejándolas de la revolución y originando una desorganización que fué aprovechada por los Estados cristianos de los Balkanes que atacaron a Turquía en 1912.

Con el fracaso de la otomanización de las poblaciones sometidas al imperio turco, el antagonismo existente entre el elemento turco y los elementos no turcos, cristianos y musulmanes, volvió a recrudecerse.

2. *Panturquismo y panturanismo.* — El fracaso de la otomanización dió origen a la segunda fase del nacionalismo (fase que, aunque impropiamente, llamaremos *fase racial*), que se desarrolló principalmente entre las poblaciones turcas y árabes del Imperio.

Para los turcos, esta segunda fase se divide en dos períodos: el período de panturquismo y el de panturanismo.

Al final de la guerra balcánica de 1912-1913, los turcos otomanos empezaron a darse cuenta de que, en realidad, ellos constituían la rama más occidental de un importante grupo de pueblos que, a través de Europa oriental y de Asia, se extendía desde el mar Báltico hasta el Océano Pacífico, y desde el mar Mediterráneo hasta el Océano Ártico. Este grupo que los etnólogos denominan *Uralo-altaico,* y que es conocido más comúnmente con la denominación de *grupo turánico* o *turaniano,* comprende los turcos otomanos de Constantinopla, y de Anatolia, los turcomanos de Persia y del Asia central, los tártaros de la Rusia meridional y de la Transcaucasia, los mayares de Hungría, los finlandeses, las tribus aborígenes de Siberia, los mogoles y hasta los lejanos habitantes de la Manchuria.

A pesar de la diversidad de cultura, de tradiciones y hasta de apariencia física, estos pueblos poseen rasgos característicos comunes; sus lenguajes son similares; sus disposiciones físicas y mentales tienen numerosas afinidades, y son comunes a todos ellos una vigorosa vitalidad física unida a una gran serenidad y firmeza de fibras nerviosas.

Son pueblos de poca inventiva e imaginación y se hallan casi por completo privados del sentido artístico y creador; pero, en cambio, poseen mucha paciencia, tenacidad y una gran dosis de energía; en general, han dado pruebas de gran capacidad militar y de aptitudes como gobernantes. Los pueblos turánicos han sido grandes conquistadores: Atila, con los hunos; Arpad con los mayares; Isperich con sus búlgaros; Alp Arslan con sus sedyuks; Ertegrul con sus otomanos; Gengis Khan y Tamerlán, con sus hordas de mongoles; Babur, en la India; Kubilai Khan y Nurhachu, en el lejano Cathay; todos han presentado el mismo tipo de conquistadores.

Desde luego, cabe preguntar si estos pueblos tan diversos constituyen efectivamente un conjunto racial, es decir, una raza. La contestación, aunque negativa, no tiene importancia alguna desde

el punto de vista político. Poseedores de lenguajes y de temperamentos análogos, y de un pasado histórico muy rico, es suficiente que ellos mismos crean en su unidad de raza (aunque esta unidad no exista) para que lleguen a constituir una Potencia nacionalista importante.

Hasta hace poco tiempo, nadie podía suponer la posibilidad de tal movimiento nacionalista, puesto que pueblos de parentesco indiscutible y cercano, como los turcos otomanos y los turcomanos del Asia central, se miraban con indiferencia y hasta con cierto desprecio respectivo. Pero los trabajos de los etnólogos, principalmente del húngaro Vambery y del francés León Cahun, revelaron el mundo turánico y sirvieron de base al movimiento nacionalista que se dibujó a un mismo tiempo en los centros turcos y en los tártaros de la región del Volga.

La primera manifestación de una conciencia nacional entre los tártaros de Rusia data de 1895 y, desde entonces, el movimiento nacionalista se ha desarrollado con gran rapidez. La suspensión de las restricciones gubernativas, en la época de los movimientos revolucionarios de 1904, fué seguida de una eflorescencia literaria que afirmó el vigor y la fecundidad del renacimiento tártaro; los millonarios tártaros de Bakú aportaron a la causa nacionalista el apoyo de sus millones; la primera «duma» rusa comprendía un importante grupo mahometano, y la opinión rusa se alarmó de la influencia que los musulmanes estaban adquiriendo (1).

Algunos de estos mahometanos proclamaron su adhesión al gobierno ruso, pero otros, espíritus más ardientes, se dedicaron a propagar las aspiraciones nacionalistas, no sólo en Rusia, sino también en Turquía.

En Constantinopla, un tártaro de la región del Volga fundó la primera sociedad «panturánica» y escribió un libro (2) que sirvió de base a toda la literatura nacionalista del panturanismo.

(1) Los musulmanes que vivían en la Rusia de los Zares se distribuían como sigue: en el Turquestán, 14 millones; en el Cáucaso, 6 millones; en el Ural, 6 millones; en Crimea, 500.000; en la Siberia, un millón, y en la Rusia central 700.000. En total, 28.200.000.

La Rusia de los Zares ha sido siempre enemiga del Islam, y la base de su política ha sido la lucha contra éste. Intentó siempre dominar a los países islámicos erigiéndose en protectora de los países balcánicos que salvó de la dominación turca.

(2) Véase: Iusuf Bey Akchura Oglu. *Tres sistemas políticos.*

Durante el reinado de Abdul Hamid, enemigo de los movimientos nacionalistas por considerarlos contrarios a sus ideales panislámicos, el movimiento panturánico no se manifestó publicamente en Turquía; pero, en la época de la revolución de los «Jóvenes turcos» de 1908, los jefes de éstos, que aspiraban a la otomanización, se interesaron por el panturanismo cuyo programa fué adoptado por muchos de ellos, aunque los tártaros del Volga siguiesen a la cabeza del movimiento.

Las ideas del panturanismo fueron propagadas intensamente por Ahmed Bey Agaieff, con su periódico «Turk Ioudour», haciendo campaña para crear la unión entre los pueblos turánicos más afines, como los turcos otomanos, los tártaros de Rusia, los turcomanos del Asia central y de Persia. Pero el turanismo así limitado constituía en realidad sólo un movimiento de panturquismo, y siendo todos estos pueblos musulmanes, la propaganda étnica tomaba una apariencia religiosa, pudiendo ser confundida con una manifestación de actividad panislámica.

El verdadero movimiento panturánico integral tuvo su origen en las guerras balcánicas de 1912-1913.

Los turcos, rechazados de los Balcanes, tuvieron que orientarse hacia Asia; los húngaros y los búlgaros, en su odio a los servios, proclamaron su origen turánico y acariciaron la idea de una solidaridad panturánica para oponerse al *paneslavismo* ruso-servio. La gran vitalidad de las poblaciones turánicas y su resistencia hizo concebir a los panturánicos las esperanzas más ambiciosas de dominio, puesto que para la realización de sus aspiraciones era necesario llegar a la destrucción del Imperio ruso.

La guerra europea, poniendo a unos frente a los otros, a los Imperios centrales frente a Rusia, había creado la posibilidad de esta destrucción (1).

No cabe duda de que Enver Bajá y la mayor parte de los jefes

(1) Durante el siglo XIX, Rusia, en varias ocasiones, había intentado apoderarse de Constantinopla, sede del Califato islámico, y al entrar en guerra en el conflicto europeo de 1914-1918, estipuló con los aliados que, una vez lograda la victoria, Constantinopla sería cedida a Rusia. Esto sin duda, al ser conocido por Turquía, fué uno de los motivos que obligaron a los turcos a entrar en guerra la lado de Alemania, a pesar de que Francia, poco antes de empezar la guerra, hubiese concedido a Turquía un importante empréstito.

del Gobierno turco estuviesen desde hacía tiempo afiliados al partido panturánico. De ahí que la llamada a la «guerra santa», lanzada por Turquía, tuviera por objeto el levantamiento de los musulmanes contra los enemigos de los turcos y de sus aliados; y no sólo eso sino también la propaganda entre los pueblos turco-tártaro de las aspiraciones panturánicas.

Tekin Alp en su obra (1) indica del modo siguiente cuáles eran dichas aspiraciones:

«El aplastamiento del despotismo ruso por las valientes tropas alemanas, austríacas y turcas, dará la independencia a treinta o cuarenta millones de turánicos, que, con diez millones de turcos otomanos existentes, formarán una nación de cincuenta millones de individuos en marcha hacia la mayor civilización, la cual podrá ser comparada a la civilización alemana por el hecho de que tendrá la fuerza y la energía de seguir progresando siempre.

El desmoronamiento del Estado ruso de los Zares como consecuencia de la revolución de 1917 aumentó considerablemente las esperanzas de los panturánicos que, seguros del éxito, empezaron a creer que podían prescindir de sus aliados germánicos (2).

Halil Bajá, comandante turco en el frente de Mesopotamia y tío de Enver Bajá declaró: «En primer lugar, todas las tribus de lenguaje turco deben quedar unidas en una misma nación; el principio nacional les debe empujar a conquistar el Turkestán, cuna del poderío y de las glorias turcas; en segundo lugar, se deben entablar relaciones con los iacutes de Siberia que son considerados, a causa del parentesco filológico,como los que ocupan el puesto más avanzado hacia el Este de los elementos turánicos. Las tribus del Cáucaso, que tienen con los turcos un estrecho parentesco, están, desde luego, comprendidas en esta unión; los armenios y los georgianos, nacionalidades inferiores, habrán de someterse o ser sometidos. Un imperio turco compacto, poseyendo la hegemonía sobre el mundo del Islam, deberá forzosamente atraer a su esfera al Afganistán y a la Persia... (3).

(1) Véase: Tekin Alp. *L'ideal turc et panturc*. 1915.

(2) Las condiciones de los musulmanes de Rusia empeoraron bajo el régimen soviético con el pretexto de la separación de la Iglesia y del Estado.

(3) Véase: Ernst Paraquin en el *Berliner Tageblatt* del 24 de marzo de 1924.

En efecto, durante el verano de 1918, los ejércitos turcos recorrieron la Transcaucasia y el norte de Persia, de camino hacia el Asia central; la derrota de los Imperios centrales hizo tambalear el edificio de las aspiraciones panturánicas que, sin embargo, resistió al dislocamiento del Imperio turco, levantándose sobre nuevas bases.

En la primavera de 1920, los Aliados vencedores, reunidos en San Remo, establecieron las condiciones que se debían imponer a Turquía. El Asia Menor quedaba dividida en esferas de influencia y de explotación; las provincias árabes eran adjudicadas, según las cláusulas del convenio secreto franco-británico de Sykes-Picot, a Inglaterra y a Francia, disfrazándose esas concesiones con el nombre de «Mandatos conferidos por la Sociedad de Naciones».

Inglaterra y Francia, arrastrando a Grecia, se prepararon a la acción; refuerzos ingleses fueron enviados a las tropas que ya estaban en Mesopotamia; refuerzos franceses se pusieron en camino hacia Siria y un ejército anglo-franco-griego fué organizado con vistas a la ocupación de Constantinopla, mientras que el primer Ministro griego Venizelos prometía un ejército griego para hacer campaña en Asia Menor. Italia, previendo grandes dificultades sin provecho, se abstuvo de tomar parte activa, y el ministro Nitti declaró a un periodista inglés, después de la entrevista de San Remo: «La guera volverá a encenderse en Asia Menor, porque los Delegados turcos que serán escogidos para firmar el Tratado de paz no serán reconocidos por el pueblo turco ni por su Parlamento.»

En efecto, los nacionalistas turcos habían ya empezado a organizar un centro de resistencia en el interior del Asia Menor; Enver Bajá y todos los jefes nacionalistas antiguos hacía tiempo se habían refugiado en Transcaucasia o en la Rusia soviética; pero habían surgido figuras nuevas y de gran valor como, por ejemplo, Mustafá Kemal, que organizó un ejército e hizo de Ankara (Angora) la nueva capital turca.

Los Aliados ocuparon Constantinopla sin resistencia; el Sultán, bajo la presión de los Aliados nombró un Gabinete que debía enviar una Delegación para firmar el Tratado de Sevres y proclamar como rebelde a Mustafá Kemal Bajá y los suyos.

Francia e Inglaterra (ya que Italia se había separado de ellas

en esta cuestión), a pesar de tener un ejército de 200.000 hombres en el territorio del antiguo imperio turco, no se consideraban con fuerzas suficientes para combatir a Kemal Bajá, que desde Ankara parecía hacer befa de ellos. Venizelos intervino entonces, ofreciendo, a cambio de importantes beneficios, desembarcar 100.000 soldados griegos en Esmirna. La campaña fué desastrosa para los griegos. Mustafá Kemal rehuyó una batalla decisiva, contentándose con agotar a los griegos en guerra de guerrillas, como la que dirigía contra los franceses en Cicilia. La situación militar quedó, pues, estacionaria, sin ventajas decisivas, y el pueblo griego, cansado de estar guerreando sin descanso desde 1912, en las elecciones del mes de noviembre, echó al dictador Venizelos por 990.000 votos contra 10.000 y volvió a llamar al rey Constantino que el golpe de Estado de Venizelos había destronado.

Mustafá Kemal, mientras tanto, consolidaba su situación y su autoridad en Asia Menor e iniciaba una política de alianzas; el peligro común de la política anglo-francesa consiguió unir a los turcos con los árabes, enemigos poco antes, pues éstos durante la guerra europea se habían sublevado contra aquéllos. Esta sublevación, originada por el deseo de los árabes de conseguir su propia independencia y de formar un Estado árabe, había sido apoyada en los inicios por Inglaterra y Francia, que habían instigado este movimiento de rebelión contra los turcos. Pero los árabes, habiendo visto que su levantamiento no había servido más que a los intereses de sus instigadores europeos, pues de un modo disfrazado pasaban a ser súbditos de éstos, se habían unido a sus antiguos enemigos para hacer frente a sus ex aliados, que resultaban ser los verdaderos enemigos de sus aspiraciones de independencia.

Así que por todos lados hubo manifestaciones de la cooperación turco-árabe: los árabes combatían al lado de los turcos contra los franceses, en Cilicia; los turcos y los kurdos tomaban parte en los motines de los árabes en Siria, y la intervención de Mustafá Kemal era manifiesta en la insurrección de Mesopotamia contra los ingleses.

Pero la acción política de Kemal Bajá no se limitó a la inteligencia con los árabes; sus relaciones se extendieron a los tártaros de Transcaucasia y a los turcomanos del Azerbeidyan persa. En

esa época, el Cáucaso estaba dividido por luchas entre tártaros, turcomanos mulsulmanes y armenios, georgianos cristianos y diversas facciones rusas. Mustafá encontró partidarios entusiastas entre los turcomanos y los tártaros, que desde tiempo estaban influídos por la propaganda panturánica.

Por otra parte, la política soviética había seguido con gran interés el rápido encumbramiento de Mustafá Kemal, con vistas a poderlo utilizar como arma e instrumento de gran valía para conseguir la destrucción del poderío de las naciones europeas, y con este fin, le prestó su apoyo. Aunque en los primeros tiempos el auxilio soviético fuese más teórico que práctico, sin embargo, cuando en noviembre de 1920 quedó abierto el camino directo entre Moscú y Ankara por el aniquilamiento del ejército blanco de Wrangel, y el paso del ejército rojo por la Rusia meridional fué posible, Mustafá Kemal recibió una importante ayuda en dinero, armas y hasta en hombres.

3. *El Anatolismo.* — El Anatolismo fué la base de la reconstrucción nacional turca, después del desmembramiento de la Turquía de los sultanes de Estambul.

Después de la derrota de los Imperios centrales y mientras los franceses ocupaban Cilicia, los italianos la Licia y la Caria, los griegos la Frigia, la Misia, la Lidia y la Tracia, los Aliados, Constantinopla, las plazas del Elesponto, del Mármara y del Bósforo, y cuando el desmembramiento del antiguo imperio otomano quedó sancionado por el Tratado de Sevres, el sentimiento nacional turco estalló como sentimiento de reacción de una nación que de dominadora había llegado a ser dominada.

Este sentimiento de nacionalidad, desarrollado en los momentos de peligro para la existencia de las poblaciones turcas, dió origen al movimiento revolucionario de Mustafá Kemal y consiguió liberar el territorio turco de toda ocupación militar extranjera y también de gran parte de las poblaciones parasitarias que con su presencia constituían un obstáculo para la unidad e independencia del país..

En efecto, la Turquía de Ankara consiguió por medio de tratados con Francia, Inglaterra y Grecia, no sólo la liberación total de

su territorio, sino también la abolición de las capitulaciones y la supresión de toda intervención extranjera; luego organizó su administración según los principios directivos y los sistemas burocráticos europeos, y por último, emprendió la lucha para desembarazarse de las trabas que representaba para su evolución hacia una organización moderna la cuestión religiosa musulmana.

4. *El Islam en la nueva Turquía.* — Hemos indicado que con el Decreto de 3 de marzo de 1924 el Gobierno de Ankara, que ya había destituído el Sultán o Padichá de toda autoridad política, le quitó también la autoridad espiritual de que gozaba como Califa del mundo musulmán, marcando con este primer paso la nueva orientación de la política turca, en lucha abierta con la cuestión religiosa islámica.

Esta tendencia antirreligiosa del gobierno de Ankara ha sido interpretada por muchos como la manifestación reactiva rutinaria que, desde la época de la revolución francesa, parece deber acompañar a todos los movimientos sociales.

Sin embargo, no es así; la revolución turca no ha tenido una finalidad objetiva de destrucción, como antaño en Francia y como en Rusia en los tiempos presentes, sino de construcción nacional; esencialmente nacional y no social. La lucha de la nueva Turquía contra el Islam existe sólo bajo el aspecto nacionalista, es decir, contra la religión islámica como esencia misma del Estado, o mejor dicho, como la envoltura artificiosa que con una finalidad preferentemente religiosa envolvía la nación; en efecto, en esa revolución no se encuentra nada que sea dirigido contra el fundamento ético y las bases espirituales de la religión mahometana, ni está fomentada por el deseo de sustituirla por otra idea religiosa o moral. Es únicamente la manifestación de una concepción occidental del Estado contra las ideas teocráticas orientales.

Por eso mismo, una vez efectuada la reconstitución de la nación turca con la liberación del país de toda intromisión extranjera, y determinado definitivamente su territorio en la península anatólica, se inició el período de la separación del Estado turco de la idea teocrática islámica que había predominado en Turquía desde la conversión de los turcos al Islam.

El primer paso de esta política fué renunciar al Califato islámico (Decreto del 3 de marzo de 1924), destituyendo y expulsando del territorio de la República de Ankara al Califa, planteando así en el mundo musulmán, la cuestión del Califato.

En Europa, los tradicionalistas de la política oriental no se explicaron esta nueva orientación de la política turca que se iniciaba con la renuncia a la posesión de un instrumento tan formidable como el Califato; pero los veintidós años transcurridos desde entonces sin que un nuevo Califa haya sido nombrado demuestran que el Califato ya no tiene razón de existir más que como dignidad religiosa representativa. Los Congresos y las reuniones de los representantes de los diversos países mahometanos han sustituído con mayor eficacia desde el punto de vista islámico, la autoridad del Califa, que una parte del mundo musulmán acataba sólo de una manera muy superficial.

Prosiguiendo esta política de separación de la Iglesia y del Estado, en Turquía se realizaba poco a poco la laicización de las instituciones del país; los bienes Habus (Auqaf) fueron transformados en bienes nacionales, quedando así anuladas muchas instituciones religiosas que vivían de esos bienes, y principalmente las derivadas del marabutismo y de las cofradías religiosas musulmanas (tek-kié); fué abolida la jurisdicción de la «Cheriat» (o «Cheraa») o sea la aplicación del derecho musulmán; quedaron reducidos el número y las funciones del personal religioso, prohibidas las ceremonias públicas como las de los derviches que tenían una gran influencia sobre las prácticas y el sentimiento religioso de las poblaciones agrícolas de Anatolia.

Como principales innovaciones se pueden enumerar: la sustitución del calendario musulmán por el gregoriano, la autorización de los casamientos mixtos y la prohibición del uso del «fez» o «tarbuch», quedando obligatorio el del sombrero.

La abolición de la «Cheriat» o derecho musulmán arrastró consigo la necesidad de una nueva legislación que fué copiada de la legislación occidental, completándose por otra parte con la adaptación de los caracteres latinos al lenguaje turco escrito.

No cabe duda que estas reformas suscitaron protestas hasta entre los musulmanes más evolucionados hacia los sistemas euro-

peos; pero Turquía, despojada de su organización teocrática que sostenía su espíritu en un estado de apatía fatalista, negativo para el renacimiento de la nación, consiguió, con la revolución kemalista, su independencia nacional y una elasticidad espiritual que le faltaba cuando era un Estado teocrático islámico.

Mustafá Kemal, nombrado Ghazi, en su discurso de octubre de 1928, exponía el programa siguiente:

«Destruir, no sólo el poder efectivo del Califa y del Sultán, sino también aniquilar la idea conexa a esos nombres, porque es necesario que la nación turca moderna se olvide de haber identificado su existencia con la concepción de un Estado oriental despótico y teocrático. Eliminar de la ley fundamental (o constitucional) la mención de que la religión musulmana sea religión del Estado, porque el Islam, como creencia, debe ser en la nación turca un accesorio hasta tal punto secundario, que la función nacional del Estado no quede subordinada ni ligada a la idea religiosa y sí sólo derivada y circunscrita a una entidad étnica y territorial, como ocurre con los Estados europeos.

»Sólo así será posible para el pueblo, destacado de las hordas de Ertogrul que acampan entre la gente turánica arrastrada al Asia Menor por Alp Arslan, constituir la nación turca occidental, libre del carácter hereditario de grupo armado al servicio de un soberano despótico y del Islam, militante en la forma anticristiana de los Califas árabes y otomanos» (1).

(1) Mientras que en Turquía la organización religiosa era separada del Estado, pero sin atacar en nada a la ética y a las bases espirituales de la religión mahometana, en la Rusia soviética, en cuyo territorio residían cerca de treinta millones de mahometanos, la separación de la Iglesia del Estado, impuesta por la constitución bolchevique, provocaba una verdadera persecución contra el Islam.

En los primeros tiempos el bolchevismo se limitó a combatir la religión rusa ortodoxa; pero en 1927, una vez afianzado en las provincias musulmanas, empezó una guerra sin cuartel contra el Islam con el pretexto de que «la religión envenena al pueblo en la misma forma que lo hace el opio».

En la protesta elevada en el Congreso general islámico por Sid Aiad Isaki, éste se quejó de que en Rusia los que profesaban la religión islámica eran privados de sus derechos civiles y políticos; la enseñanza religiosa entre los musulmanes prohibida; las escuelas cerradas, prohibiéndose también la educación de los niños musulmanes en los principios de la religión islámica, obligándolos a seguir cursos antiislámicos en las escuelas soviéticas. Los edificios de la enseñanza musulmana expropiados o transformados en cuarteles; la mayor parte de los Ulemas asesinados o expulsados, y los bienes Habuses declarados propiedad del Estado.

En el año 1928 sólo en la provincia del Tatarestán fueron clausuradas 1.500 mez-

No cabe duda que el Ghazi Mustafá Kemal, con este enunciado de su programa político para la organización constitucional del Gobierno republicano turco, ha querido deslindar públicamente los campos entre el renacimiento nacional turco, basado sobre afinidades etnográficas, y el movimiento de renacimiento musulmán, apoyado sobre la reforma religiosa islámica.

Es cierto que, con la revolución kemalista, Turquía ha cesado de ser un instrumento al servicio del gobierno oriental despótico que las tradiciones de Oriente habían impuesto a las poblaciones musulmanas en sustitución de la teocracia democrática de los primeros tiempos del Islam; pero la laicización de la República turca no ha destruído el fondo religioso islámico de la población. Turquía, organizada fuertemente sobre el modelo de las Potencias europeas, no podrá ya ser arrastrada por los movimientos sin cohesión que han caracterizado hasta ahora la acción panislámica, sin que se hallara en mejores condiciones para poder utilizar oportunamente esa fuerza en su expansión política panturánica.

La muerte prematura del Ghazi, ocurrida cuando Turquía no había completado su ciclo evolutivo, ha dado al Ataturk sucesores que, si no han heredado, puede ser, su clarividencia política y su energía, han demostrado, sin embargo, no estar dispuestos a dejar tambalear el edificio elevado tan laboriosamente por Mustafá Kemal.

En efecto, Turquía pasó a través de la conflagración mundial de 1939-1945 como guardiana de los Estrechos tan ambicionados por Rusia en sus aspiraciones de llegar al Mediterráneo. Turquía, a pesar de las declaraciones turco-rusas del 21 de marzo de 1941, en que se prometen mutuamente una neutralidad matizada de comprensión, no abrió el paso de los Dardanelos a la Rusia soviética, y ésta, al terminarse el conflicto, no tardó en denunciar el tratado de no agresión con Turquía y solicitar la revisión del Tratado de Montreux acerca del Estatuto de los Estrechos, Dardanelos y el Bósforo, la única vía marítima de comunicación de los Estados ribe-

quitas, y en 1929 se ordenó el cierre de todas las de los Montes Urales (unas 7.000). Todas las imprentas islámicas fueron cerradas y prohibida la edición de libros islámicos, mientras se fomentaba la difusión de folletos y periódicos antirreligiosos y se obligaba a los funcionarios a tomar parte en la propaganda atea realizada por sociedades laicas. Una protesta análoga fué presentada en el mismo Congreso por Sidi Said Chamil referente a la situación de los musulmanes del Cáucaso.

reños del Mar Negro con el Mediterráneo y, por consiguiente, con el resto del mundo.

A este propósito, la Agencia rusa Tass comunicaba, con fecha 14 de octubre de 1945, el punto de vista del Gobierno soviético: «Ha sido decidido en Postdam que el convenio de Montreux debía ser revisado, pues había dejado de responder a las condiciones presentes. Esa revisión será objeto de negociaciones directas de cada una de las tres partes interesadas con el gobierno turco.»

La cuestión de los Estrechos no ha sido objeto de ningún debate oficial ni en la Asamblea, ni en el Consejo de seguridad durante la primera sesión de la Organización de las Naciones Unidas (ONU); Londres y Wáshington han dejado entrever, con notas diplomáticas dirigidas a Ankara, cuál era la actitud que la Gran Bretaña y los Estados Unidos de América pensaban adoptar en este asunto; es decir, que los dos gobiernos serían favorables a una amplia internacionalización de los Estrechos y se opondrían a toda medida que atacara la soberanía y la integridad territorial de Turquía.

El Gobierno de Ankara ha propuesto, a su vez, que el Estatuto de los Estrechos fuese sometido a la aprobación de todas las naciones que habían elaborado y ratificado el Estatuto de Montreux, a excepción, bien entendido, del Japón y de Italia, empleando el mismo procedimiento que en el Estatuto de Tánger que debía ser sometido, en los seis meses sucesivos a su firma, a la sanción de todos los firmatarios del Acta de Algeciras.

Es evidente, en los momentos actuales, que si Rusia volviese a tomar por cuenta propia la realización del programa expuesto en 1915 por Sazonov, es decir, la anexión de Estambul, del Bósforo y de los Dardanelos al territorio de la Unión soviética, se encontraría con una oposición irreductible por parte de los gobiernos americanos e inglés.

De ahí que sea probable que los soviets, en plan de transición, lleguen a reclamar una base naval y aérea en el Mediterráneo oriental, con el pretexto ya de las necesidades de su comercio exterior, ya de las exigencias de su seguridad.

2.º Las poblaciones árabes del Próximo Oriente

En el Próximo Oriente se consideran como poblaciones netamente árabes, las que pertenecen a la península arábiga; en otras regiones, como Siria, Líbano, Palestina, Transjordania e Irak, el elemento árabe, aunque en mayoría, está mezclado con otros elementos raciales, los cuales constituyen minorías que, en la actualidad, deben ser tenidas en cuenta desde el punto de vista político.

a) *La península arábiga.* — Esta península está situada en la parte SO. del Asia meridional; ocupa un extenso territorio limitado, al Sur, por el Océano Índico; al Este, por el Golfo Pérsico y el Mar de Omán; al Oeste, por el mar Rojo y, al Norte, por la Transjordania y el Irak que, en la actualidad política, la separan de Palestina y de Siria.

Este extenso territorio ocupa una superficie global de unos 3..000.000 de kilómteros cuadrados que los árabes dividían en ocho regiones: Heyaz, Yemen, Hadramaut, Mahra, Omán, Hasa, Neyed y Ahkaf. En el momento político actual, esta región ha llegado a ser de gran importancia estratégica mundial, pues se halla entre los dos caminos, el marítimo y el terrestre, vitales para Inglaterra, que van del Mediterráneo a la India.

La parte central de la península forma meseta que se eleva a 1.500 metros sobre el nivel del mar, como altitud media; hacia el Sur de ésta, el gran desierto denominado «Rab el Jali» (región desértica) presenta una gran analogía con el desierto líbico que separa el Egipto geográfico de la Libia; como éste, es considerado casi intransitable.

A lo largo del Mar Rojo, una faja de tierra de un centenar de kilómetros de ancho, desde el mar hacia el interior, es denominada Et-Teham-ma, y constituye la parte baja de la península, en donde el clima es cálido y húmedo.

En el SO. hay una región montañosa, en donde las cumbres alcanzan los 3.000 metros de elevación sobre el nivel del mar: es el Yemen.

En el SE. de la península, se halla la región de Omán que se apoya en el macizo montañoso del Yebel el Akdar (montaña verde); aislada del resto del país por el desierto de Rob el Jali; situada entre el mar y el desierto, esta región constituye una verdadera isla que, desde el punto de vista geográfico, presenta algunas analogías con Cirenaica.

El clima de la península arábiga varía según las regiones y la altitud; en las mesetas interiores, en el invierno, la temperatura cae bajo cero; en el verano el calor es fuerte y seco; en las partes bajas, el calor es húmedo y molesto, sin los grandes saltos de temperatura que se notan en las regiones altas. En toda la península las lluvias son como en el Sahara, violentas pero de corta duración y se repiten a intervalos irregulares.

El río Rumahn, que atraviesa la península de Oeste a Este antes de desembocar en el Éufrates, tiene una longitud de 1.200 kilómetros y, en algunas épocas y en determinados puntos, llega a presentar el aspecto de un río europeo. Desde luego, la tradición de la existencia de un dique en Mareb (Yemen), cuyo derrumbamiento en el año 120 de J. C., motivó el éxodo de dos grandes tribus yemenitas hacia el Norte (1), y las cisternas existentes todavía cerca de Adén demuestran que en época remota las cuestiones hidráulicas preocuparon a la gente del país. Es verdad que Adén (Adana, Edén o, en griego, Eudaimón, Emporium) era el puerto del Océano Índico en el cual terminaba la ruta de las caravanas que, desde Gaza (Palestina) en el Mediterráneo, atravesaba la península arábiga de Norte a Sur, pasando por la Meca.

Se calcula en nueve millones de habitantes, aproximadamente, la población de la península arábiga; aunque todos ellos se consideren árabes, sin embargo, tienen orígenes diversos. En efecto, las poblaciones del Yemen y del Hadramaut son las más antiguas; algunos autores afirman que existen grandes afinidades entre ellas y las poblaciones bereberes del África septentrional, principalmente

(1) El derrumbamiento del dique en Mareb en la región septentrional del Yemen provocó la emigración de dos grandes tribus de la región: una de ellas, la de El Aus, llegó a instalarse a orillas de la laguna de Ghasan en Siria, fundando el reino Ghasanita que pasó al servicio de los romanos; la otra se instaló a orillas del Eufrates, en Hira, poniéndose al servicio de los persas hasta que éstos anexionaron su territorio, poco antes de la llegada de los árabes musulmanes.

de Marruecos meridional. Estas afinidades se revelan: en la música (1); en la danza, relacionándose con la danza «Auach» de los bereberes del Atlas en la cual las mujeres toman parte con los hombres (2); en la escritura (3). De estas observaciones resulta que los antiguos habitantes del SO. de la península arábiga han tenido relaciones indiscutibles, aunque no definidas todavía, con las poblaciones antiguas del Atlas. Conviene recordar también que el historiador árabe Ibn Jaldun, en su historia de los bereberes relaciona a los bereberes norteafricanos con los himieritas, población antigua del Yemen.

El segundo grupo está formado por los habitantes del SE. de la península arábiga: la gente del territorio de Omán.

En las poblaciones de Omán (y Mascate) se hallan los únicos habitantes de Arabia propiamente navegantes; han conquistado y colonizado el Zanguebar y las islas de la costa occidental de Madagascar; uno de sus pilotos más renombrados, Ibn Mayid, fué el que llevó Vasco de Gama desde Malindi, en África, a Calicut, en la India; ha dejado un manual de «Instrucciones náuticas» redactado entre 1462 y 1490, que consigna datos sobre los mares de la India, de la Indonesia y de la China.

Los árabes del Omán tienen grandes afinidades con los habitantes del Beluchistán, situado en la orilla septentrional del Mar de Omán; como ellos pertenecen a poblaciones iranias y, por consiguiente, no son semitas sino arios. El aislamiento, por la parte de tierra, de la región de Omán explica el por qué, en realidad, esta región haya sido poblada por los elementos iranios que poblaban las costas situadas del otro lado del mar.

Forman le tercer grupo de la población de la península arábiga, los Ismaelitas, nómadas establecidos primeramente en el Neyed y que hicieron su aparición en la Meca, por entonces mercado anual en donde se reunían las caravanas, hacia el año 440 de J. C. Estos nómadas hacen remontar sus orígenes a Ismael, hijo de Abraham y de su esclava Hayar o Agar (Hayera-piedra).

(1) Véase: Hans Helfritz. *Au Royaume de Saba.*

(2) Estas danzas están también figuradas en los monumentos de la antigua Creta; parece probable que Creta haya sido el punto de unión entre las dos músicas.

(3) Véase: Georges Marcy. *Inscripciones libyques bilingues de l'Afrique du Nord.*

Los árabes del Sur consideran como su antepasado a otro hijo de Abraham llamado Qahtan.

Los árabes, en general, son muy aficionados a las genealogías, pero frecuentemente son mestizos, pues en ellas no se tiene en cuenta la sangre de la madre. El héroe legendario de los árabes ismaelitas, Antar ben Ched-dad el Absi, era hijo de una mujer etíope.

Por el territorio de la antigua Arabia pasaban las rutas de caravanas que ponían en comunicación el Océano Índico con el mar Mediterráneo; entre el Yemen y la Siria, la ruta de las caravanas estaba en manos de los himiaritas (Yemen), que inventaron cuatro alfabetos, uno de los cuales tiene afinidades con el alfabeto líbico. Inscripciones himiaritas han sido encontradas en Egipto, en la isla de Delos, mercado importante en donde existía un santuario famoso en la antigüedad. Situada en el centro de las Cícladas, entre Corinto y Mileto, es decir, entre Europa y Asia, Delos era también un mercado anual, donde se celebraban importantes ceremonias religiosas; como la Meca, Delos no vivía más que del exterior. También Palmira, entre el Golfo Pérsico y el Mediterráneo fué un centro de intercambio comerciales, en condiciones análogas.

Desde el punto de vista político conviene recordar que la península arábiga ha sido la cuna del Islam; los árabes tomaron parte en el Califato y lo apoyaron hasta que éste, desviándose de su primitiva esencia de teocracia democrática, se transformó en un gobierno oriental despótico; los árabes, entonces, en señal de protesta, abandonaron a los Califas y regresaron en gran parte a sus territorios.

Cuando, siglos después, los turcos llegaron al Califato del mundo musulmán, todas las regiones árabes quedaron bajo la soberanía otomana. Algunas, como el Neyed, lograron conservar prácticamente su independencia; otras, como el Heyaz, Siria y Mesopotamia, cayeron bajo el yugo efectivo de los turcos; pero ninguna de estas poblaciones aceptó sin protestas la dominación otomana y todas manifestaron su descontento con movimientos de rebelión esporádicos y localizados que los dominadores no tardaban en sofocar. Más tarde diversos factores contribuyeron a que en el ánimo de estas poblaciones brotara el sentimiento del «nacionalismo árabe».

Aunque el renacimiento musulmán ha tenido su origen, desde el punto de vista religioso, en la reforma uahabita del siglo XVIII, sólo se ha manifestado, desde el punto de vista político, hacia la mitad del siglo XIX; la influencia de la civilización europea, penetrando en las poblaciones árabes, ha contribuído a que el renacimiento político musulmán tomara, entre ellas, la forma de nacionalismo. Pero la política europea, y en particular la de la Gran Bretaña, dueña de la India, no tardó en intervenir, ya en el siglo XIX, modificando la situación de la península arábiga de la cual Inglaterra ocupó varios puntos estratégicos.

1. *Países de la península arábiga situados bajo la dominación o el protectorado británico.* — La posesión de la India, en efecto, había orientado la política colonial de la Gran Bretaña hacia el Próximo Oriente, región que Inglaterra necesitaba dominar, directa o indirectamente, para la defensa del camino de la India.

Ya con anterioridad a la construcción del Canal de Suez, la Gran Bretaña había ocupado Adén (1839), situado en la costa meridional de Arabia, a orilla del Océano Índico y a la salida del Estrecho de Bab el Mandeb.

Más tarde, en 1856, la muerte del Sultán de Mascate y de Zanzibar, Seid Said, dió ocasión a Inglaterra para intervenir más directamente en Arabia. Como es sabido, el Sultán de Mascate ejercía también su soberanía sobre Zanzibar en la costa oriental de África; a la muerte de Seid Said, sus dos hijos, Mahid y Tuhami, no habiendo podido llegar a un acuerdo referente a la sucesión, acudieron al arbitraje de lord Cannig, Gobernador general británico de las Indias. Éste encontró como solución dar a Mahid el gobierno de Zanzibar y a Tuhami el de Mascate; ambos asumieron el poder con el título de Sultán. Los dos sultanes quedaron desde entonces bajo la tutela inglesa, que no tardó en transformar las respectivas sultanías en protectorados dependientes del gobierno de las Indias. Los ingleses se aprovecharon de la situación para ocupar la isla de Perim, en el Estrecho de Bab el Mandeb (1857), asegurándose de este modo el control de la salida del Mar Rojo.

La construcción del canal de Suez hizo pensar a los ingleses que, por ese hecho, el Mar Rojo era el camino más corto y la vía

de comunicación más directa con la India y, por consiguiente que, para la mayor seguridad de sus colonias de Oriente, era necesario que quedase bajo su vigilancia absoluta.

La ocupación de Egipto y luego la del Sudán fueron los primeros pasos hacia la realización del programa de expansión británica en el Próximo Oriente. En 1895 la Gran Bretaña se instaló en el Golfo Pérsico ocupando la isla de Bahrein; en 1896 estableció su protectorado sobre Zibara (Katar), al Oeste del sultanato de Mascate, que ya estaba bajo el protectorado inglés, y ocupó también en el Mar de Omán las islas de Kurian-Murian. En 1914, en vísperas de la guerra europea, Inglaterra firmó con Turquía un tratado en virtud del cual ésta le reconocía, como hinterland de Adén, el territorio definido por una línea que, partiendo de Chej Murad en el Mar Rojo y pasando por el río Bana, remontaba hacia el NE. hasta la orilla del Golfo Pérsico frente a la isla de Bahrein.

Esta región abarcaba:

El territorio de Omán, que comprendía los protectorados ingleses de Mascate y de Zibara (Katar); la región del Hadramaut, cuyo territorio estaba repartido políticamente entre dos dinastías: la de los Qaaiti, representada por el Sultán de Makal-la, localidad marítima del Golfo de Adén, y la dinastía de los Kaziri, a la cual pertenecía el Sultán del Hadramaut, residente en el interior de las tierras, en Sehun; la colonia de Adén, en la parte SO. de la península; el Protectorado de Adén, con 23.000 kilómetros cuadrados de superficie y la isla de Perim, ocupada por Inglaterra en 1867.

Durante la guerra europea, la Gran Bretaña consiguió del Emir uahabita, Abd el Aziz ibn Seud, la cesión del litoral de Hasa, frente a la isla de Bahrein, entre el territorio de Koweit y el de Katar, que el Emir dió a Inglaterra como concesión por 90 años con el pretexto de pesca de perlas, recibiendo como indemnización una subvención anual de 64.000 libras esterlinas.

En el conflicto surgido en 1925 entre el Imam Yahiá del Yemen y el Emir Ibn Seud, Inglaterra actuó como pacificadora, consiguiendo en premio las islas Farsán, en el Mar Rojo, por las cuales pagó 16.000 libras esterlinas.

Con el tiempo, el Emirato de la isla de Bahrein, en el Golfo Pérsico, había quedado transformado, prácticamente, en colonia bri-



EN EL HADRAMANT (ARABIA)



MAKAL-LA (HADRAMANT. ARABIA)

tánica, a pesar de las protestas esporádicas de Persia; la explotación de los yacimientos petrolíferos de Bahrein había dado a la isla importancia económica, a parte de la estratégica por su situación en el Golfo Pérsico.

La intervención de Italia, que iba estableciendo relaciones comerciales y de amistad con las poblaciones de Arabia ribereñas del Mar Rojo, había provocado recelos por parte de los ingleses; el conflicto suscitado entre el Imam Yahiá y el Emir Ibn Seud, mientras la Gran Bretaña negociaba en Saana un tratado de amistad con el Imam, haciendo presión para que éste reconociera el Protectorado británico sobre los Nueve distritos (1), terminó de una manera inesperada con el Tratado de Taif, cuando el Imam hubo firmado el acuerdo con Inglaterra; no por eso, las poblaciones del Hadramaut dejaron de manifestar su descontento con movimientos sediciosos que los británicos sofocaron rápida y duramente.

Con estos actos Inglaterra mostraba predisposición a abandonar, en lo que a esta parte de Arabia se refería, su sistema preferido de «Indirect Rule» para adoptar el método de la dominación directa, método más adecuado, en esos momentos, a sus propósitos de tomar posición contra el Yemen, cuyas relaciones con Italia podían llegar a dificultar el desarrollo normal del programa británico en el Mar Rojo.

Con los Protectorados y Colonia británicos establecidos en la parte Sur y Este de la península, y con los mandatos que le había otorgado la Sociedad de Naciones sobre Palestina (Transjordania) y Mesopotamia, Inglaterra había formado un cinturón político que rodeaba las poblaciones árabes consideradas, por lo menos oficialmente, como todavía independientes.

En efecto, con los mandatos de la Gran Bretaña sobre Palestina (del cual formaba parte la Transjordania aumentada con el territorio de Acaba Maan que en principio pertenecía al Heyaz) y sobre el Irak, que comprende la Mesopotamia, el Kurdistán oriental y la región petrolífera de Mosul, y con el protectorado sobre el sulta-

(1) Los nuevos distritos que la Gran Bretaña situó bajo su dominación o protectorado son los Emiratos o Sultanatos de Mudariba, Turan, Ain Riya, Musemir, Ad Dhala, Yimil, Harur, Lahaye y Coraba, cuyo conjunto forma el Protectorado de Aden, alrededor de la ciudad.

nato de Koweit, región que antiguamente formaba parte de la provincia mesopotámica de Basorah, Inglaterra controlaba la Arabia septentrional (Neyed) prohibiéndole el acceso al Mediterráneo.

La Gran Bretaña, ejerciendo sus mandatos, aprovechando y entreteniendo el estado de recelo existente entre los principales países árabes y fomentando las rivalidades y sospechas mutuas, se oponía al establecimiento de relaciones cordiales y seguidas entre ellos que no fuesen apoyadas por su política; con esto consiguió presidir la mayor parte de los acontecimientos que en la península arábiga y en el Próximo Oriente han marcado las sucesiones de monarquías y sultanatos, los choques de las aspiraciones al Califato islámico y de los sectarismos violentos, los unos sinceros y los otros calculados, llegando a cambiar reyes y sultanes a medida de la necesidad que de ellos tenía la política británica y a pesar de la desconfianza y recelos de la masa de las poblaciones árabes.

2. *Las poblaciones independientes de la península arábiga.* — En la actualidad, después del conflicto mundial de 1939-1945, sólo dos Estados en la península arábiga son considerados como independientes, aunque indiscutiblemente se hallen sometidos de una manera más o menos indirecta a las influencias occidentales; son la Arabia seudita o Reino uahabita y el Imamato del Yemen.

A) *La Arabia seudita.* — En el siglo XVIII un hombre de fogosa fe religiosa musulmana, Mohamed ibn Abd el Uahab, consiguió reunir a los árabes y suscitar su entusiasmo religioso, predicando una reforma que debía ser el origen del renacimiento islámico. En los primeros tiempos fué perseguido porque sostenía que debían renunciar a los goces y a la lujuria para consagrarse a un ascetismo riguroso al servicio de Aláh, el verdadero y único Dios; refugiado en el Neyed obtuvo la protección del Emir Mohamed ibn Seud que reinaba sobre las ciudades de Dariya y de Riad. El Neyed formaba en el centro de la península arábiga una meseta rodeada por el desierto por tres lados; por el cuarto se extiende una región esteparia adonde los beduínos llevan sus rebaños. La meseta está salpicada de poblados y de oasis; los habitantes son trabajadores y rutinarios; hacia el centro de la meseta se abre un valle en donde

crecen numerosas palmeras y en donde los jardines ponen sus manchas verdes; en este valle se halla la ciudad de Riad (el jardín) capital del Neyed. Riad es el centro del Neyed y el Neyed es el centro de Arabia.

El Emir Mohamed ibn Seud, al otorgar su apoyo a Ibn Abd el Uahab, dió a la reforma religiosa un carácter político; guerrero y dominador, Ibn Seud apoyó con su fuerza las predicaciones del Ibn Abd el Uahab cuyos sermones hacían huella en el espíritu de los árabes. El Neyed entero acató la doctrina de Abdel Uahab; los preceptos del Corán fueron seguidos a la letra; además fué prohibido fumar y beber vino. Las tribus sometidas se animaron a su vez; su fanatismo hízose bravío, y siguieron con entusiasmo al jefe, que los llevó a dominar toda Arabia, desde el Golfo Pérsico hasta el Mar Rojo, apoderándose de las ciudades santas del Islam, y desde el Océano Índico hasta los montes del Líbano. .Fueron los uahabitas los dueños efectivos de Arabia y no querían reconocer la soberanía del Califa, Sultán, de Estambul. En una incursión en Mesopotamia llegaron hasta la ciudad santa de Kerbela, a la que destruyeron. La muerte sorprendió a Mohamed ibn Seud que se preparaba a invadir la Siria. El Sultán de Turquía, temeroso de no poder rechazar la invasión uahabita, ordenó a su vasallo, Mehemet Alí, al que había nombrado Khedive (virrey) de Egipto, que atacase a los uahabitas. Mehemet Alí con su ejército de albaneses disciplinados y entrenados, atacó a los uahabitas, faltos ya de su Emir Mohamed ibn Seud, muerto en 1814, y los derrotó; penetró en el Neyed, se apoderó de Riadh y habiendo hecho prisionero al jefe de los uahabitas que había sucedido a Mohamed ibn Seud, lo envió a Constantinopla, en donde fué decapitado públicamente por los turcos.

Turcos y egipcios instalaron algunas guarniciones en el país arábigo y volvieron a sus respectivos países, dejando a los árabes libres de volver a su antigua vida. En efecto, durante todo el siglo XIX, Arabia fué el teatro de luchas sangrientas intestinas, y pocos fueron los viajeros que se atrevieron a recorrerla.

Hacia 1893, el Emir del Neyed, Abd er Rahaman ibn Seud, se vió obligado a huir precipitadamente de Riadh que sus enemigos hereditarios, los Chamar, mandados por su jefe Mohamed ibn Rachid, estaban a punto de ocupar.

Después de una vida agitada y errante durante un cierto período acompañando a los Murra, Abd er Rahaman recibió la invitación del chej de Koweit que le ofrecía hospitalidad. Abd el Aziz, hijo de Abd er Rahaman, que había acompañado a su padre durante su permanecia entre los Murra, estaba con él también en Koweit y había asistido a la enérgica negativa dada por Chej Abd er Rahaman al ofrecimiento turco de ayudarle a recuperar sus Estados con la condición de que reconociera la soberanía turca y aceptara una guarnición de soldados otomanos. Abd el Aziz llevaba en Koweit la vida corriente de un joven árabe; a los quince años su madre lo casó, apartándolo de este modo de la vida licenciosa que en Koweit, como en general en todos los puertos de mar, llevaban la mayor parte de los muchachos. Educado en un espíritu religioso severo por su padre, uahabita sincero, Abd el Aziz practicaba la religión de Mahoma según las prescripciones de Ibn Abd el Uahab. Era por entonces un muchacho alto y fuerte, de espíritu pronto y de carácter franco. Su padre le había empezado a inculcar la idea de que él era el elegido de Dios para volver a poner en práctica el programa de unión de los árabes purificados por la reforma uahabita, programa que su antepasado Mohamed Ibn Seud, el Gran Seudi, no había podido llevar a buen fin.

Abd el Aziz había alcanzado los diecisiete años cuando el Chej de Koweit fué asesinado por su hermano Mubarek, que se proclamó soberano de la región. Algunos días después moría Mohamed ibn Rachid, de los Chamar. La situación política de los Seud sufrió entonces un gran cambio; amigos de Mubarek y enemigos de los Rachid, recibieron emisarios de varios puntos del Neyed asegurándoles el triunfo. Una rápida incursión hecha por Ibn Seud le demostró que el momento no había llegado todavía.

En 1897, cuando Mubarek se declaró soberano de Koweit, la situación política internacional europea se hallaba dominada por el antagonismo inglés-germano. Durante casi un siglo, los ingleses de la India habían tratado de infiltrarse en el Golfo Pérsico; habían extendido su influencia sobre el territorio de Mascate y de Katar, y en 1895 habían ocupado la isla de Bahrein en el Golfo Pérsico, isla habitada por pescadores de perlas y gobernada por un Emir que aceptó la protección británica.

Los alemanes, por otro lado, aliados del Sultán de Turquía, trataban de expansionarse hacia Oriente y habían proyectado construir un ferrocarril que arrancando de Constantinopla, llegara a Koweit, en el Golfo Pérsico, pasando por Alepo y Bagdad. Alemanes e ingleses se encontraron, pues, frente a frente en Koweit. Mubarek se reveló hábil diplomático, circunspecto y enérgico; la presión alemana sobre los turcos le obligó a buscar el apoyo inglés; los turcos, entonces, trataron de lanzar contra Koweit a los Chamar gobernados por Abd el Aziz ibn Rachid, que había sucedido al Chej Mohamed.

Mubarek había tomado gran afecto a Abd el Aziz ibn Seud, y le hacía asistir a sus trabajos y conferencias políticas, iniciándolo, de este modo, en el arte de gobernar; la política desarrollada en Koweit hizo conocer a Ibn Seud un nuevo mundo y le abrió los ojos sobre lo que era la política europea en Oriente.

Mubarek, al tener noticias de que los Chamar al mando de Abd el Aziz ibn Rachid se preparaban a atacarle, tomó la delantera, pero, traicionado por algunos de sus aliados, fué derrotado por los Chamar y obligado a refugiarse entre los muros de Koweit. Abd el Aziz ibn Seud que, acompañado por su primo y al frente de algunos hombres se había dirigido hacia Riadh con la idea de sublevar las poblaciones, había reunido algunos contingentes; pero, al conocerse la derrota de Mubarek, fué abandonado por éstos y tuvo que regresar a Koweit acompañado sólo de algunos hombres.

Los ingleses salvaron por entonces la situación de Mubarek, declarando que era su aliado y enviando un crucero a aguas de Koweit. A los veinte años, Abd el Aziz ibn Seud, al frente de unos cuantos amigos y parientes, se lanzó a la reconquista de Riadh y sus alrededores; sus éxitos le dieron la reputación de guerrero fuerte y enérgico que le permitió reunir numerosos contingentes. A fines de 1903, Abd el Aziz ocupó la región de Kasim y de regreso a Riadh, su padre Chej Abd er Rahaman, con la aprobación de los Ulemas, le proclamó Emir del Neyed e Imam de los Uahabitas.

En 1908, un grupo revolucionario de Constantinopla, «el Comité de la Unión y Progreso», había destituído al Sultán Abdul Hamid, tomando las riendas del gobierno del imperio otomano.

Los miembros de este Comité decidieron reforzar las funciones

del Gobierno central y fortalecer su poder en las provincias y en los países árabes. Con este fin activaron la construcción del ferrocarril de Damasco a Medina y nombraron como Gran Cherif de la Meca y Gobernador del Heyaz a Hosein ibn Alí de la familia árabe de los Hachemitas. Éste era el perfecto tipo del funcionario turco-árabe y había ocupado varios cargos oficiales en Constantinopla, en donde él y sus hijos habían residido largos años.

El antagonismo entre Chej Hosein e Ibn Seud no tardó en manifestarse; Ibn Seud reivindicó el derecho de soberanía sobre la meseta de Ataiba, situada entre el Neyed y el Heyaz, y Hosein se lo negó; el Seudi entonces penetró en Ataiba por el Este y obtuvo la sumisión de esas tribus.

Las dificultades creadas a Turquía por la guerra de Tripolitania contra los italianos y, poco después, por la guerra de los Balcanes, facilitaron la expansión en Arabia de los uahabitas al mando de Ibn Seud; éste sometió la región de El Hasa adquiriendo una parte del litoral del Golfo Pérsico con dos puertos, condición que los ingleses tuvieron que tener en ceunta en sus proyectos sobre dicho Golfo.

El éxito había convencido Abd el Aziz ibn Seud de lo que su padre no había dejado de inculcarle: de que Dios le había confiado la misión de reunir los árabes bajo su dominio. Los árabes habían sido un gran pueblo que había fundado en nombre del Islam un gran imperio. Estaban divididos en sectas y clanes sin prestigio, y una parte de ellos se hallaba bajo la dominación de extranjeros e infieles. Su misión, pues, era la de devolverles el lustre de los tiempos pasados, reuniéndoles en nombre de la fe islámica.

Imbuído de estas ideas, Abd el Aziz se adhirió severamente a los principios uahabitas, y desde entonces la religión sirvió de base a todas sus acciones y llegó a ser su preocupación más constante.

Los éxitos militares conseguidos le hicieron pensar en la necesidad de asegurar y consolidar lo conquistado, en espera de ampliar aún más su dominio. Con este fin se preocupó de fijar en la tierra las poblaciones nómadas. Creando colonias alrededor de los puntos de agua, intentó transformarlas en gentes sedentarias y en labradores. Con esto conseguiría cortar por lo sano en cuanto a la vida de rapiñas y de vindictas y trataba de obtener que la obe-

diencia a Dios y a él mismo fuese un sentimiento más fuerte que el de lealtad hacia la sangre y la tribu. La realización de tales proyectos debía dar por resultado el aumento de la superficie de los terrenos labrados y el refuerzo del poderío militar del Neyed, encauzando los instintos beliciosos de los beduínos al servicio del Emir uahabita.

Para la realización de esa obra, Ibn Seud logró el apoyo de los uahabitas que le ayudaron a crear una cofradía guerrera consagrada al servicio de Dios; los beduínos constituyeron la cofradía que se llamó «Los Ijuan», o sea los «Hermanos unidos en Dios». El éxito de la primera colonia «Artauiya», que no tardó en transformarse en ciudad, hizo aumentar rápidamente el número de las colonias, en las cuales Ibn Seud reclutó sus mejores y más seguros guerreros.

Las condiciones de Europa, poco antes de la guerra de 1914, no habían pasado desapercibidas para Ibn Seud: el antagonismo angloalemán se manifestaba en Oriente de una manera evidente. Todos los soberanos de Arabia, el Imam del Yemen, el Cherif de la Meca, Husein ben Alí, los Rachid de Ayeman, el chej de los Muntafik, Mubarek de Koweit y el mismo Ibn Seud, recibían emisarios oficiales y secretos portadores de grandes promesas con vistas a las respectivas alianzas.

La situación de Ibn Seud era la siguiente: por una parte se hallaba rodeado por los turcos, que tenían detrás de ellos a los alemanes, ricos y fuertes, pero que eran sus enemigos, puesto que eran aliados de los Rachid y procuraban eliminarlo del Neyed para poder intervenir en el país. Los ingleses, al contrario, vivían en buenas relaciones con él y no deseaban apoderarse del Neyed. Su aspiración era la de conservar libre el camino de la India y poder reconocer los petróleos persas. Estaban dispuestos a reconocer la soberanía de Ibn Seud, siendo ellos también ricos y poderosos. Pero mientras los turcos y los alemanes podían atacarlo fácilmente desde Basorah, Bagdad y el Mar Rojo, los ingleses se hallaban muy lejos para poderle amenazar.

Teniendo intereses comunes en esta cuestión con Chej Mubarek de Koweit, decidió consultar con él lo que fuese más conveniente hacer; pero no pudo obtener de esta consulta ninguna indicación

definitiva por parte del Chej de Koweit, así que Ibn Seud decidió esperar los acontecimientos y, mientras tanto, negociar con los unos y los otros, según sus propios intereses. En efecto, entró en relación con los turcos, a los cuales vendió caballos y camellos, y estrechó sus relaciones con el agente británico capitán Shakespeare, del cual obtuvo armas, municiones y dinero (1).

Al declararse la guerra europea, Ibn Seud se encontró aislado. Envió emisarios a sus vecinos para proponer una reunión entre los soberanos de la Arabia, pero no obtuvo contestación.

En Hail, capital de los Chamar, un nuevo Rachid había llegado a imponerse a sus contrincantes y a dominar el país; se había aliado a los Muntafik y unido a los turcos con las tribus Chamar. El Gran Cherif de la Meca obraba por su cuenta y, por medio de su hijo Abd Aláh, se había entendido con los ingleses de Egipto para ponerse frente de una confederación árabe, aspiración de los nacionalistas árabes de Siria. Chej Hosein contestó de una manera displicente a Ibn Seud, diciéndole que no quería trato alguno con él hasta que no hubiese abandonado sus reivindicaciones sobre el territorio Ataiba.

Hacia fines de 1914, los ingleses desembarcaron en Fao, en el Golfo Pérsico y, rechazando a los turcos, ocuparon Basorah, en donde empezaron a concentrar tropas para un avance sobre Bagdad, utilizando los valles del Tigres y del Éufrates.

Ibn Seud era dueño de la Arabia central y podía lanzarse, bien sobre el Heyaz y el litoral del Mar Rojo, bien al Norte, hacia la Siria, para cortar a los turcos el camino de Egipto. Por consiguiente el Seudi representaba para los ingleses un factor de mucha importancia, y el Gobierno inglés no dudó en enviar cerca de él al capitán Shakespeare, su antiguo amigo.

Los turcos, decididos a evitar una alianza entre Ibn Seud y los ingleses, habían proporcionado armas, municiones y dinero al Chej de los Chamar, lanzándolos contra el Neyed.

Ibn Seud, ante esta amenaza, sin ocuparse de firmar el tratado

(1) El capitán Shakespeare realizó viajes interesantes de exploración en Arabia septentrional y central; en 1913-1914 cruzó la Península arábiga desde Koweit en el Golfo Pérsico hasta Suez, pasando por Riad, Bereida, Haiyaniya y Yof el Ahmar. El capitán Shakespeare pereció con las armas a la mano, al lado de Ibn Seud, en el combate del 29 de enero de 1915, que Ibn Seud sostuvo contra los Chamar.

que le proponían los ingleses, levantó en armas a los del Neyed; las colonias Ijuan le envieron contingentes, y las tribus Mutair, Ayiman y Deuasair le proporcionaron los jinetes. Una vez reunidos tres mil hombres, se puso en marcha hacia el Norte. Encontró al enemigo cerca de Yarab (al Norte de Artauiya) el 29 de enero de 1915; pero en el combate fué traicionado por los Ayiman y, obligado a abandonar el campo de batalla, se refugió en Riad.

La noticia del revés de Ibn Seud se propagó con grandísima rapidez por el desierto de Arabia; como consecuencia de ello, los beduínos se preparaban a rebelarse contra su autoridad. Pero el Seudi no dió señal alguna de debilidad; al contrario, reunió sin tardar algunos contingentes, reclutados en los poblados y en las colonias de Ijuan, y simuló atacar a los Chamar. El Rachid que no estaba preparado, propuso una tregua que el Seudi aceptó.

Ibn Seud, convencido ya de que los ingleses ganarían la guerra y de la conveniencia de ponerse de acuerdo con ellos, no dudó en firmar un Tratado con Inglaterra, en el cual se comprometía a tomar partido por los ingleses, a no atacar a los aliados de éstos y a rehusar ayuda a sus enemigos. Inglaterra, en cambio, le reconoció como soberano del Neyed, independiente de Turquía, le concedió un subsidio mensual y le entregó armas, municiones y una condecoración. (Tratado de Oyair.)

Durante dos años (1915-1917) el Seudi había luchado para mantener y consolidar su situación en Arabia, consiguiéndolo en gran parte con el castigo de los Ayiman que lo habían traicionado en la batalla de Yarab.

Los ingleses, que al principio se habían interesado por Ibn Seud, no se habían preocupado más de él después que fué drerotado en Yarab, considerándole como un elemento de poca utilidad, por el momento, y habían apoyado decididamente al Chej Hosein, al cual habían entregado grandes cantidades de dinero para provocar la sublevación de los árabes contra los turcos. Chej Hosein, renegando de su juramento de fidelidad hacia Turquía, había proclamado la guerra santa contra los Imperios centrales y, sublevando a los árabes del Heyaz contra los turcos, se había puesto al frente del movimiento. En los primeros días cayeron en poder de los árabes Yedah y la Meca; algún tiempo después, cayó Taif. Los turcos,

haciéndose fuertes en Medina, resistieron los ataques de la gente de los hijos del Cherif Horein; la situación empezó a ser algo difícil para éstos, cuando la oficina inglesa del Cairo envió en auxilio de Chej Hosein una misión, de la cual formaba parte el Mayor T. H. Lawerence, con importantes cantidades de dinero.

El 4 de noviembre de 1916, Chej Hosein se proclamó Rey (Malik) del Heyaz y envió una carta a Ibn Seud, pidiéndole reconociese su título y renunciase a toda pretensión sobre las tribus Ataibas. Con esta carta la animosidad antigua existente entre el Seudi y el Cherif de la Meca se exacerbó, y Abdel Aziz ibn Seud comprendiendo que esta querella no podía terminar sino con una lucha abierta, empezó a preparar la guerra contra Hosein, para cuando se presentase el momento oportuno.

Los ingleses, al ver que Ibn Seud había quedado dueño efectivo, al final de 1917, de la Arabia occidental, le enviaron una misión con el fin de proponerle una alianza definitiva. Formaban parte de esta misión H. St. John Philby, agente político de la oficina de los Comisarios civiles de Bagdad, y lord Belhaven.

El Tratado de Ogair recompensaba a Ibn Seud por su neutralidad con una subvención mensual de cinco mil libras esterlinas; el Emir del Neyed había convenido además una tregua con Rachid para poder ambos aprovecharse de la situación, e Ibn Seud podía vender con fuertes beneficios camellos y caballos. Por otra parte, el servir de una manera activa a Inglaterra sin haber eliminado antes a Chej Hosein, al que consideraba como un verdadero enemigo, era contrario a sus intereses; Ibn Seud decidió mantenerse en los términos del tratado de Ogair, ocupándose en organizar sus dominios de una manera definitiva, al mismo tiempo que seguía preparando la guerra contra Hosein. Con este fin envió predicadores Matauas a los Ataibas para convertirlos al uahabismo. El éxito de sus agentes fué considerable, y la ciudad de Khurma pidió su protección.

Esta ciudad constituía un punto estratégico muy importante, pues dominaba los caminos de Yedah, de Taif y de la Meca, y por consiguiente, era la llave del Heyaz. Hosein, furioso, envió sus tropas contra Khurma, pero bastaron sus habitantes para defenderla y rechazar a la gente de Hosein.

En varias ocasiones Ibn Seud, empujado por los Ulemas uaha-

bitas y por los Ijuan, estuvo al punto de lanzarse contra los Hachemitas del Cherif Hosein, pero siempre la presión de la misión inglesa y la promesa hecha de no atacar a los aliados de los ingleses durante el conflicto europeo, le disuadieron.

En 1918, Lawrence, acompañado de los Emir Faysal y de los contingentes árabes, había llegado a reunirse con las tropas británicas de Allenby en Damasco, continuando su marcha más al Norte, hasta Alepo. La guerra europea tocaba a su fin; la epidemia de gripe de 1918 hizo dos víctimas en la familia de Ibn Seud, lo cual causó a éste un profundo dolor: murieron su hijo mayor, Turki, y su mujer predilecta, Yuhara. A pesar de su profundo sentimiento, el Emir Abdel Aziz reaccionó, dedicándose a sus asuntos.

Al terminar la guerra, el Emir Abd Aláh, hijo del Cheif Hosein, volvió a atacar Medina, defendida siempre por la guarnición turca que mandaba Fikri Bajá, el cual, a principios de 1919, hallándose completamente aislado y sin esperanza de ayuda, no tuvo más remedio que rendirse. A raíz de la toma de Medina, Abd Aláh penetró en el territorio de Taiba con la idea de volver a recuperar Khurma y de someter esas tribus. Ibn Seud, que había prometido a los Ijuan defender Khurma, se preparó a la lucha contra Abd Aláh.

La oficina británica de Egipto propuso su mediación; pero ni Hosein ni el Seudi hicieron caso. Mas a Hosein, que en realidad había cooperado durante la guerra, los ingleses lo consideraban todavía útil en la paz y decidieron apoyarle, aunque estuviesen persuadidos de que Chej Hosein, con su ejército bien armado, sus oficiales sirios, los fusiles y ametralladoras que la Gran Bretaña le había proporcionado, triunfaría sin dificultades sobre Ibn Seud, que para ellos no era más que un jefe beduíno sin gran importancia.

Abd Aláh, con un ejército de cuatro mil hombres armados de fusiles y ametralladoras modernos, avanzó hacia Khurma, instalándose en el poblado de Turaba; pero antes que Ibn Seud pudiese ponerse en contacto con él, Luwai, jefe de Khurma, seguido de numerosos voluntarios Ijuan, sorprendió el campo de Abd Aláh, pasando a los soldados de éste a cuchillo. Esta victoria entusiasmó a los Ijuan que quisieron que el Seudi los llevase a la conquista de la Meca y de los otros Lugares Santos del Islan. Pero el Seudi, convencido que si seguía tendría que luchar a fondo con los ingle-

ses, prefirió contemporizar, convenciendo a los suyos de que el momento oportuno para esas conquistas no había llegado todavía.

Ibn Seud había comprendido que, si los turcos se habían marchado del país, los ingleses habían llegado para sustituirlos con el mismo afán de dominación, aunque manifestado de manera diferente.

Con la derrota de los Imperios centrales, el Imperio turco quedó dislocado; la Siria, Palestina, el Heyaz, el Yemen, el Asir, el Irak, el Egipto y la Arabia central constituían otros tantos trozos que ningún lazo unía, y la política inglesa quiso reunirlos bajo la influencia de la Gran Bretaña, puesto que en todas estas regiones, menos en el Neyed, existían soldados británicos.

No cabe duda que, en un momento determinado, Inglaterra pensó realizar el proyecto de Lawrence de una confederación de los países árabes, bajo el gobierno del Gran Cherif de la Meca intervenido por la Gran Bretaña. Pero el antagonismo que surgió entre ingleses y franceses referente a la repartición de los despojos del Imperio turco, fué un obstáculo muy grande para la realización de esta empresa. Además de los franceses, a los cuales por el convenio del 16 de mayo de 1916, Inglaterra había prometido una parte interesante de las provincias árabes del Imperio turco, también los hebreos, a quienes las declaraciones Balfour de 1917 habían dado la esperanza de la fundación en Palestina del «Hogar Nacional Judío», reclamaban el cumplimiento de los compromisos contraídos por la Gran Bretaña; y la organización de la confederación árabe representaba un obstáculo para la realización de dicho «Hogar Judío».

En estas condiciones la posición de Ibn Seud era algo difícil; se encontraba rodeado de enemigos personales apoyados además por los ingleses, aunque él también tuviese un tratado con ellos. En efecto, en Koweit seguaí reinando Salim, su enemigo personal, amparado por la protección británica: en el Irak, reinaba el Emir Faysal, hijo de Chej Hosein y al que los franceses habían expulsado de Siria; en Chamar seguía dominando un Rachid, al cual Chej Hosein había otorgado su protección; el Emir Abd Aláh, otro hijo de Chej Hosein, había sido nombrado por los ingleses Emir de Transjordania, mientras que el Cherif de la Meca, Chej Hosein, que en 1916 se había proclamado rey de Heyaz, seguía gobernando este país.

Por lo tanto, Ibn Seud no podía agredir a ninguno de ellos sin encontrar detrás a los ingleses, con los cuales no le convenía ponerse a mal. Así que, a pesar de las provocaciones, supo conservar su serenidad, en espera de una ocasión oportuna.

Ésta se presentó en el verano de 1921; el jefe de la familia de los Rachid había muerto, y sus parientes discutían para saber quién le sucedería. Los Chamar, divididos además por las predicaciones de los emisarios uahabitas, que desde tiempo los trabajaban, no estaban en condiciones de resistir un ataque serio. Hosein, que había prometido ir en auxilio de los Chamar, se hallaba en dificultades en el Heyaz a causa de su impopularidad creciente. En Koweit, Salim había muerto, y su sucesor Ahmed deseaba sobre todo, la paz. La situación de los ingleses no era tampoco satisfactoria, pues el Irak se había sublevado, y en Egipto, en la India y en Turquía la agitación era seria. Había llegado para Ibn Seud el momento de entrar en acción, y no dudó en declarar la guerra a los Chamar.

Sin jefes, desorganizados, divididos por la propaganda de los predicadores uahabitas y amenazados por la espalda por Nuri Chalan, jefe de los Ruwala que había ocupado el oasis de Yof, al Norte de Hail, los Chamar no resistieron a Ibn Seud, y los uahabitas llegaron fácilmente a Hail, capital de los Chamar, a la que situaron y tomaron poco después. El Seudi puso allí una guarnición y recorrió todo el país Chamar. Los que no quisieron someterse al Emir uahabita emigraron al Irak, en donde fueron bien recibidos por Faysal, que pensó que en momento oportuno pudieran serle útiles.

De vuelta a Riadh, Abd el Aziz fué recibido triunfalmente y proclamado Sultán de Riadh y de sus dependencias por todos los Ulemas, chiujs y otros jefes, reunidos bajo la presidencia del Chej Abd er Rahman.

Como consecuencia de la victoria sobre los Chamar, Ibn Seud pudo enviar sus hombres hasta la frontera de Palestina, ocupando los importantes oasis de Chaka y de Yof; este último era la llave de los desiertos del Norte, centro muy importante para los beduínos, pues era el punto de cruce de los caminos de Egipto a Bagdad y de Siria al Golfo Pérsico. Estratégicamente, quien dominaba el

valle del Uadi Chiran podía tener bajo amenaza la Siria, Palestina y Transjordania. Un lugarteniente de Ibn Seud, se había lanzado al país del Irak derrotando a un cuerpo de meharistas irakianos.

Los ingleses, considerando que Ibn Seud había roto el equilibrio en Arabia, le enviaron un mensaje pidiéndole aceptase una reunión para tratar de los asuntos de actualidad.

Ibn Seud aceptó, pero durante el período de las negociaciones, un grupo de mil quinientos ijuan de la tribu del Harb, salió de Chakra de noche y, sin que Ibn Seud lo supiese, remontando hacia el Norte, cruzaron la frontera de la Transjordania y atacaron un poblado de la tribu de los Beni Chakir, a 25 kilómetros de Am-man, capital del Emirato de Abd Aláh, destruyendo todo y matando a los hombres jóvenes y viejos.

Los Beni Chakir reaccionaron contra los ijuan, y los ingleses, por su parte, salieron de Am-man con automóviles blindados y enviaron aviones desde Palestina en contra de ellos; los británicos, con las ametralladoras y las bombas de aeroplano, persiguieron a los ijuan, matando a un millar de éstos; los restantes, sin agua y sin camellos, fueron muertos por los Beni Chakir. Del grupo de ijuan salido de Chakra sólo ocho pudieron volver y fueron castigados por Ibn Seud, por haber obrado sin su orden.

El Emir uahabita, comprendiendo el poderío de Inglaterra y sus medios de castigo, invitó a sir Percy Cox a una conferencia en Ogair; el problema que se presentaba era nuevo para la Arabia, pues se trataba de determinar la frontera entre el Neyed y los Estados que lo rodeaban. El enviado inglés sostenía la concepción de un Estado territorial, con fronteras y una población determinada, como en Europa, contra la concepción de la comunidad nómada, sin lazos y sin límites definidos. .Ibn Seud estaba decidido a no aceptar la idea de Cox, pues se daba cuenta de que, con aceptar la demarcación de las fronteras del Neyed, quedaría obligado a reconocer los nuevos Estados que resultaran, los cuales, siendo gobernados por sus enemigos, le encerrarían en esas mismas fronteras.

El resultado de la discusión fué: que Inglaterra reconocería a Ibn Seud como soberano del Hail, Chamar y de Yof, concediéndole un subsidio en oro todos los meses, a cambio de que el Emir uahabita reconociera la existencia de una frontera entre el Neyed y el

Irak, estipulando que ambas partes reconocieran la existencia de una zona neutral a lo largo de la frontera; que las tribus conservarían sus derechos de pastoreo y de tomar agua de un lado y del otro de la línea de demarcación, y que se comprometían a no construir fuerte alguno, ni cerca de los pozos ni en la línea fronteriza.

Las tribus no aceptaron estos acuerdos y se agitaron, intentando raziar en territorio del Irak; los ingleses volvieron a pedir una conferencia con Ibn Seud, pero ésta no dió resultado alguno.

Hosein, por otra parte, se había adelantado hacia Khurma y Turaba y se había apoderado de estas dos ciudades. Una grave enfermedad inmovilizó a Ibn Seud, por la cual no pudo reaccionar violentamente como era deseo suyo y de todos los suyos. Pero durante los cuatro meses que estuvo enfermo, el tiempo trabajó por él: Hosein se había hecho muy impopular y los habitantes de Khurma y de Turaba se habían sublevado y echado a sus hombres. Las tribus del Harb y de Ataiba principalmente encontraban los impuestos muy onerosos, pues Hosein trataba de aumentar sus ingresos con nuevos y más pesados impuestos para compensar la subvención mensual que los ingleses le habían suspendido.

La Gran Bretaña, preocupada por la situación creada por la revolución irlandesa, por los disturbios de Egipto y del Sudán, por la agitación de los Kurdos en el Irak y por los movimientos de los nacionalistas turcos, que amenazaban ocupar Mosul, y en dificultades también con Francia, no quiso intervenir entre Ibn Seud y Hosein, cuyas relaciones tirantes anunciaban un próximo conflicto. A Faysal y al Emir Abd Aláh, que pidieron a los británicos su intervención como mediadores, contestaron: «Hosein e Ibn Seud son ambos nuestros aliados; ambos son soberanos independientes. Si no están de acuerdo, es asunto que deben liquidar entre sí. Nosotros no nos ocuparemos de ellos.»

Ibn Seud, seguro ya de la neutralidad de la Gran Bretaña en este conflicto, apenas restablecido de su enfermedad, se preparó a la lucha contra Hosein. Envió sus predicadores mutauas al Harb, entre los Ataibas y al mismo Heyaz para indisponer a los indígenas contra Hosein. Se mantuvo en contacto con los franceses y se relacionó amistosamente con los egipcios y con los indios. Con el fin de que los ingleses no tuviesen pretexto alguno contra él, anun-

ció castigos severísimos contra todos los que intentasen raziar en territorio del Irak.

El Decreto de Ankara del 3 de marzo de 1924, por el cual los turcos suprimieron el Califato islámico en Turquía y expulsaron de su territorio al Califa, precipitó los acontecimientos. En efecto, el Malik Hosein, que se hallaba en Am-man (Transjordania) en casa de su hijo el Emir Abd Aláh, a los tres días de haberse publicado el Decreto, se proclamó Califa del Islam, considerando que su calidad de descendiente del Profeta y su categoría de Gran Cherif de la Meca lo designaban de derecho como Califa del mundo musulmán. De algunos recibió la «Baia» o pacto de fidelidad, pues, como a Califa, se la ofrecieron representantes de los musulmanes del Heyaz, Transjordania e Irak (endonde reinaban sus hijos) y algunos elementos de Siria y de Palestina atraídos por el deseo de formar parte de la «Unión panárabe», de la cual Hosein se había proclamado el campeón. Pero la mayoría de los musulmanes no reconoció su Califato. Los egipcios, porque pensaban en elevar a esa dignidad a su monarca el rey Fuad; los musulmanes de la India, porque consideraban a Hosein como hechura de los ingleses; los musulmanes del África septentrional y principalmente los marroquíes, porque esta cuestión no representaba para ellos ningún asunto de interés.

Ibn Seud, por su parte, reunió en Riadh una conferencia en la cual se decidió lanzar un mensaje a todo el mundo musulmán, detallando los pecados de Hosein contra la religión, su mala administración de las ciudades santas del Islam y la imposibilidad en que se hallaban entonces los buenos musulmanes de ir con tranquilidad en peregrinación a la Meca; insistiendo, además, sobre el modo por el cual Hosein había usurpado el título de Califa. El mensaje acababa pidiendo que el pueblo del Neyed se encargase, en nombre de todos los creyentes y una vez terminada la peregrinación, de echar a Hosein de la Meca. Los representantes de los sesenta millones de musulmanes de la India contestaron enviando su aprobación a Ibn Seud y una subvención de ochocientos mil dólares para los gastos de la campaña.

Ibn Seud estableció entonces su plan de ataque: se proponía atacar directamente la Meca y Yedah, pasando por Khurma y Tu-

raba; pero, con el fin de no llamar la atención sobre sus verdaderas intenciones y evitar que Abd Aláh y Faysal enviasen ayuda a Hosein y también con objeto de informarse sobre la situación en general, envió una columna de ijuan hacia la frontera del Irak, otra para cortar el ferrocarril de Damasco a Medina, y una tercera de Yof hacia la Transjordania, remontando el Uadi Chiran. Los Ataibas, al mando de Ibn Biyad, debían hacer acto de presencia a lo largo de la frontera del Heyaz, mientras que Luwai de Khurma ocuparía con 2.500 hombres el desfiladero, en el camino que conduce a Taif.

Una tarde de agosto, Luwai se enteró que Alí, el hijo mayor del Cherif Hosein y general en jefe del ejército de éste, estaba en Taif; dió aviso de esto a Chej Biyad, y concentrando sus esfuerzos se lanzaron al asalto de la ciudad después de haber derrotado a los 600 hachemitas que defendían el desfiladero de Khurma. Biyad se presentó delante de Taif de donde Alí, poco guerrero, había huído con sus soldados. Los habitantes se entregaron al Chej de los Ataibas, pero al entrar los Ijuan en la ciudad, sonaron varios tiros contra ellos; furiosos los uahabitas, degollaron a unas trescientas personas y saquearon varias casas. Reforzados por numerosos contingentes llegados de diversos puntos, los Ijuan marcharon sobre la Meca, derrotando por el camino a las tropas de Hosein que habían tomado posición en Hada, entre Taif y la Meca.

En esta última ciudad reinaba un pánico indescriptible por las noticias de la matanza de Taif; la situación se hizo muy difícil para Hosein, que se vió obligado a abdicar en favor de su hijo Alí y refugiarse en Acaba.

La Meca se sometió sin resistencia, así como la mayor parte de las tribus y de los poblados. Allí se había hecho fuerte en Yedah; Medina e Iembo y las tribus Bili y Uayeh resistieron algún tiempo, hasta la llegada de Mohamed el hijo del Emir Abd el Aziz ibn Seud, al cual se rindieron.

A principios de diciembre de 1924, también Yedah se rindió; Alí abdicó a su vez y se embarcó en un vapor que lo llevó a Aden, de donde se marchó al Irak a casa de su hermano Faysal.

En junio de 1925, el Cherif Hosein, que al salir de la Meca se había refugiado en Acaba, fué invitado por el Gobierno inglés a

abandonar ees puerto; se embarcó para Chipre, en donde residió hasta su muerte, ocurrida algún tiempo después.

En enero de 1926, Ibn Seud era el dueño efectivo de todo el Heyaz y decidió convocar una reunión de todos los representantes de los países islámicos para celebrar un Congreso islámico. El seis de junio de ese mismo año ya se hallaban reunidos en la Meca setenta delegados de los principales países de doctrina mahometana; sólo los de Turquía, Iemen, Egipto y Arganistán llegaron con algunos días de retraso.

El Congreso, abierto por Ibn Seud con el siguiente discurso, se desarrolló sin resultados positivos: «Os he convocado a esta reunión, dijo Ibn Seud, con el fin de examinar y estudiar los caminos que puedan llevar a una mejora moral y religiosa del Heyaz, del modo que mejor pueda satisfacer a Dios y a los hombres.» Concretando luego lo que él deseaba de los congresistas, añadió: «Os invitamos a examinar los medios por los cuales los Lugares santos puedan llegar a ser los centros auténticos de la cultura islámica, los modelos de limpieza y de higiene, un territorio tan ejemplar que el buen nombre y la gloria del Islam queden definitivamente afirmados.»

Un incidente entre la guardia egipcia que acompañaba al *mahmal* (1) y los uahabitas creó un conflicto de alguna gravedad que Ibn Seud pudo solucionar sin mayores incidentes.

Terminado el Congreso, el Seudi volvió a Riadh, en donde los suyos lo proclamaron Rey de Neyed como antes, en enero, había sido proclamado Rey del Heyaz.

Hacia fin de 1926, los habitantes del Asir tuvieron que elegir entre el Imam Yahiá del Iemen e Ibn Seud, preferiendo colocarse bajo la protección de este último.

Desde entonces, el Emir uahabita se dedicó a la organización del país; en la peregrinación de 1927, pudieron hacer acto de presencia más de cien mil peregrinos sin ningún incidente molesto:

(1) El *mahmal* es un cajón elevado que tiene la forma de una tienda; en su origen, hace unos seiscientos años, el mahmal había sido la litera en la cual viajaba la reina de Egipto Chayerat-ed-Dor; en conmemoración de ese viaje, los egipcios enviaban todos los años, este cajón recubierto de ricos tapetes a la Meca, haciéndolo acompañar por un destacamento de soldados.

Ibn Seud era entonces el dueño incontestable de la Arabia. Aparte del Iemen y del territorio situado más al Sur y a orilla del Océano Índico (Hadramaut y Omán), lo restante de la península arábiga estaba bajo su dominación; él ejercía también el protectorado sobre Asir. El Emir uahabita era además el guardián de los Lugares santos del Islam y el Imam de los uahabitas.

La Gran Bretaña, con el Tratado de Yedah del 20 de mayo de 1927, reconoció la independencia del reino uahabita del Neyed y del Heyaz.

En 1929, Ibn Seud tuvo que luchar contra los Ijuan, levantados pos las incitaciones de Dauich, que lo acusaba de estar de acuerdo con los ingleses. A fines de ese año la sublevación había quedado definitivamente reprimida.

Desde entonces, Ibn Seud se preocupó de reorganizar el país y sus defensas, realizando acuerdos con Faysal y con Abd Aláh de Transjordania y dotando a los suyos de material de guerra moderno: telegrafía sin hilos, camiones blindados, etc.

En 1934, se halló nuevamente en conflicto con el Imam Yahiá del Iemen, a causa del Asir; rápidamente las tropas de Ibn Seud invadieron el país, llegando a amenazar Sana, la capital del Iemen. El agente inglés Philby, en sus artículos publicados en el «Daily Mail», anunciaba ya el Protectorado de Ibn Seud sobre el Iemen, poniendo en evidencia de tal modo el deseo oculto de la política británica en ese momento. Pero cuando menos se esperaba, Ibn Seud y el Imam Yahiá firmaron un armisticio, seguido poco después por el Tratado de paz de Taif. En este tratado, a pesar de la victoria militar de los Uahabitas, no hubo ni vencedor ni vencido. Los elementos musulmanes reunidos en Congreso en esos momentos contribuyeron considerablemente a este resultado, que llegó a constituir un precedente interesante de solidaridad islámica. Considerado desde un punto de vista objetivo, el Tratado de Taif ha sido un acto por el cual el Imam de los Uahabitas ha sabido sacrificar, por lo menos aparentemente, su ambición de conquistador y sus victorias militares en pro de una paz que a los ojos del pueblo musulmán debía fomentar la unión de las poblaciones árabes hasta llegar a la asociación entre éstas para una comunión política cimentada por el Islam. En realidad, Ibn Seud hubiese podido perfecta-

mente anexionarse el Iemen, pues todo se lo aconsejaba; la anexión de ese territorio hubiese hecho desaparecer a su último rival indígena en Arabia; pero, considerando el porvenir, se dió cuenta de que la gente del Iemen era difícil de gobernar ya que pertenecía a una secta religiosa diferente y detestaba a los reformadores uahabitas; por otra parte la posesión del Iemen le hubiese podido crear dificultades con los ingleses de Adén y hasta con los italianos, que empezaban a deasrrollar una política más activa en el Mar Rojo.

El Tratado de paz de Taif representaba para él una propaganda mejor de lo que hubiese podido ser la anexión del Iemen, sin contar con que, prestando acatamiento a las sugestiones de los elementos musulmanes reunidos en Congreso, afirmaba su situación en el mundo islámico.

En efecto, desde entonces, las miradas de los pueblos mahometanos que luchan para sacudir el yugo europeo están fijas en Ibn Seud, guardián de las ciudades santas del Islam.

La Arabia entera quedó en paz; bajo el mando de Ibn Seud, las tribus quedaron tranquilas y un viajero, con la protección del Imam uahabita, podía recorrer el país de un punto a otro con la mayor seguridad. Ibn Seud se apoya principalmente sobre los Uahabitas y los Ijuan, la gente de Riadh y los del Neyed que constituyen un grupo de incondicionales del Emir. Aunque la autoridad del Seudi sea principalmente personal, el Emir ha tenido la precaución de dar a su heredero Seud la educación necesaria para que llegue a ser un gran jefe. Nacido en el palacio de Riadh, ha sido educado en la escuela de los Uahabitas y ha llevado siempre una vida severa y sencilla. Físicamente es como su padre, un gigante de una fuerza extraordinaria y supera en la altura de su cabeza, la talla media de los árabes. Desde su primera juventud ha tomado parte en varias guerras y ha demostrado no sólo su valentía, sino también su habilidad en mandar hombres. Como Gobernador del Neyed ha dado muestras de ser justo, de tener autoridad y prestigio entre los suyos. Tiene desde luego las cualidades necesarias para sustituir, en un momento dado, a su padre. La característica de éste, heredada por su hijo, es la de ser lento en decidir, pues necesita saber perfectamente lo que hace; pero rápido en la ejecución de lo que ha decidido hacer.

Ibn Seud ha declarado que, antes que todo, es musulmán y después un árabe, pero siempre un servidor de Aláh. El Emir uahabita está convencido de que Dios le ha dado la misión de reunir a los árabes en un solo pueblo y de enseñarles las reglas del Islam en toda su pureza original, así como de corregir sus errores, de castigar los vicios que han deformado la religión y de resucitar la gloria del Islam de los tiempos pasados.

La política de Ibn Seud en su carácter general es panislámica, pero concretando de momento sus aspiraciones a un panarabismo razonado. Desde luego, considera la Transjordania, Palestina, Siria, el Iemen y el Irak como países árabes y estima que Koweit y Acaba son partes integrantes de Arabia; sin embargo, se da cuenta de las dificultades que hay que vencer para realizar la unión total de esos países y crear la unidad árabe, basada sobre intereses comunes y una comunidad de lengua, de costumbres, de religión.

El renacimiento musulmán, desarrollándose entre los pueblos árabes paralelamente al sentimiento nacionalista árabe, tiende a formar un bloque arábigo-islámico que la política británica intenta orientar y dirigir, si no dominar por completo.

Los árabes, hasta ahora, habían ignorado el nacionalismo que los ingleses y franceses, en los principios del conflicto europeo de 1914-1918, habían creado para sus fines políticos; sólo un pequeño grupo de teóricos en las ciudades, había adoptado estas ideas; la masa no las comprendía, contentándose con la unión islámica, que hace hermanos a todos los musulmanes, envolviendo a todos los infieles en el mismo sentimiento de xenofobia. El problema, en realidad, no era de nacionalismo, sino de internacionalismo.

Desde la guerra de 1914, los occidentales no poseen ya el prestigio del tiempo pasado; los orientales los han conocido de cerca; han visto todas sus debilidades y ya no los respetan; están además convencidos de que, en un porvenir no muy lejano, Europa se destruirá ella misma, y de que los musulmanes sometidos a los europeos lograrán recuperar la propia independencia.

Ibn Seud se presenta como una gran figura mahometana; ha llegado a dominar la mayor parte de Arabia y ha llegado a ser el guardián de los Lugares santos del Islam, lo cual propaga por todo el mundo musulmán su nombre y sus méritos.

«Toda mi autoridad descansa sobre el Corán y las tradiciones de Mahoma», declaró en un discurso. «Estas tradiciones no prohiben el progreso; no se oponen a la maquinaria, a la telegrafía sin hilos, a ningún progreso normal...»

«Los musulmanes — dijo en otro discurso — se despiertan hoy solamente; deben hacerse dueños de las dos armas que están al alcance de sus manos: primeramente, de la piedad, la humilde obediencia a los mandatos de Dios; y luego, de todas las armas materiales, como aviones, automóviles, etc.»

Con anterioridad al conflicto mundial de 1939-1945, la lucha contra el comunismo de los Estados totalitarios no ha pasado desapercibida para los musulmanes, que en varios países han empezado a imitar determinadas organizaciones populares, llegando a un mayor contacto entre los elementos de las poblaciones y, por consiguiente, a una mayor unidad.

La guerra mundial de 1939-1945, ha modificado el aspecto político que tenía el mundo con anterioridad al conflicto.

La situación en el Próximo Oriente se ha complicado considerablemente; desde el punto de vista político, la «Cuestión Judía» de Palestina, ha evolucionado de una manera muy compleja; desde el punto de vista económico, el descubrimiento de yacimientos de petróleo en Arabia ha abierto el país a los Estados Unidos de América, que han enviado allá personal, material y grandes cantidades de dinero.

La Gran Bretaña, en el Próximo Oriente, defiende con tenacidad sus posiciones, comprometidas por la influencia de la Unión de las Repúblicas soviéticas y, en cierto modo, también por la ingerencia americana. Pero el proyecto de Winston Churchill de 1921 se ha realizado, creando la federación de Estados árabes, independientes en apariencia y que, en realidad, debían apoyar la política inglesa en esas regiones. El 9 de marzo de 1945, fué firmado en el Cairo el acuerdo de la formación de la «Unión de Estados árabes», por los delegados de Egipto, Siria, Líbano, Transjordania, Irak, Neyed, Yemen y por un representante de Palestina, aunque el territorio de este país quedase todavía sometido al mandato británico. Los intereses de los países occidentales — de la Gran Bretaña para la defensa del camino de la India, — de los Estados Unidos de Amé-

rica — desde el punto de vista político-económico, por la presencia de los yacimientos de petróleo — y de la Unión de las Repúblicas soviéticas — en antagonismo con las dos otras Potencias — hacen de la región arábiga un punto del mayor interés, por su situación estratégica mundial.

El Renacimiento musulmán, cuyo epicentro se halla efectivamente en el Próximo Oriente, amalgamado con el Renacimiento del mundo árabe, está en los momentos actuales ligado íntimamente a la reorganización mundial de la postguerra, consecutiva al conflicto mundial de 1939-1945, y no cabe duda que esa situación internacional es susceptible de originar repercusiones en el mundo musulmán, al alcance de las cuales no puede ser determinado.

La tenacidad con que el actual Rey del Neyed y del Heyaz ha trabajado desde 1902 para llegar a la unificación bajo su mando de las poblaciones árabes independientes, ha llegado a conseguir la formación de un Estado, el cual, al ir evolucionando de modo progresivo con la formación de las colonias de Ijuan y con la dotación de elementos de guerra modernos, queda situado bajo su autoridad indiscutible.

La Arabia seudita, o reino uahabita, comprende en la actualidad el Neyed, el Heyaz, el Hasa y el Asir; como Estado independiente, en la península, queda sólo el Imamato del Yemen, pues las otras regiones a orillas del Golfo Pérsito y del Océano Índico, se hallan bajo la influencia o el protectorado británico.

No cabe duda de que durante ese largo plazo de tiempo transcurrido desde que Abdel Aziz ibn Seud es el monarca de Arabia, éste ha tenido más de una vez ocasión de ampliar su imperio; ha podido ocupar y hasta anexionar los Estados árabes del Irak y de la Transjordania; en 1934 hubiese podido completar sus Estados con la anexión del Yemen, pero su reflexión le hizo contenerse, pensando que en realidad los ingleses intervienen en los Estados árabes limítrofes a su reino; y que los europeos, con sus máquinas de guerra, sus riquezas, su organización y sus ejércitos entrenados, representan una fuerza contra la cual no podía luchar. Es seguro que Ibn Seud, como tantas veces lo ha declarado, desea Koweit, reivindica Acaba y considera que la Transjordania, la Siria, el

Yemen y el Irak pertenecen a la Arabia y deben formar un solo conjunto tanto político como etnográfico.

El Renacimiento musulmán está intímamente ligado, en la actualidad, con el Renacimiento arábigo. Y ahora sobre todo cuando en Arabia se ha encontrado petróleo, cuando aumenta la población formando guerreros, al frente de los cuales se lanzan los uahabitas sostenidos por el fanatismo religioso, estos renacimientos pueden tener importantes repercusiones sobre los doscietos cincuenta millones de musulmanes esparcidos por el mundo.

La población de la Arabia seudita, en la actualidad, se evalúa en cerca de tres millones de habitantes.

B) *El Yemen.* — Otro Estado considerado como independiente, desde el punto de vista internacional, es el Imamato del Yemen, que ocupa la parte SO. de la península arábiga; se calcula su superficie en doscientos mil kilómetros cuadrados, aproximadamente. Este territorio se divide en tres regiones montañosas que llevan los nombres de *Main*, *Saba* e *Himiar*, famosos en la historia de las civilizaciones semíticas; otra región, que forma parte del Yemen desde el punto de vista político, es la situada a orilla del Mar Rojo, denominada Tihama; su litoral se desarrolla sobre una longitud de unos 700 kilómetros, desde Chej Murad, en el Estrecho de Bab el Mandeb, hasta un punto de la costa situado entre el puerto yemenita de Medi y el de Masusam, que pertenece al Asir.

Los límites del Yemen no están definidos claramente más que hacia el Oeste, por el Mar Rojo, y al Sur por la línea fronteriza del Protectorado de Aden, entre Chej Murad y el río Bana; hacia el Sureste y el Este, el Yemen es limítrofe con el Hadramaut y con el desierto de Rhoba-el-Kali, pero sus límites no están bien definidos, como tampoco lo están hacia el NE., en el interior de las tierras, en la parte fronteriza con el Asir.

La falta de estadísticas no permite indicar con certeza el número de habitantes del país; se calcula, sin embargo, que la población global es de unos 2.300.000 habitantes, en su mayoría árabe y residentes en las regiones montañosas; la población de la comarca costera, está mezclada y formada por elementos diversos, como beduínos, negros, ismaelitas y hebreos. En los centros de las regio-

nes montañosas se encuentran también colonias hebraicas; en Sanaa, capital del Estado, los hebreos, en número de varios millares, están confinados en un barrio especial llamado *Qās el Yahud.*

Los principales centros de población son: Sanaa, capital del Yemen, situada a 2.130 metros sobre el nivel del mar, con unos 45.000 habitantes, en la residencia del Imam. Osamar (o Dhamar), renombrada por su universidad coránica, que está situada en el Yebel Ham-mam (3.189 m.); Ierim, en las alturas del Yebel Sick, y a poca distancia al Norte de las ruinas de Zafar, que en el siglo VI de J. C. fué residencia del obispo San Gregorio (3.179 m.); Tais, situada en el Yebel Sabor (2.930 m.), cerca de una de las fuentes del río Sudán el cual en Musamir se une con el Tibán que va a desembocar en el Golfo de Adén: Tais es la residencia de un importante Emir, vasallo del Imam Yahiá y su eventual rival, habiendo dado pruebas de que ambiciona el Imamato. En la región costera, los dos puertos principales son Hodeida y Moca, puntos de embarque de la mayor parte de los cargamentos de café, principal riqueza del Yemen.

La forma de gobierno en el Yemen es la de una teocracia absolutista; el actual monarca yemenita es el Imam Sidi Yahiá ben Hamid ed Din, que al mismo tiempo que rey político es el jefe religioso para aquellos de sus súbditos que siguen la doctrina chiita. Es descendiente del Profeta Mahoma por su hija Fátima y por su su yerno Alí; Hosein que los chiitas designan con el nombre de «el martir de Kerbelá», tuvo por nieto a Zaid, fundador de la dinastía zaidi a la cual pertenece el Imam Yahiá. Los Zeidies se diferencian de los chiitas en general, porque consideran legítimos a los dos primeros sucesores del Profeta. La dinastía zaidi del Yemen reinó en Sanaa desde 893 hasta 1.300 de J. C.; en esa fecha el reino yemenita fué incorporado a Egipto. En 1536 los turcos substituyeron a los soberanos egipcios dejando a su vez el Yemen en 1630; en esa fecha quedó restablecida en el país la autoridad de los Zaidies con Sanaa como capital. En 1872 fué ésta nuevamente ocupada por los turcos, pero desde entonces, el país estuvo en constante agitación contra sus dominadores. El Gobierno otomano envió contra los yemenitas a sus mejores generales — Muktar bajá, Musa el Fesi bajá e Izzet bajá — y hábiles gobernadores, como Mustafá

Asim ;pero todos conocieron cuán difícil era conseguir la sumisión de los yemenitas, encastillados en sus altas montañas. En efecto, las rebeliones se sucedieron; a la de 1891 sucedió la de 1903, continuando la agitación hasta 1906; en 1910 la insurrección yemenita fué importante, llegando a tomar parte en ella también las tribus del Asir con la finalidad de echar a los turcos de Arabia. El Gobierno otomano envió 30.000 hombres al mando de Izzet bajá; las pérdidas turcas fueron muy elevadas al ocupar Sanaa, y la situación se complicó con los motines de los soldados, diezmados por las enfermedades y cansados de luchar paso a paso contra un enemigo muy pegado al terreno, y también contra la naturaleza del país y del clima. La toma de Sanaa por Izzet bajá fué una victoria estéril, pues el gobierno turco tuvo que hacer al Imam del Yemen importantes concesiones, que fueron también reclamadas para sí, por el Emir Idris del Asir.

Con la desaparición del poderío turco, consecutiva a la guerra de 1914-1918, el Imam Yahiá reunió en sus manos los poderes de soberano absoluto e independiente del Yemen. Desde entonces Sanaa ha pasado a ser un centro de intrigas diplomáticas mundiales.

El Yemen es un Estado de carácter medieval; lejos de las corrientes de civilización moderna, ha conservado tradiciones milenarias de una de las más antiguas civilizaciones semíticas, la de los *Himieritas*. Desde luego, es un país en donde la genealogía tiene una gran importancia social.

Una denominación antigua del Yemen era la de «Arabia feliz»; en efecto, si en la región costera el clima es tórrido, la temperatura refresca a medida que se sube a las montañas yemenitas, que alcanzan alturas de más de tres mil metros; las aguas perennes favorecen la vegetación, siendo la principal riqueza de la región el cultivo del café; éste, en los mercados mundiales, es conocido con el nombre de «café Moca», del nombre de uno de los puertos de embarque de esta mercancía.

Sanaa, se halla a 2.130 metros de altura sobre el nivel del mar, en el valle del río que, procedente del Yebel Necum, se une algunos kilómetros más abajo con las aguas que bajan del macizo del Nebi Chiail para formar el río Charid. Rodeada de jardines y de huertas, la capital yemenita se extiende orientada aproximada-

mente de Este a Oeste, dominada por las alturas del Yebel Necum al Este y por las del Nebi Chiail (3.017 m.), al Oeste.

Sanaa está rodeada de altas murallas almenadas de nueve kilómetros de longitud; encierran en su perímetro la «Medina», es decir, la ciudad propiamente dicha, el «Mutuakil» o residencia del Imam y el «Bir el Azib», vasta extensión de terreno en la cual casas de campo y de recreo están diseminadas entre huertas y jardines. En el extremo occidental de Bir el Azib se halla el «Qās el Yahud» o barrio de los hebreos.

La «Medina» contiene numerosos santuarios y mezquitas (alrededor de cincuenta), baños públicos, mercados interiores y palacios, algunos de ellos en la parte occidental de la ciudad, rodeados de grandes jardines. Hacia el centro de la Medina se eleva la mezquita principal, la «Yemaa Jotba»; hacia el extremo oriental de la ciudad, un recinto almenado, con aspecto de antigua fortificación, encierra una importante mezquita; las murallas avanzan hacia el Este formando un espolón que tiene figura de gancho.

La «Medina» comunica con la residencia del soberano por una puerta que se abre hacia el centro de la muralla occidental que defiende la ciudad de Norte a Sur. Esta puerta da acceso al Mechuar, gran esplanada comprendida entre la muralla de la Medina y el Mutuakil. Una puerta en el Norte del Mechuar permite la salida hacia el exterior; de esta puerta arranca el camino que lleva a Roda, al Uad Charid y al Main. Otra puerta, próxima a la que hace comunicar la ciudad con el Mutuakil, lleva al cementerio musulmán, situado al Sur; por ese camino se va también a los cuarteles de El Ordi situados al Este del camino que se dirige a la región de El Had-da. Una cuarta puerta, en la parte SO. del Mutuakil, pone en comunicación la residencia del Imam con las huertas y jardines de Bir el Azib. Seis puertas más ponen en comunicación los recintos de la población con el exterior; en la Medina, hay una puerta que se abre en la muralla Sur, por donde pasa al camino que, partiendo de la gran Mezquita, se dirige hacia Dhamar, en donde se halla una importante universidad coránica, y hacia Ierim en la proximidad de las ruinas de Safar, residencia, en el siglo VI de J. C., del obispo San Gregorio, prolongándose en dirección de Adén. En el Bir el Azib hay cinco puertas: una en la muralla Este,

un poco más al Sur de la puerta del Mechuar, siendo paso hacia el cementerio musulmán y el cuartel de El Ordi; otra puerta en la parte Sur de la muralla, entre las huertas de Bir el Azib y el barrio de los hebreos, por la cual pasa el camino que va a la región de El Had-da; la tercera puerta está situada en la extremidad occidental del recinto; por ésta pasa al camino que se dirige a la región de Mahauid y sigue después hasta Hodeida. En la parte Norte de la muralla, dos puertas, se abren a poca distancia una de otra, dejan paso para ir a terrenos de cultivo atravesados por el camino que va a la Meca.

La historia antigua de la región yemenita ha dejado también su rastro; se encuentran vestigios o ruinas de diferentes épocas en la región; en la comarca de Main, las ruinas de Main y de Sud; en la comarca de Saba, las ruinas de Saud en las alturas de Raghuan; al Sur de Sanaa, y en las estribaciones del Yebel Necum, se hallan las ruinas de Ghaiman; más al Sur, en la comarca de Himiar, entre dos valles que bajan del Yebel Sick (3.179 m.), se encuentran las ruinas de Zafar (1), al Sur de la población de Ierim.

Hacia 569, los etíopes intentaron apoderarse de la Meca que desde un siglo antes era una ciudad; pero fracasaron en su intento; la derrota de los etíopes provocó en el Yemen un estado anárquico el cual cesó, al desembarcar en Adén (570) una expedición persa mandada por Wohriz, que echó a los etíopes del país. Los soldados persas se casaron con las mujeres del Yemen, y sus descendientes fueron denominados por los musulmanes, «Abna», los hijos de los persas.

La dominación etiópica cristiana duró 76 años; fué substituída

(1) El cristianismo penetró en Arabia en el siglo IV de J. C. por iniciativa del Emperador Constanzo; en la Arabia del Norte, los ismaelitas siguieron sus antiguos cultos, mientras que, la Etiopía y, en Arabia del Sur y central, el Yemen y el Neyed (éste vasallo de aquél) aceptaron la nueva doctrina. Al ser derrotados los yemenitas por la gente del Heyaz (354 de J. C.), los del Neyed se declararon independientes. El rey del Yemen, por cuestiones de interés se convirtió al judaísmo, que era por entonces la religión de una gran parte de los árabes del Norte, pero encontró una fuerte oposición por parte de su gente; por romper esa resistencia perseguió a los cristianos. Éstos, diezmados por las matanzas, acudieron al Emperador Justino (518-527) que los envió al Negus de Etiopía, Ela Asbeha (514-542); éste preparó una expedición contra Dhu Nuas, lo derrotó y lo mató, instalando en el Yemen un obispo, con residencia en Safar; dicho obispo fué San Gregorio, del cual se tienen obras escritas en griego.

por el gobierno de un virrey persa que se extendió al Yemen, al Hadramaut, al Omán y a la isla de Bahrein. Los persas impusieron el culto del fuego e hicieron desaparecer el cristianismo de la región.

El Heyaz se hallaba encerrado entre los persas adoradores del fuego, al Sur, y los cristianos de Siria (de Ghasan) que intentaban expansionarse hacia el Sur. Una circunstancia favorable para los árabes era el hecho de que los bizantinos de Heraclios y los persas de Kosru se hallaban en una guerra obstinada que duraba desde hacía cien años, agotando todas las fuerzas materiales y morales de los dos imperios. Cuando el Profeta Mahoma nació (569 de J. C.) lo que más debían temer los árabes de la Meca era la ingerencia extranjera. Y se comprende muy bien que la base del movimiento islámico fuese la xenofobia.

Más tarde, cuando el Profeta ya se había abierto camino, escribió cartas a sus vecinos: el virrey etiópico del Yemen; el Negus de Aksum, el Prefecto bizantino de Egipto y el Rey de los Reyes de Persia.

El virrey etiópico del Yemen, Badhan, aceptó la nueva religión, confiando en que el Profeta conseguiría restablecer la unidad del camino de Adén a Tebuk. Pero los yemenitas tenían tradiciones de odio contra los Ismaelitas para acatar sus ideas; las rebeliones de los yemenitas fueron continuas y llegaron a crear un Islam sectario, el zeidismo, con un Imam propio. En realidad los yemenitas nunca han aceptado como ortodoxa la creencia de sus adversarios ismaelitas, los Beni Qoreich, ni han admitido la superioridad de la Meca.

Se comprende que en estas condiciones el renacimiento del Islam, basado en la reforma uahabita, no haya tenido repercusión alguna sobre el Islam de los yemenitas, considerado por los otros como un cisma, siendo los zeiditas una rama de los chiitas de Persia.

Pero no se puede decir lo mismo en lo que se refiere a las reacciones políticas; al terminar la guerra europea de 1914-1918, la desaparición del poderío turco en los países árabes ha permitido al Imam del Yemen, Sidi Yahiá ben Hamid ed Din, reunir en sus manos todos los poderes espirituales y materiales y ser el soberano teocrático y absoluto del Yemen.

Como es lógico, desde entonces, las intrigas diplomáticas internacionales no faltaron en la corte de Sanaa. La Prensa colonialista francesa abogó porque el Gobierno de Yibuti entrase en contacto con el soberano yemenita; y los ingleses, desde 1921, trataron de entrar en negociaciones con él. La Rusia bolchevique, por otra parte, no tardó en manifestar el interés que tomaba por las cuestiones de Arabia y consiguió un tratado con el Yemen. Es indudable que el tratado ruso-yemenita es un episodio en la lucha antagónica entre Rusia e Inglaterra; Moscú después de haber colocado sus peones antibritánicos en el tablero del Medio Oriente, desde el Cáucaso hasta la Persia y el Afganistán, ha intentado aproximarse al espacio vital del imperio británico, al Mar Rojo, en su salida sobre el Océano Índico. En 1924, durante el conflicto entre Ibn Seud y Chej Hosein del Heyaz, el Imam Yahiá había quedado neutral y en expectativa de los acontecimientos; pero en 1925 desarrolló actividad guerrera, atacando y derrotando al Sultán del Hadramaut, y contra el Emir de Dhala, al que destronó. Hacia el Norte, los yemenitas se lanzaron contra el Asir y, mandados por Abd Aláh Uazir, reconquistaron Hodeida y llegaron a ocupar el puerto de Medi, situado más al Norte (septiembre de 1925). Los ingleses entonces lanzaron a los uahabitas contra los yemenitas, y cuando los primeros llegaron al puerto de Birk, los británicos intervinieron como conciliadores. Por sus buenos oficios Inglaterra consiguió las islas Farsán, por las cuales, desde luego, pagó 13.000 libras esterlinas.

El 2 de noviembre de 1926, el Imam Yahiá firmó un Tratado de Comercio con el Gobernador italiano de la Eritrea, iniciando con este tratado una política de relaciones directas con Italia. Las divergencias anglo-yemenitas que se produjeron no fueron aparentemente más que una cuestión de frontera, y la Gran Bretaña solucionó el conflicto en su beneficio, apoderándose de los territorios de los Nueve Distritos (1) con los cuales consolidó la frontera de su protectorado de Adén.

A primeros de 1934, la guerra estalló entre el Emir uahabita Ibn Seud y el Imam del Yemen a causa del Asir; el agente inglés

(1) Los Nueve Distritos son: Mudariba, Turan, Ain Rija, Musemir, Cataba, Ad Dhala, Yimil, Harur y Lahaye, gobernados cada uno por un Sultán o un Emir, vasallos del Imam del Yemen.

Philby, en sus artículos publicados en el «Daily Mail», indicaba (indiscreción cometida, sin duda, a propósito) que una de las finalidades de esta guerra era la de establecer el protectorado uahabita sobre el Yemen en condiciones análogas a las del protectorado del Neyed sobre el Asir. En realidad, más que por una cuestión de preponderancia dinástica, el choque había sido provocado por factores e intereses diversos, de los cuales no se debe excluir ni la ingerencia europea ni la cuestión religiosa. El pretexto aparente había sido la antigua cuestión del Nagrán, región montañosa en los límites NE. del Yemen, que anteriormente ya había sido causa de dificultades, las cuales estuvieron a punto de degenerar en conflicto armado.

Mientras tanto Inglaterra, que desde 1921 había intentado llegar a un acuerdo con el Imam Yahiá, había enviado a Sanaa una delegación, al frente de la cual se hallaba el coronel Reuilly; las negociaciones tuvieron un éxito favorable (1).

Al poco tiempo de haberse iniciado la lucha entre los uahabitas y los yemenitas, y a pesar de las rápidas victorias de los primeros, fué firmado en Taif un tratado de paz, en donde en realidad no hubo ni vencidos ni vencedores: un verdadero tratado, según las informaciones de la Prensa árabe, de carácter defensivo con objeto de fortalecer la independencia de la península arábiga y de levantar el ánimo de los partidarios de la causa árabe en el mundo.

Se hizo mucho ruido a propósito de la intervención de los delegados de los países islámicos — que estaban entonces celebrando un Congreso musulmán — en las negociaciones entre los dos países; intervinieron en favor de la paz entre los dos Estados la Unión arábiga, la Asociación de la Juventud musulmana del Cairo, el príncipe egipcio Omar Tusún, primo del rey Fuad, el gran Mufti de Jerusalén, el Hach Amín Hosein, y también el rey del Irak.

Una delegación del Congreso islámico constituída por Mohamed Alí Aluba bajá, ex ministro de los bienes Uakaf de Egipto, el Hach

(1) En el tratado anglo-yemenita se determinan las condiciones de los Nueve Distritos, situados en la zona fronteriza del Sur del Yemen, que Inglaterra, deseosa de evitar la proximidad directa de los yemenitas al territorio de Aden, quería mantener bajo su protectorado político; la Gran Bretaña reconocía para estos nueve distritos la soberanía religiosa del Imam Yahiá como Jefe de los Zeiditas. El Tratado tiene una duración de cuarenta años.

Amín Hosein, gran Mufti de Jerusalén y Presidente del Congreso islámico, y el Emir Chehib Arslán, Presidente del Comité siro-palestino, fueron a Yedah para intervenir más directamente en el asunto. El 14 de mayo un telegrama, desde el Cairo a la *United Press,* anunciaba que la guerra en Arabia se había terminado, entrando en ese mismo día en vigor el armisticio aceptado por ambas partes.

En realidad, el cese de las hostilidades entre los dos soberanos árabes coincidía con la ratificación del Tratado anglo-yemenita, con el cual Inglaterra había conseguido la realización de su programa con relación al Yemen.

En el tratado entre el Emir uahabita y el Imam pemenita se estipulaba la devolución respectiva de los territorios conquistados durante la lucha, y en el artículo segundo, al fijar el límite entre los dos Estados en la costa del Mar Rojo, en un punto del litoral situado entre Puerto Medi y Masusam, se determinaba definitivamente que Hodeida y el Tihama volvían a formar parte del Estado yemenita.

El alcance del Tratado de Taif puede ser considerado como importante en la actualidad musulmana, pues sus cláusulas están inspiradas en un espíritu de comprensión mutua, y la vuelta al *statu quo* anterior a la guerra demuestra un deseo real de unión y de solidaridad, tanto mayor cuanto que Ibn Seud había obtenido sobre los yemenitas una serie de rápidas victorias.

Considerado desde el punto de vista objetivo, el Tratado de paz de Taif ha sido un acto por el cual el Imam uahabita ha sabido sacrificar, por lo menos aparentemente, su ambición de conquistador y el beneficio de sus victorias militares en pro de una paz que, a los ojos de los pueblos mahometanos, fomentará la unión de los pueblos árabes y favorecerá la asociación entre éstos a fin de llegar a una unión política cimentada en el Islam.

En realidad, la independencia de los Estados árabes es más una cuestión de forma que de efectividad; la existencia de los dos Estados árabes independientes, a saber, el reino uahabita y el Imamato del Yemen, separados entre sí, si no antagónicos, por las tradiciones, por la cuestión religiosa y por el carácter de sus habitantes, es una garantía de seguridad para la política de la Gran Bretaña,



MOKA - LA MEZQUITA Y MINARETE (MAR ROJO. ARABIA)



EN EL ASIZ (MAR ROJO. ARABIA)

que no tiene interés alguno en fusionarlos, pero sí en considerarlos bajo su influencia.

Al terminar el conflicto mundial de 1939-1945, los Estados árabes denominados independientes se encontraron en presencia de nuevos y activos elementos de política internacional; frente a los ingleses que ellos ya conocen, ha surgido enigmática y temible la Rusia soviética, que tiene también un programa musulmán; en el horizonte internacional asoma la cabeza la política americana con la cuestión hebraica en Palestina y con millones de dólares para el petróleo arábigo. Los árabes preven un conflicto, pero hasta ahora siguen al lado de la política británica, como lo han probado con la formación de la «Unión de los Estados árabes», creada en el Cairo el 9 de marzo de 1945, de la cual forman parte la Arabia seudita y el Yemen (1).

3. *Países árabes sometidos a mandato de la Sociedad de Naciones.* — Con el Tratado de Versalles, consecutivo a la victoria de los Aliados sobre los Imperios centrales y Turquía (28 de junio de 1919), las potencias vencedoras, y en particular Inglaterra y Francia, demostraron claramente que no tenían intención alguna de abandonar sus propósitos de dominio en los países musulmanes que habían pertenecido al imperio otomán.

La revolución de octubre de 1917 había eliminado a Rusia del reparto, debiéndose realizar éste entre Francia e Inglaterra, en virtud de los acuerdos secretos que las dos naciones habían firmado durante el conflicto, en 1915 y 1916.

Con el dislocamiento del Imperio turco, consecutivo al armisticio de Moudros (30 de octubre de 1918), las provincias árabes situadas bajo su soberanía, quedaron libres. Algunas de ellas, como el Yemen y el Neyed, pudieron ostentar apariencia de independencia; otras quedaron bajo la tutela de la Sociedad de Naciones; habiendo sido instituídos por el artículo 22 del Tratado de Versalles

(1) En el momento de empezar la tirada del presente libro, llega la noticia de la muerte violenta del Imam Yahiá, y de la lucha por el Imamato Yemenita, entre Ahmeda apodado «sif el Islam» o «sif Alah» (la espada del Islam o de Alah), y el comandante de las tropas yemenitas Abd Alah ibn Ahmed el Uajir que se ha proclamado Rey del Yemen.

los mandatos orientales, éstos quedaron definitivamente determinados por el acuerdo de San Remo (18-20 de abril de 1920) del modo siguiente:

Quedan situadas bajo mandato francés Siria y Líbano, y bajo mandato británico la Mesopotamia (Irak, Kurdistán oriental y Mosul) y la Palestina (Palestina y Transjordania) (1).

En el momento presente todos estos mandatos son considerados como caducados, a excepción del mandato británico sobre Palestina, y han dado lugar a la formación de los Estados independientes (en la forma) de las Repúblicas de Siria y del Líbano, del reino del Irak (Mesopotamia, Kurdistán oriental y Mosul) y del Emirato de Transjordania.

La Palestina sigue bajo mandato británico, pues la proposición inglesa de tripartición dle territorio constituye actualmente un pleito internacional importante.

Aprovechándose de las condiciones generales del país, la Gran Bretaña ha establecido oficialmente su protectorado sobre el Sultanato de Koweit, que desde hacía tiempo estaba situado bajo su influencia.

1. *Siria y Líbano.* — A raíz de la ocupación de Damasco por las tropas del general Gouraud (25 de julio de 1920), Francia organizó su mandato sobre Siria y sobre el Líbano (2).

(1) Por el tratado secreto del 16 de mayo de 1916, la religión de Mosul era atribuída a Francia, pero en diciembre de 1918. Francia promete verbalmente ceder Mosul a Inglaterra, promesa ratificada en el acuerdo de San Remo.

En el acuerdo franco-turco de Angora (20 octubre de 1921) Francia devolvía a Turquía la Cilicia y el Kurdistán, que le habían sido atribuídos en el acuerdo secreto anglo-francés del 1916.

El Mandato británico sobre Palestina fué dividido por los ingleses en dos partes: la Palestina propiamente dicha, con la carga de la autorización del «Hogar Nacional Judío», según la Declaración de Balfour de 1917, y la Transjordania, transformada en Emirato y aumentada por los territorios de Acaba-Maan, anexionados ulteriormente.

(2) El art. 1 del Mandato sobre Siria dice:

«El mandatario elaborará, en el plazo de tres años desde la entrada en vigor de este Mandato, un estatuto orgánico para la Siria y el Libano.

»Este estatuto orgánico será establecido de acuerdo con las autoridades indígenas y tendrá en cuenta los derechos, los intereses y las aspiraciones de todas las poblaciones que habitan esos territorios. Promulgará las medidas apropiadas para facilitar el desarrollo progresivo de la Siria y del Líbano como Estados indepen-

Como es sabido, Siria no es un país fundamentalmente árabe; pero es un error creer que la llegada de elementos árabes a Siria remonta sólo a la época de la conquista musulmana. En Nemara, al SE. de Damasco, se ve todavía las ruinas de la tumba monumental de Imru-el-Qais (muerto de 328 de J. C.) que se titulaba Rey de todos los árabes; su epitafio, en lengua árabe, está escrito en caracteres nabateos.

Una tribu procedente del Yemen, los Aus, se había establecido cerca del estanque de Ghasán, el N. del Heyaz; Thalaba, su jefe, recibió de los romanos el nombre de filarca (jefe de tribu) y su sucesor Yafna I creó la dinastía de los reyes ghazaníes que duró cuatro siglos (205-637 de J. C.) y terminó cuando estos árabes. Ghazaníes abandonaron al emperador Heraklios para unirse a los musulmanes, convirtiéndose al Islamismo. Ya en el año 350 de J. C. estos árabes se habían convertido al cristianismo y eran *foederati,* es decir aliados del Imperio romano.

Los árabes de Damasco eran cristianos *monofisitas* (1).

En el siglo VII la situación de Siria era muy turbia; desde hacía más de cien años los griegos y los persas estaban en guerra sin interrupción; en 613 los hebreos de la región de Tyr proyectaron apoderarse de Jerusalén con la ayuda de los persas. Éstos, en efecto, conquistaron Jerusalén (en 614), matando a un sinfín de cristianos y llevando a otros como cautivos. Las crónicas de la época dicen que los hebreos compraron a los persas 80.000 cautivos cristianos (algunos reducen la cifra a 2.000) para tener la satisfacción de degollarlos con sus propias manos.

No cabe duda que el monoteísmo de Mahoma encontró terreno preparado entre los habitantes de Siria; cincuenta años antes del Islam, el filarca árabe Harith reconocía una religión nacional arabo-siria en oposición con la religión bizantino-romana. La descomposición de la Siria bizantina favoreció la expansión islámica en el país; había en Siria varios millares de monjes cristianos que vivían

dientes. Mientras tanto se ponga en vigor el estatuto orgánico, la administración de la Siria y del Líbano se efectuará de acuerdo con el espíritu de este Mandato.

»El mandatario favorecerá las autonomías locales en la medida que las circunstancias lo permitan.»

(1) Se dió el nombre de monofistas a los que negaron que en Jesucristo hubiese dos naturalezas distintas, la divina y la humana.

en común, y alrededor de sus conventos estaban los poblados en donde residían sus mujeres y niños. Estas comunidades no eran de creación cristiana; dichos monjes habían continuado la organización de las corporaciones proféticas hebraicas. El gobierno bizantino intentó reglamentarlos y trato de imponerles el celibato. Al llegar los musulmanes, todos aceptaron con entusiasmo el Islam, religión contraria al celibato; en el Sinaí, todos los árabes cristianos dependientes del convento se hicieron musulmanes a excepción de uno solo entre ellos.

Los árabes de Ghasán estaban acostumbrados a las prácticas del cristianismo monofisita: ayunos, genuflexiones, limosnas, reuniones religiosas, todas ellas prácticas en uso también entre los musulmanes. Aláh no era una divinidad específicamente musulmana, sino el nombre de Dios, empleado por los sirios, los cristianos etiópicos y los cristianos árabes varios siglos antes del Profeta; era el nombre de Dios en la lengua sagrada aramea.

A la llegada de los musulmanes, Siria se hallaba arruinada por los impuestos tan onerosos que la gravaban; cuando el emperador Heraklios se negó a pagar la soldada a los árabes ghasaníes, éstos se pusieron en seguida al lado de los mahometanos y, convertidos al Islam, fueron muy buenos musulmanes, pues creían en Aláh y practicaban la oración.

En realidad no se puede comprender el éxito tan rápido del Islam en Oriente más que si se tienen en cuenta las condiciones de ruina y de división del país, gobernado por el viejo Heraklios, el cual, en efecto, había de morir poco después (642 de J. C.).

La idea del nacionalismo árabe en oposición a la nación griega existió desde los primeros momentos y nunca ha desaparecido por completo; bajo la dominación turca ha vuelto a manifestarse adaptándose a las condiciones modernas.

Víctor Berard (1) describe muy bien el antagonismo, la incompatibilidad existente entre el temperamento turco y el árabe: «Así como los dos lenguajes se hallan en oposición, también lo están los dos pueblos; en la latitud de Roma, como en la de Argel, el turco de Andrinopla, como el turco de Adalia, es siempre un hom-

(1) Véase: Víctor Berard. *Le Sultan, l'Islam et les Puissances*. París, 1907.

bre del Norte; el árabe, en cualquier latitud, es siempre un hombre del Sur, del extremo Sur.

»El árabe, flexible, móvil, imaginativo, tiene necesidades artísticas, aspiraciones democráticas y posee un sentimiento de individualismo casi anárquico; el turco. por el contrario, es lento, serio, circunspecto, posee el sentido de la disciplina y de la regularidad y una tendencia natural al militarismo.

»El turco desprecia a los que llama «canalla artista» que le ofenden por su verbosidad inagotable, por sus gesticulaciones y por su indisciplina. El árabe, por otra parte, considera al turco como un rústico. A sus ojos, las cualidades fundamentales del carácter turco no son más que defectos de gente de poca valía; la placidez y el mutismo del turco son considerados como necedad e ignorancia; su respeto del orden, como servilismo; sus aficiones a los goces materiales de la vida, como tosquedad bestial.»

A esa incompatibilidad de carácter, señalada por el autor francés se debe añadir que los árabes consideran a los turcos como corruptores de la fe islámica; esto explica la agitación crónica de las poblaciones árabes sometidas a Turquía, agitación motivada frecuentemente por cuestiones de carácter religioso.

El renacimiento musulmán ha determinado importantes reacciones en las poblaciones árabes que estaban sometidas al dominio turco. Hasta la mitad del siglo XIX tales reacciones se manifestaron principalmente por movimientos esporádicos y aislados, no obedeciendo a ningún programa definitivo de ideal nacionalista. La campaña francesa de 1860 despertó en Siria, que era la provincia del Imperio otomano más directamente influída por el occidentalismo, el espíritu de independencia nacional.

En la segunda mitad del siglo XIX, y en los principios del siglo XX, la idea nacionalista árabe llegó a afirmarse en Siria, entre persecuciones, zozobras y esperanzas. Con la guerra de 1914-1918, las aspiraciones de independencia se concretaron, y en el período inmediato de la postguerra, se reunió en Damasco (2 de julio de 1919) un Congreso pansirio que declaró la independencia de Siria y proclamó Rey al Emir Faysal, hijo del Gran Cherif de la Meca Chej Hosein.

Inglaterra había fomentado el movimiento de independencia si-

ria por varias causas, entre las cuales se hallaba el proyecto de establecer un Estado árabe que comprendiese Siria bajo el protectorado inglés, haciendo además presión sobre Francia para que abandonase sus pretensiones sobre Mosul y reconociese la tutela inglesa sobre Palestina. Con el Tratado de San Remo, Francia había aceptado y acatado las aspiraciones británicas; Inglaterra, entonces preocupada por otra parte, por la situación en Egipto y por la opinión pública de la Metrópoli, dejó las manos libres a Francia en Siria. El 25 de julio de 1920, el general Gouraud, al frente de las tropas francesas, ocupó Damasco, poniendo fin al efímero reinado de Faysal que, obligado a huir, se refugió en el Irak.

La organización de Siria y Líbano bajo mandato francés presentó no pocas dificultades. La potencia mandataria apoyaba sobre todo la cuestión de las minorías, mientras que los nacionalistas sirios se preocupaban de la unidad siria, base de la independencia.

En realidad, la Siria, con sus 2.831.622 habitantes que ocupan un territorio de 93.000 kilómetros cuadrados, presenta aspecto de unidad, a pesar de que actualmente comprenda la República de Siria, los Estados de los Alauitas, del Yebel Druso y la República del Líbano. En el curso de los siglos se ha realizado una nivelación lingüística y religiosa; la mayoría sunita, de sus habitantes constituye el 75 % de la población global; existen minorías representadas por los Drusos, al Sur; los Kurdos, al NE., y los Alauitas, al Norte, minorías sobre las cuales Francia ha basado su programa de organización, provocando la hostilidad de la mayoría. En conjunto, el espíritu vigilante de las clases superiores, hace de este país, uno de los elementos más activos del renacimiento musulmán.

El Gobierno francés, a fines de 1937, había rehusado presentar a la ratificación de las Cortes el Tratado de Alianza firmado solemnemente en la Sala de los Relojes del Ministerio de Asuntos Exteriores de París en septiembre de 1936, tratado con lo cual se daba por terminado el mandato de Francia sobre Siria y Líbano. Los nacionalistas sirios, desilusionados, han sabido, sin embargo, esperar con paciencia una mejor ocasión para sacudir la tutela francesa.

En 1941, la Francia libre (de De Gaulle) y la Gran Bretaña han proclamado simultáneamente la independencia de la República siria. En noviembre de 1943, después de haber asistido con perfecta

neutralidad a los disturbios del Líbano, el gobierno sirio decidió tomar como pretexto la debilidad evidente de Francia para eliminar la ingerencia francesa de todos los organismos residuales del mandato, y ha llegado a ser prácticamente independiente bajo todos los aspectos, en lo que se refiere a la influencia francesa. La misma Francia fué quien pidió la admisión de Siria, como país independiente, en la Conferencia de San Francisco.

El bombardeo de Damasco por las fuerzas francesas en mayo de 1945 tuvo una repercusión muy importante en los países nacionalistas árabes, pero prácticamente tuvo como consecuencia la ocupación casi total del territorio sirio por las tropas británicas; por otra parte los agentes políticos ingleses penetraron, más o menos insidiosamente, en todos los organismos de la vida política y económica del país.

A pesar de la ingerencia británica, se notan, en el momento presente, síntomas de movimientos anárquicos; sostenidos por la Rusia soviética, se perfilan en Damasco movimientos de reivindicaciones contra Turquía con el fin de obtener la restitución del sanyakato de Alejandreta, cedido a Turquía en 1938 con el consentimiento de Francia y de la Gran Bretaña.

En realidad, la República siria, que ha llegado a obtener su independencia de Francia después de 25 años de lucha, aspira a servir de base a la formación de un gran estado (la Gran Siria) que debería comprender los territorios árabes de Transjordania y Palestina; mientras tanto, ejerce sobre la República del Líbano una tutela considerada como muy pesada por los libaneses.

El Líbano, cuya población alcanza apenas unos 600.000 habitantes, ocupa un territorio de 6.865 kilómetros cuadrados. Constituye una región poblada por pueblos que la religión, las sectas, la raza y el lenguaje separan unos de otros. El grupo «maronita», poderoso entre los montes del «Viejo Líbano», representa el 25 % de la población total; pero las minorías musulmanas unidas: sunitas, chiitas y drusos, constituyen el 50 % de la misma. Estos musulmanes, según las estadísticas, resultan muy prolíferos y raramente emigran; por lo tanto es de suponer que en un momento determinado llegarán a ocupar lugar eminente, desde el punto de vista demográfico.

No se puede negar que el espíritu nacional libanés está en pro-

gresión. Sin embargo, muchos cristianos del Estado árabe del Líbano temen que, con este gobierno, ocurran las persecuciones de las cuales los liberó la intervención europea de 1860.

Desde 1942, la ingerencia británica en el Líbano se ha acentuado; en la práctica de la tutela restaurada por la Francia libre interviene también un delegado británico. El apoyo dado a los nacionalistas árabes del Líbano por los agentes políticos ingleses ha determinado la crisis de 1943, señalada por la lucha entre el representante de Francia y el gobierno del Líbano, con motivo de la cual se manifestó un importante movimiento de solidaridad panarábiga con tendencia a eliminar completamente toda ingerencia francesa. Con ocasión de lo mismo, los nacionalistas árabes se impusieron definitivamente en el Líbano, que actualmente se halla bajo la protección de la Siria y de Egipto, habiendo renunciado de hecho al régimen de completa independencia previsto por la Sociedad de Naciones cuando otorgó a Francia mandato sobre esta región.

2. *El Irak.* — El actual reino del Irak que la Sociedad de Naciones había situado bajo mandato británico, fué declarado independiente por la Gran Bretaña en 1927 y entró a formar parte de la Sociedad de Naciones, como Estado independiente, en 1932.

El reino del Irak comprende el territorio de los antiguos valiatos turcos de Bagdad, Basra y Mosul, es decir, la Mesopotamia, el Kurdistán oriental y Mosul, con una superficie de unos 222.037 kilómetros cuadrados ocupados por unos 2.849.282 habitantes, cuya mayoría es considerada como población árabe.

En realidad, aunque el elemento árabe no constituye la población autóctona del país, sin embargo, ha llegado a éste en época antigua, pues remonta al siglo III de J. C., cuando Amar ben Adi fundó la dinastía de los Beni Lakhmi en el Estado de Hira o Anbar, ciudades situadas en la orilla derecha del Éufrates. El reino de Hira fué gobernado por los árabes durante tres siglos y medio, y la dinastía árabe tuvo 22 reyes y terminó en 605 de J. C., cuando Kosroe II Parviz, anexionó ese reino a Persia.

Hira fué una ciudad muy importante por sus riquezas, rivalizando con Constantinopla (de los griegos) y con Ctesifón (de los persas); fué un centro de cultura intelectual que extendió su in-

fluencia por toda Arabia. Los autóctonos de la Mesopotamia, cristianos y hebreos, habían sido reducidos a esclavitud y fueron llamados Abad; habiendo monopolizado el comercio del vino llegaron a ser reputados en toda Arabia.

El reino de Hira estuvo al servicio de los persas, como los árabes Ghasanitas estuvieron con los romanos de Bizancio. Los cristianos en Mesopotamia eran Nestorianos (1); los hebreos, numerosos, poseían importantes centros de cultura de donde salió el Talmud (2).

Dos siglos antes del Islam, bajo el reinado de Bahram V (420-439), la corte de Persia estuvo llena de árabes, empleándose la lengua árabe a la par de la lengua nacional persa. Los soberanos de Hira lo fueron también de las islas de Bahrein, pobladas por pescadores de perlas.

Las excavaciones en Hira han puesto al descubierto templos de diferentes religiones, pero todos de arquitectura persa. En Mesopotamia existían, por entonces, importantes núcleos de poblaciones maniqueas, hebreas y de secuaces de Zoroastro.

Los musulmanes se apoderaron de Hira en 634 de J. C.; la anexión de Hira, en 605 de J. C., al Estado persa por Kosroe II. Parviz destruyó el baluarte que podía contener a los árabes del Sur. El gobierno despótico de los persas, mal soportado por los árabes de Hira, facilitó la islamización de esos pueblos abrumados por los impuestos; en efecto, desde que Kosroe II, haciendo morir por el veneno el rey de Hira Noman, había anexionado el territorio de este reino árabe a Persia, la población estuvo en estado de hostilidad permanente contra los reyes sasanides (de Persia). De ahí que, cuando los musulmanes se presentaron, encontraron toda la región a su favor, tanto más cuanto que los árabes de Hira, acostumbra-

(1) Nestorianos son denominados los partidarios del nestorianismo, herejía del siglo V, inventada por Nesorio, patriarca de Constantinopla que profesaba la división de la unidad de Cristo en dos personas, separando en Él la naturaleza divina de la humana. Nestorio fué condenado por el Concilio de Efeso en 431. Escritor fecundo, logró muchos prosélitos.

(2) El Talmud es el libro de los hebreos; contiene la tradición, doctrinas y ceremonias hebraicas. Trabajaron en el Tamud en diferentes épocas (siglos II al IV) los más acreditados rabinos de Israel. Es el código completo, civil y religioso, de la Sinagoga. Su objeto es explicar la ley de Moisés de conformidad con el espíritu de la tradición verbal. Ofrece también digresiones sobre la historia y las ciencias, que pueden tener interés para los historiadores y para los arqueólogos.

dos a las prácticas del cristianismo nestoriano, rezaban a Aláh (nombre de Dios en lengua aramea), con ritos que diferían poco de los preconizados por Mahoma.

Son los árabes del reino mesopotámico de Hira, las tribus cristianas de Taglib y de Bakr, los Beni Bekr, los Beni Idyil, las poblaciones del Auaz, de Hira y de Mosul los que han facilitado a los musulmanes la conquista de Persia.

Con éstos, los habitantes de Hira, como los de Damasco de Emeso (Homs), no tuvieron otro impuesto más que la obligación de pagar el tributo coránico.

Las emigraciones yemenitas hacia el Norte, que proporcionaron los núcleos árabes de Siria y Mesopotamia, se realizaron y acentuaron en el año 120 antes de J. C., cuando se rompió en el Yemen septentrional la Liga de Mareb.

Con los Abasidas que sucedieron a los Omeias y trasladaron la capital del Califato desde Damasco a Bagdad, la Mesopotamia alcanzó máximo esplendor. Pero en el siglo XIII (1258 de J. C.) la invasión de los Mogoles asoló y despobló el Imperio de los Califas, arruinándolo con el saqueo de Bagdad y la destrucción del maravilloso sistema de riego que hacía de la Mesopotamia un jardín perenne.

En el siglo XV, cuando las incursiones de los Mogoles cesaron por completo, los turcos osmanlíes no encontraron dificultad alguna para apoderarse del Imperio de los Califas; con la toma de Bizancio en 1453, inauguraron el período del Califato turco con capital en Estambul..

La región mesopotámica se transformó en provincia del Imperio otomano y fué dividida en tres valiatos: de Bagdad, de Basra y de Mosul.

El antiguo odio de las poblaciones árabes de Siria y de Mesopotamia contra sus dominadores volvió a despertarse, resucitando la antigua idea de nacionalismo árabe preislámico.

Durante el siglo XIX, el criterio político británico de defensa del camino de la India, desarrollado por la Oficina Colonial de Bombay, llevó a la Gran Bretaña a interesarse de modo muy particular de la Mesopotamia. El protectorado inglés de la región de Omán (Mascate y Katar), la ocupación de las islas de Bahrein, la

influencia británica en Koweit eran peones colocados hábilmente por Inglaterra en su lucha contra Rusia por la cuestión persa.

El antagonismo ruso vino a complicarse, para Inglaterra, con el antagonismo alemán en Oriente, antagonismo que llevó a la guerra de 1914-1918. Inglaterra, que había conseguido con anterioridad al conflicto una zona de influencia en Mesopotamia meridional, al estallar la guerra contra los Imperios centrales y su aliada Turquía, negoció con Rusia (febrero de 1916) y luego con Francia (mayo de 1916) la repartición de las provincias árabes del Imperio otomano. Mientras tanto, fomentaba la sublevación de las poblaciones árabes, contra los turcos.

La Gran Bretaña, no contenta con haber provocado el movimiento de insurrección de los árabes, lo apoyó enviando dos ejércitos; el primero de ellos, desembarcando en Basorah, debía avanzar por los valles del Tigris y del Éufrates con la misión de defender el camino de la India, a través de la Persia, contra un eventual ataque turco. Hacia el final del conflicto, algunos elementos de ese ejército remontaron por Mesopotamia con la idea de apoderarse de las regiones petrolíferas del Azerbeidyan.

A raíz del armisticio (11 de noviembre de 1918), un grupo británico de dicho ejército ocupó rápidamente Mosul para colocar a Francia, a quien, según el tratado franco-inglés del 16 de mayo de 1916, pertenecía el territorio de Mosul, en presencia de un hecho consumado.

La institución de los mandatos, consecutiva a la paz de Versalles, produjo agitación, motines y sublevaciones en el mundo árabe que esperaba la independencia prometida y que la organización de los mandatos aplazaba para una época ulterior.

Después de las negociaciones con Francia, que en la Conferencia de San Remo renunció definitivamente a sus pretensiones sobre Mosul, la Sociedad de Naciones otorgó mandato a la Gran Bretaña sobre el Irak, el cual comprendía la Mesopotamia, el Kurdistán oriental y el territorio petrolífero de Mosul. Inglaterra formó el reino del Irak, nombrando como soberano de ese reino al Emir Faysal, hijo del Gran Cherif de la Meca, Chej Hosein; Faysal había sido anteriormente nombrado rey de Siria por el Congreso pansirio de Damasco (1919), pero, después de un reinado efímero, había sido

destronado por el general Gouraud, al ocupar Damasco con las tropas francesas (25 de julio de 1920).

Mientras Francia regularizaba su situación con la Turquía de Kemal bajá, mediante el Tratado de Londres (9 de marzo de 1921) y el Acuerdo de Ankara (20 de octubre de 1921) y con Inglaterra, por lo que se refería a Siria, mediante el Convenio franco-británico del 23 de diciembre de 1920, en el cual se delimitaba la frontera de Siria con Palestina, Arabia y el Irak, los ingleses firmaban con Turquía el Tratado de Lausanne (1923).

Con la creación del reino del Irak y del Emirato de Transjordania, la Gran Bretaña empezaba a realizar el programa, propuesto en 1921 por Winston Churchill en la Conferencia del Cairo, de organizar lo más rápidamente posible una federación de Estados árabes independientes (bien entendido, bajo la influencia británica), puesto que la creación de un Estado árabe único quedaba dificultada por la institución del Mandato de Siria y Líbano, otorgado a Francia.

Mientras el Emir Abd Aláh, hijo del Gran Cherif de la Meca, se orientaba hacia la Transjordania, que atravesaba una crisis de incertidumbre a causa de la institución de los mandatos sobre Siria y Palestina, Faysal, con el apoyo de Londres, se hacía proclamar, en agosto de 1921, rey del Irak en Bagdad, la sugestiva ciudad testigo del pasado esplendor de los Abasidas. La población irakeña lo recibió con entusiasmo, impresionada por la fama de hombre inteligente y valiente que le había precedido.

Hábil organizador y experto negociador, consiguió dar en menos de diez años a esas regiones desorganizadas el aspecto de un Estado y eso a pesar de las disensiones políticas entre los nacionalistas violentos y los moderados, entre los antibritánicos y los filobritánicos, agravados por el conflicto con Turquía referente a Mosul, por los rozamientos con Persia, a causa de Bahrein, y también por las amenazas de incursiones armadas de los uahabitas (1).

(1) Entre 1921 y 1926, el rey Faysal tuvo a su lado a miss Gertrudis Lowthiam Bell, secretaria de la Alta Comisaría británica en Bagdad, que había contribuído considerablemente a su aceptación por parte de Inglaterra y que fué para él una buena amiga y excelente colaboradora. Miss Bell falleció en Bagdad el 12 de julio de 1926, legando al Museo arqueológico de Bagdad la mayor parte de su fortuna personal.



CAMINO DE PERSIA
DESDE EL GOLFO PERSICO

POZOS EN EL OASIS (TRIPOLITANIA)

Por fin, con el tratado con la Gran Bretaña, firmado en Bagdad, y en el que se reconocía la independencia del Irak, poniendo término al mandato, transformado en alianza, el Irak fué admitido como país independiente a formar parte de la Sociedad de Naciones. No cabe duda que el tratado de alianza entre el Irak y la Gran Bretaña era un compromiso por el cual ambas partes pensaban conseguir ventajas, no tanto según la letra cuanto por las condiciones psicológicas de ese tratado, condiciones que en primer momento no se podían determinar (Tratado del 30 de julio de 1930).

En efecto, Mesopotamia había dejado de ser un mandato de la Gran Bretaña a la cual quedaba unida sólo por un pacto federal. Respecto a la finalidad de la actitud británica, un periódico inglés se expresaba del modo siguiente: «Es absurdo creer que defendiendo el Irak obedecemos a una consideración de altruísmo; no debemos olvidar que Bagdad se halla en la línea de comunicaciones de la India.» Faysal, por otra parte, amigo de Lawrence, soñaba con la realización del plan del coronel irlandés de la formación de la «Gran Arabia», eliminando a los franceses de Siria, erigiéndose guardián de los Lugares Santos del Islam y llegando a ser el jefe supremo del Islam. Pero mientras Lawrence había imaginado poner bajo la tutela británica la «Gran Arabia», Faysal, al contrario, pensaba conseguir con el apoyo británico la independencia absoluta para el Irak y la liberación de toda dominación europea respecto a Siria, Palestina y Transjordania.

El 3 de octubre de 1932, el Irak fué admitido a formar parte de la Sociedad de Naciones y el rey Faysal, por conducto de Nuri Bajá, su Ministro de negocios extranjeros, inició gestiones encaminadas a la formación de una alianza con los gobiernos árabes de Transjordania, Yemen y Neyed (este último comprendiendo el Heyaz y el Asir). Por razones diversas esas gestiones no cristalizaron; pero Faysal había ya conseguido reconciliarse con Ibn Seud en una entrevista que los dos soberanos celebraron a bordo de un crucero inglés en aguas del Golfo Pérsico (1929). En el año 1932-1933, el rey Faysal fué recibido con grandes honores en la capital de la Nueva Turquía, y poco después por los persas de Teherán.

En julio de 1933, un movimiento insurreccional que tuvo su origen en el Mosul, provocó importantes disturbios en el Irak, hacia

la frontera de Siria. Faysal, que estaba recorriendo Europa, tuvo que regresar precipitadamente a su país. Calmada la agitación, Faysal emprendió nuevamente su viaje interrumpido. Llegado a Suiza, después de una excursión en automóvil por los alrededores de Berna, el día 7 de septiembre de 1933, entró con toda normalidad en sus habitaciones del hotel; una hora después había fallecido. En el mismo día, a las pocas horas de la muerte del rey, dejó de existir súbitamente también el director del hotel señor Eggimann. Tales muertes parecieron sospechosas, pero el misterio nunca pudo ser puesto en claro, pues el cadáver del rey fué embalsamado sin que se pudiese hacer su autopsia.

Al mismo tiempo que el cuerpo embalsamado del rey, llegaban a Bagdad dos agentes americanos y el coronel Bruce-Etterton del *Intelligence Service* inglés. Se trataba de elegir un sucesor al rey Faysal que la diplomacia de miss Bell y el petróleo habían convertido, durante sus últimos años de vida, en uno de los personajes más importantes del Medio Oriente.

El sucesor de Faysal fué su sobrino Gazi I, casado con la hija de uno de los más poderosos chiuj, considerado como anglófilo. Más rico que su difunto tío, al poco tiempo se manifestó más difícil de manejar.

La independencia financiera que la explotación de los petróleos venía asegurando al Irak, afirmaba también su independencia política. En noviembre de 1936, el general kurdo y anglófobo Bekr Sidky llegó a formar un gobierno nacionalista; pero en el verano de 1937 el general Bekr fué asesinado, aparentemente, por un soldado indisciplinado; la muerte de este jefe nacionalista volvió a consolidar la situación de Inglaterra, mas sólo en apariencia, pues el rey trataba por todos los medios a su alcance de sacudir la tutela de su «consultor» británico. En marzo de 1939 se descubrió un complot que tenía por finalidad destronar a Gazi I; poco después, como si el complot hubiese sido un aviso, en abril, el rey fué víctima de un accidente de automóvil que él mismo conducía.

El pueblo atribuyó la muerte del rey a intrigas y maniobras inglesas; y el 5 de abril el Consulado inglés de Mosul fué asaltado, resultando muerto el cónsul británico míster Monck-Mason.

A Gazi I le sucedió su hijo Gazi II, que tenía entonces cuatro

años (1939); fué nombrado regente del reino su tío materno el Emir Abd Aláh ben Alí.

En 1941, un golpe de Estado de Rachid Alí el Kailani estuvo a punto de entregar a los alemanes el país que hubiese servido de base a su actuación en el Medio Oriente. Fracasado el golpe de Estado del Kailani, en el cual había tomado parte activa también el Gran Mufti de Jerusalén, el Irak ha perdido mucho de la ventajosa situación que la política de Faysal había conseguido crear.

En realidad este Estado constituye un conglomerado de minorías étnicas, religiosas y linguísticas, y el Estado árabe creado por Inglaterra en 1921 tiene el apoyo sólo de los árabes sunitas que constituyen el 20 % de los habitantes de las regiones de los ríos y de las ciudades. En el Sur del territorio, existe una minoría chiita que comprende el 55 % de la población total. Las relaciones de este grupo con el Irán pueden darle una importancia política considerable, si son apoyadas por Rusia. Otra minoría, peligrosa para la unidad del país, la constituyen los kurdos de las montañas, tan numerosos como los árabes sunitas. ..En realidad, los kurdos se consideran soildarios de las tribus de su mismo origen que se hallan en la Persia occidental, en la Turquía oriental y en el Azerbeidyan. En los meses pasados corrió la voz de la creación de un nuevo Estado, la República del Kurdistán, que debía reunir a todos los kurdos del Irak, de Turquía y de Persia.

El Irak de hoy está en realidad, a pesar de haber sido reconocida su independencia oficialmente, dominado por la influencia británica, en lucha contra el progreso de la expansión rusa, y vigilada por los americanos.

No hay que olvidar que la política referente al Irak contempla como factor principal la riqueza del país en petróleo.

3. *El Emirato de Transjordania.* — El Emirato de Transjordania es un Estado creado con variedad de piezas por la política británica en la post-guerra de 1914-1918.

En su avance hacia Siria, las tropas británicas, salidas de Egipto y reforzadas en el camino por los voluntarios nacionalistas árabes, ocuparon sin encontrar resistencia la región de Am-man que debía quedar incorporada al Estado árabe proyectado por Lawrence.

Pero la institución de los mandatos: del mandato de Francia sobre Siria y del mandato británico (con la conformidad de Francia) sobre Palestina (que según los acuerdos franco-británicos anteriores debía quedar internacionalizada), modificó el programa británico; y, en virtud de las declaraciones de Winston Churchill en la Conferencia del Cairo de 1921, la región de Am-man, transformada en «Emirato de Transjordania» pasó a formar parte del mandato británico de Palestina. Mientras tanto, el Emir uahabita había roto las hostilidades contra el Gran Cherif de la Meca y rey del Heyaz; la campaña había sido rápida; el Gran Cherif obligado a abandonar la Meca se había refugiado en Acaba e Ibn Seud se había hecho proclamar rey del Heyaz que había conquistado. Los ingleses, temerosos de que éste se aprovechase de las circunstancias para ocupar el puerto de Acaba, considerado por ellos de gran valor estratégico, no vacilaron en unir el territorio de Acaba-Maan al Emirato de Transjordania; Chej Hosein, obligado a abandonar Acaba, por presión inglesa, se retiró a la isla de Chipre en donde murió algún tiempo después. La anexión de Acaba-Maan a la Transjordania suscitó las protestas del Emir uahabita reconocido rey del Heyaz; Ibn Seud no ha dejado de considerar esos territorios como parte de su reino.

Una vez constituído definitivamente, desde el punto de vista territorial, el Estado de Transjordania, con sus fronteras, su capital y su soberano, Inglaterra reconoció oficialmente su independencia (1923) con el Tratado de alianza que resolvía la cuestión del mandato británico. Sin embargo, en ese tratado Inglaterra se reserva el derecho de mantener en el territorio del Emirato los destacamentos de aviación que juzgue necesarios, de organizar el ejército transjordánico con cuadros británicos y de conservar en la Corte del Emir un agente político, es decir, un interventor efectivo. Los funcionarios británicos destacados cerca del Emir llegaron a ser quince, seis civiles y nueve militares. Del ejército transjordánico, constituído por un millar de hombres, fué destacado un grupo de 200 soldados para formar un cuerpo especial, de «frontera», llamado «Legión árabe» que fué mandado por el oficial británico Glubb, al cual el Emir confirió el título de Bajá.

El Emirato de Transjordania comprende un territorio de unos

70.000 kilómetros cuadrados de superficie, de contorno irregular, poblado por árabes, beduínos y circasianos que forman el fondo de la población. Se calcula en 250.000, aproximadamente, el número de habitantes, parte nómadas y parte sedentarios. Los circasianos, huídos de Rusia, han contribuído a formar un «tipo transjordánico» por su cruce con los árabes, en el cual se encuentran bellezas notables. Entre estos pobladores es frecuente el tipo rubio con los ojos claros.

Con respecto a Palestina, la región transjordánica se halla a una mayor altitud; una relativa abundancia de aguas fertiliza el país.

Al recorrer la Transjordania se encuentran vestigios de los pueblos que la dominaron: romanos, bizantinos, árabes y turcos. Las ruinas greco-romanas de Gerasa, han podido ser salvadas del vandalismo de los indígenas por la intervención de las misiones arqueológicas. ..Interesantes son las ruinas del acueducto que alimentaba las Termas, que a su vez estaba alimentado por una gigantesca fuente, de las cuales se encuentran todavía los vestigios, y las ruinas del Gran Teatro greco-romano, del Foro y del templo de Artemis. En la puerta Norte de la ciudad se ven restos de una inscripción dedicada a Trajano (muerto en 117 de J. C.) y que tiene relación con la presencia de ese emperador en el país, dos años antes de su muerte. También existen ruinas cristianas de los primeros tiempos del cristianismo, entre ellas un grupo de basílicas, como las dedicadas a los SS. Cosme y Damián y a San Jorge, en las cuales se encuentran mosaicos de motivos egipcios. Los arqueólogos de diferentes naciones estudian esas ruinas y tratan de localizar la antigua ciudad de Amón que se sitúa en la proximidad de la misma Amman. Cerca de Salt se ven las ruinas de una antigua fortaleza árabe, destruída por los mogoles y arrasada definitivamente por Ibrahim Bajá.

La evolución política de esta región, transformada en un Estado aparentemente independiente, es en realidad una ficción. En 25 de julio de 1923, Inglaterra publicó una declaración en la que reconocía la existencia «de un Gobierno independiente en Transjordania bajo la presidencia del Emir Abd Aláh ibn Hosein, a condición de que lo apruebe la Sociedad de Naciones y de que el Gobierno de Transjordania adopte la forma constitucional para garantizar al go-

bierno de S. M. británica el cumplimiento de sus compromisos internacionales en lo referente a dicho país, lo cual deberá resolverse por un acuerdo entre ambos gobiernos». Con el Tratado del 20 de febrero de 1928 quedó determinada la organización política de la Transjordania: régimen de gobierno constitucional representativo; trono hereditario en la familia del Emir Abd Aláh, que pertenece a la familia Hachemita. A principios de 1946, se hablaba de una declaración por parte de Inglaterra, de la independencia definitiva de Transjordania, consagrada por el título de Rey dado al Emir Abd Aláh ibn Hosein.

En realidad, la autoridad y prestigio del Emir Abd Aláh sobre sus súbditos, aparte de la infiuencia británica que se nota detrás de él, no son muy diferentes de la autoridad y prestigio de que gozaban los antiguos valíes turcos; el ideal nacionalista que se ha desarrollado entre las poblaciones árabes a raíz del renacimiento musulmán no ha penetrado en el espíritu de los transjordánicos más que en el sentido de lazo racial, de unión panarábiga. Los árabes de estos antiguos vilayets turcos se sienten solidarios con los árabes de las regiones limítrofes: no existe la idea de nacionalismo transjordánico.

La reacción de los árabes de Transjordania en presencia de los acontecimientos de Palestina ha demostrado la existencia de ese sentimiento de solidaridad; cuando los árabes de Palestina se levantaron en protesta contra la imposición británica del «Hogar Nacional Judio», consecutivo a la declaración de Balfour de 1917, los disturbios originados por los árabes de Palestina tuvieron repercusión en Transjordania, sobre todo cuanto los ingleses manifestaron su intención de solucionar su mandato sobre Palestina dividiendo el territorio de ésta en tres partes: una destinada a la formación de un Estado árabe; otra para ser el territorio de un Estado hebreo autónomo; la tercera debiendo quedar bajo la soberanía inglesa (como defensa de los intereses petrolíferos de la Gran Bretaña) con el puerto de Haifa, uno de los puntos de apoyo de mayor importancia para la política británica en el Mediterráneo oriental.

Los periódicos nacionalistas árabes atacaron por entonces al Emir Abd Aláh. El Consejo supremo musulmán de Palestina, por medio de su órgano de Prensa, llamado «El Yamaia el Arabia» hizo resal-

tar que los hijos del Cherif Hosein habían perdido todo prestigio entre los árabes por su adhesión incondicional a los ingleses; más tarde, atacó duramente al Emir Abd Aláh de Transjordania, cuando, en un viaje a Londres, éste se había dirigido al pueblo inglés en nombre del pueblo árabe. La Prensa nacionalista negó al Emir Abd Aláh el derecho de representar a los árabes; el periódico añadía: «El Emir, de acuerdo con los ingleses, intenta implantar el sionismo también en sus dominios.» Cuando en 1937, el gobierno británico manifestó su intención de poner en práctica el plan Peel de desmembramiento de la Palestina en tres zonas, la agitación de los países árabes tomó el aspecto de una rebelión. El Congreso panárabe, reunido en Buldán (Siria) en septiembre de 1937, protestó contra el proyecto Peel y lanzó un llamamiento a todos los musulmanes para que se opusiesen a la intención inglesa de disponer del suelo que pertenecía, por tradición, al pueblo árabe. El movimiento sedicioso de los árabes de Palestina, con atentados terroristas, sabotaje de las líneas de comunicación, telefónicas, telegráficas, se extendió rápidamente y consiguió el apoyo de los árabes de Siria, Transjordania y del Irak. En Transjordania se registraron motines dirigidos contra la persona del mismo Emir Abd Aláh.

Con el conflicto mundial de 1939-1945, estas cuestiones entraron en un período de calma; pero en la post-guerra de 1945 volvieron a resuscitar con más vigor que nunca con la diferencia de que en la actualidad son los hebreos los que han organizado las bandas terroristas, provocando graves incidentes en Palestina. Es que en la cuestión hebraica de Palestina Inglaterra, a pesar de su actuación, no estaba ya sola; América y Rusia se interesaban con ella.

La Transjordania, Estado creado de variadas piezas por Inglaterra con el propósito de aislar Palestina del Neyed, cuyo dinámico soberano Ibn Seud hubiese podido con sus reacciones político-religiosas dificultar la realización del plan británico, tiene también como objetivo facilitar la defensa de la canalización de petróleo que de Kirkuk va a Haifa, atravesando el territorio de la región transjordánica. Las fronteras de esta región han sido efectivamente determinadas con habilidad y con la práctica de ingenieros especializados en terrenos petrolíferos, a fin de dar al oleoducto de Kirkuk un

recorrido que no saliera nunca del terreno intervenido por la Gran Bretaña.

No cabe duda que la Transjordania por sí misma no tendría importancia alguna en la vida del mundo árabe. Su importancia reside en el hecho de ser el Emir Abd Aláh un incondicional de la Gran Bretaña; él mismo se da cuenta de que sin el apoyo inglés no podría sostenerse; desde hace varios años ha tratado con gran elocuencia de realizar su gran proyecto de una «Siria grande» que reuniese en un solo Estado a Palestina, Siria, Transjordania y Líbano.

La creación de la «Liga árabe» transformada en 1945 en «Unión de Estados árabes», creación de la política británica, ha llegado a realizar las indicaciones hechas por Winston Churchill en la Conferencia del Cairo de 1921 y ha dado a la política británica una mayor intervención en los asuntos árabes.

En resumen, a pesar de los sueños de grandeza que el Emir Abd Aláh ha heredado de los suyos ya desaparecidos, la Transjordania es sólo un instrumento de la política británica en el Próximo y Medio Oriente. Inglaterra le da una gran importancia, por su proximidad con Palestina sometida a la difícil experiencia del sionismo; por el puerto de Acaba, que por su situación en el Mar Rojo, en la península del Sinaí, constituye un punto estratégico de la mayor importancia para la dominación inglesa en el Próximo Oriente; y porque el territorio transjordánico está atravesado por la canalización del petróleo del Irak que desemboca en Haifa.

Sin embargo, a pesar de la influencia británica representada por el Emir y por las organizaciones inglesas existentes en su territorio, las poblaciones árabes de Transjordania se sienten solidarias con todas las poblaciones árabes del Próximo y Medio Oriente y forman parte efectiva del mundo árabe.

4. *La Palestina.* — En el estudio del renacimiento musulmán en los países árabes la Palestina ocupa, en la actualidad, una situación importante, principalmente a causa de las reacciones provocadas en el mundo musulmán en general, y en particular en el mundo árabe, por la cuestión hebraica en su fase de tripartición del territorio palestino que la política británica intenta realizar.

Antes de la guerra de 1914-1918, Palestina pertenecía al Imperio turco; pero las naciones cristianas se han interesado siempre por esta región denominada «Tierra Santa» a causa de la existencia en ella de los Lugares Santos del cristianismo.

Con la guerra europea de 1914-1918, Palestina entró en la órbita internacional; en los primitivos acuerdos franco-británicos de repartición de las provincias árabes del Imperio otomano, Palestina estaba destinada a ser internacionalizada, siendo ocupada en 1917 por las tropas inglesas procedentes de Egipto, al mando del Gal Allenby. En ese mismo año, el Ministro británico Balfour hacía una declaración prometiendo en nombre de la Gran Bretaña a los banqueros hebreos de los Estados Unidos de América que facilitaban un empréstito a Inglaterra autorizar la creación en Palestina del «Hogar Nacional Judío». Esto y las circunstancias que presidieron a la institución de los mandatos obligaron a la Gran Bretaña a modificar su programa político y a solicitar un mandato sobre Palestina. Francia, apremiada por la situación, al serle otorgado el mandato sobre Siria y Líbano, reconoció el mandato británico sobre Palestina durante la Conferencia de San Remo de 1920.

Desde luego, los dos textos del mandato británico sobre Palestina y del mandato francés sobre Siria y Líbano difieren esencialmente; en el primero (en el británico) la nación mandataria tiene plenos poderes para legislar y administrar el país situado bajo su mandato, sin limitación alguna de tiempo; en el segundo (en el francés), al cual el texto de un carácter provisional, se preve un plazo de tres años para la redacción y aplicación del Estatuto orgánico que permita conceder a Siria y al Líbano su completa independencia como Estados autónomos y soberanos. En el mandato británico, los poderes del mandatario son limitados únicamente por las prerrogativas concedidas por el mandatario, es decir, por las que la Gran Bretaña ha concedido a los sionistas; prerrogativas que, por otra parte, justifican la necesidad de la presencia de la Gran Bretaña en Palestina.

Si se examina detenidamente el proceso de la evolución de la cuestión hebraica en esa región, se advierte:

a) Un período preliminar, durante el cual la Gran Bretaña, todavía insegura del éxito de la guerra, acepta la condición im-

puesta por los banqueros hebreos de los Estados Unidos para conceder el empréstito solicitado, es decir, la promesa de autorizar la creación en Palestina del «Hogar Nacional Judío»; esta promesa fué formulada por el Ministro británico lord Balfour en su declaración de 1917. La creación del «Hogar Nacional Judío» era presentada como obra esencialmente humanitaria a favor de los hebreos perseguidos en diferentes países.

b) A este período, sucede el período de la post-guerra, durante el cual la Gran Bretaña, libre ya de los obstáculos que para la expansión de su influencia en el Próximo y Medio Oriente representaba la soberanía otomana, desarrolla una política intensiva con la idea de establecerse en situación hegemónica en esos países.

La actuación de Inglaterra estaba motivada por las siguientes exigencias: El Mar Rojo es la vía de comunicación estratégica, comercial y política, entre el Mediterráneo y la India, entre la base europea y la base asiática del poderío imperial inglés; es el eje que asegura la unidad de todo el edificio imperial británico; y la península arábiga, es un territorio donde la existencia de soberanos árabes determina la necesidad de equilibrio que, según la política inglesa, debe ser regulado únicamente por Inglaterra.

Para asegurar su situación hegemónica en esas regiones, Inglaterra debe establecerse sólida y definitivamente en Palestina, en Egipto, en el Sudán anglo-egipcio y en la península arábiga, programa que, desde luego, intenta realizar a pesar de ciertas apariencias y de determinadas maniobras.

c) Un tercer período es el de la realización del programa anterior.

En la península arábiga, a pesar de la independencia reconocida por los tratados a la Arabia seudita y al Yemen, estos Estados se hallan bajo la influencia más o menos directa de la política británica. En efecto, tanto el reino uahabita como el yemenita, limitados al Oeste por el Mar Rojo, prácticamente un mar británico, están rodeados por colonias o Estados satélites de Inglaterra en donde las oragnizaciones británicas están siempre preparadas para ahogar y castigar cualquier movimiento que pudiese comprometer la seguridad del camino británico hacia la India o romper el equilibrio político que Inglaterra conserva entre las poblaciones arábigas.

Por lo que se refiere al Egipto y al Sudán anglo-egipcio, examinaremos ulteriormente la actuación británica y sus resultados hasta el momento actual.

Por lo que afecta a Palestina, la situación política general se ha modificado considerablemente desde el día en que el Ministro Balfour, aceptaba, como obra humanitaria, autorizar el «Hogar Nacional Judío». La realización de la promesa Balfour provocó la inmigración por oleadas sucesivas de numerosos hebreos y la compra, por parte de los centros sionistas, de importantes extensiones de terreno que pertenecían a los árabes.

En estas condiciones, la ingerencia hebraica no tardó en provocar protestas por parte de los árabes del país, de las cuales se hicieron solidarios no sólo los árabes (musulmanes o cristianos), sino los musulmanes de regiones que no eran árabes. Estos disturbios motivaron la declaración de la Gran Bretaña proponiendo la tripartición de la Palestina; con el pretexto de que, no siendo posible llegar a un acuerdo entre los árabes y los hebreos, convenía dividir el país en tres zonas, el plan Peel determinaba como sigue estas tres zonas: *Territorio del Estado árabe,* que abarcaba el *hinterland* palestino hasta los límites con Transjordania; *territorio del Estado hebreo,* que comprende la Galilea y gran parte de la costa meridional de Palestina en donde el sionismo se ha desarrollado; el *territorio de mandato inglés,* que abarca la zona central de Tierra Santa, es decir, Jerusalén y Belén, la zona norte de Nazaret con las orillas del Lago de Galilea, más un corredor que partiendo de Jerusalén va hasta Haifa, puerto que los ingleses han ido fortificando para hacer de él un nuevo Gibraltar, el Gibraltar del Mediterráneo oriental más fuerte que el del Mediterráneo occidental, y que es también la base principal de suministro de petróleo del Próximo Oriente.

Según el proyecto Peel, la tripartición del territorio de Palestina debería ser realizada a través de un período transitorio durante el cual se instalaría un régimen provisional; con este régimen provisional, las ciudades mixtas (árabo-judías), como Tiberiades, Safad, Haifa, Acre y el puerto de Acaba en la parte norte del Mar Rojo, quedarían bajo mandato británico.

Se había previsto además que la inmigración hebrea quedaría limitada a ocho mil personas (entre julio de 1937 y marzo de 1938),

limitándose también las transferencias de las propiedades entre árabes y hebreos.

En 1937, el anuncio por parte de Inglaterra de querer poner en práctica el plan de tripartición de la Palestina, conocido con el nombre de «Plan Peel», provocó en la región violentas protestas por parte de los árabes; la agitación se manifestó con motines y atentados terroristas contra los judíos, complicados con movimientos insurreccionales en los cuales tomaban parte también los musulmanes de las regiones limítrofes de Siria, Irak y Transjordania. La protesta del mundo musulmán contra el proyecto británico de entregar a los hebreos una parte del territorio que pertenecía al Islam, fué general.

En realidad, ni la extensión territorial de Palestina, ni la densidad de la población, ni las riquezas muy relativas del país parecían justificar la intensificación de la inmigración hebraica; ésta, de seguir el ritmo rápido adoptado, no tardaría en transformar el aspecto político del país (1).

Durante la conflagración mundial de 1939-1945, las dificultades de comunicación suspendieron la inmigración de los judíos devolviendo la calma a Palestina. Pero después de la guerra la cuestión de la inmigración hebraica volvió a ser un problema, más apremiante y complejo que antes, pues la situación se había modificado. Los hebreos, que según las cifras indicadas por Samuel Silverman en la Cámara de los Comunes (julio de 1946) han alcanzado el número de seiscientos mil en Palestina, se habían organizado, querían imponerse y sus bandas terroristas amenazaban no sólo a los árabes, sino también a los británicos. Inglaterra, por otra parte, cuya situación había sido hegemónica hasta entonces, después de la guerra tenía que contar con la ingerencia americana, que en varias ocasiones se había mostrado contraria al plan Peel, y con la propaganda bolchevique de la Rusia soviética.

(1) La superficie territorial de la Palestina (sin Transjordania) se calcula en unos 26.000 kilómetros cuadrados. La población, en 1920, se elevaba, según datos de la época, a 673.193 individuos (25'9 por km. cuadrado), de los cuales 66.574 eran hebreos. En 1936, Palestina contaba con una población de 1.336.518 individuos (51'4 por kilómetro cuadrado), de los cuales 370.483 eran hebreos. En la actualidad, según los datos presentados por Samuel Silverman a la Cámara de los Comunes inglesa, viven en Palestina unos 600.000 hebreos, o sea el 37 por 100 de la población total.

La Gran Bretaña, empeñada en realizar su programa político en el Próximo y Medio Oriente, quería imponer el plan de repartición de la Palestina. .Mediante él quedaría colocada sólida y definitivamente en el Mediterráneo Oriental en uno de los cuatro puntos que consideraba de mayor interés estratégico para el dominio y la defensa del camino de la India, cuya importancia resultaba aumentada por la cuestión petrolífera.

La realización del programa británico tropieza actualmente con dificultades, de las cuales la oposición árabe no es la más seria. Los hebreos, apoyados por los ocho millones de judíos que viven en Norteamérica, de los cuales más de dos millones residen en Nueva York y tienen una influencia considerable en el mismo gobierno federal, hacen presiones para que Inglaterra consienta la inmigración a Palestina de cien mil judíos. Si así ocurriera, la población hebraica, aumentada considerablemente, sería una minoría demasiado importante para no contar con ella en el Próximo Oriente. La organización hebraica en Palestina, con su ejército secreto «el Hagana», que comprende más de 70.000 combatientes (hombres y mujeres), y con su asociación secreta terrorista «Irgum», cuyos atentados han culminado con la voladura del «Gran Hotel» del rey David en Jerusalén, cuartel general británico, complica el problema y transforma en difícil la situación hegemónica adquirida por la Gran Bretaña en virtud de su mandato sobre Palestina. Por otra parte, los Estados Unidos de América, que con la última conflagración mundial se han asomado el viejo mundo, encuentran necesario transformar sus intereses económicos en políticos. Sus periódicos, no siempre con discreción, manifiestan el pensamiento íntimo de los dirigentes, es decir, que consideran a Inglaterra agotada por la guerra, imposibilitada para ponerse al frente de la reconstrucción mundial; algunos periódicos americanos preconizan la abdicación de la Gran Bretaña a favor de Norteamérica de sus funciones de guardián de las vías de comunicación mundiales. Por último, la Rusia soviética pone en evidencia su interés en las cuestiones del Mediterráneo oriental, facilitando la inmigración clandestina de elementos judíos, entre los cuales pueden pasar numerosos agentes bolcheviques. Se comprende, pues, que Inglaterra trate de oponerse, hasta con la violencia, a estas maniobras destinadas a debilitar o

anular su posición en uno de los puntos más importantes en cuanto a estrategia mundial y en cuanto a su política colonial que, para Inglaterra, está identificada con su política exterior (1). No cabe duda de que el diputado laborista judío Samuel Silverman hablaba como judío y no como súbdito británico cuando protestaba en los Comunes, de la campaña realizada en Palestina por la Gran Bretaña contra los terroristas hebraicos; en tal protesta afirmaba que esa campaña era una guerra franca y decidida contra el «Hogar Nacional Judío». Y añadía: «¿Es posible negar que un intento por parte de la administración del país para desarmar a ochenta mil personas de un total de seiscientas mil pueda ser algo menos que una guerra franca y decidida?»

La política inglesa en el Próximo Oriente ha favorecido la creación de una Liga o Unión de los Estados árabes independientes, de la cual forman parte Egipto, Siria, Irak, Transjordania, Líbano Yemen y Arabia seudita. Palestina, por vía excepcional, a pesar de estar situada bajo mandato, ha sido autorizada a hacerse representar en el Comité de esa «Unión de los Estados árabes». Aunque la independencia de éstos, reconocida oficialmente, sea sólo una cuestión de forma y no de efectividad, las conferencias que se ha intentado reunir, en las que dichos Estados estaban representados, no han dado ningún resultado práctico para la política inglesa en Palestina; y ha llegado a ser evidente que, a pesar de la influencia directa de la Gran Bretaña sobre algunos de aquellos Estados, los intereses del mundo árabe no están identificados con los de la Gran Bretaña, y la aparición de América y de Rusia en el escenario hasta ahora monopolizado por Inglaterra ha determinado entre las poblaciones del Próximo Oriente una tendencia hacia una evolución que hasta ahora no está bien definida (2).

El «Irgun Zvai Leumi» asociación terrorista judía, ha publicado una declaración en la cual asume la responsabilidad de los atenta-

(1) Los datos estadísticos sobre los inmigrantes en Palestina de los primeros años certificaban que, de los hebreos que llegaban a Palestina, el 59 por 100 eran de origen ruso-polaco.

(2) En los momentos en que escribimos estas páginas, la situación de Palestina parece complicarse; una amenaza de guerra civil violenta y sin cuartel, si así se puede llamar a este conflicto, está en cierne entre árabes y judíos.

dos terroristas de Palestina, descarrilamiento de los trenes, etc., amenazando con extender la lucha contra los ingleses fuera de Palestina y acusando a los dirigentes de la «Agencia Judía» de traidores.

Yamal Husein y el doctor Hosein el Jaldi, Presidente y secretario respectivamente del (Alto Comité árabe», son esperados en Jerusalén procedentes de Beirut; se espera que la «Liga árabe», o sea la «Unión de Estados árabes» y los Estados que se han adherido a ella, pongan en práctica las resoluciones secretas que se refieren a un levantamiento en Palestina, en el caso de que la conferencia que se celebra actualmente en Londres acuerde fomentar la inmigración hebraica en gran escala.

La efervecencia entre los árabes ante esta posibilidad es muy grande; los comandantes de la milicia árabe «Futurua» hacen gran propaganda de reclutamiento por todo el país, con proclamación de guerra santa contra los hebreos y contra los cristianos que quieran apropiarse de la tierra y de los bienes que pertenecen al Islam. Lo curioso del hecho es que se anuncia que las fuerzas armadas «nijadas» del ejército árabe (?) saldrán en breve para Transjordania (según la «United Press»), donde recibirán la instrucción militar. Como los instructores militares de Transjordania son ingleses y el Emir, actualmente rey Abd Ulah, es una hechura británica, se entrevé una maniobra británica de alta política, destinada a asegurar a la Gran Bretaña, contra viento y marea, el dominio de la región Palestina que, con Egipto, el Sudán y la península arábiga, forman el cuadrilátero sobre el cual la Gran Bretaña basa su predominio en el Próximo Oriente para la defensa del camino de la India.

3.º Las poblaciones mahometanas no árabes del Próximo Oriente

Las poblaciones mahometanas no árabes del Próximo Oriente pertenecen a grupos étnicos diversos, predominando los iranios y los turanios. Algunas de ellas forman Estados independientes (como Turquía, Persia, Afganistán), otras están bajo la influencia o la dominación británica y algunas (como el Turkestán), son parte in-

tegrante de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (1).

El núcleo de población mahometana existente en esas regiones constituye un bloque importante que comprende, aproximadamente, setenta millones de individuos (Turquía inclusive), una parte de los cuales es nómada.

Es difícil determinar las reacciones que, de una manera general, presentan estas poblaciones frente al renacimiento musulmán, sobre todo las que siguen la doctrina chiita o viven en regiones apartadas y poco visitadas. Por otra parte, no se debe olvidar que si el renacimiento musulmán, desde el punto de vista religioso, ha sido determinado por la reforma uahabita del siglo XVIII, desde el punto de vista político ha sido influído por las grandes conmociones mundiales ocurridas en esta primera mitad del siglo XX, en particular por la lucha que, en estas regiones, sitúa frente a frente a Rusia e Inglaterra, con intereses antagónicos en sus respectivas políticas de expansión.

A) Los países de población irania

Los países de población irania en el Próximo Oriente son: el Irán, el Afganistán y el Beluchistán.

a) *El Irán.* — Aunque desde el punto de vista geográfico se designa con el nombre de Irán a la vasta meseta asiática que comprende Armenia, Persia, Afganistán y Beluchistán y que se extiende entre los ríos Indo y Tigris y entre el Mar Caspio y los golfos Pérsico y de Omán, en la actualidad se aplica el nombre de Irán únicamente al territorio persa. Éste ocupa la vertiente occidental de la meseta irania, entre el macizo del Cáucaso y la mole montañosa del Indo-kush, cuya masa central se halla en el Afganistán. Se calcula en un millón seiscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, aproximadamente, la superficie de este país.

El Irán actual está limitado, al Norte, por la Rusia soviética transcaucásica, por el Mar Caspio y por la República soviética del

(1) Por lo que se refiere a Turquía, véase la página 62 de este mismo trabajo y siguientes.

Turkestán, que forma parte de la URSS; al Sur, por el Golfo Pérsico y el Mar de Omán; al Este, por el Afganistán y el Beluchistán; al Oeste, por la Mesopotamia.

Es una región rica en productos diversos; pero los minerales y el petróleo constituyen su mayor riqueza.

La antigua Persia era considerada como la puerta del Asia. Por su territorio transitaban las caravanas que transportaban los magníficos tapices de la región babilónica, las piedras preciosas de Siria, el coral y las perlas del Golfo Pérsico y del Mar Rojo, los tejidos egipcios, las sedas y porcelanas de la China; por él pasaba la ruta terrestre hacia el Extremo Oriente, antes de que fuese conocida la vía marítima por las Indias.

La gran extensión del territorio persa, en la vertiente occidental de la meseta irania, quebrada y dominada por altas cumbres, ha determinado zonas climatológicas diferentes; el clima frío de la alta montaña se dulcifica en la meseta y se transforma en tórrido y caluroso a orilla del Golfo Pérsico. El régimen de lluvias, abundantes en la región septentrional (Guilán, Mazendarán y Gorgán) disminuye hacia el Sur, en donde no llueve más que en primavera. De los ríos que surcan el territorio persa, sólo el río Karún es navegable en gran parte de su recorrido.

La meseta irania fué primitivamente habitada por los elamitas, que ya en el año 4000 antes de J. C. poseían una civilización adelantada; en el siglo VI antes de J. C. los persas de Ciro, después de haber derrotado a los medos (559) y vencido a Creso, rey de Lidia (554 antes de J. C.), formaron un vastísimo imperio que abarcó también el Asia Menor. Con Darío I el imperio llegó a su apogeo; con Cambises los persas conquistaron Egipto, llegaron al Penyab y ocuparon parte de la Escitia. En su expansión hacia el Oeste fueron contenidos por los griegos. Un siglo más tarde los persas a su vez sufrieron la invasión de los macedonios.

Persia volvió a reconquistar su independencia, y, bajo el gobierno de la dinastía sasanita, los importantes trabajos de riego realizados y el desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio dieron al país una gran prosperidad. Durante ese período, los persas tuvieron que luchar contra Roma y contra Bizancio.

En el siglo VII de J. C. (después de la muerte de Kosroe II Par-

viz, asesinado por su hijo Chiroié) Persia se hallaba en el mayor desorden; en cuatro años (de 628 a 632 de J. C.). tuvo doce soberanos, de los cuales dos fueron reinas. El último monarca sasanita Yezdeguird III, al subir al trono, encontró el país en completa anarquía, con la peste e invadido por el Norte por los kozares, procedentes de Siberia.

Una sola batalla, la de Qadisaya, que duró tres días y terminó con la derrota de los persas, bastó para abrir la puerta a los árabes musulmanes. El reinado de la dinastía sasanita, terminó con la muerte del soberano persa Yezdeguird, asesinado poco después; los sobrevivientes de esta familia se refugiaron en China, en donde fueron autorizados (677 de J. C.) a construir un templo persa y Tchang-ngan.

La población persa adoptó sin grandes dificultades el Islam, pero reaccionó espiritualmente contra sus dominadores llegados de los desiertos de Arabia, y a su vez llegó a tener poder sobre ellos con la influencia de su antiquísima y cultísima civilización. El movimiento de rebelión espiritual y cultural de los iranios contra los conquistadores árabes influyó en la religión islámica, adoptada por los persas por motivos de oportunismo, e introduciendo en ella principios políticos ignorados por los árabes, llegó a modificarla. En primer lugar, los persas hicieron suya la causa de los descendientes de Alí ben Abu Taleb, yerno del Profeta, dando origen al gran cisma islámico del Chiismo.

Según los chiitas la soberanía islámica está basada, no sólo en el concepto de la representación de Dios sobre la tierra, sino también en el principio dinástico divinizado. Habiendo el Profeta fallecido sin hijos varones, la luz divina había quedado en la rama de Alí ben Abu Taleb, nieto, como el Profeta, de Abu el Mutalib, a cuya descendencia pertenece el derecho exclusivo al Califato o, como dicen los chiitas, al Imamato; para éstos, siendo Dios quien otorga el poder al Imam, éste no puede ser elegido por los hombres. Los persas complicaron tal concepto con principios antiguos, religiosos y políticos, entre los cuales se halla el de la divinidad del soberano y su derecho a la adoración de las masas; la introducción de algunos elementos gnósticos, procedentes de la antigua religión babilónica, completaron la transformación del Islam practicado por los persas.

El principio de que en el Islam sólo los descendientes de Alí ben Abu Taleb tenían derecho a la sucesión en el poder dió origen a la creencia en los doce Imam escondidos, pues éstos, que empiezan con Alí ,reinaron en secreto, a pesar del reino oficial de los Califas. El tercero de estos Imam fué Hosein, segundo hijo de Alí; hecho prisionero cuando trataba de recuperar por las armas el trono islámico, fué supliciado en Kerbelá, en la llanura de Iínive. El episodio de Kerbelá ha llegado a ser la expresión de un sentimiento político y religioso de los persas que todos los años conmemoran el suplicio de Hosein con una semana de verdadera pasión; todo el pueblo toma parte a las ceremonias que evocan el martirio del tercer Imam, acompañándolas con rezos y con imprecaciones contra los verdugos y también con autotorturas de los más exaltados.

El duodécimo Imam desapareció en el año 260 de la Hégira (874 de J. C.). Según la creencia popular este Imam, llamado Mahamud, no ha muerto; sólo se halla escondido en espera del día del triunfo; tal creencia ha hecho de Mahamud el *Mahdi,* es decir, el Mesías de los chiitas.

La creencia en el Mahdi vino a afirmar el principio y las pretensiones legitimistas de los descendientes de Alí. Los chiitas, cuyo cisma surgió y se desarrolló en esa antigua tierra iránica, entre poblaciones antiquísimas, ricas en tradiciones culturales, espirituales y nacionales, crearon la figura del Mahdi que reivindicará el poder para los descendientes de Alí, por analogía, sin duda, con la creencia de los antiguos persas en el «saosciant», que debía darles la independencia, orientarlos hacia el verdadero culto y proporcionar la paz y la prosperidad al mundo.

Para los chiitas persas, Mahamud, el duodécimo Imam, desaparecido en la región de Hil-la, sigue escondido ,esperando el momento oportuno para presentarse en su calidad de Mahdi y restaurar el poder soberano de los descendientes de Alí. Durante varios siglos, todas las mañanas (1), un grupo de cien individuos armados, llevando un caballo lujosamente enjaezado, esperaba, frente a la gruta en la cual según la creencia popular había desaparecido, el Imam que debía volver.

(1) El viajero africano Ibn Batutah relata la ceremonia, a la cual asistió personalmente en Hil-lah.

Persia chiita se separó completamente del imperio árabe en el año 892 de J. C. con Ismael ben Ahmed, fundador de la dinastía Samanita. Esta dinastía gobernó sólo sobre parte del país; otra parte fué dominada por la dinastía de los Buhuaitas; una tercera parte cayó bajo la dominación de Mahamud de Ghazna, sultán del Afganistán, conquistador del Indostán.

Poco después del año mil (de J. C.) fué ocupada por los turcos de Tugril bek el seleucida, que la dominaron hasta el año 1157, en que volvió a ser independiente con los Juarizm. En el siglo XIII fué ocupada por los mogoles (1237); independiente otra vez hacia el fin del siglo, fué conquistada por los tártaros de Tamerlán ,1400), que la dominaron durante un siglo, hasta que en 1510 volvió a ser unida e independiente con Ismael I, fundador de la dinastía de los Safauitas. Con los reyes de esta dinastía, Persia resurgió, llegando al apogeo en las artes (arquitectura decorativa y monumental), en la cerámica y en la fabricación de tapices, aparte de la importante red de caminos realizada.

La dinastía de los Safauitas gobernó el país durante dos siglos y medio, siguiendo a ésta otras dinastías, la última de las cuales fué la de los Kayar (1779), que duró hasta hace pocos años, y bajo la cual Persia tuvo un período de absoluta decadencia.

Con la ingerencia europea en Oriente, en el siglo XIX, Persia firmó un tratado con Rusia en 1838 por el cual se vió obligada a atacar a Herat en el Afganistán, fracasando por la oposición británica; otra intentona, en 1855, también fué infructuosa a causa de la intervención británica. Rusia e Inglaterra actuaron antagónicamente hasta 1907, en que firmaron un acuerdo determinando sus respectivas zonas de influencia en Persia; en ese convenio, Inglaterra abandonaba a Rusia una zona territorial muy extensa, pero le cerraba el paso al Golfo Pérsico, que era lo que los rusos ambicionaban.

En ese mismo año de 1907, el shah de Persia, Muzafer-ed-Din, había otorgado a su pueblo una constitución; en el año siguiente, un movimiento revolucionario provocó la destitución del nuevo shah Mehemed Alí; pero éste, organizando una contrarrevolución con sus «cosacos» (soldados persas mandados por oficiales rusos), disolvía el Parlamento, iniciando así la guerra civil Habiendo los bajtiari

hecho causa común con los nacionalistas, y habiendo sido abandonado también el shah por sus cosacos, se refugió en la Legación de Rusia y abdicó a favor de su hijo Ahmed Mirza, que tenía trece años. En un nuevo intento para recuperar el poder, Muzafer ed-Din fué nuevamente derrotado y obligado a alejarse definitivamente del país.

En 1912, los rusos perdieron muchas simpatías en el país por haber bombardeado el monumento sagrado (mesched) del Imam Riza, el más venerado de los santuarios persas; de ello se aprovechó Inglaterra, interviniendo y organizando una gendarmería mandada por oficiales suecos.

El joven shah Ahmed Mirza fué proclamado en 1914 y hasta 1916 se preocupó de defender el norte del país contra los ataques de los rusos, mientras Inglaterra trataba de oponerse a todo ataque de los turcos, aliados de los alemanes.

Al final de la guerra de 1914-1918, el conflicto entre Rusia e Inglaterra en Persia se acentuó con la intervención de sus respetivas tropas. En 1919 ,la Gran Bretaña consiguió una ventaja firmando en París, con la Delegación persa para la paz, un tratado; pero al año siguiente perdió estas ventajas con la invasión de Persia por los bolcheviques que provocó la anulación del tratado de París.

En 1921, el general Rizá Khan al frente de sus cosacos se adueñó del poder, formando un gobierno de intelectuales; con éstos el régimen tomó un aspecto burgués, iniciándose una fuerte política interior. La rebelión de los kurdos de 1922 fué rápidamente sofocada. En 1924, durante la ausencia del joven shah, de viaje por Europa, éste fué destituído, y Rizá Khan, asumiendo el poder, intentó formar una república del tipo de la república kemalista turca.

Con la destitución del joven shah, último soberano de la dinastía Kayar, ésta acabó, a pesar de que en 1926 un pretendiente Kayar intentase inútilmente restaurarla, provocando incursiones kurdas y rebeliones en la región occidental del país. El 1.° de octubre de 1927, Persia firmaba con Rusia un tratado de «seguridad», y el 10 de mayo de 1928 quedaron abolidas las capitulaciones, conservándose determinadas garantías para los extranjeros.

Con el nuevo shah, Palavi I Rizá Shah, fundador de la nueva dinastía y originario de Savad Kuh, en el Mazendarán, Persia que-

dó transformada en una monarquía constitucional hereditaria, dividida en 58 provincias, con capital en Teherán, importante ciudad de más de 650.000 habitantes, renombrada por sus tapices y sus cueros labrados. La población global de Persia se calculaba por entonces en quince millones y medio de individuos.

Después de la conflagración mundial de 1939-1945, el antagonismo, ya tradicional, de Rusia e Inglaterra en Persia volvió a manifestarse con mayor intensidad; la ocupación del Azerbeidyan por los rusos estuvo a punto de provocar una nueva conflagración mundial, suscitando, desde luego, grandes dificultades internacionales que todavía no han sido resueltas definitivamente.

La cuestión del Azerbeidyan, «la tierra sagrada del fuego eterno», por el momento aparece apaciguada, oficialmente por lo menos, las tropas rusas que lo habían ocupado están evacuando ese territorio que los persas mismos consideran como el más europeizado del viejo Oriente; en él todos los secretos de las industrias occidentales tienen su representación: hay motores Diesel, automóviles, luz eléctrica, máquinas incontables... En medio de ese mundo ultramoderno, rodeado de tanques de acero galvanizado, se eleva el símbolo maravilloso del Azerbeidyan, el templo misterioso de Zaratustra (Zoroastro) que guarda bajo su cúpula la llama viva que fué durante siglos el punto central de una de las primeras grandes religiones, el culto del fuego que predicara Zoroastro.

Los adoradores del fuego pasaron al Islam. Los últimos secuaces de la doctrina de Zoroastro huyeron a la India y a otras regiones de Persia; hoy día esa religión cuenta con más de cien mil adeptos (los parsis) que por sus ritos extraños han provocado serios conflictos en el mundo industrial mahometano, en donde trabajan obreros que rinden culto al fuego.

Hoy día, el templo de Zarathustra está aprisionado por la industria moderna del petróleo; el petróleo, en efecto, ha complicado la situación internacional del Irán, de por sí difícil.

En los momentos actuales, el Irán sigue siendo un campo de batalla en donde luchan con alternativas de éxitos y de fracasos las influencias rusa y británica. Los rusos bolcheviques presionan desde el Norte, mientras la Gran Bretaña trata de impedir a los soviets el acceso al Golfo Pérsico, una de las mayores aspiraciones rusas.

Los movimientos de tropas soviéticas al Norte del país y el hecho de que en el Sur la Gran Bretaña haya reforzado últimamente sus efectivos en el Golfo Pérsico demuestran que el territorio y el mar de Persia son puntos críticos en las relaciones entre Inglaterra y Rusia, y explican la actual tirantez internacional que amenaza resolverse con una nueva conflagración, para la cual el Irán y el Golfo Pérsico pudieran constituir el pretexto determinante.

Las condiciones religiosas de Persia, el país del gran cisma islámico de los chiitas, le hacen refractario a las reacciones provocadas en muchos países mahometanos por el desarrollo de la reforma uahabita, predicada por los puritanos secuaces de Ibn Abd el Uahab y propagada por la palabra y los hechos del Emir uahabita Abd el Aziz ibn Seud y sus Ijuan.

Sin embargo, hace aproximadamente un siglo, el Babismo, herejía en la herejía chiita, aunque lejano de la doctrina uahabita, ha sido un reflejo en Persia de la llamarada religiosa de Mohamed ibn Abd el Uahab.

La persecución de que fueron víctimas los babistas dió a las doctrinas de Bad un desarrollo considerable, en su forma sucesiva de Behismo; pero en la actualidad en que los babistas ya no son perseguidos, sino que son admitidos hasta en las funciones públicas, la doctrina del exaltado maestro ha perdido toda importancia política.

b) *El Afganistán.* — Este territorio montañoso, situado al Este de Persia, tiene una superficie de 731.000 kilómetros cuadrados aproximadamente. En él se eleva el colosal macizo montañoso del Indo Kush cuyas cumbres alcanzan más de 4.000 metros sobre el nivel del mar. El territorio está cruzado por varios ríos, de los cuales los principales son el Amu Daria, en el Norte, y el Hilmend, en el Sur. En la región el clima es de alta montaña y riguroso.

La población del Afganistán es en su mayoría de origen iranio; se calcula en unos ocho millones de individuos, en gran parte dedicados al nomadismo. La capital es Kabul, a orillas del río del mismo nombre; es un importante centro comercial con gran mercado de caballos, siendo la cría caballar una de las principales riquezas del país.

El lenguaje de los afganes es el «bachtú» derivado del iranio,

pero al Norte del país se habla el «yagatai», derivado del turco. El lenguaje árabe es el lenguaje religioso.

Anteriormente a la guerra de 1914-1918, el Afganistán formaba parte del Imperio turco, y el Emir que lo gobernaba era vasallo de la «Sublime Puerta» cuya soberanía, sin embargo, era sólo nominal, siendo el Afganistán prácticamente independiente.

Durante la guerra de 1914-1918, los montañeses afganos habían quedado neutrales y más bien favorables a los ingleses, gracias a la actitud anglófila del Emir Habibul-lah Khan. Pero al final de la guerra, a principios de 1919, el Emir fué asesinado y se cree, aunque no se pueda afirmar, que su muerte fué debida a maniobras bolcheviques.

Le sucedió su hijo Amanul-lah, enemigo de Inglaterra, el cual, durante el conflicto, había estado en relaciones constantes con los turco-alemanes. Al ser proclamado soberano del país, prometió en un discurso público «no envainar su espada hasta haber conseguido la completa independencia del Afganistán». Amanul-lah entró inmediatamente en contacto con Moscú y denunció el Tratado de Londres de 1883, por el cual el Afganistán había quedado hipotecado por una cantidad verdaderamente insignificante; luego aprovechándose de la agitación contra Inglaterra del Punyab (India), le declaró la guerra, y el general afgano Mohamed Nadir Khan invadió el territorio de las tribus de la India limítrofes al Afganistán. Los británicos consiguieron, sin embargo, rechazar los ataques afganos y desde luego los combates fueron muy duros; Amanul-lah fué obligado a pedir la paz, que Inglaterra le concedió en buenas condiciones para el Afganistán, pues reconoció la independencia de este país y le concedió la libertad de importar armas de fuego; únicamente insistió en la delimitación de su frontera con la India, en el territorio de las tribus de Bután (1).

Amanul-lah aprovechó de esta independencia para entretener relaciones oficiales con Rusia, la cual instaló un importante centro de propaganda bolchevique en el Turquestán ruso, no lejos de la frontera afgana, que irradiaba no sólo en el Afganistán sino hasta las regiones septentrionales de la India.

(1) Tratado de paz de Rawalpindi de 1921.

Amanul-lah se ocupó de la reorganización interna del país, adoptando métodos más modernos. Las innovaciones ayudadas por la propaganda británica le atrajeron la impopularidad que se manifestó con el movimiento revolucionario de Baya-Saca, cuyo triunfo obligó al Emir a abdicar; el general Mohamed Nadir Khan, que se hallaba ausente durante estos acontecimientos, al regresar al país tomó partido por Amanul-lah al cual intentó restaurar en el trono. Después de un año de lucha, el general Nadir Khan consiguió apoderarse de Baya-Saca, que se había hecho proclamar soberano del país con el nombre de Habibul-lah II, y lo hizo fusilar.

El 15 de octubre de 1929, una Asamblea de Ulemas y de notables del país reunida en Cabul, proclamó soberano del Afganistán al general Nadir Khan, haciéndole prometer que no seguiría el programa de Amanul-lah. Poco después, Nadir Khan moría asesinado por un estudiante, sucediéndole en el poder su hijo Mohamed Daher Shah, que por entonces tenía 25 años.

La evolución política del Afganistán ha dotado a este país, por cierto uno de los más atrasados entre los países mahometanos de Oriente, de un Parlamento con dos Cámaras; su gobierno está formado por siete Ministros; el Rey, sin embargo, ha conservado para sí el mando supremo de todas las fuerzas armadas.

Es evidente que el movimiento uahabita llegó a provocar un malestar profundo entre regiones alejadas, como el Afganistán, pero estos disturbios eran esencialmente originados por el deseo de protestar contra la decadencia política de los Estados mahometanos y la decadencia moral de los jefes del Islam.

En la actualidad, el Afganistán, como muchos otros países del Islam, es un campo de batalla en donde luchan influencias europeas en oposición. Rusia e Inglaterra se encuentran una vez más en lucha en el camino de la India; la Gran Bretaña, dueña de la India, trata de contrarrestar la influencia soviética que se extiende teniendo ya como punto de apoyo el Turquestán, del cual ha hecho una república que pertenece a la Unión de las Repúblicas socialistas soviéticas.

c) *El Beluchistán.* — Poco se puede decir de la función política del Beluchistán en el mundo musulmán.

Es una región montañosa, habitada por unos 800.000 individuos de origen iranio que, en su mayoría, son nómadas y pastores. Políticamente el país está dividido en dos partes: la primera está sometida directamente al control británico; la segunda, gobernada por un Khan vasallo de la Gran Bretaña residente en su capital llamada Kelat.

En realidad, esta región de unos 350.000 kilómetros cuadrados, que linda al Este con la India, al Norte con el Afganistán, al Oeste con el Irán (Persia) y al Sur con el Océano Índico, está sometida completamente a la influencia británica.

Se comprende, pues, que el renacimiento del mundo musulmán no lo afecta más que teóricamente y de cierto modo superficial.

B) Los países musulmanes de origen turánico

Aparte de Turquía (1), las poblaciones mahometanas de origen turánico se hallan bajo la influencia, más o menos directa, de Rusia soviética; algunas de ellas constituyen repúblicas que forman parte de la «Unión de las Repúblicas socialistas soviéticas».

No cabe duda que Rusia, dando esta denominación a la Unión de los Estados unidos por los lazos soviéticos ha querido indicar que pueden formar parte de la Unión soviética todas las agrupaciones, cualquiera que sea su origen; es decir, que no es sólo una federación política de pueblos eslavos, sino de todos los pueblos que hayan adoptado los principios bolcheviques, cualquiera sea su origen étnico.

El bloque musulmán de origen turánico comprende una población global de unos veintidós millones y medio de individuos, de los cuales catorce millones pertenecen al Turquestán ruso, dos millones y medio al Turquestán oriental (chino) y seis millones a la Transcaucasia.

Como ya hemos indicado hablando de Turquía, el sentimiento nacional turanio, iniciado en 1895, se ha desarrollado muy rápida-

(1) Por lo que se refiere a Turquía y a sus reacciones políticoreligiosas frente al renacimiento del mundo musulmán, véase la página 62 de este mismo trabajo.



HACIA EL TURKESTAN



FONDAK EN DERNA (CIRENAICA)

mente gracias al concurso que los millonarios tártaros de Bakú aportaron a la propaganda.

Los trabajos de etnólogos como Arminio Vambery (1) y León Cahun (2), han revelado la importancia inesperada del mundo turánico, y esta revelación ha dado lugar a un movimiento racial que se inició simultáneamente en Estambul y a orillas del Volga. Este movimiento, aunque poco conocido es, sin embargo, un fenómeno interesantísimo en la historia del nacionalismo. El grupo turanio que los etnólogos denominan *uralo-altaico*, comprende no sólo los turcos otomanos de Constantinopla y Anatolia, los turcomanos de Persia y del Asia central, sino también a los tártaros de Rusia meridional y de Transcaucasia, los mayares de Hungría, los finlandeses; también se consideran como pertenecientes a este grupo las tribus aborígenes de Siberia, los mogoles y hasta los habitantes de la lejana Manchuria; sus lenguajes similares, sus disposiciones físicas y mentales afines, así como su vigorosa vitalidad física, unida a una gran firmeza de las fibras nerviosas, dan a estos pueblos rasgos característicos comunes, a pesar de la diversidad de su cultura, de sus tradiciones y hasta de su apariencia física. En estas condiciones, aunque estas poblaciones no lleguen a constituir un conjunto racial, es decir, una raza, el hecho de que sean poseedores de lenguajes y temperamentos análogos es suficiente para que crean en su unidad de raza (aunque esta unidad no exista étnicamente) y para que lleguen a formar una potencia nacionalista.

Los tártaros, que fueron antaño los dueños de Rusia, han conservado fielmente, a través de más de cuatro siglos de dominación rusa, la identidad de su religión, de su raza y de su civilización.

Instalados por grupos compactos a lo largo del Volga, y en particular en Kazán y Astrakán, los tártaros pueblan la mayor parte de Crimea, constituyen una minoría importante en Transcaucasia y forman una serie de grupos enclavados en territorio eslavo. La propaganda nacionalista fué desarrollada no sólo entre los turanios de Rusia, sino también en Turquía, y los tártaros rusos des-

(1) Véase: ARMINIUS VAMBERY. *Western Culture in Eastern Lands.* (Londres, 1906.)
(2) Véase: LEÓN GAHUN; In *Historia general de Lavisse et Rambaud.* Tomos XI y XII.

empeñaron un papel importante en el movimiento panturco y panturánico, del cual hemos hablado en páginas anteriores. El principal propagandista panturánico fué Ahmed Bey Agayeff, un tártaro del Volga que con su órgano «Turk Yurdu» (la casa turca) adquirió una gran influencia sobre la opinión pública del mundo turco-tártaro.

Aunque Ahmed Bey Agayeff fuese un panturanio integral, es decir, que consideraba el conjunto del mundo turanio, comprendiendo Finlandia y Manchuria, sus esfuerzos se concentraron en establecer la unión en el segmento turco-tártaro, es decir, en el de los otomanos de Turquía, de los tártaros de Rusia y de los turcomanos de Persia y del Asia central. Seindo todos estos pueblos mahometanos, la propaganda desarrollada para conseguir su unión presentaba un lado religioso que, combinando la cuestión étnica con la religiosa, tomaba un aspecto análogo al panislamismo. En la práctica, el movimiento panturánico que se desarrolló fué principalmente un movimiento panturco.

Después de las guerras balcánicas de 1912-1913 el movimiento panturánico tomó un aspecto más general; los húngaros y los búlgaros pretendieron ser de origen turánico e intentaron propagar la idea de solidaridad panturánica, contra la del paneslavismo servo-ruso.

El panturanismo predicado por ciertos autores va hasta creer que los turanios, con su virilidad y la solidez de sus nervios, que la civilización occidental no ha podido disminuir, debían recuperar Rusia a la que llegaron a considerar como un «país turanio irredento». La revolución rusa de 1917 aumentó las esperanzas de los pueblos turanios; éstos siguieron sus sueños, contando, desde luego, con un apoyo occidental importante.

La guerra de 1914-1918 tuvo como resultado el fraccionamiento del Imperio turco, provocando el derrumbamiento de las esperanzas que la revolución rusa de octubre de 1917 había hecho brotar entre los nacionalistas turánicos.

En 1919, el gobierno soviético impuso su autoridad en el Turquestán. Cuando los bolcheviques llegaron al poder, en 1917, concedieron al Turquestán plenos poderes para disponer de sí mismo, y los habitantes proclamaron sus príncipes indígenas, restablecien-

do sus antiguos Estados independientes, unidos a Rusia únicamente por un lazo federativo. Pero en 1920 el gobierno de los soviets estimó que el Turquestán estaba maduro para la revolución social; los príncipes indígenas fueron destronados, el poder fué entregado a soviets locales, los indígenas de clase elevada quedaron desposeídos de sus bienes, y la resistencia esporádica que se produjo fué ahogada con ejecuciones en masa, uno de los sistemas terroristas de los soviets (1).

Recordemos de paso, que el Turquestán es una región del Asia comprendida entre Siberia, Afganistán, el Mar Caspio y el Lago de Aral, con capital en Akabad; se calculan en catorce millones los habitantes del Turquestán occidental, que se subdivide en provincias de Sir Daria, Samarcanda, Fergana, Semireschinski, Amu Daria y Transcaspia. El Turquestán oriental o Kashgaria, en otros tiempos independiente, pertenece actualmente a China y cuenta con dos millones y medio de habitantes, con capital en Turfán.

Políticamente, el Turquestán forma actualmente parte de la Unión de Repúblicas socialistas soviéticas; en 1920 constituyéronse soviets republicanos en Khiva y en Bujara, que se transformaron, en 1921, en un soviet republicano autónomo. En 1924 se adaptaron los territorios del Turquestán a una base nacional, y, en consecuencia, en 1925 se crearon los nuevos Estados soviéticos de Turkmenistán, Uzbegistán y Tajikestán, así como otras nuevas regiones; en la actualidad todo el Turquestán forma parte de la Unión de las Repúblicas socialistas soviéticas.

Recordaremos que la población musulmana que vive en territorio ruso está repartida del modo siguiente: Turquestán, 14 millones; Cáucaso, 6 millones; Ural, 6 millones; Siberia, un millón, y Rusia central, 700.000 de individuos. En la última parte de este trabajo, al tratar de las influencias europeas en el desarrollo del mundo musulmán, se examinará la condición política actual de estos países mahometanos sometidos al régimen soviético.

(1) Véase: IKBAL ALI SHAH. *The Fall of Bokhara.*

CAPÍTULO II

LAS REACCIONES DE LAS POBLACIONES DEL ÁFRICA SEPTENTRIONAL FRENTE AL RENACIMIENTO MUSULMÁN

Al estudiar el origen y la formación de las poblaciones del África septentrional, se ha determinado que el fondo de la población norteafricana, llamada «bereber», está en realidad formada por la unión de elementos raciales diversos (1). No existe, pues, una raza bereber, sino pueblos bereberes.

A este núcleo bereber, se han ido agregando sucesivamente otros elementos como los árabes, los negros y los hebreos, cuyo conjunto da a las poblaciones norteafricanas su actual aspecto. En algunos de los países del África septentrional, el elemento europeo, de procedencias diversas, ha llegado a constituir un factor importante en la formación del ambiente etnográfico del país, como, por ejemplo, en Argelia, llegando a manifestar aspiraciones separatistas.

En este estudio de las reacciones de los pueblos del Norte de África frente al renacimiento musulmán, aunque todos sean países islamizados, el Egipto ha de ser considerado separadamente. Conviene hacerlo así respecto de las otras regiones norteafricanas — de las cuales, por otra parte, está separado efectivamente por el desierto líbico — a causa de las condiciones que presenta el Egipto moderno musulmán por su situación geográfica importante en la actual estrategia mundial, por su posición en el mundo internacional y por su desarrollo político.

Por lo que se refiere a las poblaciones del África septentrional, en general, recordaremos brevemente que, durante la época prehistórica, el territorio del África septentrional, desde el Mar Rojo hasta el Océano Atlántico y desde el Mar Mediterráneo hasta el

(1) Véase: ANGELO GHIRELLI. *El País berebere*. Madrid, 1942. Editora Nacional.

Sahara inclusive, estaba comprendido en el área de concentración de los negroides del paleolítico, y que en ciertas regiones, otro elemento racial de tipo neanderthaloide (tipo de Mechta) ha existido contemporáneamente con el negroide, sin contar con que, según ciertos autores, también el hombre de Cro-Magnon vivió en el noroeste del continente africano, habiendo rechazado hacia el Sur a los negroides.

Durante el período neolítico todo el Norte de África ha sido habitado por una raza dolicocéfala de pequeña estatura y huesos delgados, de la cual se encuentran vestigios en Egipto y en el extremo NO. africano (Cabo Espartel). El antropólogo italiano Sergi ha dado a este elemento racial el nombre de «euroafricano» o «mediterráneo». Según este autor, dicha raza ocupaba todo el Norte de África, desde Egipto hasta el Océano Atlántico, y pertenecían a ella, en África, los egipcios y los libios; en Europa, los íberos y los lígures.

Durante la época histórica, las aportaciones raciales quedaron definidas más claramente; elementos indoeuropeos, elementos asiánicos (1) y protosemíticos llegaron al norte de África uniéndose a los primitivos habitantes del país para intentar la invasión del Delta del Nilo; estos elementos son los que llevaron a África los carros tirados por caballos que, según Herodoto, eran utilizados por los Garamentes en la persecución de los etíopes trogloditas, es decir, para rechazar hacia el Sur a los negroides que quedaban en la región.

Las poblaciones norteafricanas, formadas por la unión de los citados elementos con los primitivos habitantes del país, no se han modificado, desde el punto de vista etnológico, a pesar de las dominaciones púnica, romana, vándala, bizantina, hasta la época musulmana. Por lo tanto, cuando los árabes en sus expediciones sucesivas se extendieron por el África septentrional, las poblaciones a las cuales dieron el nombre de «bereberes» correspondían a las poblaciones formadas por los elementos étnicos más arriba citados.

(1) Recordaremos también que se entiende por «pueblos asiánicos» determinados pueblos del Asia occidental que no son semíticos y probablemente tampoco indoeuropeos, y que forman un conjunto caracterizado principalmente por su lenguaje aglutinante.

Los fenicios de Tiro, cuando fundaron Cartago, encontraron ya instalados en el país elementos étnicos procedentes del Asia occidental, llegados en el período protohistórico; estos elementos, por su afinidad con los fenicios, fueron un factor importante para la expansión de la influencia púnica (1); sin embargo, conviene anotar que esta influencia quedó limitada a las regiones costeras de las comarcas próximas a Cartago (2). En el interior del país los habitantes eran escasos y diseminados, como resulta de las indicaciones de los autores antiguos que presentan esas regiones como recubiertas en gran parte de bosques, siendo refugio de numerosísimas fieras.

Con la dominación romana, las condiciones de la región norteafricana variaron considerablemente; los elefantes y las fieras desaparecieron poco a poco con la persecución continua, pues los hombres les daban caza y las destruían; al desaparecer las fieras, se cultivó una mayor extensión de terreno, y la organización romana permitió un aumento de la riqueza en la colonia. Por último, la administración romana introdujo en África septentrional el camello, animal asiático; la utilización del camello dió origen a la cría del mismo y a la formación de grupos de grandes nómadas dedicado a esa cría. Tales nómadas, moviéndose con mayor facilidad por las regiones desérticas, crearon y poblaron nuevos oasis en el Sahara. La organización de estos nómadas llegó a adquirir una importancia militar que se manifestó más tarde, después de la llegada de los árabes, contribuyendo a modificar considerablemente las condiciones políticas del país.

Las llamadas «invasiones árabes» en el norte de África fueron, en realidad, sólo expediciones militares que no tuvieron influencia étnica alguna en la formación de las actuales poblaciones norteafricanas. Desde luego, las del siglo VII y la del siglo VIII no tuvieron carácter alguno de invasiones y sí sólo de expediciones militares, de carácter religioso; los árabes no pasaron por entonces, de la región del Barca. En la tercera expedición, Okba ibn Nafi, al

(1) La Historia del África Menor empieza realmente con la fundación de Cartago (814 a. de J. C.). Por consiguiente, la llegada de los elementos asiánicos a África septentrional, remontando al II milenio antes de J. C., corresponde a la época protohistórica.

(2) Véase: Herodoto.

mando de un grupo de diez mil combatientes, recorrió el África septentrional llegando hasta la orilla del Océano Atlántico. Pero al regreso, abandonado por gran parte de los suyos, él y sus más adictos cayeron en una emboscada preparada por los bereberes de Koceila. Hasta entonces, los árabes se habían preocupado principalmente de convertir al Islam las poblaciones norteafricanas, sin intentar establecerse de una manera definitiva en el país; con Hasan el Ghazani y Musa ibn Noceir, que sucedió al primero, la dominación árabe fué efectiva siendo apoyada por los bereberes que ya se habían convertido al islamismo. Cuando Tarik ibn Ziad atravesó el Estrecho para lanzarse a la conquista de España, su ejército estaba compuesto por siete mil bereberes mahometanos y por trescientos jinetes árabes solamente.

El esfuerzo de los árabes para imponerse en el norte de África, en el Maghreb, duró unos setenta años aproximadamente (642-708); pero las luchas que siguieron, ensangrentando el país hasta el establecimiento de las dinastías bereberes, demuestran hasta la evidencia que, aunque islamizado, el norte de África no llegó nunca a ser dominado completamente por los árabes; su islamización tampoco fué completa, pues los bereberes favorecieron sistemáticamente todos los cismas islámicos que se originaron en el país, tomando pretextos religiosos para disfrazar sus tendencias independientes.

Las poblaciones de origen árabe que se encuentran en las diferentes regiones del África septentrional descienden de las tribus de Soleim y de Hilal, que pasaron al norte de África hacia la mitad del siglo XI (1). La tribu de Soleim dió origen a las poblaciones árabes de la Libia; de la tribu de Hilal derivan las poblaciones de origen árabe de Argelia, Túnez y de la región sahárica; los árabes que se instalaron en el Sahara occidental lo hicieron como consecuencia de un acuerdo con los Zenatas del Maghreb central. De estos árabes sahāricos se destacaron más tarde grupos que remontaron hacia el Norte, instalándose en la región del Muluya inferior;

(1) La Historia relata que los Fatimitas de Egipto, para castigar al Emir de los Senahaya de Ifrikia que había abandonado su partido para abrazar el de los Omeyas de España, lanzaron contra él a las tribus de Soleim y de Hilal, las cuales habían sido instaladas, con anterioridad a estos acontecimientos, en el Alto Egipto, dando en recompensa a cada guerrero una moneda de oro. (Véase: IBN JALDUN. *Historia de los Bereberes.*)

diezmados por la lucha contra los bereberes vecinos, han quedado hoy día reducidos a pequeños grupos que se han unido para formar la cábila de los Ulad Setut, cuya pureza étnica es muy discutible, pero que conservan casi intacto el lenguaje, los usos y costumbres de su origen árabe. De los árabes saháricos proceden también las dinastías jerifianas que desde el siglo XVI reinan en Marruecos.

Otras poblaciones de origen árabe se hallan en la región occidental de Marruecos, a orillas del Atlántico; son descendientes de los grupos hilalianos de Riah, Yochem, Athbedy, que en el siglo XII, hallándose en la región argelo-tunecina, tomaron las armas en favor de los Ibn Ghania de Mallorca en su lucha contra los almohades. Derrotados por el sultán Iacub el Mansur, fueron trasladados, como medida de castigo, a orillas del Atlántico. Cuando los Beni Merin trataron de arrebatar el trono del Maghreb a los almohades, los riah y los otros árabes instalados en la región atlántica se pusieron al lado de los almohades; los Beni Merin, vencedores, los diezmaron; desde entonces, fraccionados y abastardados, han perdido todo su orgullo primitivo y apenas tienen el recuerdo, conservado entre sus leyendas, de su origen ilustre.

Como hemos ya indicado, las expediciones militares árabes de los siglos VII y VIII tuvieron como objetivo la conversión de las poblaciones norteafricanas al Islam.

Los acontecimientos históricos demuestran que las convicciones religiosas de los bereberes nunca han sido obstáculo para sus evoluciones políticas. Según las épocas y las circunstancias, los bereberes adoraron a los dioses de los fenicios o de los romanos; luego abrazaron la religión cristiana y los cismas derivados de ella, sin contar que algunas tribus, antes de hacerse musulmanas, habían practicado la religión hebraica.

No hace mucho tiempo todavía, gran parte de los bereberes eran mahometanos sólo nominalmente. Aislados en sus territorios y organizados social-políticamente en clanes, con sus usos y costumbres peculiares y aplicando sus leyes consuetudinarias, ignoraban casi todos los preceptos del Corán o no los practicaban. En general, su bagaje religioso islamita se reducía a saber de memoria algunos versículos del «Libro de Aláh», de los cuales no comprendían, en

general, el sentido; y a venerar a algún santón, en el cual el berebere veían más bien un ser dotado de poder mágico para mandar a los genios que un santo varón preclaro por su fe islámica.

Para los árabes, el Corán no es sólo el «Libro de Alaáh» o sea de la religión revelada, sino también el código de su vida social. Por consiguiente, su completa adopción no sólo establece una influencia religiosa, la islamización, sino que también deja una huella social que es la arabización. Se comprende, pues, que en estas condiciones, la mayor parte de los bereberes, aislados en sus comarcas de difícil acceso, no reciban la influencia coránica más que de un modo superficial, conservando en gran parte su concepción de la vida y su organización política, social y también jurídica.

En realidad, hasta hace poco tiempo, la islamización de las poblaciones del África septentrional era desigual y, en general, superficial. La mayor facilidad y rapidez en las comunicaciones y la generalización de la idea teocrática de gobierno, conservada por los protectorados, constituyen factores activos de islamización, por lo menos en apariencia, de las poblaciones bereberes del norte de África.

El Islam predicado por Mahoma está basado en un monoteísmo sencillo, austero y exento de complicaciones doctrinales y sacerdotales, que adaptándose a las tendencias sociales del pueblo árabe fué aceptado por éste muy rápidamente. Pero al salir de Arabia, el Islam encontró otras tendencias derivadas de civilizaciones anteriores y diferentes, al contacto de las cuales se deformó, perdiendo su primitiva sencillez mahometana. Lo mismo ocurrió en la región norteafricana, en donde los propagadores del Islam encontraron condiciones religiosas y sociales diferentes de las concepciones religiosas y sociales del pueblo árabe. No pudiendo destruir estas concepciones del país, tuvieron que aceptarlas, y se vieron obligados a recubrir con el manto del Islam determinadas prácticas que Mahoma, sin duda alguna, hubiese rechazado airadamente y de una manera absoluta.

En efecto, la mentalidad de la masa berebere no alcanza a comprender el monoteísmo tan absoluto contenido en la fórmula mahometana: «No hay más Dios que Dios», y menos, la posibilidad de comunión del hombre con la Divinidad a través de los preceptos de Mahoma que excluye todo intermediario entre Dios y el cre-

yente. Para los bereberes, la Divinidad no es más que una abstracción muy lejana y confusa con la cual ni siquiera intentan ponerse en contacto directo. El berebere, desde el punto de vista religioso, se ocupa principalmente de las influencias mágicas, de los genios y de los espíritus; sea que vaguen por el aire, sea que se escondan en las fuentes, árboles, cuevas o en las ciudades subterráneas, a las cuales se llega por determinadas grutas, verdaderas o figuradas.

Si a esta discrepancia en la concepción de la idea religiosa se añade la divergencia en los usos y costumbres, y principalmente en la apreciación de cuál debe ser la condición social de la mujer, diferente entre los árabes y entre los bereberes, se comprenderá fácilmente que las reacciones político-religiosas de los bereberes en presencia del renacimiento musulmán no podrán ser las mismas que las de los árabes, a pesar de la aparente homogeneidad de creencia de los dos pueblos. Resulta, pues, evidente que sólo la arabización muy completa de los bereberes permitiría a éstos reaccionar de la misma manera que las poblaciones árabes.

Frente a las predicaciones de la reforma uahabita, la diferencia reactiva de los árabes y de los bereberes resulta más evidente. Mientras que en Arabia las doctrinas de Abd el Uahab, que preconizan la vuelta a la antigua sencillez y austeridad islámicas predicada por Mahoma, han hecho rápidamente numerosos prosélitos, llegando a constituir la cofradía de los Ijuan (los hermanos unidos en Dios), imbuída de los preceptos del Islam primitivo y fiel observadora de ellos, en el norte de África la escisión entre los partidarios de la reforma uahabita y los contrarios a ella no tardó en manifestarse. Desde luego, se puede decir que, hasta ahora, la reforma uahabita no ha sido aceptada más que teóricamente, y en general, como un instrumento político; el Islam norteafricano puede difícilmente despojarse de todo el bagaje preislámico con el cual se ha modelado diferentemente, y, en ciertos puntos, en completa oposición con el Islam puritano de los árabes.

En efecto, en el islamismo practicado por los bereberes, el monoteísmo sencillo y austero de Mahoma que excluye todo intermediario entre Dios y sus criaturas, queda obscurecido y deformado por creencias y prácticas de origen preislámico no admitidas por la doctrina mahometana, y que, sin embargo, han sido aceptadas y

adoptadas por las necesidades del proselitismo. Entre estas prácticas, debemos señalar el culto de los santones como intercesores entre la divinidad y los fieles; de este culto, muy generalizado en todo el Maghreb, deriva la deformación del juramento coránico, que en los países bereberes se practica sobre la tumba de un santón o en presencia de un morabo.

El estudio de la historia religiosa de los bereberes pone en evidencia que éstos han adaptado siempre a su propio criterio religioso los cultos y las creencias aportados por sus dominadores, abrazando desde luego los cismas o herejías de las religiones importadas; en el fondo, han conservado sus cultos agrarios y la creencia en los genios, a los cuales han atribuído sus mismas tendencias a la división en clanes rivales y las funciones de intermediarios entre la divinidad y los hombres. Con el Islam, las fiestas agrarias han tomado el nombre de «musem»; se celebran alrededor de la tumba de un determinado santón, y el culto de los santones dominadores de los genios ha sustituído, en parte, pero no del todo, al culto directo de los yenun. Hoy todavía, fuentes, árboles y grutas son sitios de culto, aunque muchas veces bajo la invocación de algún santo del Islam.

Pero la divergencia entre árabes y bereberes existe no sólo desde el punto de vista religioso, sino también en lo que se refiere a la vida social.

Los pueblos que dominaron el Maghreb antes de la llegada de los árabes nunca dominaron la totalidad del territorio habitado por los bereberes, dejándoles sus usos, costumbres y su lenguaje; éstos han sido conservados en los hogares de las regiones montañosas, fuera del alcance de la influencia de las civilizaciones extranjeras. En ese aislamiento, la vida berebere quedó inmutable a través de los siglos. La inmigración en masa de los beduínos hilalianos, que se extendió por los llanos del Maghreb, tuvo por resultado rechazar hacia los macizos montañosos los dialectos bereberes, los cuales en las llanuras fueron sustituídos generalmente por dialectos árabes; pero aquella inmigración no llegó a modificar las costumbres de los bereberes, que quedaron intactas en las regiones montañosas y que en los llanos influyeron sobre el rito musulmán malekita, deformándolo.

La divergencia entre el árabe y el berebere es idiosincrásica, y se puede decir que tiene como punto de partida la concepción divergente en lo que se refiere a la organización de la sociedad. El árabe ha conservado su tendencia sociológica semítica que tiene como base la parentela, es decir, la agrupación formada *jure sanguinis;* el berebere reconoce la existencia de un lazo entre los habitantes de una misma comarca; es decir, la agrupación *jure soli.* El berebere está muy agarrado al suelo, existiendo en realidad un lazo entre la tierra y sus habitantes, y este lazo que le hace sedentario provoca en él un sentimiento de patriotismo que, aunque difiera en algunos puntos de como nosotros lo entendemos, es, sin embargo, de la misma naturaleza que el nuestro.

Es, pues, comprensible que el Corán, con su significación de código de la vida social de los árabes, diferentes idiosincrásicamente de los bereberes, no encuentre entre éstos la aceptación que ha tenido entre las poblaciones árabes desde el punto de vista social; para que así fuese, sería necesario llegar a modificar el carácter berebere, arabizándolo no sólo en apariencia, sino también intrínsecamente.

Es conveniente, hablando de los bereberes, no olvidar nunca que éstos durante los milenios de su historia han manifestado siempre una tendencia a adoptar los cismas religiosos y las disidencias políticas, disfrazando frecuentemente estas últimas con un pretexto religioso. Debemos considerar además que, tanto su islamización como su arabización, en las regiones en donde ésta ha podido ser realizada, no son más que superficiales y no afectan al fondo del carácter berebere.

Se comprende, pues, que en estas condiciones, al tratarse de las reacciones político-religiosas que presentan los pueblos del África septentrional ante el renacimiento musulmán, se tengan en cuenta los usos y costumbres, así como la civilización preislámica de los bereberes.

Uno de los principales resultados de la influencia europea moderna en África septentrional ha sido el de llegar a determinar territorialmente una serie de Estados: la Libia, que comprende la Cirenaica, la Tripolitania y el Sahara tripolitano (Fezzan, etc.); Túnez, bajo el protectorado francés; conserva su esencia de Estado

teocrático, condiciones acentuadas en Marruecos, en donde el Sultán es también el Imam religioso de su pueblo; Argelia forma parte integrante del Estado francés, dividida en tres departamentos con representación en la Cámara de los Diputados como cualquier otro departamento de Francia. En Marruecos, además, existen zonas de protectorado español que forman también un Estado teocrático bajo el gobierno de un Califa, efectivamente independiente del Sultán.

En Libia, la mayor parte de la población es berebere, en gran parte arabizada, pero el número de árabes, descendientes de la tribu de Soleim es importante, pues asciende a más de 200.000.

En Túnez, el elemento árabe predomina; sin embargo, existen importantes grupos de bereberes, principalmente en el sur tunecino, en el territorio del Golfo de Gabés frente a la isla de Yerbah y en la región de Es Sened.

En Argelia, de una manera general, los bereberes habitan las montañas y el Sahara, mientras que los descendientes de las tribus de Hilal ocupan grandes extensiones de terreno en las llanuras.

Marruecos es un país netamente berebere; el elemento árabe está representado por el pequeño grupo de los Ulad Setut, en la región del Muluia inferior, y por los árabes de la región atlántica, descendientes de los hilalianos trasladados a Marruecos, como castigo, por el Sultán almohade Iacub el Mansur (siglo XII de J. C.); en el Sahara occidental, Tafilalet y Seguia el Hamra, existen grupos de árabes de origen hilaliano, muy mezclados por cierto con los bereberes de la región, habiendo influído mutuamente los unos sobre los otros, en cuanto al aspecto etnográfico.

Recordaremos que de esta región salieron las dinastías con pretensiones xerifianas que dominan Marruecos desde el siglo XVI.

En las regiones netamente coloniales, como Libia y Argelia, la cuestión berebere no existe verdaderamente, pues no es más que una cuestión de organización administrativa que no está supeditada a las condiciones de un Estado musulmán teocrático. En Túnez y principalmente en Marruecos, en donde la población berebere es en realidad la verdadera población del país, la cuestión es candente. En efecto, anteriormente a la ocupación de esas regiones, y en la época anterior al protectorado, la mayor parte de las poblaciones bereberes vivían independientes, no reconociendo la autoridad del

Sultán más que nominalmente o cuando éste enviaba una expedición militar para cobrar los impuestos. .La dominación efectiva de todas estas regiones ha arrastrado como consecuencia la organización administrativa y gubernativa del país, basada sobre la organización de las otras regiones sometidas al maghzen; como en realidad el sistema de gobierno maghzeniano tiene su origen en la idea teocrática oriental, se comprende que, al imponer este sistema contrario al carácter de los bereberes, se haya originado la *cuestión bereber,* a la cual no se ha dado todavía una solución definitiva.

Por los que han estudiado el país desde hace muchos años, la modificación en el aspecto de las regiones bereberes es evidente; se nota indiscutiblemente una mayor tendencia a la arabización, aunque ésta sea sólo superficial. Este cambio es debido a la intensificación de la propaganda islámica por los tolbas y a la creación de escuelas coránicas en donde el indígena aprende el árabe, aunque en su casa no practique más que el bereber.

Otra causa de arabización es la organización e instalación de tribunales coránicos, que, aplicando las leyes islámicas, obligan al indígena a adaptarse a determinadas prescripciones ignoradas por las leyes consuetudinarias bereberes con las cuales se habían regido hasta hace muy pocos años.

Las influencias arabizadoras que se han desarrollado entre las poblaciones bereberes del norte de África han motivado que el bereber no mire ya con la misma indiferencia que en el pasado las cuestiones que conmueven al mundo musulmán. De ahí que pueda creerse que el mundo bereber empieza también a reaccionar en presencia de las cuestiones que afectan al mundo musulmán.

Sin embargo, no hay que desechar la cuestión social que en la actualidad afecta profundamente, puede ser que más que la islámica, a las poblaciones bereberes del África septentrional.

En el estudio de las reacciones de las poblaciones mahometanas del norte de África frente al renacimiento del Islam y del mundo musulmán conviene separar el país egipcio de las otras regiones norteafricanas, a causa de las condiciones especiales del Egipto musulmán, debidas a su situación geográfica, a su desarrollo político y a su posición en las cuestiones internacionales actuales.

1.° *El Egipto.* — Hablando de Egipto conviene recordar las palabras de Herodoto «Egipto es un don del Nilo»; y en efecto, el territorio útil de la región llamada Egipto no es más que un oasis muy importante del inmenso Sahara, oasis que ocupa todo el estrecho y largo valle del Nilo, rodeado por todas partes por el desierto.

El Egipto está situado en el extremo NE. del continente africano y limitado: al Norte, por el Mar Mediterráneo; al Sur, por el Sudán angloegipcio; al Este, por el Mar Rojo y Palestina con Transjordania; al Oeste, por el desierto líbico.

Es un inmenso desierto de 991.970 kilómetros cuadrados de extensión (comprendida la península del Sinaí), atravesado por uno de los mayores ríos africanos, el Nilo. Éste tiene como característica la de ser el único río sahárico que, a causa de la formación peculiar de su cauce y de su afluente, el Nilo Azul, llega a atravesar el desierto de Sur a Norte para ir a desembocar en el Mediterráneo después de un recorrido de 5.585 kilómetros desde su origen en el Lago Victoria.

Una grieta de la costra terrestre, debida a los movimientos orogénicos que han provocado el hundimiento que ha dado origen al Mar Rojo, ha sido aprovechada como cauce por las aguas del Nilo, a las cuales esta grieta ha abierto el camino que las lleva sin esfuerzo hasta el mar (1). El Nilo debe, pues, a esta circunstancia el haber conservado sus crecidas características, fertilizadoras de su valle y su Delta con la aportación de importantes cantidades de limo procedentes de Abisinia, las cuales han llegado a formar la capa superficial y cultivable de su suelo, ricamente productor.

El Nilo es pues un río cuaternario que por sus condiciones especiales ha conseguido atravesar el desierto, contrariamente a lo que ha ocurrido con el Chari y, en cierto modo también, con el Niger.

En su valle y en su Delta, el Nilo ha transformado el desierto en una región fértil, debido a la inundación periódica de los terrenos; éstos constituyen un oasis de 31.665 kilómetros cuadrados a lo largo del valle y en el Delta, rica comarca en donde existen ciudades modernas importantes, como el Cairo, que tiene más de un millón de habitantes.

(1) Véase: Angelo Ghirelli. *El País berebere.* Madrid, 1942. Editora Nacional.

La población global de Egipto es de 15.904.525 individuos; forman esta población elementos de origen diverso. El valle del Nilo fué habitado en la época prehistórica por elementos raciales procedentes del Sahara cuaternario, del cual importaron usos, costumbres, ideas y cultos religiosos. ..La invasión de las poblaciones asiánicas, indoeuropeas y protosemíticas que componían el grupo invasor de los Hiksos (siglo XVII antes de J. C.; de 1675 a 1580) aportaron a la población egipcia determinados elementos étnicos, a los cuales se apregaron los procedentes del Oeste y del Este para formar el fondo del pueblo egipcio, considerado como autóctono, representado en la actualidad por el *felah,* campesino lento y sereno que pertenece a la rama nilótica de la población, que ha soportado pasivamente la dominación de todos los conquistadores del país.

En el Egipto moderno existe otro núcleo de población que tiene su origen en los conquistadores más modernos del país, como árabes, kurdos, circasianos, albaneses y turcos. Este grupo, de condiciones sociales superiores a la del felah, dirigió la política egipcia hasta la época de la ocupación británica. Existe además un elemento cristiano indígena, los coptos, que constituyen la décima parte de la población total. Para completar el cuadro señalaremos la existencia de importantes y numerosas colonias europeas que toman parte activa en la vida social egipcia.

Desde luego, Egipto no es un país árabe desde el punto de vista étnico; los árabes suman unos 150.000 individuos y representan sólo el 1 % de la población total. Pero Egipto ha quedado arabizado en el lenguaje y en sus costumbres, y está también islamizado, pues la población indígena, a excepción de la minoría copta, practica la religión mahometana.

Egipto fué islamizado a raíz de la conquista árabe, en el siglo VII (640 de J. C.); fué sede del Califato Fatimita y pasó al dominio de los turcos en el siglo XVI (1517 de J. C.), quedando bajo la soberanía otomana hasta el año 1914, en que Inglaterra, declarada la guerra a Turquía aliada de los Imperios centrales, considerando caducada la soberanía turca, proclamó su protectorado sobre la región egipcia.

A primera vista parece que un país en el que la población se halla mezclada y es tan abigarrada no pueda tener la idea de la

nacionalidad ni que ésta se desarrolle hasta permitir la formación de un Estado moderno que hoy tienda a ser uno de los más importantes del mundo musulmán. Sin embargo, así es; es evidente que la influencia de la civilización occidental ha sido uno de los factores más decisivos para la germinación y el desarrollo de la idea del nacionalismo que en Egipto parecía deber quedar neutralizada por la mezcla de pueblos, de creencias, de culturas y por la tradición de largas dominaciones extranjeras.

La expedición napoleónica de fines del siglo XVIII puso a Egipto en contacto con la civilización occidental; Mehemet Alí, el aventurero albanés que logró dominar Egipto, se dió cuenta de la superioridad de los métodos europeos, e inspirándose en ellos, desarrolló un plan de europeización que fué adoptado igualmente por sus sucesores y cuyo resultado principal fué el de propagar profusamente las ideas occidentales.

El Egipto moderno, desde luego, ha adquirido una gran importancia desde el punto de vista de la estrategia mundial con la construcción del Canal de Suez, pues, por su situación geográfica resulta dueño de una parte de la arteria vital del Imperio británico, es decir, del camino de la India. Esto explica el interés primordial que el país representa para la política inglesa y justifica, desde el punto de vista inglés, que la Gran Bretaña, con el pretexto de tomar la defensa de los intereses de otras naciones y de los suyos, amenazados por el desastre financiero del Khedive (1876), después de la construcción del canal, ocupara Alejandría (1882) y luego lo restante del territorio egipcio, a pesar de hallarse el país bajo la soberanía otomana; y conociendo el criterio inglés no extraña que esta ocupación, que debía ser sólo provisional, dure todavía.

Conviene recordar que Egipto es uno de los cuatro países que Inglaterra ha tomado como base para el desarrollo de su política de defensa del camino de la India, y es evidente que sólo por la fuerza se decidirá a abandonarlo, a pesar de sus concesiones aparentes.

Los egipcios musulmanes, durante largos siglos no tuvieron noción de los conceptos de «patria» y de «nacionalidad», como criterios diferenciales entre los hombres. Sólo desde hace algunos decenios la palabra «uatan» (patria) ha llegado a ser de empleo corrien-

te. En lengua árabe, lengua de nómadas, el término «uatan» significa «lugar elegido para residencia», es decir, que implica la idea de un lugar de elección y no de nacimiento (1). En Oriente, la «patria» es un hecho espiritual; para el oriental, la verdadera patria es la religión y en particular la religión mahometana, la cual constituye por sí misma el compendio de las leyes sociales de esas poblaciones.

El concepto de nacionalidad ligado a un territorio es un concepto netamente occidental y de importación reciente; el patriotismo, en el sentido europeo, es un sentimiento que todavía no ha llegado a penetrar profundamente el espíritu oriental, y hablando de nacionalismo es necesario hacer siempre la distinción entre nacionalismo oriental y nacionalismo occidental, que difieren entre sí en su esencia. También conviene diferenciar el nacionalismo sentimiento, del nacionalismo doctrina y partido político. En Egipto, por ejemplo, todos los partidos que luchan entre sí en el valle y en el Delta del Nilo, son nacionalistas; todos son presa de esa exaltación de sí mismo y de ese odio y desprecio hacia el extranjero que, para la mayor parte de la gente, constituye la esencia del sentimiento o de la doctrina del nacionalismo.

Los primeros síntomas del nacionalismo egipcio se manifestaron durante el reino del Khedive Ismael que se vanagloriaba de su europeísmo. Los egipcios sensatos se habían alarmado por el modo con que Ismael, a causa de sus continuas necesidades de dinero, hipotecaba la independencia del país, al que, por otra parte, esquilmaba con continuos y onerosos impuestos; y decidieron poner término al europeísmo nefasto y parasitario de Ismael, dando a su protesta una forma inspirada en los conceptos occidentales de nacionalismo y de patriotismo.

El nacionalismo egipcio nació de una protesta patriótica contra la actuación de los que ponían en peligro el país, encontrando en las doctrinas panislámicas de Si Yemal ed Din el Afgani (2) un punto de apoyo valiosísimo para su desarrollo. La agitación revo-

(1) Véase: *Génesis XIII*, 7 y siguientes: «entonces apareció el Señor a Abraham y le dijo: «Daré esta tierra a tu descendencia.» Abraham edificó un altar al Señor que se le había aparecido; desde allí se trasladó hacia el monte que estaba a oriente de Betel e instaló sus tiendas, teniendo Betel a occidente y Hai a Oriente.»

(2) Véase: *El panislamismo de Si Yemal ed Din el Afgani* en la página 43 de este mismo estudio.

lucionaria provocó el movimiento de 1882 y la matanza de europeos en el puerto de Alejandría, que fué el pretexto por el cual Inglaterra intervino en Egipto, otorgándose el mandato de vigilar los intereses europeos en Egipto. Con este pretexto la Gran Bretaña desembarcó un ejército que derrotó a los revolucionarios en la batalla de Tel el Kebir; Egipto, desorganizado y sin elementos de defensa, se sometió a la dominación inglesa. El representante de la Gran Bretaña, lord Cramer, con el título de «consejero financiero» y conservando la dinastía khedivial y las otras formas de gobierno, reunió prácticamente toda la autoridad en sus manos y durante veinticinco años estuvo gobernando en Egipto.

La administración de lord Cromer proporcionó bienestar y riqueza al país, pero no consiguió destruir los sentimientos nacionalistas que desde la batalla del Tel el Kebir tenían la tendencia a generalizarse, lentamente, pero de un modo continuo.

Georg Schweinfurth decía en 1895: «La conciencia nacional ha empezado a despertarse en Egipto, y si hoy no llega a constituir una verdadera nacionalidad, ha hecho ya los primeros pasos hacia ese objetivo.»

La Gran Bretaña había dado como pretexto para justificar la ocupación militar de Egipto la necesidad y urgencia de intervenir para salvaguardar los intereses europeos amenazados por la agitación del país. La intervención británica no había sido bien vista por Francia que, aunque ocupada con la conquista de Túnez, no perdía de vista sus intereses en el valle del Nilo, opuestos a los de los ingleses. La política anglófoba de los agentes franceses alentó y apoyó el descontento egipcio, descontento que iba aumentando a pesar de que los ingleses declarasen pública y oficialmente que «la ocupación militar de Egipto no era más que temporal y provisional».

La idea nacionalista occidental fué importada en Egipto hacia el final del siglo XIX por Mustafá Kemal, joven egipcio que había estudiado en París. La frecuentación del salón de madame Juliette Adam, por entonces ardiente partidaria del general Boulanger y luego entusiasta nacionalista francesa según las ideas de Derouléde, había modelado el espíritu del joven egipcio, educándolo en el odio a los ingleses, a la «pérfida Albión». En esa época el nacionalismo,

francés estaba basado no sólo en la idea de la «revanche» contra Alemania, sino también en el odio hacia todo lo que era extranjero y, en particular, hacia Inglaterra.

Mustafá Kemal empezó su propaganda entre sus mismos compañeros, los estudiantes egipcios que se hallaban en París; inspirado por esas ideas, escribió algunos libros, entre los cuales el más notable, «Egyptiens et anglais», tuvo gran éxito. De vuelta al Cairo fundó un periódico al cual, en recuerdo de Derouléde, dió el título de «El leua» (La bandera) (1).

Durante ese período de la ocupación británica hubo en Egipto una cierta libertad de Prensa y Mustafá pudo publicar en su periódico artículos en los cuales se predicaba el odio hacia el extranjero y la exaltación del nacionalismo, temas que escuchados por las masas aumentaban el número de los adeptos a la causa.

La xenofobia es uno de los sentimientos elementales que se puede calificar de premoral de la humanidad; así no es extraño que otros periódicos siguieran fácilmente el mismo rumbo.

Los nacionalistas intransigentes tuvieron como jefe Mustafá Kemal, joven, entusiasta, ardiente, dotado de una elocuencia magnética y que arrastraba a su auditorio y convencía a sus lectores. Propagandista incansable, editó una serie de periódicos y revistas, pues a medida que las autoridades británicas suprimían una de sus publicaciones, otra nueva salía a luz. Los nacionalistas de Mustafá Kemal habían tomado como lema: «Egipto para los egipcios», y su programa estaba concretado en el escrito de Mustafá Kemal de 1896 que decía: «La civilización egipcia no podrá ser duradera más que si está fundada por el mismo pueblo; es necesario que el felah, el comerciante, el maestro, el alumno, que, en una palabra, cada egipcio sepa que el hombre tiene derechos sagrados e intangibles, que no ha sido creado para ser instrumento, sino para llevar una vida digna e inteligente, que el amor al país es el más hermoso sentimiento que puede ennoblecer el alma y que una nación sin independencia es una nación sin existencia. Por el patriotismo los pueblos atrasados llegan rápidamente a la grandeza y al poderío. El patriotismo constituye la sangre que circula por las venas de las

(1) En efecto, el periódico de combate de Deroulède se llamaba «Le Drapeau» (la bandera).

naciones viriles; el patriotismo, en fin, da vida a todo ser viviente.»

En los escritos y en los discursos de Mustafá Kemal, y al lado de los llamamientos patrióticos, menudeaban los ataques contra la opresión inglesa; sin embargo, nunca se lanzó por el camino de la violencia, habiéndose dado cuenta de que, por entonces, la dominación inglesa no podía ser derribada por la fuerza.

Los egipcios, desde los conservadores de la escuela de Mohamed Abdú, rector de la Universidad del Azhar (Cairo), que predicaba que el mejor medio para conseguir la libertad era el camino de la ciencia y del progreso, hasta los más ardientes revolucionarios, eran ya todos nacionalistas de corazón y comprendiendo que el territorio egipcio no podía ni debía ser considerado como parte integrante del Imperio británico, iniciaron un movimiento de protesta contra la dominación inglesa, movimiento que llegó hasta la reclamación categórica de la inmediata independencia absoluta.

Muerto Mustafá Kemal en 1908, a la edad de treinta y cuatro años, su entierro fué una verdadera manifestación de luto nacional, asistiendo a él más de trescientas mil personas.

En 1904 la situación internacional había tomado ya otra orientación; Francia renunciaba a su oposición a Inglaterra en Egipto, firmando la declaración del día 8 de abril, por la cual Inglaterra y Francia quedaban en completa libertad de acción en Egipto y en Marruecos respectivamente, salvo algunas cláusulas restrictivas para la acción francesa en el Imperio xerifiano relacionadas con la existencia de intereses españoles en el mismo.

Con la aproximación franco-británica (1), los egipcios perdieron un punto de apoyo para sus reclamaciones nacionalistas antiinglesas. En 1908, los «Jóvenes turcos» llegaron al poder en Turquía, y casi al mismo tiempo, lord Cromer fué sustituído en su cargo por sir Eldon Gorst, que pertenecía al partido liberal inglés. El nuevo «Consejero financiero» no siguió el sistema de indiferencia desdeñosa de su predecesor, sino que adoptó el de la conciliación; pero la agitación y las violencias aumentaron a tal punto que sir Eldon Gorst tuvo que reconocer que toda concesión hecha a los egipcios

(1) Esta aproximación responde al cambio de orientación política francesa después del ultimátum inglés, consecutivo al incidente de Fachoda, cambio que se realizó con la subida al poder del ministro Delcassé.

era considerada por éstos como una señal de debilidad. El gobierno británico considerando que sólo las medidas de fuerza podían llegar a reprimir los movimientos nacionalistas egipcios, relevó a sir Eldon Gorst y lo sustituyó por lord Kitchener. El nombramiento del nuevo Sirdar indicó claramente que las intenciones del gobierno de Londres eran las de acabar con la agitación en Egipto. La administración fuerte de lord Kitchener calmó aparentemente los espíritus, pero no llegó a anular la agitación; ésta, obligada a ocultarse, tomó incremento y se desarrolló con violencia. A pesar del silencio sistemático de los periódicos ingleses sobre los asuntos de Egipto, los observadores de la política oriental no dejaron de alarmarse.

En la víspera del conflicto europeo de 1914, el publicista inglés Sidney Low (1) juzgaba la situación del modo siguiente: «En Egipto, la tranquilidad aparente deriva de la represión del descontento y de una desconfianza displicente hacia el Gobierno de ocupación... que no ha llegado todavía a hacerse querer ni tampoco a hacerse estimar del pueblo egipcio, para el cual, por el contrario, es objeto de sospecha y causa de hostilidad.» El articulista dudaba que las medidas represivas de lord Kitchener pudieran tener otro resultado más que el de reprimir las manifestaciones exteriores, y señalaba que la fuerza del sentimiento nacionalista en Egipto era ya muy grande, a pesar de todas los intentos premeditados de supresión de la libertad en la opinión pública.

La guerra europea de 1914 debía lógicamente intensificar la agitación egipcia. Aunque Inglaterra, de hecho, tuviese en su mano la autoridad, Egipto, por las declaraciones mismas del gobierno británico de que la ocupación sería temporal, quedaba, de derecho, en su antigua situación de vasallo del Imperio otomano. La noticia de que Turquía se uniría a los Imperios centrales, provocó manifestaciones de simpatía por parte de los egipcios, y el Khedive Abbas Hilmi mismo no reparaba en hacer alarde de sus sentimientos turcófilos. La situación de Inglaterra se hacía cada día más difícil y en noviembre de 1914, cuando Turquía entró en el conflicto armado al lado de los Imperios centrales, el gobierno británico dió un paso decisivo destronando a Abbas Hilmi y declarando que Egipto que-

(1) Véase: Sidney Low. *Les tenebres sur l'Egypte, in* «The Asiatic Review» de abril 1914.

daba bajo el protectorado inglés y dotándolo de un «Sultán», Hosein Kemal, primo del Khedive destronado. La reacción nacionalista fué neutralizada por la presencia de imponentes fuerzas británicas y coloniales inglesas instaladas en el país, y sus manifestaciones reprimidas por el estado de sitio proclamado en esa época.

Una vez fracasados los ataques turcos en los alrededores del Canal de Suez, Egipto, agobiado por las tropas británicas y esclavizado por el estado de sitio, volvió a caer en el silencio displicente, que no había de romper hasta después de acabada la guerra de 1914-1918.

A raíz del armisticio, el 13 de noviembre de 1918, una Delegación de cinco notables egipcios, entre los cuales se hallaba el leader nacionalista Zaghlul Bajá, se presentó al Alto Comisario británico, sir Reginald Wingate, reclamando, en nombre del pueblo egipcio, la independencia total *(istiqlal et tumm)* de Egipto y del Sudán y la evacuación total de las tropas británicas que se hallaban en Egipto (unos 50.000 hombres).

La reclamación presentada por la Delegación *(Wafd)* no tardó en ser conocida del público, al mismo tiempo que la dimisión del Gabinete de Rushdi Bajá, motivada por el hecho de que la Gran Bretaña se negaba a apoyar la admisión de Egipto a la Conferencia de la Paz. La reclamación presentada por el Wafd y la dimisión del Gabinete Rushdi, coincidiendo con la publicación de documentos secretos referentes a la reorganización constitucional de Egipto, presentados por sir William Brunyate a la Comisión de las capitulaciones, exaltaron el espíritu de las masas, mayormente en el ambiente estudiantil.

Por otra parte, los egipcios que, por sus elementos en el destierro, no habían dejado de protestar contra el protectorado proclamado *motu propio* por los ingleses en 1914, elevaron sus protestas a la Conferencia de la Paz de Versalles; pero sus delegados no fueron escuchados y se les dió a entender que la Conferencia consideraba como un hecho sancionado el establecimiento del protectorado británico sobre Egipto. La contestación de la Conferencia de Versalles reconociendo el protectorado británico fué seguida en Egipto de una protesta publicada en el «Libro blanco egipcio» de 1919, considerando como nula la decisión de Versalles.

Mientras que la Delegación egipcia llegaba a París para formular sus protestas en la Conferencia de la Paz, en Egipto, como ya hemos indicado, los nacionalistas comunicaban a las autoridades inglesas las aspiraciones del pueblo, concretadas en un programa por el cual reclamaban la absoluta autonomía del país, dejando a Inglaterra el derecho de intervención sobre la Deuda pública y sobre el Canal de Suez. Las autoridades inglesas se mantuvieron en actitud firme; el gabinete Rushdi dimitió en pleno y habiendo asumido el Alto Comisario inglés todos los poderes, el movimiento nacionalista no tardó en estallar. Grandes manifestaciones recorrieron las calles del Cairo lanzando gritos subversivos de «Abajo los ingleses» mezclados a los gritos nacionalistas de «Iehia el estiqla» (viva la independencia), «Iehia el Uatan» (viva la patria) y «Iehia el Horria» (viva la libertad).

Con la recepción del día primero del año (1919) en la Legación de Francia, la agitación popular aumentó, habiendo corrido la voz de que el Ministro francés había hecho un discurso en el cual había manifestado su simpatía hacia el movimiento nacionalista egipcio y que estaba de acuerdo con el primer Ministro dimisionario, Husein er Rushdi. Éste era un turco educado en Francia y sus relaciones con el Ministro de Francia en el Cairo, monsieur Defrance dieron lugar a que se afirmara que el movimiento antibritánico, iniciado con la presentación del programa egipcio por la Delegación (Wafd) el 13 de noviembre de 1918, había surgido y se había desarrollado por iniciativa francesa. En realidad, el antagonismo franco-británico en Oriente se había manifestado ya, por parte de los ingleses, con la ocupación por las tropas británicas de Mosul, territorio petrolífero que, según el convenio secreto del 16 de mayo de 1916, debía ser otorgado a Francia, y con la agitación de Siria, agitación que se consideraba apoyada por los ingleses y que dificultaba el desarrollo del plan francés de ocupación de este territorio que, según el mismo convenio (de Sykes-Picot del 1916), estaba situado en la zona de influencia francesa.

El leader nacionalista Saad Zaghlul Bajá se aprovechó de la situación, y secundado por su cuñado Fatal-lah Baraket, envió emisarios a todas las provincias, a todas las ciudades, a todas las poblaciones para reunir adhesiones que debían ser consignadas en un

documento en el que se manifestaba la firme voluntad de conseguir la independencia absoluta de Egipto y la evacuación total del territorio por parte de las tropas británicas. En dicho documento se delegaba en Saad Zaghlul Bajá, concediéndole plenos poderes para tratar de conseguir dichos resultados.

Las autoridades inglesas, como medida de castigo, deportaron a Malta a los más significados nacionalistas entre los cuales figuraba Zaghlul Bajá; pero el pueblo egipcio acogió con gran indignación este acto de rigor de los ingleses y manifestó su descontento mediante un movimiento insurreccional que, generalizándose rápidamente, llegó a comprometer la situación británica en Egipto. Las líneas telegráficas y las de los ferrocarriles fueron cortadas; los trenes parados y saqueados; los oficiales y soldados ingleses aislados fueron asesinados, y en el Cairo millares de casas fueron saqueadas, agravándose la situación con la irrupción de bandas de beduínos procedentes de las regiones desérticas. Para sofocar tal movimiento de rebelión, Inglaterra no vaciló en mandar nuevos e importantes refuerzos de tropas; éstas, unidas a las que ya se hallaban en Egipto, consiguieron, después de varias semanas de luchas sangrientas, restablecer la calma.

La situación política no dejó, sin embargo, de ser delicada, porque no sólo las clases elevadas habían demostrado ser francamente nacionalistas, sino también la masa popular, los felah; éstos, que no habían hecho sino aceptar de un modo pasivo la dominación inglesa, pasaron entonces a engrosar las filas de los descontentos; el ardor nacionalista llegó a tal extremo que — hecho extraordinario en un país de continuas disensiones y dividido por la lucha de creencias religiosas y de partidos políticos — se vió «al clero copto predicar en las mezquitas y a los ulemas levantar la voz en las iglesias cristianas; a los estudiantes sirios, maronitas y musulmanes, y a los alumnos de todos ritos, a las mujeres, sea turcas residentes en Egipto, sea egipcias, unidos todos en un mismo ardiente y fervoroso deseo de ver levantar sobre la antigua tierra egipcia, el luminoso amanecer de la Independencia» (1).

Esta explosión de sentimientos nacionalistas en todas las clases

(1) Véase: G. Civimini. *In Corriere della Sera* del 30 Xbre. 1919.

de la sociedad egipcia, fué el verdadero gran triunfo de la vida política del leader Saad Zaghlul Bajá; el Gobierno comprendió que, a pesar de la tranquilidad impuesta por la presencia de las tropas británicas, la situación era muy delicada y en el verano de 1919 anunció el envío de una Comisión encargada de efectuar averiguaciones. Esta Comisión, presidida por lord Milner, llegó a Egipto a principios de 1920 encontrando un ambiente hostil, pues no sólo los políticos nacionalistas, sino también los personajes religiosos, como el Gran Muftí, se negaron a entablar conversaciones con dicha Comisión, si ésta no reconocía previamente la independencia de Egipto. Esta resistencia cedió ante la habilidad de lord Milner ayudada por las circunstancias que, modificando la situación general y social egipcia, favorecieron las negociaciones entre esta Comisión, Zaghlul Bajá y los principales jefes nacionalistas.

En efecto, en esa época, la propaganda realizada por nuevos grupos de agitadores que predicaban a la masa las doctrinas revolucionarias más avanzadas, había penetrado ya en Egipto provocando un movimiento social que amenazaba también a los más significados nacionalistas, ya en su calidad de jefes políticos, ya en la de ser hombres de alta situación social, ya también como propietarios de grandes bienes. Esta intranquilidad social favoreció la apertura de las negociaciones entre lord Milner y Zaghlul Bajá. En otoño de 1920 concretaron un proyecto de acuerdo en el cual se determinaba:

a) Que Inglaterra renunciaba a su protectorado sobre Egipto, declarando la independencia de éste. Egipto se debería gobernar por sí mismo y a este efecto Inglaterra retiraría sus funcionarios civiles y sus tropas del territorio egipcio.

b) Que por otra parte, Egipto acordaría con Inglaterra un tratado de *alianza perpetua*, comprometiéndose a no firmar convenio alguno con otras potencias sin el asentimiento de la Gran Bretaña; ésta tendría también el derecho de conservar un puesto militar y naval para la protección del Canal de Suez y del mismo territorio egipcio, para el caso de una agresión imprevista por parte de alguna potencia extranjera.

Como se ve, en este proyecto de acuerdo, la independencia de Egipto no era absoluta y llegaba a ser equivalente a la que los Estados Unidos habían reconocido a la República de Cuba.

La opinión pública, tanto en Inglaterra como en Egipto, se manifestó contraria a la aprobación de dicho proyecto de convenio. En Inglaterra, los elementos políticos contrarios a lord Milner consiguieron que la discusión sobre el dictamen de la Comisión fuese aplazado hasta febrero de 1921. El Gobierno inglés no aceptó integralmente dicho dictamen, lo que obligó lord Milner a presentar su dimisión; en Egipto la autoridad de Zaghlul Bajá salió mermada considerablemente de aquellas negociaciones infructuosas. Sin embargo, las bases propuestas por lord Milner y Zaghlul Bajá no fueron desechadas por completo, pues en 28 de febrero de 1922 el Gobierno de S. M. británica promulgaba una declaración en la cual decía que «el protectorado de la Gran Bretaña sobre Egipto había terminado»; pero Inglaterra se reservaba la resolución de algunas cuestiones que debían ser dejadas a la «discreción del Gobierno británico» hasta que se llegase a un acuerdo definitivo entre éste y el Gobierno de Egipto. Tales cuestiones estaban relacionadas: *a*) Con la seguridad de las comunicaciones del Imperio británico en Egipto. Cuestión vital para la existencia misma del Imperio, reclamada con energía, tanto por los dominios como por el mismo Gobierno inglés. *b*) Con la defensa del territorio egipcio contra una posible agresión extranjera y contra toda intervención directa o indirecta de alguna otra potencia. *c*) Con la protección de los intereses extranjeros en Egipto e igualmente con la protección de las minorías. *d*) Con el Sudán.

La declaración del 28 de febrero de 1922 representa una maniobra de coordinación «constitucional» del Estado egipcio dentro de la organización autónoma del Imperio británico, al cual Inglaterra desea dar una organización más perfecta y moderna, situando adecuadamente sus diversas partes constitutivas. La cuestión egipcia quedó virtualmente resuelta desde el punto de vista diplomático con la declaración de febrero de 1922 que reconoce oficialmente la autonomía de Egipto; pero esta autonomía quedaba, en realidad, reducida de hecho a un protectorado disfrazado, teniendo en cuenta el modo con que las reservas fundamentales más arriba mencionadas habían sido impuestas por el Gobierno británico.

Como consecuencia de la declaración británica del 28 de febrero de 1922, el 15 de marzo del mismo año el sultán Fuad tomó el título

de Rey. El rey Fuad I de Egipto, rodeado de gran pompa, pronunció su primer discurso del trono.

La situación política de Egipto había facilitado la formación de varios partidos políticos: *el partido del Wafd* (de la delegación) fundado por Zaghlul bajá, partido fuerte, combativo y susceptible de organizar manifestaciones, motines y protestas; el *partido liberal constitucional,* formado por elementos que se habían separado del Wafd por temor a la intransigencia de Zaghlul; este partido, como el Wafd, reclamaba la independencia absoluta de Egipto y del Sudán, y la evacuación de las tropas británicas; tuvo como jefes a Adly, Sedky, Saroit bajá, etc., y fundó un periódico de partido llamado *Es Siasa* (La política). Otro partido fué el de *Et Tahad* (La Unión), que tenía como objetivo principal establecer la unión entre todos los egipcios; partido nacionalista como los anteriores, reclamaba la independencia de Egipto y del Sudán, pero predicaba el empleo de una política de apaciguamiento y de reformas interiores; su programa estaba redactado con una vaguedad intencionada para permitir la adhesión de los miembros de los otros partidos. Por último, el *partido nacionalista,* propiamente dicho, fundado por Mustafá Kemal, partido que, después de la muerte de éste (en 1908), tuvo como jefe a Mohamed ben Farid y más tarde a Hafid Ramadhan, que asumió la dirección del partido en 1923.

La renuncia por parte de Inglaterra al protectorado sobre Egipto no significó, sin embargo, la transformación del país en un Estado soberano independiente. El escritor inglés Hugh Schonfield, en su libro «El Canal de Suez» dice: «Egipto fué protectorado británico desde 1914 hasta 1922; prácticamente, el régimen de protectorado ha sido mantenido de hecho hasta 1396.»

En efecto, las condiciones impuestas por la Gran Bretaña en la declaración de 1922 hacían ilusoria la verdadera independencia reclamada por los nacionalistas egipcios, y dieron lugar a que las conversaciones para llegar a un acuerdo se eternizasen; pero, en noviembre de 1924, el asesinato del ferik sir Lee o Stack, sirdar del ejército egipcio y gobernador general del Sudán, robusteció las pretensiones británicas. Zaghlul bajá, que ya con anterioridad al asesinato del sirdar y en vista del fracaso de sus conversaciones con el primer Ministro inglés había emitido la idea de llevar el conflicto

al arbitraje de la Sociedad de Naciones, fué arrollado por los acontecimientos y obligado a presentar su dimisión.

El 22 de noviembre, a raíz del asesinato del sirdar, el Alto Comisario inglés, mariscal Allenby, envió al primer Ministro egipcio, Saad Zaghlul bajá, un ultimatum que enumeraba siete condiciones que debían ser aceptadas en el plazo de 24 horas (1). Zaghlul bajá aceptó las primeras cuatro, pero rehusó aceptar la quinta y la sexta por considerarlas contrarias a la Constitución y a las leyes de Egipto; sobre la séptima pidió aclaraciones. Lord Allenby dió órdenes telegráficas para que la quinta y sexta condiciones del ultimatum fuesen puestas en ejecución inmediatamente; comunicó a Zaghlul bajá que por la séptima le daría a conocer las decisiones del Gobierno inglés y que, mientras tanto, había dado orden a las fuerzas inglesas para que se incautaran de las Aduanas de Alejandría.

Ante esta situación, Saad Zaghlul presentó al rey Fuad su dimisión (24 de noviembre de 1924), siendo sustituído por Ziwer bajá, Presidente del Senado, que había sido varias veces Ministro y cuya ciencia jurídica estaba reconocida universalmente. El nombramiento de Ziwer bajá, en las condiciones difíciles en que se hallaba Egipto frente a Inglaterra, debía llevar al Gobierno egipcio a la aceptación del ultimátum de lord Allenby. Aceptado el ultimátum, Ziwer bajá trató de sortear las numerosas dificultades que le suscitaba la actitud fuerte de Inglaterra, los incidentes del Sudán y la oposición de la opinión pública y de los partidos políticos existentes en Egipto. Para tener mayor libertad de acción, las Cortes fueron disueltas (diciembre de 1924), fijándose la fecha de las elecciones para el 12 de marzo de 1925.

La política británica, en el discurso del trono pronunciado por el Rey con ocasión de la llegada al poder del partido conservador, en Inglaterra, afirmaba de un modo dogmático, inalterable e indiscutible, el carácter definitivo de las cuatro condiciones impuestas,

(1) Las condiciones impuestas en este ultimátum fueron las siguientes: 1.ª Excusas suficientes por la muerte del Sirdar. 2.ª Detención y castigo de los asesinos del mismo. 3.ª Pago de una multa de quinientas mil libras. 4.ª Prohibición de hacer manifestaciones. 5.ª Retirada de los contingentes egipcios del ejército del Sudán. 6.ª Libertad de riego en una superficie ilimitada de terrenos en el Sudán. 7.ª Medidas adecuadas para proteger los intereses y asegurar la seguridad de las colonias extranjeras.

para la abolición del protectorado, en la declaración del 28 de febrero de 1922. Desde entonces, establecida sólidamente sobre estas bases, la política británica ha dejado al soberano egipcio frente a frente con su pueblo; algunas veces estrechamente ligados (como en noviembre de 1922), otras veces, distantes o contrarios hasta que llegara a determinarse la preponderancia de una de estas dos fuerzas, de la monarquía o de la nación; desde luego, ni una ni otra de estas dos fuerzas podría conseguir la preponderancia sin un completo acuerdo sin restricciones, con Inglaterra.

La lucha entre los partidos siguió lacerando al Egipto nacionalista; y esta lucha se prosiguió también después de la muerte de Zaghlul bajá, ocurrida en agosto de 1927; Inglaterra de vez en cuando imponía sus decisiones o sus reclamaciones apoyándolas con el envío de barcos de guerra.

El rey Fuad, convencido de los peligros de la situación creada por la intransigencia británica frente a la exaltación nacionalista egipcia, promulgó el 19 de julio de 1928 un Decreto por el cual la Cámara y el Senado quedaban disueltos por un plazo de tres años, durante los cuales el Rey, asistido de sus Ministros, gobernaría el país. Efecto de ese Decreto fué que la agitación nacionalista dejó de influir sobre la vida política del país.

A pesar del nacionalismo egipcio, Inglaterra, con su política de largo alcance, había conseguido preparar a Egipto para que llegara a formar parte de un modo indisoluble y definitivo del conjunto que constituye el Imperio británico, cuando la intervención de Italia en Abisinia vino a desbaratar los planes ingleses, obligando a la Gran Bretaña a contar con un factor colonial para ella inesperado o, por lo menos, de potencialidad desconocida. Durante la campaña, que duró siete meses y en el curso de la cual Italia se apoderó del territorio abisinio, el nerviosismo británico se manifestó provocando la imposición de sanciones económicas por parte de la Sociedad de Naciones capitaneada por Inglaterra y Francia.

Egipto se aprovechó de este estado de cosas e Inglaterra, preocupada de la actuación italiana, se apresuró a conceder la independencia a Egipto, bajo determinadas cláusulas que de hecho la restringían.

El 26 de agosto de 1936, Nahas bajá, Presidente del Consejo de

Ministros egipcios y jefe del partido del Wafd, habiendo sucedido en la dirección del partido a Zaghlul bajá, firmó con la Gran Bretaña un Tratado de alianza, basado sobre el reconocimiento de la independencia de Egipto. En este Tratado Inglaterra se comprometía a retirar sus tropas del territorio egipcio a los trece años de la firma del acuerdo, pero, mientras tanto, reforzaba la defensa de Egipto contra un eventual ataque del exterior con fortificaciones adecuadas en las regiones (como la del Canal) que consideraba más necesarias, siendo los gastos soportados por el Erario egipcio únicamente.

En Egipto el Tratado con Inglaterra fué considerado, no sólo muy oneroso, sino también contrario a los intereses del país, pues con este acuerdo quedaba legalizada la presencia de los ingleses en Egipto por un plazo (trece años) muy útil para la Gran Bretaña; en efecto, ésta estaba autorizada para intensificar sus armamentos en las regiones egipcias que más le interesaban; y mientras, por un lado, la Gran Bretaña reconocía diplomáticamente la independencia de Egipto, por el otro lado, militarmente, con el pretexto de preparar su defensa, enviaba contingentes de armas especializadas, construía aeropuertos y carreteras estratégicas, organizaba trabajos de fortificación en varios puntos y, desde luego, todo a cargo del presupuesto egipcio (1).

Esta situación provocó el descontento de las diferentes clases de la población que culparon al partido wafdista de haber firmado un Tratado tan contrario a los intereses del país. Con la elevación al trono del rey Faruk (julio de 1937), que sucedió a su padre el rey Fuad, el antiguo partido nacionalista, abandonado por las personalidades de más prestigio, no tardó en dividirse y entrar en decadencia. La divergencia manifiesta entre la Corte y el Gobierno de Nahas bajá favoreció los disturbios y motines que acabaron con ese partido que Zaghlul bajá había creado y animado para la lucha por la independencia egipcia.

La situación determinada por el antedicho tratado en Egipto pone

(1) A primeros de diciembre de 1937, el ministro de la Guerra británico, cumpliendo con una decisión del Estado Mayor Central inglés, envió a Egipto el primer Grupo antiaéreo de Aldershot, formado por unos tres mil especializados y formado por la 6.ª Brigada antiaérea, el 1.er batallón de Ingenieros antiaéreos; la Cía. de escalos y la 4.ª Brigada de Artillería antiaérea.

de manifiesto que este país constituye para la Gran Bretaña una importante base de todo su sistema político en África y en Asia occidental, y que por lo tanto consideraba indispensable imponer cuatro cuestiones fundamentales para el abandono diplomático de su protectorado.

Durante varios años los egipcios han vivido la ilusión de un nacionalismo ilimitado en su gobierno, nacionalismo que nunca pasó de la teoría frente a un irredentismo práctico imposible de realizar por el obstáculo insuperable de los intereses imperiales británicos que se oponían a ello y por la distancia espiritual, social y económica que ha separado la masa de los felah de las minorías intelectuales monopolizadoras de la política nacional egipcia; en realidad, hasta ahora no se ha podido formar en el Egipto moderno un Gobierno realmente independiente de la voluntad británica.

Durante el conflicto mundial de 1939-1945, la cuestión egipcia quedó sin resolución definitiva. Al terminar la guerra, el primer Ministro egipcio, Nokrachy bajá, en la sesión del Parlamento del 9 de agosto de 1945 declaró que el Tratado de 1936 no correspondía ni había correspondido nunca al ideal nacional de los egipcios. En efecto, ya en 12 de noviembre de 1936, cuando se trató de la ratificación del convenio, en el Parlamento egipcio se elevaron violentas protestas y el mismo Mohamed Mahmud bajá, que había firmado el acuerdo, tuvo que reconocer que los compromisos que Egipto asumía en ese tratado (construcción de cuarteles, caminos, etcétera, para las tropas británicas) eran incompatibles con el reconocimiento de la independencia del país, formulado en ese mismo acuerdo.

Durante esta segunda guerra mundial se había proclamado que: «serían devueltos los derechos soberanos y la autonomía a los países que habían sido privados de los mismos por la fuerza». Esta declaración originó la creencia de que para los egipcios, después de la guerra, quedarían suprimidas todas las trabas que el tratado anglo-egipcio de 1936 imponía al país dificultando el pleno ejercicio de su soberanía. Con fecha 20 de diciembre de 1945, el Gobierno del Cairo hacía constar que la aceptación por parte de Egipto del tratado de 1936 había obedecido a la presión de la necesidad; por consiguiente, no existiendo ya las condiciones que habían impuesto esta limitación

de la soberanía de Egipto, el mantenerla estaba en contradicción con la situación actual; era necesario, por tanto suprimir las cláusulas del Tratado que limitaban la soberanía egipcia, mermaban su independencia y ofendían la dignidad del país.

La contestación británica, comunicada al Gobierno egipcio el día 26 de enero de 1946, provocó, al ser conocida, una explosión de indignación nacional en Egipto. El Gobierno inglés, sin contestar al fondo de la cuestión, comunicó al Gobierno egipcio que «el Embajador británico en el Cairo recibiría a su debido tiempo instrucciones para iniciar negociaciones preliminares con el Gobierno de Egipto».

El partido nacionalista, dirigido por Hafid Ramadhan, consideró esta contestación como una maniobra «para hacer arrastrar las negociaciones hasta aplazar *sine die* la resolución de la cuestión de la retirada de las tropas británicas».

El semanario de Londres «Economist», comentando la acogida hecha por los egipcios a la contestación británica, decía: «Inglaterra no quiere de ningún modo retirarse de determinadas regiones que son tan necesarias a algunos de sus dominios como a ella misma.» La revista americana *Harper's Magazine* había dicho, hace algún tiempo, que «si no se hubiese realizado la idea de Fernando de Lesseps que acorta el camino de las Indias, hace tiempo que el Egipto sería completamente independiente».

En los primeros días de febrero de 1946 empezaron con las huelgas los tumultos estudiantiles y la lucha entre la juventud nacionalista y la policía. El Gobierno de Nokrachy bajá estuvo vacilante en sus negociaciones con los ingleses, y el movimiento popular, con las huelgas estudiantiles, obligó al Gobierno a presentar su dimisión (15 de febrero de 1946), siendo sustituído por un Gobierno formado por Ismael Sidky bajá, importante industrial que pertenecía al partido conservador.

El forcejeo entre los egipcios que quieren una independencia absoluta y los británicos, que no les quieren dar más que una apariencia de independencia, sigue hasta ahora sin resultado práctico. Los acontecimientos de Egipto sitúan esta cuestión entre los problemas internacionales que necesitan ser resueltos rápidamente. Los egipcios no ven más solución que la retirada efectiva de las tropas británicas; pero Inglaterra, considerando a Egipto como uno

de los pilares más importantes de su política en Oriente, y en vista de las dificultades presentes, intenta dar largas a este asunto para resolverlo en tiempo oportuno y en favor de sus intereses.

Las reacciones de las poblaciones egipcias en presencia del renacimiento musulmán son, desde luego, de gran interés; en general, el factor religioso en Egipto, principalmente en estos últimos años, ha servido casi exclusivamente como instrumento de gobierno, utilizado por los grandes industriales y los políticos para arrastrar más seguramente a las masas al movimiento nacionalista en la lucha por la independencia política de un país supeditado económicamente a la Gran Bretaña. Las manifestaciones de Chej el Maragui, rector de la Universidad islámica de Azhar, tienden a demostrar que en Egipto están abriéndose camino nuevas aspiraciones, más comprensibles para las masas, hacia un Estado egipcio fuerte, bajo la égida del Islam y consolidado por todos los países musulmanes.

No cabe duda que la cuestión de Palestina ha tenido una cierta repercusión entre los musulmanes de Egipto, también desde el punto de vista religioso, avivada por la idea del panarabismo despertada por el Gran Mufti de Jerusalén el Hach Amin Hoseini. No hay que olvidar que Egipto es un importante centro musulmán y punto de confluencia de las múltiples y poliformes corrientes islámicas y nacionalistas del Asia occidental y del África septentrional. En Egipto (1), «se reflejan inmediatamente, con precisión psicológica de imagen y con repercusión concreta de intereses, los movimientos y las maniobras, las tendencias y las coincidencias, las hostilidades y las esperanzas, los atrevimientos confusos y las aspiraciones conscientes, los fanatismos agonizantes y los nacionalismos nacientes de razas y pueblos».

Es evidente que el Egipto moderno se halla demasiado cerca del Occidente y está él mismo demasiado occidentalizado para poder formar un bloque indestructible con las fuerzas del Oriente asiático; pero constituye indiscutiblemente el polo político-religioso del Islam norteafricano y por eso mismo está unido a la evolución musulmana del África septentrional por las corrientes islámi-

(1) Véase: ROBERTO CANTALUPO. *L'Italia musulmana.* Roma, 1929.

cas y nacionalistas, pues a Egipto, desde hace algunos decenios, van a formarse los espíritus de los jóvenes norteafricanos de Libia, Túnez, Argelia y Marruecos.

Y Egipto ha adquirido una de las características de los países norteafricanos que es la necesidad de un apoyo exterior para vencer y expulsar a sus dominadores.

Sin embargo, en los momentos actuales Egipto parece querer apoyarse sobre el mundo árabe, dejando de lado los países norteafricanos situados al Oeste.

La política inglesa, realizando el programa presentado por Churchill en la Conferencia del Cairo de 1921, ha conseguido la federación de los Estados árabes «independientes», de los cuales forma parte también Egipto. Pero es notorio que la independencia de estos Estados es puramente una cuestión de forma, no una realidad concreta.

Con el Tratado del 26 de agosto de 1936, todavía en vigor a pesar de las protestas egipcias, Inglaterra ha concedido a Egipto una independencia aparente, pero en realidad ha reforzado su dominación militar, ocupando y fortificando los puntos más interesantes desde el punto de vista estratégico del territorio egipcio.

Es indiscutible que la Gran Bretaña necesita dominar Egipto y Palestina para asegurar su vía imperial de la India, y todos los acontecimientos que conmueven y agitan esas regiones del Mediterráneo oriental y del Mar Rojo tienden a justificar la política británica en el Próximo Oriente.

La agitación egipcia actual, coincidiendo con los acontecimientos de Palestina, en donde la lucha entre árabes y hebreos en recrudescencia obligará a Inglaterra a intervenir más directamente, crea desde luego una situación que la Gran Bretaña llegará a dominar si no ocurren acontecimientos graves y de carácter general que compliquen la situación mundial.

2.° *Las reacciones de los países bereberes ante el renacimiento musulmán.* — El primer lugar del África septentrional, hacia Oriente, en donde se encuentran elementos de habla bereber es el oasis de Siuah, situado en los límites políticos entre Egipto y Libia, en el desierto líbico.

Las regiones, pues, que se extienden al Oeste del Egipto constituyen el país bereber (1).

En un trabajo anterior hemos estudiado el origen y la formación de las poblaciones bereberes; recordemos que el fondo de estas poblaciones está constituído por un elemento formado por la unión de elementos raciales diversos llegado al norte de África en épocas muy remotas y sucesivas. De nuestro estudio resulta que no se puede hablar de raza bereber, sino de pueblos bereberes.

A estas poblaciones, llamadas por los romanos y por los bizantinos «barbari» (2), han ido agregándose sucesivamente otros elementos, como árabes, negros y hebreos, que han dado a las poblaciones norteafricanas su aspecto actual.

En el período protohistórico del África septentrional, es decir, anterior a la fundación de Cartago (814 antes de J. .C.) numerosas expediciones de pueblo procedentes del Asia occidental, capitaneados por los aqueos desembarcaron en el litoral mediterráneo de África, principalmente en la región cirenaica y tunecina. El primer contacto de los aqueos con los egipcios ha quedado señalado en los bajos relieves egipcios del final del II milenio antes de J. C.; los egipcios llamaron a esos pueblos «Pueblos del mar y de las islas» y con esta denominación comprendían no sólo a los aqueos, de piel blanca, de alta estatura, rubios y con ojos azules, sino también a otros pueblos del Asia occidental, como los sardes, los sakalosas (Siculo), los licios, etc., que los aqueos arrastraban en sus expediciones militares y de piratería por el Mediterráneo (3).

Antes de la llegada de los árabes, el África septentrional había sufrido la influencia de civilizaciones diversas y sucesivas, como la púnica, la romana y la bizantina; pero ninguna de ellas afectó profundamente a las poblaciones norteafricanas ya existentes, que en su mayoría conservaron una relativa pureza racial y sus primitivas costumbres. La influencia púnica persistió durante muchos si-

(1) Véase: Angelo Ghirelli. *El País berebere.* Madrid, 1942.

(2) La palabra «berebere» deriva del término latino «barbari», con el cual los romanos, y más tarde los bizantinos, designaban de una manera genérica a los habitantes del Norte de África. Este término era de uso corriente cuando los árabes conquistaron el país, y lo adoptaron, arabizándolo, como han hecho con muchas otras palabras líbicas, púnicas y latinas.

(3) Véase Angelo Ghirelli. *El País berebere.* Madrid, 1942.

glos a través del lenguaje que había sido adoptado por las poblaciones en contacto inmediato con las ciudades púnicas de la costa.

Las llamadas invasiones árabes no fueron en realidad invasiones, sino expediciones militares sucesivas; la conquista del África septentrional por los musulmanes duró setenta años. En las dos primeras expediciones los árabes no pasaron de la región del Barca; en la tercera expedición, Okba ibn Nafi, al mando de un grupo de diez mil combatientes atravesó de Este a Oeste el norte de África, llegando hasta el Océano Atlántico, pero, al regresar, muchos de los suyos fueron víctimas de los ataques de los bereberes, y el mismo Sidi Okba con los últimos compañeros cayó en una emboscada bereber al pie del macizo del Aurés.

En realidad los árabes se habían preocupado principalmente de convertir al Islam las poblaciones norteafricanas, sin intentar establecerse definitivamente en el país. Con Hasan el Ghazani y Musa ibn Noceir, apoyados por los bereberes ya islamizados ,la dominación árabe fué más efectiva (1). Las luchas que siguieron ensangrentando el país hasta el establecimiento de las dinastías bereberes musulmanas demuestran claramente que, aunque islamizado, el norte de África no llegó a ser dominado completamente por los árabes; tampoco la islamización del país fué completa ni profunda, pues los bereberes favorecieron sistemáticamente todos los cismas que se originaron en el país, sin contar con que los autores musulmanes relatan que, antes de llegar a ser musulmanes, apostasiaron siete veces.

Existe un axioma, hoy día comúnmente admitido, que afirma que una religión no sustituye nunca integralmente a otra, sino que la asimila en parte. Aunque la rigidez dogmática del Islam y la precisión de sus ritos presenta un obstáculo muy serio a la compenetración con otras creencias y ritos religiosos, sin embargo, es indiscutible que todavía en la actualidad perduran en el espíritu de las poblaciones bereberes, insuficientemente islamizadas, creencias y ritos muchas veces contrarios a la ortodoxia del Islam (2).

(1) Es notorio que cuando Tarik ibn Ziad, en el año 708, pasó el Estrecho para realizar una expedición a España, su ejército estaba compuesto por siete mil bereberes mahometanos, a los que acompañaban sólo trescientos jinetes árabes.

(2) Véase: Angelo Ghirelli. *El Norte de Marruecos.* Melilla. Artes Gráficas. 1926. Capítulo VII, La Religión, principalmente la religión de los bereberes: influencia

Los bereberes, que, por un rasgo característico peculiar, imitan, pero no asimilan, conservando siempre su fondo psicológico particular, no han evolucionado con relación a las civilizaciones con las cuales han estado en contacto.

La última expedición árabe, la única que tuvo carácter de invasión, fué la del siglo XI de J. C. Hacia 1051-1052, el Califa fatimita de Egipto, el Monstanser, para castigar la rebelión contra su autoridad del Emir de los Senhaya de Ifrikia, Moezz ibn Badis, provocó la invasión de esa región por las tribus árabes de Hilal (de Soleim y de Hilal) que habían de extenderse ulteriormente por todo el Maghreb. Aunque se puede considerar que en muchas regiones estos elementos árabes fueron absorbidos por las poblaciones bereberes, sin embargo, los descendinetes de los árabes hilalianos conservan, en general, el recuerdo de su origen y algunos grupos también el lenguaje, sus usos y costumbres primitivos.

a) *La Libia.* — No cabe duda alguna que la constitución geográfica, el clima, los habitantes y sus condiciones etnográficas y la historia son factores importantes para el desarrollo de los movimientos que agitan el mundo musulmán.

La región líbica comprende la Cirenaica y la Tripolitania; con ella empieza el «Occidente», el «Maghreb» de los autores musulmanes, unido al Oriente únicamente por los lazos de la religión mahometana.

Aunque el fondo de la población de la Libia esté formado por el elemento llamado «bereber», la invasión de las tribus árabes de Soleim y de Hilal ha dejado en estas regiones vestigios importantes hasta el punto de que existen tres grupos diferentes: los árabes, los bereberes y los araboberereberes que en realidad no son más que bereberes más profundamente arabizados.

1. *La Cirenaica.* — El territorio de la Cirenaica es fronterizo, al Este, con el territorio egipcio del cual está separado por una línea de límites determinada por el acuerdo del Cairo del 6 de diciembre de 1925 ;esta línea, desde un punto situado en la costa

de las religiones practicadas antiguamente por los bereberes sobre su actual islamización, etc., etc.

a 10 kilómetros al N. de Es Solum bajá, hacia el camino de caravana que va de Sidi Omar a Ech Cheg-ga, continuando al Oeste de dicho camino hasta el Garn ul Gren, dejando en territorio cirenaico el oasis de Yarabub, de Melfa y de El Gsebaia, y en territorio egipcio el oasis de El Guebab; sigue después por el 25° del meridiano E. de Greenvich hasta su encuentro con el paralelo 22° de latitud Norte. Limita al Oeste con la Tripolitania, por una línea que, desde el punto de la costa en la Gran Sirte llamado Maqta el Quebrit, se dirige hacia el Sur. El límite Sur de la Cirenaica está definido aproximadamente por el 29° de latitud Norte, quedando comprendidos en el territorio cirenaico los oasis saháricos de Auyila Yalo y Yarabub, con las comunicaciones frecuentadas por las caravanas.

El territorio comprendido entre estos límites se extiende en una superficie de 188.000 kilómetros cuadrados. Pero políticamente la Cirenaica incluye todo el territorio sahárico que se extiende hacia el Sur, entre el 19° y el 25° de longitud Este (Greenvich), abarcando el grupo de los oasis de Cufra (1) y llegando hasta los límites de las colonias francesas al Norte del Lago Tchad. La superficie total de la Cirenaica, comprendiendo estas dos zonas, se calcula aproximadamente en 740.000 kilómetros cuadrados, con una longitud de costas de 728 kilómetros, entre Es Solum, al Este, y Maqta el Quebrit, al Oeste.

La estructura orográfica de la Cirenaica está definida en gran parte por la planicie elevada del Barca, constituída por una meseta calcárea, de superficie ondulada, y surcada por los cortes producidos por la erosión de las aguas. Esta meseta se levanta con una importante diferencia de nivel sorbe la región sírtica, formando escalones que alcanzan una altura máxima de 900 metros y bajan, en la Marmárica, a cotas inferiores a los cien metros.

De la línea Yarabub-Maraua, que limita al Norte el desierto líbico, éste arranca con pendiente suave hacia el Sur, conservando sus caracteres de meseta, interrumpida sólo por algunos relieves

(1) El grupo de los oasis de Cufra tiene por capital Et Tag. a 570 km. al S. S. E. de Yalo y a 620 km. al S. S. O. de Yarabub; este grupo está constituído por el de Cufra propiamente dicho, que comprende los oasis de El Yof, et Tleilib, et Talab, Buma, el Hauari, el Haueiri ez Zurg, y el grupo de oasis externos de Tazerbi, Rebiana, Bzema y el Auenat.

erosivos de poca importancia y por el bloque granítico aislado que forma el Arqenu el Auenat con sus 1.100 metros de altitud y que es de formación más antigua que la de la meseta.

La estructura orográfica del país influye sobre la del litoral; éste, entre Tolmeta y Ras et Tin, es abrupto, y los acantilados del Yebel se hunden en el mar, las profundidades marinas se resienten de la naturaleza de la meseta, pues llegan a cifras importantes. Dos escotaduras de alguna importancia se abren en el litoral cirenaico: el Golfo de Bomba, en los límites de la Cirenaica propiamente dicha y la Marmárica, y el Golfo de Solum, en los confines políticos líbico-egipcios. En Marmárica, el Golfo de Tobruk, que se interna unos cinco kilómetros, presenta un refugio seguro contra el mal tiempo del Norte.

La red hidrográfica de la Cirenaica en la superficie es poco interesante, pues apenas existe agua corriente en los ríos de Derna y de El Atrun; por el contrario, lo es mucho más por lo que se refiere a las aguas subterráneas, que en algunos puntos son salitrosas. La Marmárica y las zonas del interior son pobres en aguas, siendo beneficiadas casi exclusivamente por el agua de lluvia.

La población de la Cirenaica alcanza a unos doscientos mil indígenas aproximadamente; es, pues, muy poco densa en relación con la superficie total de la región cirenaica; la mitad son bereberes, muchos de ellos arabizados en el idioma y en determinadas costumbres. No obstante existen importantes grupos bereberes que conservan su primitivo lenguaje (en el oasis de Auyila el grupo bereber comprende 25.000 individuos que hablan el dialecto bereber). Gran parte de la otra mitad de la población cirenaica, unos 80.000 individuos, son árabes descendientes (más o menos mezclados) de las tribus de Soleim y de Hilal. Completan la población indígena musulmana de la Cirenaica un grupo de cuatro mil «Cologli», es decir, mestizos, producto de los casamientos de los janizeros con las mujeres del país, y un núcleo de unos 700 mahometanos originarios de la isla de Creta.

A parte de la población indígena ya citada, se encuentran en Cirenaica unos 3.700 hebreos que proceden casi todos de Trípoli; además se cuenta con unos diez mil negros llegados del África central en los movimientos de las caravanas o procedentes del comercio

de esclavos que, durante la dominación turca, se realizaba con toda libertad.

A la población indígena hay que añadir los grupos de población europea, principalmente compuesta de italianos.

Los indígenas son sedentarios en las ciudades, en donde viven mezclados con europeos, hebreos, cologli y cretenses; el resto de la población vive exclusivamente bajo tienda; de éstos, una sexta parte son fijos, otra sexta parte seminómadas y los dos tercios restantes son completamente nómadas.

2. *La Tripolitania.* — Esta región está comprendida entre la Cirenaica y Túnez; sus costas van desde Magta el Quebrit, punto fronterizo con la Cirenaica, hasta Ras Ayedir, al Oeste del pequeño Golfo de Bu Kames, límite con la Regencia de Túnez. Hacia el interior, la línea fronteriza con Túnez sigue la depresión de las sebkas del Magta y, después de haber descrito un amplio entrante, llega a Dehibat, roza la zona acuífera de Mechiguig, sigue hasta Ghadames, alrededor del cual describe un semicírculo de 15 kilómetros de radio, y continúa hacia el Sur, comprendiendo en territorio tripolitano el oasis de Ghat. La línea fronteriza sigue luego hacia el SE., incluyendo el oasis de Tum-mo, y continúa hacia el Tibesti en una zona en la cual la línea de demarcación con el África ecuatorial francesa no ha sido definida. Se calcula aproximadamente que la superficie total de la Tripolitania, comprendido su hinterland, es de unos 900.000 kilómetros cuadrados. Aunque las últimas ondulaciones de la cadena montañosa del Atlas llegan a la proximidad de los límites occidentales de la Tripolitania, sin embargo, el sistema orográfico tripolitano, cuya evolución geomorfológica presenta varios problemas, no participa de la estructura de la región del Atlas, sino de la estructura caracterizada por extensas altiplanicies, muy común en África septentrional.

El Yebel tripolitano representa un importante elipsoide deprimido, con convexidad suave; los asomos del secundario antiguo que se encuentran en los alrededores de Azizia y hacia la frontera tunecina representan el centro de esta vastísima cúpula de curvatura deprimida.

La estructura tectónica del Yebel tripolitano es la de un enorme

escalón roqueño con estratificación casi horizontal, regular y en general suavemente inclinado hacia el Sur. Entre el Yebel y el mar, existe una zona llana de 13.000 kilómetros cuadrados, llamada Yefara; la meseta que forma el llamado Yebel toma varios nombres (Yebel Nefuza, Yabel Garina, Yebel Tarhuna y Meslata) y forma una grada que domina la llanura en unos 350 kilómetros de longitud, alcanzando alturas que varían entre los 180 y los 853 metros. El litoral que desarrolla unos 1.200 kilómetros desde Ras Ayedir en los límites tunecinos hasta Maqta el Quebrit, confín de la Cirenaica, es hasta Homs costa baja, casi rectilínea, aparte de la escotadura, más artificial que natural, que constituye el puerto de Trípoli; entre Lebda y Misurata el litoral se resiente de la proximidad de una serie de colinas, pero no se señalan en él más que dos puntos de refugio mediocres: el de Sliten y el de Bu Cheifa.

La red hidrográfica está apenas señalada por los dos cursos del Uadi Kaam y del Uadi Rmla, que corren a través del llano de Yefara; las aguas subterráneas son aprovechadas por medio de pozos y de fuentes de avenamiento local.

Los 900.000 kilómetros cuadrados de superficie territorial de la Tripolitania están poblados por unos 570.000 habitantes, de los cuales 203.188 son árabes, 135.995 bereberes, 177.984 árabo-bereberes, 35.920 cologli y 16.012 hebreos. De esta cifra total, la mayor parte son sedentarios (484.563) o trashumantes, y el resto (84.530) son verdaderos nómadas. .A pesar de la apariencia contraria, el elemento berebere es el que predomina, puesto que constituye el fondo de la población clasificada como árabo-bereber y que, en realidad, es sólo más o menos intensamente arabizada. El elemento árabe procede de los descendientes de las tribus árabes de Soleim y de Hilal; el lenguaje árabe, transformado en dialecto, es empleado por los árabes y los árabo-bereberes; los bereberes propiamente dichos han conservado su lenguaje primitivo.

En cuanto a la religión, aparte de los hebreos y de los cristianos, toda la población de la Tripolitania es mahometana; pero los árabes siguen el rito malekita; los cologli, o descendientes de los turcos, practican el hanefita; los bereberes, al contrario, siguen las doctrinas ibadhitas derivadas de los heresiarcas karedyitas y son, por tanto, considerados por los mahometanos ortodoxos como heréticos.

La Libia, pues (Cirenaica y Tripolitania), con sus inmensos territorios (1.640.000 kilómetros cuadrados aproximadamente) y con una población tan poco densa (0,47 por kilómetro cuadrado), no era terreno propicio para el desarrollo de la idea nacionalista, teniendo en cuenta también que la mayor parte de la población indígena es nómada. Por otra parte, entre la población árabe y la bereber, equivalentes en fuerzas, existía y existe un antagonismo que es el principal obstáculo para que el nacionalismo pueda echar raíces, a pesar de la islamización de los bereberes.

La Libia no es ya el Oriente y no es todavía el Occidente; constituye en realidad una región de paso entre uno y otro, en la cual los árabes orientales y los bereberes occidentales cohabitan desde hace nueve siglos sin haber llegado nunca a fusionarse.

Pero en Libia, país musulmán, la agitación islámica de los siglos XIX y XX había de tener una cierta repercusión. En efecto, los senusitas, grandes propagandistas panislámicos, encontrando el terreno preparado, trataron de transformar esta región en un feudo político-religioso que debía constituir la base de una teocracia y que, según las aspiraciones de Chej es Senusi, debía reunir bajo su autoridad, con el nombre de Imamato, las diversas partes del mundo musulmán.

Como es sabido, en el siglo XVI Libia pasó a ser dominada por los turcos; en el año 1711 se transformó en un principado autónomo de la familia de los Caramanli y en el año 1835 volvió a quedar bajo el gobierno directo de Turquía.

La descuidada administración otomana facilitó la realización de las primeras aspiraciones del Chej es Senusi, quien en el año 1843 había llegado a Cirenaica creando su primera Zauia africana en el Yebel Akdar, en el lugar denominado El Beida (1).

(1) La cofradía senusia deriva de la Escuela mística Jadiria, fundada por el Xerif marroquí Si Abd el Aziz ben Deb-bag. A la muerte de éste, ocurrida en el año 1835 en Sobia (en el Yemen), los Jadirias se dividieron en dos ramas: los Mirgania, discípulos de Mohamed Otsman el Mirgani, y los Senusia discípulos de Chej es Senusi. Éste, llamado Si Mohamed ben Si Ali ben senusi el Jatabi, el Idrisi, el Medyahiri, nació en el aduar de Thorch (Argelia) hacia 1791-1792. A la edad de treinta años, Si Mohamed es Senusi, después de haber recorrido el Norte de África, abandonó El Cairo, en donde la intransigencia de sus doctrinas le había suscitado la hostilidad de los Ulemas, y se trasladó a la Meca. En 1843, cuando llegó a Cirenaica, venía también huyendo de la persecución de los Ulemas de la Meca.

Ardiente misionero, Chej es Senusi en poco tiempo cubrió la Tripolitania de zauias, y sus discípulos fundaron centros senusitas en la Marmárica, en Egipto, en el oasis de Ghat, en Ghadames, In Salah y hasta en Arabia. Hacia 1855, Chej Senusi se trasladó al oasis de Yarabub, a tres días de marcha del oasis de Siuah; el fundador de la cofradía senusia murió en Yarabub en 1859.

Una de las características principales del espíritu del Senusi fué su afán de proselitismo; en poco tiempo, y por el poder de su incansable voluntad, pudo llevar el Islam a las poblaciones muy atrasadas, si no completamente fetichistas que vivían entre el Mediterráneo y el Lago Tchad. Causa principal de su éxito fué, sin duda, el haber predicado la vuelta a la observancia rigurosa y absoluta de las prescripciones del Corán y de la Sun-na, sin innovaciones ni herejías. A causa de esto se ha querido comparar el senusismo al uahabismo, cuyos principios rígidos liberan al hombre de toda sugestión supersticiosa, excluyendo del culto toda pompa. En realidad, si entre estas dos doctrinas hay muchos puntos de contacto, están separadas por otros puntos esenciales que en algunos casos las sitúan en posición antagónica, una frente a otra.

En realidad el senusismo en el norte de África, como el babismo en Persia, aunque esencialmente diferentes del uahabismo, son reflejos de la doctrina de Mohamed ibn Abd el Uahab, en cuanto al movimiento de renacimiento islámico provocado por ésta.

La cofradía senusia tiene carácter político-religioso, y la actuación del Senusi representa el despertar de una actividad política y económica cimentada en el odio hacia el infiel. Chej es Senusi ha sido un gran místico y un gran misionero. Sin embargo, si se examina detalladamente su actuación, resulta evidente en ella el sello poco ortodoxo, desde el punto de vista islámico, del marabutismo, con tendencia a asegurar al santón una autoridad absolutista que ha determinado a Chej es Senusi a no dar nombramiento alguno, por escrito, de moqad-dem; con esto ha tratado de evitar las escisiones en su propia cofradía.

En el carácter absolutista de los dirigentes de la Senusia está la razón de por qué el jefe de ésta no ha dado su apoyo a la propaganda panislámica del Sultán de Turquía Abdul Hamid, a pesar de la tendencia panislámica de la política de los senusistas.

Cuando Chej es Senusi murió en Yarabub (1859), la Senusia era ya una fuerza viva hasta fuera de la familia que la había creado; las zauias se habían multiplicado,y el senusismo tenía a su servicio falanges nómadas de predicadores, mercaderes y guerreros, que creaban y conservaban el poder moral de la cofradía entre Tánger y Suez, en todo el Sahara, en el África central y en el Senegal, en la antigua Nubia, extendiéndose hasta la lejana Somalia a lo largo de todo el litoral asiático del Mar Rojo, en Siria, Mesopotamia y hasta en Persia y en las mesetas del Asia central.

La obra del Senusi representa una importante etapa filosófico-religiosa en la vida de poblaciones atrasadas, algunas de las cuales todavía son totemistas; el poder temporal, del cual se habían apoderado los senusitas, robusteció el prestigio religioso adquirido, constituyendo el primer paso hacia la formación del vasto imperio musulmán que había sido la aspiración del fundador de la cofradía.

El fanatismo senusita, que ha obtenido un éxito superior al que generalmente se supone, en grandes líneas representa una ortodoxia islámica teóricamente absolutista y que en la práctica resulta intransigente. La Senusia no admite la separación del poder religioso del poder temporal y para ella el Califato representa la forma de gobierno islámico más perfecta.

La intransigencia de la doctrina senusista llevó a las poblaciones que se adhirieron a ella a una gran actividad política e hizo nacer y desarrollarse en ellas un sentimiento de xenofobia; este sentimiento se manifestó primeramente contra las mismas autoridades turcas que entonces dominaban el país y, luego, también contra los franceses cuando éstos avanzaron por el Sur tunecino con el fin de reunir su imperio colonial del África ecuatorial con el del norte de África.

En 1895 el sucesor de Chej es Senusi, respondiendo a las necesidades del momento se había visto en la obligación de trasladar el centro político-religioso de la cofradía, del oasis de Yarabub al grupo de oasis de Kufra (1). En realidad, los senusitas habían en-

(1) El grupo de los oasis de Kufra fué visitado, durante el siglo XIX, por Rohlfs, que dejó un libro intitulado *Kufra;* en el siglo XX fué visitado por Rosita Forbes (Artículo en «Geographical Journal». Londres, 1921); informes interesantes sobre Kufra, por HASANEIN BEY *Through Kufra to Darfour;* in «Geopraphical Journal, 1924.

contrado en el Sudán egipcio una barrera a su expansión, barrera representada por la influencia de El Mahdi, que además estaba molesto con ellos porque no le habían ayudado en expediciones contra los ingleses. Por otra parte, en el sur tunecino y argelino, la influencia político-religiosa de las cofradías de los kadirias y de los tiyania se oponía a la propagación de la doctrina senusia en esas regiones. Hacia el Norte, los turcos molestos de la ingerencia senusita en los asuntos líbicos se mostraban hostiles a su propaganda, hasta el punto de que cuando Italia declaró la guerra a Turquía (29 de septiembre de 1911) y desembarcó en Trípoli, los senusitas adoptaron en el primer momento una actitud de discreta neutralidad.

Es verdad que en esa época la unidad religiosa de la Senusia ya no existía; con la muerte de Si Mohamed el Mahdi es Senusi, segundo hijo del fundador de la Cofradía, ocurrida en Guro en 1902, la sucesión, que comprendía, además del Califato senusita, importantes bienes y tributos de las poblaciones, provocó grandes escisiones en la familia; en 1910, los componentes de la familia de los Senusi habían declarado siete zauias como metropolitanas, es decir, como zauias madres. La escisión era profunda; la tradición quedaba debilitada; la repartición de los bienes anunciaba el derrumbamiento del prestigio político-religioso senusita, no existiendo ya un jefe único capacitado para dominar a todos los otros.

Después del Tratado de paz de Losanna (18 de octubre de 1912) por el cual Italia quedaba soberana de los territorios líbicos, Enver Bajá, comandante de las fuerzas turcas en Cirenaica, dió, antes de marcharse, el mando de la región a Si Hamed ech Cherif; lo hizo en nombre del Sultán de Turquía, encomendándole la continuación de la guerra contra los italianos. Entonces, en esa ocasión, la Senusia entera se declaró enemiga de Italia y en mayo de 1913 inició las hostilidades, que habían de seguir, con alternativas de éxitos y de fracasos, durante todo el período de la guerra europea de 1914-1918.

Durante ese período, la cofradía Senusia, que con anterioridad al conflicto había visto disminuir su cohesión y la fuerza, representadas años atrás por las 300 zauias existentes, intentó levantarse, reconquistar el prestigio perdido sobre todas las poblaciones musulmanas norteafricanas y conseguir una situación privilegiada frente a las potencias europeas. Con este fin la Senusia quiso aprovecharse

de la división existente entre las potencias occidentales; Ahmed ech Cherif se situó *manu armata* al lado de los Imperios centrales y tomó parte con sus mohafdia en las operaciones contra los ingleses hacia el Canal de Suez y también en la frontera cirenaico-egipcia, entre Solum y Puerto Badía. Al fracasar ese movimiento, Ahmed ech Cherif escapó de África a bordo de un submarino alemán, refugiándose en Arabia, en el Asir. Sidi Dris, hijo de El Mahdi, representó en tales momentos e lpapel del amigo de los Aliados; pero más tarde fué obligado a abandonar el país, refugiándose en El Cairo.

En realidad, el estado de debilidad en el que se encuentra la Senusia es debido principalmente a ese doble juego de sus dos jefes principales; la unidad de dirección, tan celosamente conservada por el fundador, fué interrumpida con ocasión de la guerra de 1914-1918 por táctica y, desde luego, nunca más ha podido existir.

En la inmediata postguerra los gobernantes italianos, preocupados por la situación interior de la península, descuidaron el problema colonial de modo tal que permitieron que se llegara a crear oficialmente un gobierno indígena independiente en manos de los senusitas con el nombre de Emirato senusi. A fines de octubre de 1922, la rebelión abierta y amenazadora se extendía por Tripolitania desde el litoral sírtico hasta Tayura y desde el lejano Fezan y la inhospitalaria Hamada el Hamra hasta el Yebel Garián y las colinas de Trahuna. Sólo el Yebel Ifren y el territorio hasta los límites tunecinos había sido reconquistado con el apoyo de las poblaciones bereberes. En Cirenaica persistían los efectos del pacto de Regima, agravado por el acuerdo de Bu Mariam que permitía la coexistencia en el país de dos poderes: el del gobierno itlaiano y el del Emirato senusi con dos capitales (Bengasi y Ayedebia) con dos ejércitos (el italiano y las formaciones mohafdias senusitas), separados entre sí por una línea de campamentos mixtos italosenusitas que se desarrollaba a pocos kilómetros de la costa. Esta línea constituía el límite efectivo, político, militar y administrativo, de la Cirenaica italiana.

Con la llegada al poder del gobierno de Mussolini el aspecto de la situación se modificó rápida y considerablemente; a la política de debilidades y de concesiones sucedió otra llena de energía que realizó con gran rapidez la pacificación de la Tripolitania, dando un

nuevo y vigoroso impulso a la colonización. A principios de 1928 los dos territorios, el cirenaico y el tripolitano separados por el desierto sírtico, habían quedado unidos por la acción de las tropas italianas. Eliminados los últimos focos de resistencia en Cirenaica, los principales miembros de la Senusia huyeron a Egipto y otros se sometieron incondicionalmente a los italianos.

La actuación del gobierno mussoliniano terminó rápidamente con la situación equívoca que se había creado, y el Emir Idris, que debía su título de Emir a los italianos, pasado a la hostilidad larvada contra Italia, fué declarado rebelde y obligado a huir a Egipto.

Desde entonces, la Senusia quedó en estado de rebelión religiosa, política y hasta armada, intentando dificultar la pacificación y el desarrollo económico y agrícola del país. Aunque durante varios años los miembros más importantes de la familia de los Senusi hayan vivido lejos de los nómadas y guerreros adeptos a la Cofradía, sin embargo, éstos han conservado en gran parte su fe en la doctrina senusita y su odio hacia el infiel, desarrollando su propaganda hacia el África ecuatorial.

El conflicto mundial de 1939-1945 ha modificado considerablemente la situación en las regiones líbicas. Eliminada la influencia italiana con la campaña que terminó con la victoria de los angloamericanos, el país ha quedado actualmente bajo la dominación militar aliada que anula toda posibilidad de reacción por parte de los indígenas musulmanes hasta en presencia de los acontecimientos del Próximo Oriente que tienen repercusiones en todo el mundo musulmán.

Por otra parte, el porvenir de la región líbica no está todavía definido; ¿volverá a ser colonia italiana? ¿Quedará bajo la dominación británica o bajo la de los americanos, recién llegados al Mediterráneo? ¿Será sacrificada a la voracidad rusa?

b) *El territorio tunecino.* — La región tunecina, la Ifrikia de los antiguos autores, está situada entre el Mediterráneo oriental y el occidental; constituye en realidad el Oriente del África Menor, del Maghreb.

Maghrebino por su situación geográfica al oeste de Egipto y por el fondo de su población, que es bereber, el territorio de Túnez ha quedado, sin embargo, unido al Oriente por numerosos lazos que

no le han permitido quedarse al margen de la agitación política que desde casi un siglo conmueve y remueve el mundo musulmán. En efecto, ya el movimiento liberal musulmán que se manifestó en Turquía después de la guerra de Crimea hasta que subió al trono califal el sultán Abdul Hamid (1856-1878), tuvo una cierta repercusión en el Estado tunecino, gobernado por entonces por un Bey autónomo.

El general circasiano Jer-ed-Din, primer Ministro del Bey de Túnez, convencido del peligro que amenazaba al mundo musulmán de caer bajo la dominación europea si no llegaba a modernizar rápidamente su organización, puso todo su afán en orientar al pueblo tunecino hacia el progreso, con el fin de que, organizado según las ideas y métodos europeos, pudiese, con medios más adecuados para esa lucha, defender y conservar su independencia. Después de un viaje por Europa en el cual estudió los adelantos de la civilización moderna, volvió a Túnez, presentando al Bey tales informes que éste, entusiasmado, le dió plenos poderes para introducir en la organización de su Estado todas las reformas que juzgara necesarias.

El general Jer-ed-Din desarrolló una gran actividad y consiguió dotar el Estado tunecino de un Estatuto y hasta de un Parlamento; pero su muerte, ocurrida al poco tiempo de haber iniciado estos trabajos (1861), interrumpió bruscamente su obra. Como, por otra parte, ésta había suscitado una fuerte oposición de los funcionarios de espíritu rutinario, el sistema parlamentario, del que había sido dotado el país con insuficiente preparación de sus elementos constitutivos, fracasó, y Túnez volvió a caer en el estado de desorganización y atraso anteriores.

En 1881, veinte años después de la muerte de Jer-ed-Din, la región tunecina, víctima indefensa de una maniobra internacional, pasó a depender de Francia, bajo la forma de protectorado (1).

Sin embargo, la obra de Jer-ed-Din no fué completamente estéril para el nacionalismo tunecino. El Ministro del Bey dejó publicado un libro titulado «El medio más seguro para conocer el estado de

(1) En los últimos años del siglo XIX, la orientación dada a la política internacional por el Príncipe de Bismark, con la idea de suscitar y mantener el antagonismo franco-británico, favoreció el desembarco británico en Egipto y la ocupación de Túnez por parte de los franceses.

las naciones»; este libro, propagado en África septentrional, ha llegado a ser considerado como el Evangelio del nacionalismo tunecino y argelino. Jer- ed-Din hacía notar en sus páginas que los tiempos ya no estaban para quedar encastillados en una orgullosa indiferencia para todo lo que no fuese la admiración del pasado; por el contrario, según él, era urgente darse cuenta de lo que ocurría en el exterior; «la prosperidad actual de Europa, decía, no es debida a sus condiciones naturales ni a su religión, sino a las artes y a las ciencias que facilitan la circulación de la riqueza y la explotación de los tesoros de la tierra, alentando inteligentemente y con constancia la agricultura, la industria y el comercio, consecuencias naturales de la justicia y de la libertad, dos cosas que para los europeos han llegado a constituir una segunda naturaleza».

Jer-ed-Din concluye afirmando que «el poderío y la expansión del mundo islámico liberal y deseoso de progreso han ido perdiéndose por culpa de la santurronería y del obscurantismo, pero podrán nuevamente existir cuando el espíritu del liberalismo vuelva a dominar en el mundo islámico».

Los escritos de Jer-ed-Din basados en un criterio de liberalismo puro, no están contaminados por ningún sentimiento de xenofobia o antieuropeo, sentimiento que se ha desarrollado más tarde por la presión cada día mayor del Occidente sobre el Oriente, y que se ha generalizado en el mundo musulmán hasta en las regiones más europeizadas, alcanzando tenacidad e intensidad de odio de raza y de religión.

La agitación panislámica, promovida por la propaganda inspirada por el sultán Abdul Hamid, ha tenido también su repercusión en Túnez, en donde hizo un cierto número de adeptos. La guerra europea hizo fracasar el panislamismo en su concepto de unificación de todas las poblaciones musulmanas, poniendo a éstas en lucha las unas contra las otras. Pero las promesas inglesas y francesas, confirmadas por la doctrina wilsoniana, abrieron un nuevo horizonte para los musulmanes, haciéndoles esperar la posibilidad de la formación de Estados independientes unidos entre sí por lazos islámicos. Argelia y Marruecos quedaron casi indiferentes en presencia de esta nueva agitación nacionalista que se desarrollaba en Oriente, principalmente en Turquía, Arabia, India y Egipto. La sociedad tune-

cina, más culta y evolucionada que la marroquí y hasta que la argelina, acogía con interés las declaraciones wilsonianas referentes a los derechos de los pueblos a disponer de sí mismos y tomaba dichas declaraciones como base para formular un programa de reivindicaciones nacionalistas.

El factor «unidad étnica», que según la concepción de algunos es necesario para la constitución de una nación, falta sin duda a la población tunecina, cuya base es el elemento bereber, elemento primitivo al cual se han agregado primeramente los árabes (residuos de la invasión hilaliana del siglo XI) y más tarde los turcos. Pero el factor «unidad étnica» contribuye únicamente a la formación de la conciencia nacional; el nacionalismo es, por sí mismo, superior a sus factores, puesto que es un estado de espíritu, una creencia. Una comunidad, un pueblo, aunque forme étnicamente un conjunto abigarrado, si es coherente consigo mismo, si está organizado bajo un solo gobierno y ocupa un territorio definido, puede constituir una nación. Túnez, con los elementos diversos de su población indígena encajados en el mecanismo de civilización europea representado por el protectorado, no sólo es un Estado, sino que puede ser una nación, lo que explica la facilidad con la cual se han generalizado las ideas y aspiraciones nacionalistas en el ambiente indígena tunecino.

Los primeros en hacer ostentación de sentimientos nacionalistas fueron precisamente los que habían militado anteriormente en las filas del fracasado movimiento panislámico. Este hecho, que a primera vista parece anormal dada la divergencia aparente entre las aspiraciones panislámicas y las nacionalistas, es en realidad lógico si se tiene en cuenta que toda reacción de los pueblos islámicos contra la presión europea tiene como base un sentimiento de odio contra el extranjero que les imponga o quiera imponerles su influencia, sentimiento que se ha desarrollado más intensamente por la desilusión provocada entre los musulmanes por el incumplimiento de las promesas francesas e inglesas, las cuales durante la guerra de 1914-1918 los había armado los unos contra los otros.

A raíz de la firma del armisticio de 1918, en Túnez brotó un partido nacionalista que fundaba sus esperanzas en la realización de la paz wilsoniana. Estaba dirigido por un indígena de origen

argelino, Abd el Aziz et Taalbi, antiguo alumno de la Universidad de El Azhar en El Cairo, que ya en 1910 había sido expulsado de Túnez por propaganda panislámica. El nuevo partido, al cual se habían adherido los elementos más ilustrados de la Regencia, reunió algunos fondos con los cuales envió a París una Comisión presidida por el Taalbi con el encargo de presentar un programa de reivindicaciones tunecinas basado en la independencia del territorio. La Comisión envió un mensaje al presidente Wilson y publicó un folleto «La Tunisie martyre»; su propaganda en favor de la independencia tunecina consiguió interesar a algunos elementos políticos franceses que le prestaron su apoyo, y entre otros, a la fracción extremista del partido socialista francés.

En Túnez, mientras tanto, el partido nacionalista intransigente de el Taalbi, bajo la dirección de un nuevo jefe de grupo El Guelati, modificaba su programa reformista, admitiendo, hasta cierto punto, la ingerencia francesa en los asuntos tunecinos; este programa comprendía: la constitución de una Asamblea deliberativa mixta de tunecinos y franceses, elegidos por sufragio universal; la separación de poderes; la igualdad de acceso a los cargos administrativos para los tunecinos y para los franceses; la facultad otorgada a los tunecinos de adquirir bienes nacionales y la libertad de Prensa, de reunión y de asociación.

Poco después, y bajo la dirección de un abogado indígena, Ahmed es Safi, se organizaba en Túnez un partido constitucional con la denominación de «partido libre», que aspiraba a libertar Túnez de la dominación europea; el programa de este partido comprendía desde luego, un Parlamento cuyos miembros serían elegidos por sufragio universal, con tendencia a excluir de él el elemento francés. Todos los individuos del partido debían juramentarse y pagar una cuota de doce francos; la propaganda entre musulmanes, basada en el espíritu de solidaridad islámica y en el odio contra los infieles, atrajo numerosos adeptos, no sólo entre los habitantes de las ciudades, sino también entre los campesinos que prestaron juramento y pagaron la cuota con la esperanza de quedar muy pronto libres de la opresión y tiranía de Francia, a la cual los propagandistas presentaban como arruinada económicamente y aislada políticamente y en vísperas de perder todo poderío. La agitación

provocada por esta propaganda fué intensa y llegó a motivar un intento de abdicación por parte del Bey, como protesta contra el protectorado, precisamente cuando se esperaba la llegada del Presidente de la República; esta protesta del Bey, hecha pública, hubiese podido provocar conversaciones diplomáticas susceptibles de modificar la situación internacional. Pero la previsión del ministro Millerand hizo abortar esta maniobra, y la agitación siguió su curso normal, arrancando a la Administración del protectorado algunas reformas relativas a una mayor participación del elemento indígena en los asuntos del país, tal como la creación de los Consejos de caidato, Consejos regionales, y una Asamblea destinada a sustituir a la Asamblea consultativa y que, con el nombre de «Gran Consejo», estaría compuesta de dos secciones, una francesa y la otra indígena.

El partido nacionalista tunecino estaba dividido en dos grupos: uno constitucional y liberal bajo la dirección de Ahmed es Safi y de Salah Fahrat; otro, reformista, que tenía como jefe a Hasan el Guelati. El programa del primer grupo estaba basado en una serie de reformas que ponían en discusión la existencia del protectorado, siendo su objetivo la autonomía de la región tunecina con exclusión de toda ingerencia francesa; el segundo grupo, bajo la apariencia de aspiraciones moderadas, perseguía en realidad el mismo objetivo.

El resultado de las elecciones del 11 de mayo de 1924 en Francia llevó al poder la coalición de los grupos de Izquierda, y lo mismo que había ocurrido en Egipto, cuando se hizo cargo del gobierno en Inglaterra Ramsay McDonald, en Túnez, los nacionalistas se hallaban esperanzados de encontrar en el gabinete Herriot el apoyo necesario para poder realizar rápidamente su programa; por lo tanto, el partido liberal constitucional decidió enviar a París uno de sus jefes, Salah Farhat, para felicitar al Presidente del Consejo Herriot y presentarle, al mismo tiempo, la lista de sus reivindicaciones.

Mientras tanto, la propaganda de los partidos nacionalistas, que disponían de dieciséis periódicos escritos en lengua árabe, conseguía la adhesión de los obreros indígenas de las ciudades, y después la de los del campo que, abandonando la agrupación francesa

de la «Confederación General del Trabajo» se unieron para crear la «Confederación General Tunecina Nacional del Trabajo»; esta asociación abarca todos los diversos grupos de obreros y no tardó en justificar su existencia provocando las huelgas de Túnez, Bizerta y Hamam-Lif.

Tales conflictos obreros debían forzosamente interesar al partido comunista francés, organizado a raíz del Congreso comunista celebrado en Marsella en el año 1921 y que tenía su ramificación en Túnez, con un periódico de propaganda denominado «Habib el Hum», dirigido por un francés e inspirado por Moscú. Ya en el mes de mayo de 1922, el Comité Ejecutivo Internacional Comunista lanzaba desde Moscú un llamamiento para la liberación de Argelia y Túnez del yugo francés, en cuyo llamamiento se decía: «La civilización francesa en África se manifiesta por la opresión despiadada, por un peso insoportable de impuestos, por la miseria sin nombre de los proletarios campesinos y de los obreros. Túnez soporta desde hace 40 años un régimen zarista al amparo de los tres colores de la bandera de la República y disfrazado con el nombre de Protectorado.»

En el V Congreso de la «Internacional Comunista» celebrado en junio de 1924, los directores soviéticos de Moscú precisaban su plan de propaganda en las colonias, concretado en el manifiesto dirigido al proletariado el día 5 de julio de 1924: «La instrucción revolucionaria de los pueblos coloniales es para el proletariado una cuestión de vida o muerte.» El comunista Treint en uno de los Congresos comunistas universales, declaró públicamente que «el partido apoyará la rebelión armada de las colonias y coordinará esas rebeliones con los movimientos del proletariado francés».

La agitación comunista llegó a Túnez presentada como una conspiración universal para libertar al Islam del imperialismo europeo, no tardando en asociarse con los movimientos reformista y revolucionario, que representan, cada uno bajo un aspecto distinto, las aspiraciones nacionalistas del pueblo tunecino. Esta asociación de elementos antifranceses, sean comunistas internacionales, sean musulmanes nacionalistas y xenófobos, ha llegado a constituir un Estado en el Estado, es decir: un Gobierno revolucionario que emplea todos los medios a su alcance para imponerse al Gobierno

legal, con vistas a la indpendencia del territorio tunecino y a la eliminación de toda ingerencia francesa.

Esta tendencia ha llegado a ser tan fuerte que algunos elementos tunecinos han proclamado la conveniencia de la ruptura de los lazos que unen el país con su soberano. Ayachi, abogado de Sousse, en una carta dirigida al señor Herriot manifestaba que «desde 1881 los tiempos han cambiado; en esa época el Bey tenía autoridad para actuar en nombre de sus súbditos, pero hoy (1925) los tunecinos protestan con fuerza contra las medidas proyectadas (la anexión de Túnez por los franceses) y la firma del Bey, si éstas llegaran a concretarse, no sería aceptada por sus súbditos».

El folleto del Taalbi «La Tunisie martyre» ha sido una semilla que ha dado sus frutos, y la Prensa nacionalista tunecina está hablando desde 1920 «del calvario del pueblo tunecino esclavizado» y de la situación creada a «dos millones de habitantes que sufren, gimen y languidecen bajo un régimen odioso que permite a una minoría privilegiada ostentar un lujo insolente, producto del sudor de todo un pueblo reducido al último extremo por el peso de los impuestos».

El Gobierno del protectorado, preocupado por los progresos de la agitación antifrancesa, quiso poner un límite a ellos y, en noviembre de 1924, seis de los agitadores más significados fueron llevados al Tribunal criminal de Túnez, acusados de complot contra la seguridad del Estado. El acta de acusación daba una definición exacta de la situación: «El Protectorado desde hace algunos años está atacado por dos categorías de enemigos, cuyas tendencias y finalidades son divergentes, pero que están unidos en un mismo odio hacia Francia. Mientras que los comunistas tienden a la supresión de las fronteras para la unión internacional de los pueblos, los nacionalistas tunecinos buscan la independencia de Túnez. Pero en la ejecución de sus respectivos proyectos, a pesar de sus divergencias, los comunistas internacionales y los nacionalistas tunecinos se encuentran en el país con el mismo obstáculo que es el Protectorado de Francia el cual, según los unos, es un Estado imperialista y burgués y, según los otros, el Estado opresor de su patria.

»Los comunistas cuentan para su lucha contra Francia con el despertar del espíritu nacionalista local y, si fuera necesario, con

el fanatismo religioso susceptible de provocar la guerra santa, y los nacionalistas, por otra parte, no pueden despreciar el apoyo de los organizadores comunistas ni el efecto moral producido por la presencia de franceses en las filas de los que combaten a Francia en la lucha empeñada contra ésta.

»En estas condiciones, los acusados, comunistas o nacionalistas tunecinos, después de haberse puesto de acuerdo, convinieron entre sí en el propósito de llegar a la realización del objetivo determinado por sus respectivos partidos; esto es: la expulsión de los franceses de Túnez.

»No podían, desde luego, pensar en el empleo de los antiguos sistemas de asesinatos de jefes franceses o en levantar bandas armadas suscptibles de hacer frente a las tropas de la Metrópoli; el solo medio práctico y susceptible de éxito era el de provocar en el país agitación y disturbios que pudiesen favorecer una insurrección. El instrumento más adecuado para fomentar estos disturbios fué la creación de la «Confederación General de los trabajadores tunecinos».»

La represión detuvo momentáneamente la agitación antifrancesa, pero no pasaron muchos años sin que volviera a manifestarse esporádicamente, llegando a motines sangrientos en 1934, en varios puntos de la Regencia (Moknine, Sousse, Bekalta), en donde grupos importantes de indígenas manifestaron su descontento con gritos sediciosos y cantos nacionalistas que derivaron en saqueos y homicidios.

El programa del nacionalismo tunecino se aproximaba al de los extremistas neodesturianos (1) que ganaron la confianza y simpatía de las masas después que el antiguo partido constitucional fué acusado de tibieza y de oportunismo. La fermentación tunecina, avivada por las dificultades económicas del país, tendía a tomar un carácter, cada día más intransigente, de oposición al Gobierno del Protectorado, carácter agravado por el despertar del antiguo fanatismo religioso en la muchedumbre, trabajada por agitadores intelectuales. Esta propaganda tiende a crear un estado de misticismo religioso y político con tendencias nacionalistas que predispone a las masas a las mayores violencias.

(1) El «Destur» es el viejo partido liberal.

En los primeros días de octubre de 1937, con motivo de una conferencia política que Chej et Taalbi, jefe del Destur, debía tener en Beyá, se reunieron un millar de manifestantes, los cuales, al intentar la gendarmería disolverlos, se volvieron contra ésta, matando a cuatro gendarmes mientras éstos mataban y herían a varios manifestantes.

En realidad, aunque en la región tunecina la base de la agitación sea de carácter nacionalista, los disturbios que siguen manifestándose son debidos principalmente a la unión de los nacionalistas tunecinos con los comunistas internacionales y los socialistas; es decir que las reacciones debidas al movimiento de independencia provocado por el renacimiento del mundo musulmán, en la región tunecina quedan transformadas por la acción de la propaganda social, comunista o socialista, sobre las poblaciones de la Regencia, en gran parte bereberes.

En efecto, examinando, aunque rápidamente, las condiciones geográficas de la región tunecina, se advierten determinados factores que dan al país de Túnez un carácter peculiar.

Linda el territorio tunecino: al Norte, con el Mar Mediterráneo; al Sur, con la región sahárica; al Este, con el Mediterráneo y con la Tripolitania; al Oeste, con Argelia. La superficie total de la Regencia es de 125.130 kilómetros cuadrados, de los cuales gran parte pertenece a la zona desértica o subdesértica que geográfica y geológicamente forma parte de la región oriental norteafricana y el resto a la región del Atlas, parte integrante de la región occidental del África septentrional.

En realidad, pues, la región tunecina se halla situada geográficamente hacia el centro del África septentrional y participa de la región oriental sahárica y de la región occidental caracterizada por la cadena del Atlas, cuyas estribaciones orientales, terminando en el territorio de la Regencia, constituyen una zona montañosa bastante extensa y donde se encuentran las mayores alturas tunecinas (1.340 metros en el Yebel Zaguan) (1).

La cresta montañosa que forma el esqueleto roqueño del Cabo Bon determina orográficamente el límite entre la zona noroeste

(1) Véase: ANGELO GHIRELLI. *El país berebere.* Editora Nacional. Madrid, 1942.

de Túnez (zona montañosa o del Atlas tunecino) y la zona sureste o sahárica ;en efecto, al norte de este límite, el río Meyerdah vierte sus aguas en el Mediterráneo después de un recorrido normal; al sur de dicha línea, al contrario, el Uad Kairuan, penetrando en la formación de cubetas cerradas característica del Sahara, se embalsa en la Sebka el Kelbia, al norte de la ciudad y en la de Sidi el Hani, al sur de la misma. Al norte del río Meyerdah, las montañas costeras que forman parte del Atlas mediterráneo reciben importantes precipitaciones de humedad (1.700 a 1.800 mm.); al sur del mismo río, en la vertiente septentrional del Yebel Zaguan, caen todavía de 550 a 650 mm., pero al Sur de esta sierra, las precipitaciones son escasas y el suelo constituye un territorio de estepas, a excepción de una ligera faja de litoral, entre el Cabo Bon y el Golfo de Gabés, denominada es Sahel, que recibe una humedad suficiente para los cultivos mediterráneos como los del olivo y de la vid.

La costa tunecina presenta una característica que la diferencía de la argelina situada al Oeste; es el ángulo recto que forma el Cabo Blanco, orientándose de Norte a Sur; por esta disposición Túnez forma parte del Mediterráneo oriental, mientras que Argelia, cuya costa sigue de Este a Oeste, es parte integrante del Mediterráneo occidental. Esa diferencia está confirmada por la configuración de la costa; el litoral argelino, al oeste de Bona, es unido y casi rectilíneo, mientras que el tunecino, al Este de Bona, está recortado irregularmente, formando al Sur del Cabo Blanco el saliente del Cabo Bon. Contrariamente a lo que ocurre con la costa argelina, la tunecina es en realidad una costa de rías, en donde éstas son rellenadas por los aluviones de los torrentes tunecinos que bajan de los montes. En la parte septentrional, el litoral es rocoso y recortado; en la región sureste, la costa es baja y forma un zócalo continental que avanza muy lejos en el mar: el canal que separa las islas de Kerkennah del continente tiene apenas diez metros de profundidad.

El territorio tunecino constituye en realidad la puerta de entrada al verdadero Maghreb de los árabes y a estas circunstancias Kairuan ha debido sin duda su importancia política, en los tiempos pasados.

No cabe duda que la configuración de las costas tunecinas, que hacen de la región un país netamente marítimo, ha favorecido la instalación de los fenicios en el país y el desarrollo de Cartago, que fué en sus tiempos una potencia marítima de primer orden.

Se calcula actualmente en 2.600.000 habitantes la población de la Regencia de Túnez; de éstos, un millón aproximadamente viven en la zona sureste.

La historia señala que en la Edad Media musulmana Kairuan fué no sólo la capital de Ifrikia (la antigua «África vetus» de los romanos), sino de todo el Occidente musulmán (El Maghreb); esto se comprende, pues no habiendo tenido nunca los Califas de Oriente el predominio del mar, sus ejércitos utilizaban siempre la ruta de tierra; al llegar al pie de los macizos montañosos, debían establecer un punto de apoyo, una cabeza de puente que les sirviese de base para sus avances hacia el Oeste. La región esteparia tunecina era la más indicada, siendo el punto terminal del largo recorrido de más de dos mil kilómetros a través de terrenos casi siempre desérticos que desde Egipto se desarrollan hacia el Oeste antes de llegar al pie del macizo del Atlas. Kairuan fué dicha cabeza de puente, dicho punto de apoyo, y desde luego, en todo el período que duraron las luchas entre Oriente y Occidente musulmán para la supremacía en el Maghreb, no dejó de ser el centro político de mayor importancia del África septentrional.

Al contraste geográfico del territorio tunecino que participa de la región sahárica y de la región del Atlas, de la parte oriental y de la parte occidental del norte de África, corresponde también el contraste de sus pobladores, en parte nómadas y en parte sedentarios, en parte árabes y en parte bereberes, y esto explica sus reacciones diferentes en presencia de la agitación que se advierte en todos los países musulmanes; es decir, su reacción nacionalista-islámica y su reacción social extremista. Mientras en Oriente, en los países árabes, el renacimiento musulmán está basado en reacciones político-religiosas, en el Occidente, país bereber, la fermentación en las poblaciones musulmanas se transforma en agitación social, en la cual llevan la batuta los extremistas, sean socialistas sean comunistas.

Al final de la conflagración mundial de 1939-1945, Túnez ha

sido también teatro de guerra, pero ha sido sobre todo después del conflicto cuando la cuestión tunecina ha vuelto a ser un problema para los franceses; la situación, turbia desde el punto de vista internacional, favorece las actuaciones de elementos antagónicos, y Túnez, por su situación geográfica en el Mediterráneo, interesa a ingleses, a franceses, a los rusos y a los recién llegados americanos; las dificultades de Francia con su Protectorado (1) de Túnez representan una acción antioccidental más que antifrancesa, encubriendo probablemente una maniobra soviética de largo alcance.

c) *El territorio argelino.* — Argelia con sus 5.192.426 habitantes indígenas representa el Maghreb el Ausat de los autores musulmanes, es decir, la parte central del Maghreb. De esta población indígena, la mayor parte (4.657.515) vive en el territorio septentrional, mientras que el resto puebla el territorio meridional. El territorio septentrional comprende los departamentos de Argel, de Orán y de Constantina, en los cuales la población indígena concentrada en las ciudades se eleva a 467.232 habitantes y la población rural, o sea diseminada en los tres departamentos, es de 4.148.062 individuos. En la región meridional, o territorios del Sur, la población es muy poco densa, calculándose en 534.911 la población indígena total, de la cual sólo 64.240 individuos viven en centros de población; el resto está diseminado por los territorios de Ain Sefra, Ghardaia, Tugurt y los oasis sahàricos.

El elemento indígena representa más de los cuatro quintos de la población total de Argelia, y pertenece en gran parte al elemento bereber, que, según las comarcas, está más o menos arabizado. Existen, además, en la región argelina, grupos importantes de origen árabe, descendientes de las tribus de Hilal, que en el siglo XI, después de haber destruído el Emirato senahaya de Ifrikia, se extendieron hacia Oeste, ocupando los llanos de la región llamada actualmente Argelia, rechazando hacia los montes a los bereberes que la ocupaban. La historia nos dice que, por un acuerdo entre

(1) Las protestas contra la creación de circunscripciones electorales de los franceses residentes en Túnez propuestas por el Gobierno francés ha sido apoyada por el mismo Bey de Túnez, Mohamed El Amin, según declaraciones de El Habib Burgiba al periódico *El Jabar*.

algunas tribus árabes y los cenetas (bereberes) del Maghreb central, aquellos fueron a instalarse en la región sahárica, dejando la región de las mesetas a los bereberes. La característica de estas poblaciones bereberes ha sido siempre una gran tendencia al fraccionamiento y a la individualización de cada célula social, unas respecto de otras. Por eso mismo, el estado de unión política, que es la base que favorece el despuntar del nacionalismo, no ha llegado todavía a realizarse, a pesar de las luchas pasadas contra la dominación turca, primeramente, y más tarde contra los franceses (desde 1830); esas luchas fueron inspiradas por un sentimiento natural de xenofobia contra el dominador, reforzado durante el período de resistencia contra los avances franceses por la propaganda islámica de guerra santa contra los infieles. Nadie ignora el apoyo que las Cofradías religiosas musulmanas dieron al Emir Abdel Kader uld el Mahi-ed-Din, ni que las sublevaciones que hasta 1881 levantaron parte de la población argelina contra los franceses eran debidas a la propaganda islámica de estos elementos políticos religiosos.

La agitación política moderna que conmueve el mundo musulmán se halla en África septentrional todavía en el período que podríamos llamar regional, quedando limitada a un determinado ambiente y a un aspecto definido, según los países.

La existencia de un fermento revolucionario contra la dominación francesa es indiscutible en Argelia; pero este fermento no se desarrolla de modo igual o paralelo en los ambientes diversos, bereberе, árabe y europeo, que constituyen la población argelina. En Argelia, a pesar de afirmaciones oficiales contrarias, queda siempre vivo, aunque algunas veces latente, el sentimiento de xenofobia y de odio hacia los dominadores europeos, residuo de las luchas pasadas que la propaganda islámica persistente no ha dejado apagarse. Pero, para unir estos elementos de lucha contra la dominación francesa, para coordinar los esfuerzos de una población que los acontecimientos de la guerra europea han preparado para una evolución, era necesario un elemento extraño que tomase por su cuenta la organización y la orientación en el camino de las reivindicaciones. El elemento utilizado para realizar la unión de estos elementos diversos en una misma finalidad de rebelión contra la dominación

europea es el comunismo en su forma colonial que, según el programa de Moscú, debe adaptarse a las aspiraciones de las poblaciones coloniales, tomando, si fuese necesario, el aspecto de nacionalismo o de separatismo.

En efecto, es conocida de todos la teoría de Lenín que indica que «en la busca y coordinación de las fuerzas vivas de la revolución del proletariado no hay que olvidar las que son debidas a las querellas de las minorías nacionalistas de los pueblos colonizados contra los imperialismos, fuerzas que constituyen un poderoso apoyo para conseguir la victoria de la clase obrera. En el período que precede a la victoria revolucionaria del proletariado éste debe reclamar el derecho para cada nacionalidad de disponer de sí misma, hasta llegar a conseguir su separación del Estado imperialista que la oprime; el proletariado debe también apoyar los esfuerzos de las minorías nacionalistas que aspiran a su independencia...».

Argelia fué la primera, en el norte de África, que recibió la presión comunista. Según las declaraciones del mismo Lenín, Argelia debía ser el baluarte de la revolución colonial. Desde Argelia, la propaganda comunista invadió Túnez, en donde encontró un terreno favorable, habiendo llegado el comunismo tunecino a ser el dirigente del movimiento en África septentrional. No obstante, y según las instrucciones dadas por la Confederación General del Trabajo Universal, las reivindicaciones de los indígenas argelinos son presentadas bajo un aspecto diferente y que no tiene nada de común con el tunecino. Según las instrucciones indicadas, «el argelino debe protestar contra las leyes bárbaras que lo sujetan a un estado de inferioridad social. Por el senado-consulto de 1865, el indígena de Argelia no es *ciudadano*, sí sólo *súbdito* francés; y este título que aparentemente le permite usufructuar un estatuto personal, en realidad lo somete a impuestos de los cuales queda exento el ciudadano francés (1). El ser *súbdito* no le hace beneficiarse integralmente de la legislación francesa, y queda bajo el peso de obligaciones que no tienen los ciudadanos franceses, sin tener los privilegios que éstos disfrutan. El argelino no tiene derecho a vo-

(1) Una de las causas de los movimientos antisemíticos argelinos fué precisamente el hecho de que el Decreto Cremiux de 1870 había concedido derechos de ciudadanos franceses a los hebreos de Argelia.

tar, ni a la libertad de prensa ni tampoco a la de palabra y de reunión.

»Las medidas de excepción tomadas por los gobernantes y el estado de ignorancia de la masa indígena son las razones principales por las cuales, hasta la víspera de la guerra de 1914-1918, los indígenas argelinos no han podido tomar parte en la lucha organizada contra la explotación por parte de los capitalistas. Para satisfacer las necesidades de la guerra (en material humano de combate y de producción) el capital francés reclutó por la fuerza indígenas, roció de metralla a los rebeldes y, para calmar la indignación de sus súbditos, los engañó con falsas promesas de reformas.

»Pero el contacto con las masas metropolitanas — sea en el ejército, sea en las fábricas — inició la educación social de la masa indígena, que se conmovió en presencia de la fórmula wilsoniana del *derecho de los pueblos a disponer de sí mismos,* y después del armisticio el descontento se generalizó. El Gobierno, asustado y para contener este movimiento levantisco, empleó la estratagema de conceder algunos derechos a los indígenas. Así es como fué votada la ley del 4 de enero de 1919 aumentando los derechos de los indígenas argelinos y concediendo algunos privilegios a los más adictos entre ellos; pero apenas el Gobierno sintió su situación consolidada (en la metrópoli y en las colonias) suspendió los beneficios de dicha ley y el *statu-quo* del indígena fué prorrogado por cinco años más.»

No cabe duda que el sentimiento de protesta de la masa indígena, trabajada por la propaganda comunista, se acentuó ante el argumento que el Gobierno presentó contra la aplicación de los beneficios de la ley citada, afirmando que «la ley francesa era incompatible con el estatuto personal indígena».

Las instrucciones de la Confederación General del Trabajo concretaron la actuación del partido:

«El partido debe llevar la agitación revolucionaria a las masas indígenas para conseguir con sus esfuerzos la realización inmediata de las reivindicaciones políticas indígenas...» Y concluyen diciendo que: «el conseguir la realización de estas reivindicaciones no constituye más que una apariencia de reforma, que no tiene nada que ver con el ideal comunista; pero como el Gobierno francés se re-

siste a consentir en ella, el hecho de conseguirla será un paso adelantado en la educación política de los indígenas contra el imperialismo francés y demostrará, además, la inutilidad de dichas reformas, si sigue dominando el régimen capitalista».

De lo que precede se puede deducir que el movimiento comunista lleva la dirección en Argelia, intentando enderezar hacia un mismo objetivo de rebelión todos los esfuerzos de los elementos indígenas trabajados por la propaganda islámica o panislámica o también por el despuntar de un nacionalismo latente, que, empujado por elementos subversivos, parece orientarse hacia el separatismo. En cuanto a este rumbo hacia el separatismo, el nacionalismo argelino se halla favorecido por el elemento europeo no francés, naturalizado a la fuerza, y que nunca podrá considerar a Francia como su patria verdadera, mientras que comprenderá y apoyará, salvo raras excepciones, todo esfuerzo orientado hacia la constitución de un Estado argelino independiente de la influencia francesa.

Conviene, sin embargo, tener en cuenta que el partido musulmán de los «Muslihin» o reformista es un factor de la agitación social que en el período entre las dos guerras ha ido aumentando. Este partido tiene como objetivo «levantar y reformar el pueblo argelino árabe, desde el punto de vista religioso, nacional, literario y científico». El partido de los Muslihin argelinos es una rama del partido reformista egipcio, y ambos, como también el partido liberal tunecino (Destour) y el de los «Jóvenes marroquíes», derivan de las predicaciones de Mulei ech Chaib ed Dukali y de Ech Cherif, propagadores de la doctrina *salafiah*.

Esta doctrina representa un movimiento intelectual musulmán moderno, derivado del uahabismo, que, como éste, tiende a restituir a la religión del Islam su puritanismo religioso, contrario a toda innovación en el culto; desde el punto de vista político es un movimiento netamente «democrático».

En Argelia, el organismo político del partido reformista musulmán está constituído por la *Société des Oulemas Algeriens;* desde 1921 hasta 1932, este partido se ha ido organizando por medio de predicaciones religiosas de propaganda del puritanismo religioso uahabita en las escuelas, en las sociedades de beneficencia indígenas,

en los círculos y por la Prensa, disponiendo de varios periódicos en lengua árabe y en francés.

Estas tendencias políticas no tardaron en manifestarse con ataques a las autoridades indígenas, a los santones y a las cofradías musulmanas en cumplimiento de lo establecido en su programa de propaganda de reformas religiosas y sociales.

En febrero de 1933, el Gobierno argelino prohibió las predicaciones en las mezquitas a los oradores de este partido. Tal medida provocó manifestaciones públicas, una de las cuales llegó hasta la Prefectura (Gobierno civil) de Argel, pidiendo el libre ejercicio del culto y la libertad de conciencia y de enseñanza. Esta manifestación en las calles de Argel, tipo europeo, inició el período de disturbios que desde el año 1933 agitaron Argelia.

La lucha entre el partido Reformista y el Tradicionalista, que representan las dos corrientes musulmanas que dividen el mundo islámico en África septentrional francesa, llegó a agudizarse hasta tal punto que ocurrieron, en varias ocasiones, choques sangrientos entre los partidarios de una y otra doctrina. El 12 de febrero de 1934, en un motín que se produjo en el barrio indígena de Argel, fraternizaron los elementos extremistas musulmanes (nacionalistas revolucionarios) y europeos (comunistas y socialistas); y el 5 de agosto de ese mismo año, los sucesos sangrientos de Constantina demostraron la excitación latente que existe entre los indígenas y la intensidad de la propaganda subversiva para unir a los diversos elementos de la población en la lucha contra la dominación francesa, lucha que en Argelia toma el aspecto social (socialismo, comunismo, antisemitismo) o el aspecto político-religioso (reformismo y nacionalismo).

El renacimiento del mundo musulmán ha tenido en Argelia una repercusión político-religiosa: la iniciación de un movimiento de reforma islámica puritana que ha provocado, a su vez, el nacionalismo argelino, nacido con el desarrollo de la idea nacionalista en los pueblos musulmanes después de la guerra europea de 1914-1918. En realidad, el movimiento de reforma islámica hacia el puritanismo primitivo constituye actualmente el lazo más apropiado para la unión del elemento musulmán de los diferentes países en un ideal de independencia política respectiva.

En Argelia, las organizaciones sociales favorecen las tendencias levantiscas de los indígenas; y no conviene olvidar que la población europea de Argelia está formada en gran parte por elementos españoles e italianos, a los cuales las leyes francesas imponen una naturalización forzosa, y que estos neoargelinos tienden a formar una población muy diferente de la francesa y con tendencias separatistas cada día más evidentes, empezando por el lenguaje, que llega hoy día a constituir un dialecto mediterráneo más que un dialecto francés.

La conflagración mundial de 1939-1945 y los grandes movimientos militares de tropas anglo-americanas en el norte de África y principalmente en Marruecos, Argelia y Túnez anularon durante algún tiempo todas las reacciones de las poblaciones musulmanas, pero los sentimientos contrarios a la influencia francesa, aunque sólo latentes durante una temporada, no experimentaron modificación. Hasta durante la guerra, el «Comité de liberación nacional de Argel», bajo la presión unida de Inglaterra y de América, rehusó declararse a favor de la política francesa en Siria.

Esto nos lleva a examinar el desarrollo de la arabización y de la islamización en el Maghreb, sobre todo en Túnez y Argelia, pues Marruecos, de más difícil acceso, ha quedado todavía encastillado y refractario en gran parte a esas influencias. En efecto, mientras la arabización linguística de la población alcanza menos del 50 % de sus habitantes, con una aportación étnica del 10 % de árabes, en Túnez, en donde la aportación del elemento árabe puede calcularse del 40 %, el lenguaje árabe está empleado, o es por lo menos conocido, por 95 % de sus habitantes; en Argelia se calcula el elemento árabe en el 20 % de su población, pero el idioma árabe es conocido por 65 % de sus pobladores.

La conquista linguística de los territorios del África septentrional, realizada por los árabes beduínos, tiene como característica el hecho de la uniformidad relativa del lenguaje adoptado; un marroquí o un tunecino llega más fácilmente a comprender y a hacerse comprender por un beduíno de los desiertos arábigos que por un sirio o un libanés de las ciudades.

A la conquista lingüística del África septentrional corresponde también la conquista religiosa; en todo el norte de África, a excep-

ción de algunos islotes, reina el Islam ortodoxo, según el rito malekita; los mahometanos africanos son sunitas, con una homogeneidad que no se encuentra en los países de Oriente. El renacimiento islámico se manifiesta en el África septentrional por el conflicto entre los Tradicionalistas y los Reformistas; el trabajo secular de penetración realizado por las cofradías religiosas toca a su término en África septentrional, en donde las cofradías están en decadencia, y en donde empieza a desarrollarse el del reformismo puritano, que, en realidad, es el instrumento más adecuado para la islamización de las poblaciones norteafricanas que hasta ahora no han sido islamizadas más que superficialmente y en determinadas manifestaciones exteriores.

El movimiento de reforma religiosa con vuelta a la sencillez del Islam de la época de Mahoma, iniciado en el siglo XVIII en Arabia (movimiento uahabita), ha tenido varias y diferentes manifestaciones (babismo, salafiah, etc.) y se ha desarrollado considerablemente en este siglo XX, bajo forma política en la Arabia seudita y en Egipto y está ganando terreno también en África septentrional, en donde sus centros más activos se hallan en Túnez y en Constantina.

El proselitismo islámico también está en incremento y desde el norte de África se extiende cada día más hacia su centro, en donde las poblaciones abandonan sus ídolos y sus ceremonias fetichistas para abrazar el islamismo.

Mientras tanto, Europa sigue considerando el continente africano como territorios reservados a su expansión o a ser explotados por ella; América, que acaba de descubrir el interés que pueden tener para ella el Mediterráneo y el continente africano, quiere intervenir en nombre de la libertad, de la «puerta abierta», del *self gouvernement* en cruzada para la abolición de la esclavitud y la apertura de los mercados; y Rusia soviética, lanzando a manos llenas las promesas de independencia a las poblaciones musulmanas de África y de Asia, intenta contrarrestar los esfuerzos de las otras potencias para llegar a imponer su dominación bolchevique.

En el actual forcejeo entre Inglaterra, que quiere conservar a toda costa los intereses creados y hasta aumentarlos, los Estados Unidos de América, en su afán de expansión político-comercial en todo el Universo, y Rusia soviética, que quiere dominar el mundo

a través de la revolución social, no cabe duda que el renacimiento del mundo musulmán representa un factor importante, aparentemente fácil, pero muy difícil de manejar en realidad.

d) *El Imperio de Marruecos.* — La situación geográfica de Marruecos, a orillas del Mediterráneo y del Océano Atlántico, constituye una de las características por la cual Marruecos se diferencia de los otros países de la región occidental del norte de África (1). El litoral marroquí pertenece en gran parte a la costa atlántica (800 kilómetros desde la desembocadura del Uad Draa, en el Sur, hasta Cabo Espartel, extrema punta noroeste de Marruecos); la costa mediterránea alcanza un desarrollo de unos trescientos kilómetros desde la desembocadura del Uad Kiss, frontera política entre Argelia y Marruecos, hasta la punta de la Alamina (Ceuta) en la entrada del Estrecho de Gibraltar; completa el litoral marroquí, la costa del Estrecho de Gibraltar (80 kilómetros), entre Punta Alamina y el saliente del Cabo Espartel.

La línea fronteriza entre Argelia y Marruecos no es una demarcación natural basada en accidentes geográficos, orográficos o hidrográficos; es una frontera señalada por los tratados.

Sin embargo, la diferencia de altitud determina una frontera natural que, prescindiendo de los límites políticos entre los territorios, separa efectivamente Marruecos oriental (que en realidad no es más que la prolongación del oeste argelino) de Marruecos occidental, que constituye el verdadero Marruecos, es decir, el oeste de la región del Atlas.

Aunque la estructura profunda del Atlas sea idéntica en Argelia y en Marruecos, pues en ambos países el Atlas presenta un horst, o gran macizo, envuelto en los pliegues más recientes, que tienen la misma dirección y el mismo carácter, el Atlas marroquí es notoriamente mucho más elevado que el argelino; en efecto, el conjunto del horst marroquí se halla más elevado que el horst argelino en unos 1.500 metros, y éste a su vez domina en unos 1.000 metros los pliegues terminales del Atlas que se encuentran en territorio tunecino. Al Norte y al Sur se elevan el Atlas mediterráneo y el Atlas

(1) Véase: Angelo Ghirelli. *El País berebere.* Madrid, 1942.

sahárico respectivamente; estos macizos se distinguen entre sí, más por la diferencia de su estructura que por sus respectivas altitudes.

El horst marroquí cubre una superficie equivalente a la mitad del territorio de Marruecos, apoyándose, hacia el Sur, en el alto Atlas occidental, que es una sierra recortada en los esquistos antiguos del macizo cristalino, mientras el alto Atlas oriental es una cadena de mesetas calcáreas elevadas. Las altas planicies esteparios, características en Argelia, llegan en Marruecos solamente a la orilla derecha del Muluia; al Oeste de este río, un gran murallón roqueño, elevado, del macizo marroquí ,constituye la frontera natural que separa la prolongación argelina del Marruecos oriental del Marruecos efectivo, representado por la región atlántica. En este murallón roqueño se abre un paso hacia el Oeste, que permite llegar al Marruecos atlántico; dicho paso llamado «corredor de Taza» ha sido denominado por L. Gentil (1), «Estrecho sur-rifeño».

Se comprende, pues, que esta configuración física del territorio marroquí haya tenido una influencia notable en su evolución histórica, relacionada con la constitución de su población. Ésta comprende, aproximadamente ,unos seis millones de individuos, de los cuales el 90 % son bereberes de las diferentes familias.

Recordaremos brevemente que, hasta el 30 de marzo de 1912, el Imperio de Marruecos, llamado xerifiano a causa de la dinastía reinante, que pretende descender del Profeta, era un Estado independiente, formado por la reunión de grupos de poblaciones casi exclusivamente bereberes, bajo una misma autoridad, aunque en muchas regiones fuese sólo nominal; Marruecos, a pesar de constituir desde el punto de vista político un Estado, hasta ahora no ha llegado nunca a ser una nación.

Las dificultades de comunicación, la independencia efectiva de algunas poblaciones que no tenían con el Gobierno central más relación que la de los impuestos (no pagaban éstos sino por la fuerza, obligando a los sultanes a continuas expediciones militares) y por último, el escaso contacto de dichas poblaciones con lo europeo, completamente ignorado por algunas de ellas, fueron causa de que

(1) Véase: L. Gentil. *Le Maroc physique*. París, 1912. Alcan, edit.

la agitación islámica, política, de la segunda mitad del siglo XIX, no tuviese más que una repercusión teórica y limitada a algunos elementos más evolucionados.

Pero, a principios del siglo XX, las aspiraciones expansionistas de Francia hacia Marruecos se concretaron con los Tratados de 1902 y 1904, en los cuales el Gobierno francés recababa cierta libertad de acción en Marruecos a cambio de concesiones análogas a Italia en Libia y a Inglaterra en Egipto (1).

La rivalidad franco-alemana obligó a la impaciencia expansionista de Francia a un compás de espera con el Acta de Algeciras de marzo de 1906, y Marruecos empezó entonces a ser un verdadero campo de batalla en el que se encontraron frente a frente las diversas influencias europeas. Esta agitación provocada por la ingerencia de Europa no había de tardar en tener su repercusión entre las poblaciones indígenas bereberes, siempre dispuestas a la rebelión contra la autoridad central. En 1900, habiendo fallecido el Gran Visir Ba Hamed ben Musa que desde la muerte del sultán Mulei Hasan regentaba el imperio, la autoridad pasó al joven sultán Mulei Abd el Aziz, cuya impopularidad creció rápidamente por diferentes causas. El levantamiento del Rogui Bu Hamara, que se hizo proclamar sultán en Taza y dominó durante varios años la región oriental de Marruecos, fué un síntoma del estado de decadencia en que se hallaba entonces el imperio marroquí. Pero el levantamiento de Mulei Hafid, hermano del sultán Mulei Abd el Aziz, y su Jalifa en Marakech fué alentado por las intrigas europeas y fué un factor importante de la política de obstrucción desarrollada por Alemania. En efecto, después del acuerdo franco-alemán del 4 de noviembre de 1911, Mulei Hafid, que desde 1908 había suplantado a su hermano Abd el Aziz en el trono, no teniendo ya el apoyo alemán en que basar su resistencia a las pretensiones francesas, fué obligado a firmar el Tratado de Protectorado del 30 de marzo de 1912, por el cual el carcomido imperio del Extremo Occidente acabó de perder si independencia.

Pero esta capitulación del Estado marroquí no arrastró la sumisión de las poblaciones marroquíes que se dispusieron a la lucha

(1) Sin embargo, en el tratado de 1904 se respetaban los intereses españoles que fueron objeto de la Convnción franco-española del 4 de octubre de 1904.

contra la ingerencia europea; desde entonces se fué realizando la ocupación de los territorios insumisos, en nombre del Sultán y del Maghzen..

La guerra europea vino a complicar la situación, transformando Marruecos en un terreno en donde la lucha de las armas no era más que una manifestación del conflicto. La propaganda panislámica, apoyada por agentes de los Imperios centrales y turcos, hizo numerosos adeptos, y si el nacionalismo marroquí no despuntó al finalizarse la guerra (como en otros países musulmanes) fué porque el Imperio marroquí estaba constituído por poblaciones sin lazo alguno entre sí, las cuales, para poderse unir en una aspiración política común, debían formar una serie de nacionalidades inferiores o regionales, cuya unión resultaría de más fácil realización bajo la forma federativa.

Sin embargo, Marruecos, por ser un país en donde gran parte de sus pobladores se hallaban en estado de guerra, había de quedar forzosamente influído por la agitación política que conmovía el mundo musulmán en sus relaciones con las potencias europeas. Las rivalidades y maniobras antagónicas de las potencias europeas utilizaron para sus fines la propaganda islámica y panislámica, intentando despertar en las poblaciones la idea nacionalista, fuese regional fuese nacional; y la intentona de nacionalismo regional realizada por Mohand uld Abd el Kerim en el Rif fué una muestra de los principales factores de la agitación marroquí.

En la actualidad la división política del antiguo Imperio xerifiano comprende: las regiones sometidas al Protectorado de Francia y las regiones sometidas al Protectorado de España. Las primeras forman un solo bloque, mientras las segundas se subdividen en Zona mediterránea septentrional y en Zona atlántica con el enclave de Ifni.

1. *Zona de Protectorado francés.* — En Marruecos situado bajo la dependencia de Francia la organización del Protectorado ha sido inspirada, en su origen, por funcionarios tunecinos y ha dado lugar a graves errores, pues no se ha tenido en cuenta la diferencia intrínseca de los dos países; en la región tunecina el elemento árabe constituye el 40 % de la población total y la influencia arabizadora se extiende sobre el 65 % de los habitantes de la Regencia. En

Marruecos, al contrario, el elemento considerado como de origen árabe representa sólo el 10 % de la población, de la cual apenas el 50 % se halla influído, casi siempre muy superficialmente, por una arabización reducida, en general, al solo lenguaje.

Así que la *cuestión bereber*, es decir, el problema de la organización de las poblaciones bereberes sometidas al Protectorado, ha empezado a ser estudiado bastante tiempo después de la instalación de ese régimen.

Las relaciones con Argelia y Túnez, siendo más fáciles y frecuentes a medida del aumento de los medios de locomoción y de comunicación, han facilitado el desarrollo en Marruecos de movimientos análogos a los de estos países. Sin embargo, en Marruecos, la repercusión de la agitación existente en el mundo islámico se ha manifestado sobre todo bajo el aspecto islámico y nacionalista, aunque, sin duda alguna, hayan existido infiltraciones de propaganda extremista, socialista y comunista.

La actividad de los reformistas musulmanes fué señalada en Marakech, en 1924; se reveló con ocasión de la muerte del Cherif el Kitani (1926-1927), entre los estudiantes de El Karauiin y los alumnos de los colegios musulmanes; poco después era señalada la existencia de otro grupo reformista entre los jóvenes marroquíes de Rabat. Desde entonces, el partido reformista ha conseguido numerosos adeptos y ha pasado del terreno puramente religioso al político. La influencia reformista (uahabismo y salafiah) ha puesto frente a frente los partidarios de las reformas islámicas puritanas y los tradicionalistas musulmanes.

Los incidentes de mayo de 1934, con ocasión de la visita del Sultán a Fez, demuestran el desarrollo político que ha tomado el movimiento reformista y sus tendencias nacionalistas xenófobas, puesto que durante esta visita el Sultán fué vitroeado con gritos francamente nacionalistas y fueron arrancadas y pisoteadas las banderas francesas. El movimiento reformista ha reclutado secuaces sobre todo entre los elementos cultos de la juventud musulmana; ésta, desde luego, constituye la minoría, no sólo de la población total, sino también de las agrupaciones ciudadanas dispuestas a recibir la semilla de la rebelión. En realidad, la gran masa del pueblo marroquí ha asistido con indiferencia al desarrollo del movimiento. Se puede

decir que en esa masa la conciencia nacional se halla todavía en estado rudimentario; la concepción de la agrupación queda limitada en general a los individuos de una yemaa y algunas veces a las fracciones de una tribu y raramente a la de un grupo de tribus; sin embargo, esa masa es susceptible de sentir las influencias exteriores. Por su ignorancia y por su misma sencillez puede ser fácilmente presa de la propaganda xenófoba que forma parte del programa nacionalista y que algunos consideran como factor esencial del nacionalismo.

En Túnez la propaganda xenófoba ha despertado entre los indígenas el misticismo político-religioso que ha dado lugar a explosiones de fanatismo en los hechos; en Marruecos, todos los movimientos antieuropeos han sido determinados por explosiones de sectarismo religioso, que en algunos casos han conseguido arrastrar a las masas, despertando en ellas sentimientos y deseos de independencia, aunque muy confusos.

Las autoridades de la zona de Protectorado francés, alarmadas por las manifestaciones xenófobas de Fez de 1934, que revelaron una tendencia contraria a los franceses, mientras los epílogos sangrientos de Mokhine, Sousse y Bekalta, en la Regencia de Túnez, los saqueos de Argel y las matanzas de Constantina, en Argelia, agravaban la situación en toda el África septentrional francesa, decidieron tomar medidas de seguridad contra esta agitación que fué definida con el nombre de «movimiento nacionalista».

Los acontecimientos de septiembre de 1937 demostraron que, a pesar de todo, esta fermentación había adquirido una gran fuerza y que sus manifestaciones llegaban al motín sangriento. En octubre de 1937, las manifestaciones de Marakech y Meknés, seguidas por los incidentes de Port-Liautey y de Khemisset, así como la agitación en Fez, Rabat y Uxda, demostraron la existencia de un estado de ánimo entre los indígenas francamente hostil a la ingerencia francesa; esto obligó a las autoridades a emplear procedimientos enérgicos, multiplicando las detenciones. Tales medidas revelaban la gravedad de la situación.

El movimiento señalado en el Marruecos francés en los últimos meses de 1937 obedecía a varias causas; la causa directa y determinante había sido un complot con finalidad dinástica organizado por

los nacionalistas con el propósito de formar un gobierno independiente y nacionalista; en realidad, no se trataba sino de un pretexto para la manifestación de un movimiento francamente xenófobo y antifrancés. Entre las causas indirectas se puede señalar la repercusión en Marruecos de la evolución nacionalista de los países musulmanes debida a la propaganda realizada en Oriente por Inglaterra y Francia con el fin de sublevar contra lo sturcos las provincias árabes del Imperio otomano.

En efecto, la idea nacionalista no sólo había hecho prosélitos entre las poblaciones árabes del Próximo Oriente, y la evolución de éstas había influído también sobre los países que, como los del África septentrional, hallándose meramente arabizados de un modo más o menos superficial, se escudan detrás de su arabización y de su islamización para tratar de ocupar una situación política en el mundo musulmán. En estos países, hasta ahora, la idea nacionalista ha penetrado principalmente en el elemento de la población más culto y más evolucionado, y se puede decir que en Marruecos los elementos que constituyen el nacionalismo marroquí están sin coordinar. En muchos pueblos musulmanes la conciencia nacional está todavía en estado rudimentario; sólo existe un espíritu de unidad inerte, apenas perceptible y muchas veces ignorado por los mismos interesados. Este espíritu llega a manifestarse en determinadas circunstancias y condiciones; pero como estas circunstancias se pueden presentar a cada paso, la evolución hacia la formación nacionalista puede realizarse de un momento a otro.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que los progresos de los medios de comunicación entre los diversos elementos del mundo islámico facilitan las relaciones y aumentan la eficacia de la propaganda que se realiza con los Congresos musulmanes, con las Conferencias islámicas, con la difusión de los periódicos, de las revistas y hasta con las transmisiones de radio que propagan ideas e instrucciones a los musulmanes de todos los países.

El periódico francés *Le Temps* señalaba que en el Marruecos sometido al Protectorado de Francia el número de aparatos de radio adquiridos y que se hallaban en poder de los indígenas, en el período entre el primero de enero de 1936 y el 5 de abril de 1937, era de 3.588.

El Marruecos francés quedó envuelto en la conflagración mundial de 1939-1945 debido al desembarco que en él realizaron las tropas anglo-americanas; la situación confusa que resultó de esas circunstancias no se ha despejado todavía, y el Marruecos sometido al Protectorado de Francia, a pesar de ciertas apariencias, se halla en una situación política indefinida, desde el punto de vista internacional e interior.

2. *Zona de Protectorado español.* — El Protectorado de España en Marruecos, derivado del tratado de Protectorado franco-xerifiano del 30 de marzo de 1912, y determinado por el tratado franco-español del 27 de noviembre de 1912, se extiende sobre dos zonas del Imperio xerifiano separadas una de otra por el territorio sometido a la protección francesa.

Este último territorio forma un bloque central de más de 500.000 kilómetros cuadrados que separa las dos zonas españolas situada una al Norte y la otra al Sur; en la zona septentrional del Protectorado español está enclavada la zona de Tánger que, después de vicisitudes diversas, vuelve a gozar, políticamente, de un régimen especial.

La zona septentrional, por su situación geográfica a orillas del Mediterráneo y en el Estrecho de Gibraltar y por la relativa densidad de su población, presenta un interés mayor que la zona meridional desértica unida al territorio del Sahara español. Desde el punto de vista geográfico, la zona septentrional del Protectorado de España en Marruecos constituye un islote montañoso rodeado por el Mediterráneo al Norte y por extensas llanuras al Este y al Oeste y separado del macizo montañoso del Medio Atlas por el corredor de Taza. Políticamente, la codicia francesa ha mermado esta zona natural, con los sucesivos tratados de 1904 y de 1912. El territorio sometido al Protectorado de España en el Norte de Marruecos ocupa actualmente una superficie de unos 23.000 kilómetros cuadrados aproximadamente, pues la comisión de límites franco-española todavía no ha terminado sus trabajos.

La población de la zona es de unos seiscientos mil habitantes, con un promedio de 29 habitantes por kilómetro cuadrado. La casi totalidad de la población indígena es bereber, pues el elemento árabe se

puede considerar casi como inexistente, habiendo quedado reducido, en la región oriental de la zona, al núcleo árabe (aunque étnicamente mezclado con el elemento bereber) de la cábila de los Ulad Setut (5.653 individuos) y en la zona occidental, a algunos grupos de origen árabe en la Gharbia, en el Kaidato de Arcila y de Larache. En ambas regiones, los bereberes que rodean a dichos grupos han influído desde luego sobre su carácter, berberizándolos bajo determinados aspectos.

La población de las ciudades de la zona occidental es, en general, muy heterogénea; al núcleo procedente de los musulmanes de España, que constituye una pequeña minoría y cuyo origen árabe es muy discutible, se han agregado elementos diversos: hebreos convertidos al Islam en circunstancias y épocas diversas; bereberes del campo que se han instalado definitivamente en la ciudad. esclavos negros y también elementos diversos, ya negros, ya bereberes procedentes de regiones marroquíes lejanas.

Es evidente, pues, que la propaganda de nacionalismo panarábigo no puede afectar seriamente a las poblaciones marroquíes, que no pueden intrínsecamente ser sensibles a su acción como lo son los elementos del Próximo Oriente; en Marruecos, hasta ahora, el solo factor de agitación posible es la influencia islámica reforzada por el dinamismo de la reforma puritana o, en sentido diferente, los movimientos sociales.

En la zona sometida al Protectorado español, se señala la existencia de dos grupos con tendencias nacionalistas, que, desde su origen, son divergentes entre sí. Uno de estos grupos, de carácter político-religioso, se apoya en la idea reformista o progresista, en lucha contra el islamismo cristalizado en las tradiciones locales que lo inutilizan para una evolución progresiva. En realidad, en Marruecos, la conciencia nacional no se ha despertado todavía, y aparte de los pequeños grupos de jóvenes más evolucionados e instruídos, la masa bereber ignora todo cuanto a este sentimiento se refiere; por consiguiente, la agitación capaz de resolverse en un movimiento nacionalista no puede ser provocada más que por la propaganda xenófoba de carácter religioso islámico, intensificada entre estas poblaciones bereberes cuya islamización es todavía muy superficial y cuya concepción de una unidad nacional es todavía embrionaria.

Por lo tanto, se puede creer que la evolución nacionalista de los bereberes nortemarroquíes podrá realizarse a través de una mayor y más intensa islamización y arabización de las masas bereberes, efectuada con una propaganda islámica intensa y con la organización arabizadora de esas masas, de los medios de gobierno y de la aplicación de las leyes coránicas.

No cabe duda que dichas masas bereberes, cuyas prácticas religiosas verdaderas son fetichistas o de magia, barnizadas con una apariencia islámica, comprenderán muy difícilmente el puritanismo islámico de los reformistas uahabitas o salafiah. No obstante, conviene recordar que para levantar las masas ignorantes es suficiente determinar en ellas un cierto grado de misticismo político y religioso, como ha ocurrido en Túnez y en Argelia, en donde tal misticismo las ha llevado a las mayores violencias.

Estos movimientos nacionalistas llevan en sí mismos su contrapeso; y no lo llevan a causa del Corán, sino a causa del tradicionalismo que es el lastre del Islam y contra el cual luchan los reformistas con el afán precisamente de devolver al Islam su elasticidad primitiva, elasticidad que permitió a la doctrina de Mahoma extenderse tan rápidamente hasta dominar gran parte del mundo con la brillante civilización sarracena.

Un segundo grupo propagador de ideas evolutivas es el de la «Unidad marroquí», constituída hacia el final de 1937. Su programa político fué publicado en un periódico fundado por ese grupo con el nombre de «Unidad marroquí» (27 de diciembre de 1937) en cuyo programa se afirma que «el movimiento de unidad marroquí se basa en el principio de «Marruecos para los marroquíes»; una de las primeras consecuencias de este principio es luchar para que no gobiernen Marruecos más que los marroquíes mismos y para que no se permita a los extraños pretender la soberanía en él, sea quien fuera el extraño, musulmán o no musulmán. La familia marroquí única, elegida por el mismo pueblo marroquí para ejercer este derecho y a la que ha prestado su obediencia y acatamiento desde hace más de tres siglos hasta la fecha, es la familia xerifiana Alauita».

El programa de las reivindicaciones del movimiento de «Unidad marroquí» tiene como base la intervención activa del Gobierno protegido, aunque bajo el control del Estado protector. Esta fórmula

de gobierno tendría, desde luego, como resultado directo una mayor arabización en los usos, costumbres, lenguaje y jurisprudencia de las poblaciones nortemarroquíes, de las cuales sólo una parte está arabizada en el lenguaje y en algunos usos.

Conviene recordar que Mohand uld Abd el Kerim el Jatabi, el cabecilla rifeño de la campaña de 1921, quiso conseguir un resultado análogo aprovechando condiciones excepcionales de independencia. Esta intentona de nacionalización de las poblaciones beréberes, bajo el nombre de «República del Rif», consiguió propagar el empleo del idioma árabe en regiones en donde era ignorado por completo, pero puso de manifiesto que la conciencia nacional de esos cabileños se hallaba todavía en estado rudimentario, y el fracaso de ese primer ensayo de nacionalización de las tribus rifeñas reveló que su evolución social no había desarrollado de una manera suficiente en su espíritu el concepto de nacionalidad.

Por otra parte, tampoco conviene olvidar que si los bereberes de antaño han podido acatar la autoridad de las dinastías de su misma raza y hasta ayudarlas en sus reinados, las dinastías xerifianas procedentes del Sahara y representativas de un elemento racial diferente nunca han sido aceptadas en su soberanía política. La historia nos dice que siempre los bereberes han eludido el reconocimiento de la autoridad de los sultanes xerifianos; y que éstos, por otra parte, la han impuesto sólo por la fuerza y durante el tiempo que duraban sus expediciones militares.

Es lógico, pues, pensar que para que los bereberes, que constituyen la gran masa de la población, acepten programas nacionalistas es necesaria una transformación preliminar del carácter de las poblaciones nortemarroquíes, empresa muy lenta que encontrará en su realización obstáculos, porque no sólo chocará con las condiciones peculiares de esas poblaciones, sino también con la repercusión en el país de las actividades sociales de carácter extremista que se han señalado en Túnez, en Argelia y hasta en el Marruecos francés, actividades más adecuadas al espíritu de la masa bereber, que comprende mejor los movimientos social-económicos que los político-religiosos o de exaltación dinástica.

La zona de Marruecos septentrional sometida al Protectorado de España quedó definitivamente pacificada a raíz de las operaciones

militares ordenadas por el general Primo de Rivera. Y en 1936, cuando estalló el movimiento nacional español, los indígenas de la zona acudieron en masa a alistarse para la lucha; durante ese período ninguna reacción política ni religiosa obscureció la acción que llevó todo Marruecos español al lado del movimiento nacionalista que se desarrollaba en España.

Después de la guerra, la agitación nacionalista marroquí, fomentada por los dos partidos que representan siempre una pequeña minoría y con carácter de política exterior, no ha modificado para nada la situación interior de la zona.

En 1941, los leaders de los dos partidos nortemarroquíes, fueron al Cairo al Congreso interparlamentario pro Palestina, y últimamente, el Gobierno de la zona de Protectorado español de Marruecos envió una delegación musulmana al Cairo con el fin de participar en los trabajos de la Liga árabe, que desde 1945 ha tomado el nombre de «Unión de los Estados árabes».

Es indiscutible que existe en la actualidad un movimiento favorable a la arabización de los pueblos del África del Norte. Muchos jóvenes de las mejores familias norteafricanas de Túnez, Argelia y Marruecos, también del Marruecos español, son enviados a completar sus estudios en Siria o en Egipto y cuando vuelven a su país son propagandistas convencidos del arabismo. En realidad, los pueblos musulmanes del África septentrional están atraídos por el Oriente moderno. Trabajos tales como los de Chej Abdú o de Rachid Rida (éste director de la revista teológica «El Manar») revelan la importancia que han adquirido las ideas musulmanas reformistas y el despertar de la conciencia religiosa norteafricana. El prestigio intelectual de Chekib Arslan en su proselitismo panarábigo se explica por el hecho de que Chekib Arslan representa a los ojos de la juventud norteafricana el reformismo y el renacimiento árabe.

La arabización de las poblaciones rurales iniciada entre los beduínos no ha dado desde luego resultados definitivos; sin embargo, numerosos son los tolbas procedentes de las tribus del interior que han ido a las universidades de las ciudades, como la «Zituna», de Túnez, o «El Karauiin», de Fez, para conseguir un diploma que da importancia entre las poblaciones ignorantes del campo.

La solidaridad beduína que une el Oriente con el Maghreb está

demostrada por el interés tomado por la «Unión de los Estados árabes», que aunque creado para la federación de Estados árabes independientes, tiende a atraer a su órbita el elemento musulmán arabizado del África septentrional, admitiendo este elemento en sus trabajos.

Es evidente también que los progresos de los medios de comunicación, la difusión de las ideas por los procedimientos modernos, favorecen el contacto entre los diversos elementos musulmanes. El panarabismo como ideal político o la arabización de las poblaciones musulmanas no árabes son elementos de unión entre el Oriente y el Occidente musulmanes.

En África septentrional existe un problema y es la «cuestión bereber». Arabizar o bereberizar, es un dilema enfocado diferentemente; el mariscal Liautey en Marruecos había tenido, desde el primer momento de su actuación como Alto Comisario francés, la visión de lo que podía representar para Marruecos este problema y había iniciado el estudio especial de la cuestión bereber. Por otra parte, en Siria y Líbano el problema de las minorías llevó la política francesa al fracaso.

No hay que olvidar que entre los indígenas también la persecución crea mártires. Y es evidente que el arabismo combatido por el dominador cristiano, se envuelve a los ojos de los reformistas musulmanes de una aureola santificada por el Islam.

e) *Uahabismo y Salafiah en África septentrional.* — Después de la guerra europea de 1914-1918, el renacimiento del Islam atravesó un período de transición entre las antiguas ideas cristalizadas del Islam de la Edad Media y el movimiento modernista acentuado con ocasión de la nueva Turquía y con su Decreto del 3 de marzo de 1924, mediante el cual quedó abolido el Califato de los creyentes y expulsado del territorio otomano el último Califa, el sultán Abd el Meyid.

A título de celebrar un Congreso para el nombramiento de un nuevo Califa, el mundo islámico se agitó, intensificando su propaganda y adaptándola al momento, con el pretexto de la necesidad de dar a conocer la importancia de la cuestión a las comunidades musulmanas cuya comprensión era insuficiente; a ese respecto, los

comités directivos enviaron varias comisiones en viajes de propaganda, que se esparcieron por todo el mundo musulmán.

Entre estos propagandistas, muchos lo fueron también de las ideas de reforma, o mejor dicho, de renovación del Islam, conocidas bajo las denominaciones de *uahabismo* y de *salafiah.* Ambas doctrinas representan una renovación del Islam con tendencias a la abolición de todas las prácticas que han ido injertándose en el primitivo tronco religioso mahometano, como el marabutismo y las cofradías religiosas musulmanas.

La diferencia que existe entre estas dos manifestaciones del espíritu musulmán es que el uahabismo, apoyado por la fuerza, ha entrado en un período de existencia política, mientras que el salafiah ha quedado todavía en le terreno espiritual, sin trascender a la actuación política. Son, pues, dos expresiones de una misma idea que tienen una misma finalidad y tienden a unirse.

El uahabismo puede propagarse bajo la forma salafiah, como ideal entre las poblaciones que no tienen contacto directo con los reformadores del Neyed; el salafiah, por otra parte, podrá encontrar en un momento determinado, en el apoyo material de los triunfos uahabitas, la fuerza para sostenerse en la lucha contra los otros elementos islámicos tradicionalistas.

Ya hemos visto el origen y desarrollo de la idea de reforma islámica de Mohamed ibn Abd el Uahab, en el siglo XVIII, y el renacimiento del uahabismo por obra del Emir Abd el Aziz ibn Seud, hoy rey incontestado de la Arabia seudita.

El origen del movimiento salafiah es obscuro; nació en la India en donde se desarrolló vigorosamente, pasando pronto del terreno religioso al político. La intervención de los indios musulmanes en las cuestiones islámicas de interés general (como la del Califato) dió a conocer las tendencias del comité de Delhi, representante de los mahometanos de la India; estas tendencias expuestas por el Presidente del comité, Chelah Katchalu, eran netamente xenófobas y en el sentido islámico manifestaban un puritanismo religioso que se encuentra en la doctrina salafiah. En efecto, el movimiento intelectual moderno de Salafiah en sus tendencias puritanas llega a prohibir la música, el lujo suntuario, etc.; desde el punto de vista político es democrático y se manifiesta reaccionario rechazando toda inno-

vación en el culto. Entre las innovaciones condenadas se hallan el marabutismo y las cofradías religiosas.

En realidad, el salafiah se inspira en fuentes muy cercanas de las del uahabismo y se ha llegado a clasificarlo como «uahabismo latente»; tal definición, exacta desde el punto de vista religioso, no implica, sin embargo, una influencia directa y reconocida del jefe actual de los uahabitas sobre los partidarios del movimiento salafi esparcidos en el mundo. Esta dualidad existente explica la confusión que muchos sufren entre la propaganda uahabita y el movimiento salafi.

En Marruecos y en general en toda el África septentrional, la propaganda que se realiza tiene su origen más bien en la doctrina salafiah, aunque la denominación sea poco conocida de los musulmanes de esas regiones.

Hace algunos años, ulemas y notables de Fez redactaron un programa de reformas sociales, desde luego muy limitado, que consistía en predicar sobre todo la economía.. Se trataba en primer lugar de limitar los gastos excesivos de las ceremonias de casamiento, para atender a las cuales, según las costumbres, las familias contraían deudas; vendían casas o fincas para poder celebrar rumbosamente los siete días de esas fiestas ruinosas. Al mismo tiempo se suprimían detalles de dichas fiestas, considerados como supersticiosos y no ortodoxos. En dicho programa de reformas sociales se pedía el destierro de las cantadoras (cheijiat), artistas, mujeres públicas de cierto rango, acusadas de arruinar a los hijos y a los padres de familia.

Este programa de supresión de bidaas (innovaciones) fué sometido al Sultán de Marruecos, Mulei Iusef, que no lo aprobó.

En el invierno de 1926-1927 llegó a Fez un Alem bien conocido, Sidi Mohamed ben Yafar, que pertenecía a la familia de los xorfas kitaniin, autor de un libro titulado «Salauat en Fas». El primo de éste, Chej Abd el Hai el Kitani, jefe de la cofradía de los kitania, era un gran adversario de los reformadores y objeto por parte de éstos de una continua vigilancia. Sidi Mohamed ben Yafar profesó un curso en la universidad de El Karauiin que originó las más vivas discusiones; los adversarios del marabutismo y de las cofradías enviaron desde Rabat y Fez artículos a los periódicos de Argelia y Túnez. Después de la muerte de Si Mohamed ben Yafar, que ocurrió

al poco tiempo de explicar su curso en el Karauiin, una gran actividad y efervecencia reinó en los dos bandos de jóvenes marroquíes; el de los modernistas o reformistas, de los colegios, y el de los estudiantes de El Karauiin se unieron provocando una gran inquietud entre los chiujs de las cofradías y los del partido de los «Viejos turbantes», que denunciaron a las autoridades francesas del Protectorado esta alianza, considerada por ellos como muy peligrosa. Los alumnos del colegio de Fez representaron en el teatro una obra sobre Saladino; tuvo mucho éxito y para celebrarlo se reunieron en un té, en el cual participaron los jóvenes de los dos bandos; fué una reunión que los periódicos calificaron de «puramente mundana», pero, en realidad, puso en evidencia la alianza existente entre los elementos jóvenes.

En Rabat se había formado entre los estudiantes un partido religioso, del cual era jefe un joven sabio llamado El Iazid que inició la lucha contra las cofradías religiosas musulmanas por medio de folletos y artículos de Prensa.

En realidad, estas tendencias ya existían en Marruecos desde hacía algún tiempo y habían sido señaladas en Marrakech, aunque estuviesen por entonces (1924) en forma embrionaria. En Fez, una intervención demasiado amplia de la instrucción privada permitía que se abrieran medersas en las cuales la nueva doctrina servía de base para la instrucción, provocando en muchos casos el descontento de los padres de los alumnos. Lo mismo ocurría en Tánger, según parece, por la intervención de un sirio que había vivido mucho tiempo en América del Sur.

En toda el África septentrional los periódicos nacionalistas de las diferentes regiones se inspiraban en la nueva doctrina: en el Cairo, el «Uadinil»; en Túnez, el «Lissan ech Chaab» y el «Uazir»; en Argelia, «Ech Chiyeb»; estos últimos periódicos manifestaban además una orientación netamente desturiana (comunista). Un tal estado de espíritu constituye un peligro para la tranquilidad del país cuando es utilizado por los elementos europeos con fines de perturbación, con el pretexto de servir al interés de los indígenas. El pasado enseña que en África septentrional, debido a la idiosincracia de sus habitantes, los cismas se transforman rápidamente; de movimientos religiosos pasan a ser trastornos sociales con sus peores abusos y con

las consecuencias más nefastas; la historia de los circonceliones, de los jareyitas, de los karmatos, etc., son datos que conviene tener siempre presentes.

En 1928 los periódicos europeos del Protectorado francés de Marruecos iniciaron una campaña a favor de los extremistas musulmanes. La intervención del elemento europeo en una discusión específicamente musulmana y religiosa manifiesta la tendencia a una connivencia con los comunistas que, como es notorio, tienen como principio el exaltar las aspiraciones locales para llegar a la ruina de la metrópoli protectora.

En la zona de Protectorado español de Marruecos, la propaganda de estas ideas renovadoras del Islam (uahabismo y salafiah) y de lucha contra las cofradías religiosas y el marabutismo no tiene el mismo alcance que en la zona de Protectorado francés. No cabe duda que habiéndolas adoptado el elemento joven e intelectual de esa zona, también las adoptará la juventud intelectual de ciudades como Tetuán, Larache, Arcila y Alcazarquivir, por ser más instruída y de ideas más abiertas al progreso. Pero dichas ciudades de la zona española están aisladas social y culturalmente del campo poblado por la gran masa de la población indígena, pues de los 589.179 habitantes que pueblan los 20.974 kilómetros cuadrados de la zona septentrional del Protectorado, sólo 35.670 viven en las ciudades, de los cuales 4.000 en Xauen (1).

La población indígena del norte de Marruecos, compuesta en su mayor parte por bereberes más o menos arabizados e islamizados, es, en general, ignorante y poco susceptible de comprender el alcance de estas renovaciones; las creencias mágicas y supersticiosas siguen constituyendo el fondo religioso de los campesinos nortemarroquíes. Al extenderse el Islam entre poblaciones no semíticas y de religión diferente, y a fin de conservar su adhesión, tuvo que adoptar semejantes creencias y prácticas supersticiosas, disfrazándolas de apariencia islámica (2). El poder milagroso de los santones islámicos sustituye, para esa gente, al poder sobrenatural de los espíritus benéficos y maléficos que el santón con su «baraka» domina.

(1) Estas cifras se refieren a la población indígena musulmana.
(2) Véase: ANGELO GHIRELLI. *El Norte de Marruecos*. Melilla. 1926. (Capítulo: Religión de los Bereberes.)

Los santones, por su parte, necesitan de las cofradías religiosas para conservar y aumentar el número de sus feligreses y transformarlos en contribuyentes voluntarios, pues los donativos de éstos son la fuente más clara de ingresos de tales personajes religiosos. Esa población ignorante, no posee ningún centro cultural que no esté en manos de los santones o de las cofradías religiosas; para ella, además, la idea religiosa abstracta no tiene valor, siendo su religión las prácticas mágicas y supersticiosas islamizadas por la intervención de los santones. Por todo ello no es de extrañar que se muestre indiferente respecto a la renovación puritana del Islam a la que apenas conoce. Así pudo ser observado en 1927, cuando en Marruecos tuvieron lugar las predicaciones de la doctrina puritana salafiah. A causa de dichas predicaciones suscitáronse polémicas entre los modernistas (reformistas islámicos) y los tradicionalistas, llamados «los viejos turbantes», y se prohibieron en Fez las manifestaciones de lujo en las bodas, etc. Algunos elementos musulmanes propusieron entonces que se adoptaran las mismas medidas en la región de Melilla, mas esta proposición no sólo no tuvo éxito, sino que provocó airadas protestas por parte de los cabileños.

Desde el punto de vista político, las doctrinas puritanas (uahabismo y salafiah) constituyen un arma poderosa contra la propaganda y la actuación secretas y políticas de las cofradías religioosas; pero la política de suscitar y apoyar las disensiones religiosas es un arma de doble filo que no puede ser manejada más que con mucha prudencia y seguridad; la facilidad con la cual los bereberes, según la historia, han abrazado los diferentes cismas, tanto cristianos como islámicos, revela el fondo de su carácter y pone en evidencia que una innovación, cualquiera sea su origen y su finalidad, tiene siempre grandes probabilidades de ser sostenida por el bereber si en ella ve el medio de resistir, aunque sea sólo espiritualmente, a las imposiciones de sus dominadores.

En estas condiciones es evidente que las ideas abstractas de las doctrinas renovadoras del Islam no tendrán grandes probabilidades de desarrollo entre la población bereber, en caso de que se limiten a representar una teoría puramente religiosa; pero esas mismas ideas encontrarán numerosos partidarios el día que representen una cuestión política y pueden servir de base o de pretexto a un movi-

miento, aunque sea político-religioso, tanto más peligroso cuanto más misticismo despierte en las masas, ya que éste constituye la palanca que las empuja a la acción.

Capítulo III

EL ISLAMISMO Y EL NACIONALISMO EN EL LEJANO ORIENTE

La doctrina de Mahoma se ha extendido en Asia hasta el Extremo Oriente, haciendo numerosos prosélites en las Indias, en China y en el Japón.

Las cifras conocidas referentes a los musulmanes del lejano Oriente señalan la importancia de la difusión del Islam en esos países. Se calcula en efecto que en las Indias hay más de 150 millones de mahometanos y 49.330.171 en China y Japón; es decir, que en esos países se encuentran más de la mitad del total de los mahometanos esparcido en el mundo.

Pero en todos esos países los mahometanos constituyen una minoría y sólo en el Indostán esta minoría ocupa una situación política interesante.

La península indostánica, aun constituyendo una unidad geográfica indiscutible, nunca ha podido alcanzar una unidad política verdadera, aparte de la impuesta por sus dominadores y actualmente por la dominación británica. Esa falta de unidad ha dado por resultado que nunca la India haya podido rechazar a sus invasores.

La historia señala como invasiones importantes de la India la de los arios, ocurrida hacia el año 1500 antes de J. C.; luego la invasión musulmana, entre el año 1000 y el 1700 de J. C., y, por último, la dominación inglesa que, iniciada en el siglo XVIII (1750), se transformó en ocupación en 1850. Desde entonces el Indostán forma parte del Imperio británico y los reyes de Inglaterra llevan el título de Emperadores de las Indias.

Los arios, bajando del Asia central, penetraron en la península indostánica por los pasos del NO., los únicos que permiten el acceso a este país, defendido por el murallón infranqueable del Himalaya, y sometieron a sus habitantes de piel negra, instalándose en la península como dominadores. Pero esta conquista fué sólo parcial y superficial, pues la masa más importante de los arios se quedó en el noroeste.

Pocos entre los invasores arios avanzaron hacia el Sur; en el Norte mismo, grandes extensiones de territorio y de la manigua quedaron en poder exclusivo de los primitivos habitantes. Los arios, esparcidos por el inmenso territorio índico, constituyeron una minoría dominante, y para poder dominar a una población mucho más numerosa que ellos mismos, trataron de no ser absorbidos por ésta y de conservar la supremacía política. Con ese fin instituyeron una división demográfica en «castas» que les permitiría conservar su pureza racial.

La casta, en su origen, debía representar una barrera entre los habitantes de la India clasificados por el color de su piel. Esta institución, que ha quedado en la vida social de la India, fué consagrada por las leyes civiles y religiosas. La sociedad india quedó dividida en tres castas: la de los «brahamanes» o sacerdotes; la de los «kchatrias» o guerreros, y la de los «sudras» u obreros; los arios monopolizaron las dos castas superiores, dejando la tercera, la de los sudras, para la población indígena primitiva. Preceptos religiosos muy severos determinaron la separación entre los individuos de cada casta, siendo prohibidos los casamientos, las comidas en común y hasta el contacto físico entre individuos de casta diferente. Las infracciones de esos preceptos eran castigadas severamente con la exclusión del culpable no sólo de su propia casta, sino de las otras, pasando el individuo a ser un «sin casta», es decir, un «paria». La sociedad india quedó así regentada únicamente por un ceremonial religioso.

La organización en castas no dió resultados definitivos, puesto que los mismos brahamanes, sobre todo al principio, por la escasez de mujeres de su raza, se mezclaron con los indígenas primitivos, a pesar de la prohibición. La división en castas persistió como sistema social, provocando un sinnúmero de subdivisiones. Un autor inglés publicó las siguientes conclusiones al hacer el estudio de la vida so-

cial en la India: «No es exagerado afirmar que el sistema de castas divide a los habitantes de la India en dos mil especies diferentes, que en las relaciones corrientes de la vida tienen la misma comunidad que los pobladores de un jardín zoológico» (1).

Es evidente que un país socialmente dividido como la India no puede presentar defensa alguna contra el invasor; las invasiones musulmanas del país lo demostraron.

Poco después de haber conquistado la Persia, los mahometanos atacaron la India; en los primeros tiempos, las agresiones al territorio índico tuvieron sólo el carácter de pequeñas expediciones fronterizas.

La primera expedición musulmana importante fué la de Mahmud el Ghazni, príncipe afgano que en el año 1000 de J. C. conquistó el Punyab en el NO. de la India. Los jefes musulmanes que le sucedieron se extendieron hacia el Este, conquistando para el Islam una gran parte de la India septentrional.

El Islam como doctrina era el antítesis del brahamanismo, y el criterio islámico de que «todos los creyentes son hermanos», fué aceptado con entusiasmo por muchos indios de casta inferior o sin casta, que convirtiéndose al islamismo podían participar del estatuto social de los conquistadores.

Los mahometanos de la India descienden no sólo de los conquistadores afganes, turcos, árabes y persas, sino también de los millones de indios que por aquellas razones adoptaron la religión de Mahoma. En la actualidad, se cuentan en la península indostánica más de setenta millones de secuaces del Profeta Mahoma.

Durante varias generaciones la influencia mahometana quedó limitada al Norte del país. Pero, en los principios del siglo XVI, el gran capitán turco-mongol Babour penetró en la India fundando el imperio del «Gran Mogol». Babour y sus sucesores llegaron hasta el Sur de la India y dotaron al país de una unidad política que no había conocido hasta entonces. Pero esta dominación no fué duradera; los brahamanes, amenazados en su existencia social, fomentaron el

(1) Véase: SIR BAMPFYLDE FULLER. *Studies of Indian Life and Sentiment.* Londres, 1910. Véase también: W. ARCHER *India and the Future.* Londres, 1910. SIR V. CHIROL. *Indian Unrest.* Londres, 1910. REV. J. MORRISON. *New Ideas in India.* Edimburg, 1906.

renacimiento indio y la dinastía mogólica se resintió de esta agitación, hasta que, finalmente, en los principios del siglo XVIII, se derrumbó, dejando a la India fraccionada en numerosos estados musulmanes e indios en guerra entre sí por cuestiones de religión, de política y hasta económicas.

Este estado de anarquía favoreció el establecimiento de la influencia y luego de la dominación británica.

Las relaciones de Inglaterra con la India fueron primeramente comerciales y empezaron a través de la «Compañía de las Indias Orientales» (1750). Esta Compañía durante largo tiempo fué una empresa puramente comercial, codiciosa de importantes dividendos más que deseosa de dominio político; más tarde, desarrollando una política ambiciosa de anexiones, se transformó en verdadera potencia gubernativa. La actitud británica despertó los recelos de los indostanos y provocó la insurrección de 1857 que determinó la intervención del Gobierno inglés; éste ,dominado el movimiento, abolió la «Compañía de las Indias Orientales» y sus privilegios; la India pasó directamente al dominio de la corona de Inglaterra. Más tarde, la reina Victoria de Gran Bretaña se hizo proclamar Emperatriz de las Indias.

La dominación inglesa favoreció el desarrollo de la influencia occidental, fomentando la construcción de carreteras, ferrocarriles, canales, etc. La inauguración del Canal de Suez cimentó las relaciones entre Europa y la India, en tanto que en ésta la instrucción según los sistemas europeos propagaba las ideas occidentales.

Las generaciones que se sucedieron, familiarizadas no sólo con las palabras, sino con las ideas de autonomía, libertad y nacionalismo, empezaron a manifestar en la India, como en otros países de Oriente, su descontento contra la dominación europea. Este descontento, iniciado con declaraciones en favor de una mayor autonomía, no tardó en transformarse en exigencias categóricas de la independencia total.

El primer síntoma de descontento organizado se manifestó en el año 1885 con la reunión del «Congreso Nacional Indio». El hecho mismo de la reunión de tal Congreso demostraba la existencia de una comunidad de ideas y de aspiraciones entre los diversos elementos del país. En realidad, en ese Congreso no estaba representada

más que una minoría formada por intelectuales, periodistas y políticos ya familiarizados con las ideas de los occidentales. Estos elementos evolucionados consagraron sus esfuerzos a reformas sociales y económicas, a cuestiones importantes para la sociedad indostánica, como la supresión de los casamientos entre niños, la autorización para las viudas de volverse a casar y también los problemas referentes a la instrucción. Sólo más tarde estos intelectuales indostanos se dieron cuenta de la falta total de autonomía en que se hallaban y aspiraron a dar a su propio país la libertad de la cual hablaban tanto los ingleses, sus dominadores; entonces fué cuando las cuestiones de política empezaron a tomar la mayor importancia.

Hacia el final del siglo XIX, la situación había cambiado. En la India, como en Oriente en general, se había despertado una nueva conciencia racial y política, y empezaban a aparecer síntomas de verdadero nacionalismo.

Al pequeño grupo primitivo de intelectuales europeizados se habían unido otros elementos que no aspiraban a reformas tipo occidental, sino a la renovación de la India, a la que deseaban libre e independiente; los nacionalistas indios se prepararon a luchar por su independencia, invocando a la madre patria. En efecto el nacionalismo primitivo del país fué un movimiento netamente indostánico; los mahometanos lo miraron con cierto recelo y hostilidad, pues la agitación tuvo como base un sentimiento de xenofobia, no sólo contra los ingleses, sino también contra los mahometanos.

La escisión latente entre los nacionalistas indios y los musulmanes se manifestó entonces abiertamente. El movimiento nacionalista, empujado por la ambición y la exaltación religiosa se transformó en fanatismo. En 1905, la división de Bengala por parte del Gobierno británico, sencilla medida administrativa, fué considerada por los nacionalistas como una cuestión vital, y la propaganda realizada de propósito provocó una agitación revolucionaria que se extendió a toda la India. El jefe del movimiento, Bal Gangadhar Tilak, desarrolló con su periódico «Yougantar» una campaña violentísima que produjo resultados tangibles de motines sangrientos y de asesinatos de ingleses. El Gobierno de la India contestó a dicha campaña revolucionaria con medidas de represión enérgicas. Durante varios años, la India fué presa de esa agitación que los encarcelamientos,

las ejecuciones y las deportaciones no fueron suficientes a calmar. Después de un período de calma relativa (1909-1911), el descontento volvió a manifestarse, aunque el movimiento nacionalista hubiese pasado de manos de la minoría extremista a manos de una organización de nacionalistas moderados que empleaban métodos evolucionistas.

En esos momentos, los musulmanes se organizaron, constituyendo la «Liga musulmana panindia», y tranquilizados por la actitud conciliadora de los nacionalistas moderados, se unieron a ellos.

Durante la guerra europea de 1914-1918, el conjunto de la India británica quedó tranquilo, suministrando a Inglaterra hombres y dinero sin protestas. Después de la guerra, las aspiraciones nacionalistas volvieron a manifestarse, y los diversos partidos indicaron claramente que la finalidad última que perseguían era la emancipación.

No es nuestro designio hacer la historia del nacionalismo indio, con el cual tiene que luchar la política inglesa. Recordaremos solamente que la Liga musulmana india, representando unos 70 millones de mahometanos, bajo la dirección del Comité musulmán de Delhi, constituye un verdadero Directorio indoislámico que ha intervenido eficazmente en varias cuestiones interesantes del mundo islámico del Próximo Oriente; el Comité de Delhi ayudó moral y financieramente al Imam uahabita Abd el Aziz ibn Seud en contra del gran Cherif de la Meca cuando éste se proclamó Califa del mundo musulmán en Am-man (Transjordania), a raíz del Decreto turco del 3 de marzo de 1924, que proclamó la abolición del Califato del mundo islámico en Turquía y la destitución y expulsión del Sultán-Califa del territorio turco. Pero fueron también los delegados del Comité de Delhi los que provocaron la moción, en el Congreso panislámico, declarando que ni el rey Fuad (entonces rey de Egipto) ni el Emir uahabita, Abd el Aziz ibn Seud, podían ser elevados al Califato islámico por no ser ni uno ni otro descendiente del Profeta.

En realidad, el mundo islámico de Oriente y Extremo Oriente, India, Mongolia, China y Japón y de las Indias orientales holandesas, forma un mundo aparte, unido al mundo musulmán del Próximo Oriente con lazos religiosos; pero, más que los musulmanes de África todavía, los mahometanos de Oriente y del Extremo Oriente se desenvuelven en un ambiente social y político diferente.

Cuarta Parte

LAS INFLUENCIAS EUROPEAS

Capítulo Primero

INFLUENCIAS DE CARÁCTER GENERAL

El estudio del Renacimiento musulmán demuestra la existencia de fuerzas intrínsecas susceptibles de gran desarrollo y de ser orientadas hacia fines diversos.

El desarrollo de estas fuerzas es debido, hasta ahora, en gran parte a la influencia de la civilización europea, o sea, occidental, influencia que por su intensidad y alcance ha sido causa principal de la evolución del mundo islámico moderno. Uno de los factores que más ha contribuído al establecimiento y a la expansión de dicha influencia es el dominio que, tanto en el orden político como en el económico, el mundo occidental ha llegado a ejercer sobre el oriental.

En algunos casos, la dominación europea se ha impuesto sin disfraz alguno y por la fuerza de las armas, como por ejemplo en la conquista de Argelia por los franceses, en la del Asia central por los rusos. .En otros, por el contrario, ha sido el resultado de una acción esencialmente económica, cuyo desarrollo ha sido denominado «penetración pacífica» y que encubre una intervención avasalladora por parte del capital europeo sobre una región o un país hasta entonces independientes. Dicha intervención se manifiesta bajo la forma de empréstitos, concesiones, intereses creados, para cuya defensa se hace necesaria en un momento determinado la dominación política. Así es como fueron sometidos Egipto, Marruecos y Persia. Nadie ignora que el origen del imperio inglés en las Indias remonta

a una empresa comercial denominada «Compañía de las Indias Orientales».

En los principios del siglo XIX, mientras el mundo occidental, rebosante de vitalidad, se ponía a la cabeza en el progreso humano, el oriental, ya decrépito, estaba sumido en un sueño letárgico. Era pues lógico y natural que el primero tratase de imponerse al segundo. Por otra parte, en esa época y a los ojos de muchos, la dominación política del Occidente sobre el Oriente parecía el mejor y el más rápido, sino el único medio para conseguir la modernización de los países que estaban considerados como los más atrasados.

El primer contacto entre la civilización occidental y el mundo oriental no llegó a establecerse de un modo amplio, verdadero, definitivo, más que hacia la mitad del siglo XIX, y su influencia mayor y más intensa en las regiones musulmanas que desde hacía tiempo estaban sometidas a la dominación política de Europa no tardó en alcanzar también a los pueblos para los cuales la tutela europea era todavía puramente nominal.

No cabe duda que el comercio, llevando los productos de la industria occidental hasta las regiones más alejadas y aisladas del mundo islámico, abrió las puertas de éste a la influencia europea, cuya acción se ha ido intensificando y generalizando con el correo, el telégrafo, la radiotransmisión, los ferrocarriles, las carreteras, las comunicaciones aéreas, así como con los libros y los periódicos. Una de las consecuencias de esta penetración occidental ha sido la de crear entre los habitantes de esas regiones nuevas necesidades económicas, las que a su vez han determinado modificaciones en los usos y costumbres; muchos indígenas han llegado a utilizar, sin reparo y de un modo natural, los mayores y más modernos adelantos occidentales, ignorados poco antes.

La influencia de la civilización europea se ha hecho sentir principalmente en las clases superiores y, en modo particular, en el ambiente intelectual que existe en la actualidad en todos los países de Oriente. Este ambiente está formado por individuos que poseen una noción más o menos definida de las concepciones occidentales; algunos de ellos se han europeizado exteriormente, hasta el punto de vestir y comer a la europea y también de vivir en casas amuebladas en parte o en su totalidad al estilo occidental. Pero detrás de esta

fachada de europeización su vida íntima se desarrolla de diversos modos, según la reacción que presenten a la influencia occidental. Algunos, aun conservando las bases filosóficas de sus antepasados, se esfuerzan por asimilar los principios de la civilización cristiana con vistas a una síntesis superior del Oriente y del Occidente; otros, abandonando las tradiciones del pasado, se dejan arrastrar por las ideas nuevas hasta europeizarse más o menos sinceramente; y por último, otros disimulan bajo el barniz europeo su desengaño y su odio.

La diversidad de reacciones que presenta el ambiente oriental ilustrado, bajo la influencia de la civilización europea, se explica por el modo con que la presión de ésta se ha establecido y extendido. En efecto, aunque más intensa y completa en las cuestiones de orden material, dicha influencia no ha dejado de alcanzar los dominios espirituales e intelectuales del mundo oriental, activando su transformación. Pero ésta, bajo la presión occidental, se realiza de una manera anormal, procediendo por saltos bruscos y violentos, con períodos de intenso esfuerzo de adaptación, muy diferente de la evolución del mundo occidental que, en general, es metódica y se realiza por etapas normales y relativamente progresivas en su sucesión. La rapidez y la violencia, que son las características de la transformación del Oriente, le quitan todo carácter evolutivo para hacer de ella una verdadera revolución política, económica, social, intelectual y, en algunos casos, también religiosa; pero llena de confusiones e incertidumbres, de anacronismos los más discordantes y de contradicciones las más divergentes.

En los primeros tiempos, la influencia de la civilización europea, que se hizo sentir hacia la mitad del siglo XIX, fué bien acogida por los elementos políticos orientales y hasta despertó un gran entusiasmo entre ellos.

La mayor parte de los reformadores liberales musulmanes de la segunda mitad del siglo XIX habían sido influídos profunda y favorablemente por las ideas y el espíritu de progreso de la civilización occidental y, convencidos de la superioridad de los métodos europeos, habían intentado trasplantarlos a sus propios países, como, por ejemplo, la organización iniciada por el primer Ministro del Bey de Túnez, el general Jer ed Din, que ya hemos mencionado al tratar

del nacionalismo tunecino. Pero el entusiasmo del primer momento y las disposiciones favorables del ambiente liberal hacia las ideas de progreso y de civilización europea no tardaron en transformarse en rencor «nacido del espíritu mismo de nuestra civilización» (1), motivado por el profundo desengaño provocado por la actitud de acentuado imperialismo adoptada por las potencias europeas. Este sentimiento antieuropeo se ha robustecido cada día más en los años transcurridos desde la entrada del siglo XX.

Pero el imperialismo occidental, que en el siglo XIX, dada la situación respectiva de la civilización occidental y de la oriental, era inevitable, ha resultado, en conjunto, beneficioso hasta para el mismo Oriente, porque, como dice Ramsay Muir (2), «sin el imperialismo europeo los pueblos atrasados del globo hubiesen permanecido en el estado de estancamiento y bajo el régimen consuetudinario, primitivo e inmutable, en que se hallaban desde los principios de la historia. Si hoy día las ideas políticas más provechosas del Occidente, la de la nacionalidad y la del gobierno autónomo, empiezan a producir una sana fermentación en muchos puntos del mundo no europeo, es debido a la influencia del imperialismo de las potencias de Europa».

Es cierto que éstas han tenido que emplear la violencia; pero esta violencia constante y generalizada ha sido precisamente la fuerza que ha derribado los obstáculos levantados por el espíritu de inercia generalizado en los países orientales, ha obligado a estos últimos a despertar de su cristalización en una grandeza ya muerta y a darse cuenta de la dureza de las realidades de la vida moderna.

Al despuntar el siglo XX, los países de Oriente que habían sufrido durante más de medio siglo la presión constante de la civilización europea ya no eran fanáticos e ignorantes como cuando, encerrados en el círculo de sus antiguas civilizaciones en plena decadencia, se desinteresaban completamente de los acontecimientos exteriores. En la escuela de las ideas y métodos europeos habían aprendido mucho y estaban deseosos de pasar de la teoría a la práctica; pero las po-

(1) Véase: ARMINIUS VAMBERY. *Der Islam in Neunzehnter Jarhundert.* (Leipzig, 1875) y también: *Western Culture in Eastern Lands* (Londres, 1912).

(2) Véase: RAMSAY MUIR. *Europe and the No-European World* (publicado en «The New Europe» del 28 de junio de 1917).

tencias europeas, que durante un cierto período del siglo XIX habían abundado en el liberalismo sin querer darse cuenta de los progresos de los pueblos orientales en el camino de la civilización moderna, se encastillaron en un espíritu de fuerte rivalidad política y económica que tuvo su epílogo en la guerra mundial de 1914-1918. Mientras los pueblos orientales evolucionaban hacia el liberalismo occidental, Europa se manifestaba siempre más ávida de colonias, de «esferas de influencia», de concesiones de régimen privilegiado, en una palabra: más que nunca imperialista en el sentido peyorativo de la palabra. De ahí que en los principios del siglo XX, el Occidente, en lugar de aflojar en su presión impositiva sobre el Oriente, la intensificó, iniciando un período de anexiones y afirmando más duramente su dominación en los países sometidos.

Al final de la guerra los Estados musulmanes independientes habían cesado de existir, pasando a depender más o menos directamente de las potencias occidentales con los mandatos otorgados por la Sociedad de Naciones.

Ya hemos visto cómo después de la guerra europea de 1914-1918, y a consecuencia del desengaño que las poblaciones musulmanas principalmente de origen árabe sufrieron por la decisión de la Sociedad de Naciones, se iniciaron movimientos antieuropeos: los unos bajo la forma de nacionalismo regional y los otros bajo el aspecto de nacionalismo panislámico.

El renacimiento de Turquía — de la Turquía moderna de Kemal bajá — sobre las ruinas del antiguo imperio de los Califas ha demostrado cuál puede ser el resultado de la reacción política de un país musulmán bajo la influencia modificadora de la civilización europea; esto es, la creación de una personalidad política bien definida, llegando hasta eliminar el carácter teocrático de gobierno para sustituirlo por las formas occidentales más modernas, pero conservando siempre íntegro el carácter y el espíritu del pueblo, avivados por la separación de la religión y del Estado en el criterio de gobierno.

Con la separación del Estado de la Iglesia musulmana, la Turquía de hoy ha definido su existencia nacional, que se hallaba difusa en el inmenso conjunto del mundo islámico de aspecto incierto y de límites indefinidos. Bajo la influencia de la civilización europea ha podido, no sin grandes esfuerzos, libertar su vida íntima nacional

de las trabas que la aprisionaban sin definirla, justipreciarla y transfundirla en el molde del Estado europeizado actual, base de la Turquía de mañana, Estado y nación formados por un núcleo homogéneo de catorce millones de habitantes, nivelados por unas mismas leyes y unidos por idénticos sentimientos y por comunes intereses superiores.

En la actualidad el régimen turco no ha llegado todavía a la perfección, a la cual puede aspirar, y no cabe duda que es todavía defectuoso y presenta en su organización numerosos huecos. La muerte prematura del Ataturk pudo detener momentáneamente en su marcha la organización definitiva de la Turquía moderna; sin embargo, ésta tiene en su activo un hecho nuevo e indiscutible: el haber sustituído sus antiguas fuerzas por otras nuevas individuales y colectivas. Turquía, además, es un país en el cual el sentimiento nacionalista puede multiplicar sus energías, apoyándose en la base racial, que ha quedado claramente determinada con la separación de las provincias árabes del antiguo imperio otomano. La habilidad con la cual la nueva Turquía ha sorteado los escollos del último conflicto mundial (1939-45) demuestra la marcha progresiva del nuevo Estado.

Es evidente que el origen racial de los turcos ha facilitado su evolución, pues los países orientales en su esencia son y serán siempre países orientales, sin que la civilización occidental pueda nunca llegar a modificarlos intrínsecamente, aunque pueda darles una nueva personalidad.

Capítulo II

INFLUENCIA DE LAS RIVALIDADES OCCIDENTALES

1.º *Origen de la política colonial europea.* — La política peculiar que la necesidad de una expansión ha impuesto a algunos Estados europeos ha dado origen a rivalidades entre esas potencias.

Recordaremos brevemente que el primero y principal factor de política colonial deriva del comercio con el Oriente, país rico y popu-

loso con el cual las transacciones eran fáciles y provechosas. En los primeros tiempos, dicha política fué exclusiva de la península ibérica (1): España y Portugal; pero el descubrimiento de América y la división hecha por el Papa que, trazando sobre un mapa una línea teórica, repartió el mundo entre las dos potencias ibéricas, cambiaron los factores del problema.

En Oriente, Portugal, primero, y luego Holanda y Francia crearon imperios coloniales que más tarde habían de derrumbarse o reducirse bajo la acción constante y enérgica de la política de la Gran Bretaña.

En América, España se encontró en presencia de un importante problema de colonización. La población autóctona americana se hallaba a un nivel económico demasiado bajo para que se pudiese pensar en una acción puramente comercial, como en Oriente. Para poder comerciar era necesario que el país produjese, y para obtener esta producción (explotación agrícola y de las minas) se hacía indispensable crear colonias de población y no sencillas estaciones comerciales.

La expansión comercial, netamente ibérica en los comienzos y dirigida hacia América central y meridional, no tardó en atraer a daneses, suecos, ingleses y franceses que se dirigieron principalmente hacia el Norte de América. Pero los daneses y suecos, profundamente complicados en las enredadas cuestiones germánicas, abandonaron pronto toda idea de expansión colonial para consagrar sus energías a su actuación en Europa. Francia, ocupada en luchar contra España por la hegemonía en el dominio del mundo, había llegado durante el siglo XVIII a renunciar implícitamente a su expansión colonial y había visto sus posesiones del Norte de América y la mayor parte de las de la India pasar a manos de los ingleses, quienes habían empezado ya a hacer de la política colonial su única política exterior.

En América, el período colonial tocaba a su término hacia el final del siglo XVIII. Los núcleos de población europea permanente que, como ya hemos indicado, habían colonizado los vastísimos territorios americanos, estaban dotados de un grado avanzado de civilización. El alejamiento de la madre patria desarrolló en estas agrupa-

(1) No deben ser olvidadas las Repúblicas italianas y principalmente la de Venecia, que llegó a dominar gran parte del Mediterráneo oriental.

ciones étnicas la aspiración y el sentido de una vida social propia, aparte e independiente de la metropolitana. Entre los últimos años del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX esta aspiración se concretó; y la joven América, con la guerra de la Independencia, con el levantamiento de las colonias españolas y con la separación del Brasil de Portugal, había conseguido la autonomía y la independencia de la mayor parte de su territorio.

Perdida la posibilidad de un mayor desarrollo en América, la acción colonial europea se orientó desde entonces principalmente hacia Oriente y hacia el continente africano, modificando, por otra parte, su finalidad aparente.

En efecto, la política colonial no había sido hasta entonces más que una manifestación de fuerza para la explotación de los países dominados; la revolución francesa aportó un cambio radical, ya que no en la esencia, por lo menos en sus fórmulas, puesto que, a partir de ese momento, el pretexto más corriente para todo movimiento colonial fué la acción civilizadora.

2.º *Las rivalidades europeas en política colonial durante el siglo XIX.* — En el siglo XIX el oleaje político consecutivo a las campañas nalopeónicas dió origen a la *cuestión de Oriente* que fué durante todo el siglo una amenaza constante para la paz de los Estados europeos.

Inglaterra, separada del continente por el mar, no tardó en darse cuenta de que para ella la política colonial era la mejor arma para conseguir el predominio en el mundo; y había consagrado todos sus esfuerzos a orientar y desarrollar dicha política. Esto la puso rápidamente en pleno antagonismo con Rusia, que con el pretexto de ayudar a Grecia, víctima de las vejaciones turcas, había declarado la guerra a Turquía, poco tiempo antes de que Francia, con la ocupación de Argel (1830), iniciase su política colonial norteafricana.

Hacia la mitad del siglo XIX la política oriental de Rusia provocó la guerra de Crimea, en la que tomaron parte contra Rusia y apoyando a Turquía, Inglaterra, Francia y Piamonte. La paz de Versalles de 1858, que aseguró la libertad de los Dardanelos, no pudo satisfacer a Rusia, cuya actitud de antagonismo declarado contra Inglaterra no se modificó por la firma del Tratado.

La guerra franco-prusiana de 1870 y la victoria alemana abrieron la puerta a la intervención germánica en las cuestiones coloniales y en particular en las referentes a los países musulmanes. Desde el primer tiempo de la constitución del Imperio (1871), fué produciéndose en Alemania un rápido incremento de población que, efectivamente, desde 1870 a 1911 aumentó en 20 millones de habitantes. Dicho incremento había de llevar consigo una modificación en el carácter de la misma que, dejando de ser principalmente agrícola, pasó a ser esencialmente industrial. El príncipe de Bismark no tardó en darse cuenta de esta tendencia que hacía prever un correspondiente aumento en la producción industrial, y quiso dotar al nuevo Imperio de un importante dominio colonial, en donde pudiese abastecerse de las primeras materias y de los productos naturales necesarios para las industrias alemanas que estaban destinadas a tomar un auge mayor cada año.

Los documentos diplomáticos publicados hace algunos años por el Ministerio de Negocios Extranjeros alemán ponen de manifiesto el papel importante que desempeñó la política germánica en la orientación colonial de las otras potencias en los últimos 25 años del siglo XIX. La situación preponderante de Prusia, vencedora de Austria (1866) y de Francia (1870), había facilitado la constitución del Imperio germánico, y éste, fuerte, con la autoridad que en las cuestiones de orden internacional le habían dado sus recientes victorias, no vaciló en imponer su punto de vista a Rusia, vencedora en una nueva guerra contra los turcos.

Como es notorio, los resultados de la guerra de Crimea no habían podido dar satisfacción a las aspiraciones rusas, y una nueva guerra había estallado (1876-1877), cuyo epílogo fué el Tratado ruso-turco de Santo Stefano, tratado desastroso para Turquía y que estuvo a punto de volver a plantear en toda su integridad, la «cuestión de Oriente».

La intervención diplomática inglesa evitó que las tropas rusas, llegadas a las puertas de Constantinopla, penetrasen en la ciudad, y Alemania, fuerte en su situación internacional, impuso a Rusia le revisión del Tratado de Santo Stefano, que debía ser sometido a un Congreso europeo, el cual, reunido en Berlín, tendría que examinarlo y deliberar sobre las cláusulas de dicho convenio.

Mientras que Alemania negociaba con diversas potencias las condiciones de este Congreso y las cuestiones que en él serían discutidas, llegó a Londres Nubar Bajá, importante personaje político egipcio, quien convencido del próximo derrumbamiento del Imperio otomano, se había trasladado a la capital de Inglaterra para tantear el terreno cerca de los hombres de Estado ingleses, con vistas al establecimiento de un protectorado británico sobre Egipto. Poco atendido por los ministros de la reina Victoria, Nubar Bajá, en una conversación que tuvo con el Embajador de Alemania en Londres, conde de Munster, expresó sus quejas y expuso sus aspiraciones, las cuales, comunicadas por el Embajador al príncipe de Bismark, interesaron a éste tanto más cuanto que entraban en su programa de política internacional.

En efecto, como resulta de la correspondencia del conde Herbert de Bismark, hijo del «Canciller de Hierro» con el señor Bulow, Bismark desde hacía tiempo pensaba que Inglaterra había de asegurarse la posesión de Egipto, porque« la cuestión de Egipto separaría a Inglaterra de Francia, que conservaba una actitud hostil contra Alemania».

En Inglaterra, la tensión de las relaciones con Rusia, que amenazaba no poderse solucionar más que con una guerra, hacía deseable evitar toda nueva complicación. Lord Derby tuvo que dimitir y lord Beaconfield había formado un Gabinete en el cual lord Salisbury figuraba en el *Foreing Office.*

El nuevo Ministro de Negocios Extranjeros inglés había ya tenido ocasión de conferenciar con el príncipe de Bismark sobre la cuestión egipcia, y éste le había manifestado su actitud favorable a la intervención inglesa; pero el 19 de abril comunicaba al conde de Munster sus inquietudes, que el Embajador alemán transmitió al príncipe de Bismark en una carta fechada en 20 de abril, en la cual mencionaba los argumentos por él empleados para calmar las inquietudes del Ministro británico: «Yo le contesté que consideraba exagerada la inquietud que mostraba. Desde el punto de vista financiero, Egipto, que no podría ser bien y efectivamente administrado más que con la intervención inglesa, daría beneficios seguros. Por lo que se refiere a Francia, el mundo financiero que gobierna París quedaría muy pronto tranquilizado por los beneficios eco-

nómicos, los cuales harían olvidar todos los recuerdos históricos y napoleónicos sobre Egipto.

»Lo que Francia desea en África, y que es necesario para consolidar su dominación en Argelia, es Túnez, la antigua Cartago, y el maravilloso puerto del Cabo Bon. Esta adquisición por parte de Francia será mucho más alarmante para Italia que para Inglaterra. Desde luego, por el momento Francia no haría la guerra a causa del Egipto. En cuanto a prever que esto no pueda ocurrir, una vez que las ideas de guerra contra Alemania se hayan disipado y que el ejército francés vuelva a tener sed de acción, es ya otra cuestión.»

El programa del Canciller alemán, cuyo bosquejo se refleja en la carta del conde de Munster, según el cual, enviando a Inglaterra a Egipto y a Francia a Túnez, nacería una sorda hostilidad entre ambas potencias y, por otra parte, entre Italia y Francia, no tardó en realizarse; Inglaterra aprovechó los movimientos revolucionarios de Arabí Bajá y la matanza de europeos en Alejandría para poner pie en Egipto, mientras que Francia instalaba su protectorado en Túnez, ocupado poco antes. Italia, a pesar de la compensación que Inglaterra parecía ofrecerle asociándola a su expedición contra Egipto — en la cual desde luego se negó a tomar parte —, quedó muy dolorida por la dominación francesa en Túnez, en donde sus intereses, muy importantes entonces, reclamaban su presencia; y la joven Italia no tuvo más remedio que echarse en los brazos de Alemania para formar la Tríplice Alianza, con la cual Bismark pensaba poder luchar contra una eventual coalición europea, preocupación constante del «Canciller de Hierro».

La animosidad de Italia contra la actuación francesa en Túnez se manifestó por la ruptura del Tratado de Comercio entre las dos naciones y por frecuentes incidentes de frontera; la orientación de Italia hacia una política colonial africana, que la situación interna del país no explicaba, fué, desde luego, un derivativo que evitó una violenta reacción del pueblo italiano cuando Francia empezó a fortificar Bizerta y cuando Clemenceau pronunció su discurso en la Cámara francesa apoyando el proyecto de esas fortificaciones.

Alemania, mientras tanto, no descuidaba su programa colonial, y en 1884 figuraba ya entre las principales potencias coloniales; bien

por adquisiciones, bien por convenios pacíficos, en poco tiempo llegó a ser propietaria de importantes territorios en África sur-occidental; en el Camerun, en Togo, en la Nueva Guinea, así como en África oriental. Ulteriormente sus dominios aumentaron con la adquisición de algunas islas de Oceanía, del territorio de Kia-Ciao y de regiones limítrofes al Camerún.

En los últimos años del siglo XIX, la orientación dada a la política internacional por el príncipe de Bismark, esto es, hacia el antagonismo entre Francia e Inglaterra, pareció que iba a llegar a provocar un conflicto serio entre estas dos potencias. En esa época, la política de expansión colonial francesa estuvo en abierta oposición con los intereses, o mejor dicho, con el programa de la política colonial de Inglaterra, que era el de establecer su influencia en África oriental, desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Egipto. La política colonial francesa desarrollada por el Gabinete Hanotaux fué netamente antibritánica, con una marcada tendencia a una aproximación con Alemania, afirmada por las palabras del emperador Guillermo que había hablado «de los grandes intereses comunes entre Francia y Alemania en el mundo entero, pero sobre todo en África».

La misión del comandante Marchand, la ocupación de Fachoda (en el Sudán anglo-egipcio) por las tropas francesas y el enérgico ultimátum con el cual Inglaterra contestó a la maniobra francesa, fueron el epílogo de esta política. Francia, que no se hallaba en condiciones de emprender una guerra contra Inglaterra, se inclinó y entregó a las tropas anglosudanesas el puesto de Fachoda.

El fracaso de la política de Hanotaux provocó un cambio de gobierno y de orientación en la política internacional y en la colonial de Francia. Delcassé, que sucedió a Hanotaux, fué decidido partidario de una aproximación a Inglaterra, considerando que Francia debía unirse a ésta para contrarrestar la importancia cada día mayor de la influencia alemana en los asuntos internacionales.

Desechando, pues, la orientación dada por Hanotaux a las aspiraciones coloniales francesas, en antagonismo con Inglaterra, concretó su acción a la región del Mediterráneo occidental.

Como veremos ulteriormente, a pesar de las declaraciones oficiales que *nadie tiene más interés que Francia en ver tranquilo y*

desear independiente a Marruecos, Delcassé dirigió todos sus esfuerzos para colocarse en condiciones de poder desempeñar el papel más importante en el porvenir del Imperio xerifiano, cuya posesión debía ser el complemento indispensable para el dominio del Norte de África.

3.° *Las políticas coloniales europeas en el siglo XX con anterioridad a la guerra europea de 1914-1918.* — En los principios del siglo XX, Marruecos, uno de los últimos Estados musulmanes todavía independientes, se hallaba en un estado de decadencia que había de favorecer grandemente el establecimiento de la dominación europea.

Desde 1894, época de la muerte del sultán Mulei Hasan, estaba gobernado por el hijo de un esclavo negro de palacio, Ahmed ben Musa, denominado familiarmente Ba Ahmed. Elevado por Mulei Hasan al cargo de chambelán de la Corte xerifiana, al morir el Sultán en 1894, hizo proclamar como sucesor elegido por el padre a Mulei Abdel Aziz, que entonces tenía unos catorce años, y de acuerdo con la madre de éste, Lala Requia, asumió la tutela.

A la muerte del gran Visir Ba Ahmed, que ocurrió en mayo de 1900, Mulei Abd el Aziz no tardó en sacudir la tutela de su madre y, aunque muy inexperto, tomó por sí mismo la dirección de los asuntos de Estado. Coincidiendo esta situación con la nueva orientación político-colonial de Francia bajo el gobierno Delcassé, la ocasión era la más oportuna para encaminar la actuación francesa a que no hubiese en los dominios del Sultán de Marruecos posición más predonderante, ni mayor influencia política ni expansión comercial más importante, que las de Francia.

El desarrollo de esta acción política por parte de los franceses causó una cierta alarma en el espíritu inexperto de Mulei Abd el Aziz, quien decidió el envío de dos embajadas que visitasen las cuatro principales Cortes de Europa: Si el Mehdi el Menehebi fué enviado como embajador a Londres y a Berlín para buscar apoyo y garantías contra la actuación de Francia; Si Abd el Kerim ben Sliman, a San Petersburgo y a París con el encargo de sancionar los acuerdos convenidos entre el embajador francés, monsieur Revoil, y el representante del Sultán en Tánger, Si Mohamed Torres. El

resultado de estas embajadas no fué por cierto el que el Sultán esperaba. El Menehebi consiguió el apoyo inglés únicamente para sí mismo, contra las intrigas urdidas por el gran Visir, Si Fedul el Gharnit, con el fin de hacerle perder la confianza del Sultán; Si Abd el Kerim ben Sliman, después de firmar en París el Protocolo del 20 de julio de 1901, volvió a Marruecos con una serie de planes de reformas e innovaciones, entre las cuales figuraba una reforma de Hacienda, por la cual se modificaba el sistema tributario del Imperio marroquí, reduciéndolo a una tributación anual fija y extensible a todos los habitantes de Marruecos; este nuevo tributo fué denominado «tertib». Tales innovaciones fueron mal recibidas por los marroquíes y dieron origen al descontento general que empezó a manifestarse con la aparición en la escena marroquí de un pretendiente al trono que pretendía ser Mulei Mohamed (hijo del sultán Mulei Hasan) y que fué apodado «El Rogui» (octubre de 1902). Más tarde, generalizándose este descontento, provocó la abdicación de Mulei Abd el Aziz (1908) y la subida al trono de su hermano y rival Mulei Hafid (1907-1908).

El Protocolo de París, firmado por Si Abd el Kerim ben Sliman en 20 de julio de 1901, dictaba disposiciones para el mantenimiento del orden y de la seguridad en la región de Uxda, encomendando a dos Comisarios, uno marroquí, establecido en Uxda, y otro francés, residente en Lala Marghnia, todo lo relativo a la policía de frontera. En ese mismo protocolo se adoptaban disposiciones análogas respecto del oasis de Figuig, y se regulaba la situación del territorio comprendido entre los ríos Zusfana y Guir, declarando zona neutral la porción comprendida en ese triángulo.

Este protocolo entreabrió a Francia la puerta en los asuntos marroquíes, y los xenófobos del Imperio xerifiano se lo reprocharon fuertemente a Si Abd el Kerim ben Sliman (1).

Desde la firma del Protocolo del 20 de julio de 1901, Marruecos fué el tablero en el cual las potencias europeas movieron sus piezas de política internacional de carácter colonial. El ministro francés, consecuente con su programa de expansión norte-africana, fir-

(1) En 1908, después de la muerte de Si Abd el Kerim ben Sliman, su tumba fué profanada, en Fez, por unos tolbas fanáticos que clavaron en su calavera un escrito reprochándole haber vendido el país a Francia.

maba en 1902 un Tratado con Italia por el cual Francia concedía por su parte plena y entera libertad de acción a Italia en Libia, recabando iguales facultades para sí misma en Marruecos. Al mismo tiempo negociaba con España la repartición de los territorios marroquíes; a primeros de noviembre de 1902 habíase concertado un convenio en virtud del cual se determinaban las respectivas zonas de influencia española y francesa y se fijaba la acción económica que cada una de las naciones interesadas estaba llamada a ejercer. Pero, mientras se cumplían las fórmulas necesarias para su firma, surgió en España una crisis ministerial; cayó el Gabinete Sagasta (5 de diciembre de 1902) y se formó otro presidido por el señor Silvela, quien se negó a sancionar aquel pacto, con el pretexto de que «el apoyo diplomático ofrecido por Francia como única garantía para ultimar convenios sobre asuntos interesantes el Estrecho, sin conocimiento de una potencia amiga e interesada en el asunto (Inglaterra), debía estimarse como insuficiente». Esta negativa de España obligó a Francia a buscar el acuerdo con Inglaterra, que en cierto modo tenía que avalar los compromisos que adquiría respecto a España. El convenio franco-inglés del 8 de abril de 1904 vino a consolidar la «entente cordiale» deseada por la política de Delcassé y determinada por los viajes de Eduardo VII a París y del Presidente de la República francesa señor Loubet a Londres.

El convenio franco-británico del 8 de abril de 1904 comprende tres documentos: El primero relativo a Terranova, en el cual Francia renuncia a una parte de los privilegios de que disfrutaba en aquella región, recibiendo en compensación el grupo designado con el nombre de Islas de Los y una rectificación de frontera al Este del Niger, de modo que se aseguraba la comunicación libre por tierra y por el Lago Tchad entre las posesiones francesas del Noroeste y Sureste de dicho lago. El segundo comprende una declaración referente a Egipto y Marruecos, en la cual el Gobierno inglés declara que no tiene intención de cambiar el estado político de Egipto, y a su vez el Gobierno de la República francesa declara que no entorpecerá la acción de Inglaterra en Egipto pidiendo que se fije un término a la ocupación inglesa y da su adhesión al proyecto de Decreto Khedivial relativo a la Deuda egipcia. El Go-

bierno francés, por otra parte, declara que no tiene intención de cambiar el estado político de Marruecos, y el Gobierno británico reconoce que pertenece a Francia principalmente, como potencia limítrofe de aquél, el velar por la tranquilidad del país y prestarle su ayuda para las reformas administrativas, económicas, financieras y militares de que tiene necesidad. Inglaterra no estorbará la acción de Francia encaminada a ese objetivo, pero habrán de quedar a salvo todos los derechos de que aquélla goza por virtud de los tratados, comprometiéndose, por otra parte, el Gobierno británico a respetar todos lo sderechos — incluso el de cabotaje — de que Francia goza en Egipto en virtud de los tratados. Por último, el artículo 7.° de la declaración, dice: «Que a fin de asegurar el libre tránsito por el Estrecho de Gibraltar, ambos convienen en no dejar que se construyan fortificaciones o cualquiera obra estratégica en la parte de la costa marroquí comprendida entre Melilla y las alturas que dominan la orilla derecha del río Sebú; sin embargo, esta disposición no se aplicará en los puntos actualmente ocupados por España en la costa marroquí del Mediterráneo. En el artículo 8.° se concreta que el Gobierno francés se concertará con el Gobierno español para determinar sus respectivas situaciones en Marruecos. El tercer documento es una declaración concerniente a Siam, Madagascar y las Nuevas Hébridas.

Como consecuencia de la declaración franco-inglesa del 8 de abril de 1904 relativa a Marruecos, el día 3 de octubre del mismo año, el señor León y Castillo, embajador de España en Francia y el señor Delcassé ministro de Negocios Extranjeros francés, llevaron a cabo en París una declaración y un convenio. La declaración fué publicada en la «Gaceta de Madrid» del día 13 de octubre, pero el convenio quedó secreto hasta 1912, año en el cual el Tratado de protectorado sobre Marruecos permitió fuese conocido del público.

Como es notorio, en el convenio del 3 de octubre de 1904, Francia y España dividían Marruecos en zonas de influencia respectiva, modificando, desde luego a beneficio de Francia, la repartición que había sido proyectada en el Convenio de 1902, que no llegó a firmarse por las causas que hemos señalado.

Estos acuerdos franco-británicos, resultado de la política anti-

alemana de Delcassé, no podían satisfacer al Gobierno de Berlín, y el emperador Guillermo decidió intervenir en persona, desembarcando en Tánger el día 31 de marzo de 1905; en dicha ocación el Emperador alemán pronunció su célebre discurso en el cual manifestó su firme decisión de «hacer cuanto esté en mi mano para poner a salvo de modo eficaz los intereses de Alemania en Marruecos. Puesto que considero al Sultán como soberano absolutamente independiente, con él he de entenderme sobre los medios de poner a salvo mis intereses».

Por lo visto, Almania se había dado cuenta de que la política de Delcassé había tratado de aíslarla y aprovechaba hábilmente algunas torpezas de la diplomacia francesa para imponerse. Francia no estaba preparada para la guerra; ni la opinión francesa la quería en aquellos momentos ni la política de Delcassé contaba con el apoyo necesario en el Parlamento. Así que la visita del emperador Guillermo a Tánger tuvo como resultado inmediato la dimisión de Delcassé, que fué sustituído en la cartera de Negocios Extranjeros por monsieur Rouvier, partidario de una posible solución pacífica. El 30 de mayo de 1905, el representante del Sultán en Tánger, Mohamed Torres, envió a los representantes de las potencias signatarias del Convenio de Madrid la invitación para tomar parte en una Conferencia que debía celebrarse en Tánger «a fin de deliberar acerca de las reformas decididas por S. M. xerifiana, de conformidad con las circunstancias en que se encontraba Marruecos, así como acerca de los medios de allegar recursos para plantearlas».

Después del cambio de varias notas relativas a los detalles de la Conferencia, fué decidido que ésta se celebrara en Algeciras, y empezase el 16 de enero de 1906. La Conferencia terminó el día 7 de marzo con la firma puesta por los plenipotenciarios de las naciones interesadas al pie del Acta oficial y del Protocolo adicional. En realidad, no representó más que un compás de espera que permitió a Alemania colocarse en las condiciones más favorables para obtener las concesiones que más convenían al desarrollo de su programa de política colonial africana.

En efecto, como el Canciller alemán Bulow declaró en la sesión del Reichstag del 14 de abril de 1904: «Alemania, en Marruecos y,

en general, en el Mediterráneo, tenía intereses de orden principalmente económico.» Era lógico, pues, que en esas condiciones la presión realizada en la cuestión marroquí fuese encaminada a conseguir concesiones en otras regiones y de mayor interés directo para Alemania, aparte que, con dicha presión, ésta hacia sentir a todos la necesidad de contar con el Gobierno de Berlín para la resolución de todos los asuntos coloniales de orden internacional. Así fué cómo, después de laboriosas negociaciones, alternando con acuerdos (Declaración del 9 de febrero de 1909), y de incidentes, como el envío del crucero alemán «Panther» a Agadir, Francia pudo levantar la hipoteca alemana sobre Marruecos, concediéndole una compensación territorial en el Congo francés y recabando para sí la absoluta libertad de acción en Marruecos (Convenio franco-alemán del 4 de noviembre de 1911). Con este acuerdo Alemania demostraba claramente que su programa colonial africano era principalmente centroafricano; en una cláusula de las notas explicativas que siguieron a dicho acuerdo, se hizo constar que: «Alemania permanecerá extraña a los acuerdos particulares que Francia y España creen deber hacer entre sí a propósito de Marruecos»; en otra cláusula se determinaba que «Francia renunciaba a favor del Imperio alemán el derecho de prelación para adquirir la Guinea en el caso de que España quisiera desprenderse de ésta». Como s ve, Francia disponía de antemano de los eventuales despojos coloniales de España.

La política de expansión colonial centroafricana de Alemania no debía tardar en ponerla en antagonismo directo con los muy importantes intereses británicos en África, como lo estaba en Asia por los asuntos de Oriente.

En efecto, mientras que en el tablero marroquí se movían las piezas de la política internacional en África, Alemania había logrado en Oriente una situación casi preponderante, erigiéndose en protectora de Turquía y del Islam; así que cuando Italia, en 1911, quiso ocupar la región líbica, hasta entonces colonia turca, Alemania puso todas sus simpatías del lado de Turquía, y no prestó a Italia la ayuda que su alianza con ella hacía lógico esperar cuando Italia, molesta por el incidente del «Manuba» y del «Cartago», y más todavía por el discurso de Poincaré, quiso declarar la guerra

a Francia, que olvidando el Convenio franco-italiano de 1902, por el cual dejaba la más completa libertad de acción a Italia en Libia, intentaba dificultar más o menos abiertamente la acción italiana en este territorio africano.

Los documentos publicados por el Ministerio de Negocios Extranjeros alemán (1) y reunidos en el capítulo DDLXXXIV del tomo 37 (primera parte) iluminan el desarrollo del antagonismo anglo-alemán en sus respectivas políticas de expansión colonial. Desde agosto de 1898, el Gobierno británico había estipulado un acuerdo con Alemania relativo a la eventual respectiva expansión hacia las colonias portuguesas de Mozambique y de Angola; desde luego, como hacía notar el Ministro alemán en Lisboa (documento número 14.657), era prematuro suponer que el Gobierno portugués llegara — por su mala administración tanto en la metrópoli como en las colonias — a verse obligado: primeramente, a empeñar las rentas que sacaba de sus colonias, y luego a vender estas últimas. En el año siguiente, con ocasión de la visita del rey de Portugal al castillo de Windsor, Inglaterra estipulaba con Portugal un tratado secreto (llamado Tratado de Windsor en memoria de la alianza anglo-portuguesa de 1308), que no fué conocido por el Gobierno alemán más que en enero de 1914. En este último convenio Inglaterra y Portugal confirmaban en substancia todos los tratados celebrados anteriormente, y en modo muy particular el compromiso adquirido por Inglaterra en un artículo secreto del Tratado de Londres del 28 de abril de 1660, *to defend and protect all conquests or colonies belonging to the crown of Portugal against all its enemies as well future as present* (a defender y proteger todas las conquistas o colonias que pertenecen a la corona de Portugal contra todos sus enemigos futuros y presentes).

No cabe duda que esta maniobra de lord Salisbury, poco favorable a una aproximación con Alemania, tenía por objeto anular prácticamente la realización del acuerdo anglo-alemán, cuyas negociaciones, durante la ausencia de lord Salibury, habían sido llevadas por lord Balfour con el embajador alemán Hatzfeld de tal modo que no era posible negar su consentimiento.

En 1912, cuando la situación colonial alemana se hallaba más

(1) V. DIE GROSSE POLITIK DER EUROPAISCHEN KABINETTE. 1871-1914.

despejada con el acuerdo franco-alemán de noviembre de 1911, el Gabinete de Berlín consideró necesario tomar la iniciativa de unas nuevas negociaciones respecto a esta misma cuestión, basándose en «los derechos de Alemania a participar en la herencia colonial de Portugal». Al final de 1913 estas negociaciones, llevadas paralelamente con las del ferrocarril de Bagdad, llegaron a ser concretadas en un acuerdo cuyo texto definitivo había sido enviado al Kaiser para su aprobación (octubre de 1913); pero en esos momentos, el doctor Rosen, Ministro Plenipotenciario de Alemania en Portugal, comunicaba a su Gobierno las informaciones que había podido conseguir sobre el compromiso tomado por Inglaterra hacia Portugal con la firma del Convenio de Windson. La alusión hecha por el Canciller alemán en la sesión del Reichstag del 9 de diciembre, referente al régimen colonial del continente africano, tuvo una cierta repercusión en Lisboa (documento núm. 14.687); y el Gobierno francés manifestó a Londres su descontento por estar comprendidas en el proyectado acuerdo anglo-alemán las islas de Sao Thomé y Príncipe, que, por hallarse al Norte del Ecuador, debían ser consideradas como incluídas en la zona de intereses franceses (documento número 14.699). Las protestas de París surtieron efecto cerca de sir Edwar Grey, que adoptó una actitud dilatoria, y las negociaciones fueron interrumpidas definitivamente por la declaración de guerra de agosto de 1914.

En vísperas de ésta, las posesiones alemanas comprendían una extensión superficial de 2.900.000 kilómetros cuadrados con una población de 12.000.000 de indígenas y 25.000 blancos, y con 4.176 kilómetros de líneas ferroviarias en funcionamiento.

4.° *Las políticas coloniales europeas en la postguerra europea de 1914-1918.* — A la guerra europea de 1914-1918 se deben las modificaciones ocurridas en la evolución de los pueblos coloniales.

Como es notorio, en la lucha contra los Imperios centrales y Turquía, Inglaterra y Francia emplearon todos los medios de propaganda para sublevar contra aquéllos las regiones, principalmente las islámicas, que estaban bajo el dominio de los primeros. En contra de Turquía, aliada de Alemania y Austria, Inglaterra y Francia desarrollaron en las poblaciones árabes dominadas por los turcos la

idea del nacionalismo y favorecieron y apoyaron el movimiento de rebelión de dichas poblaciones con promesas de autonomía e independencia. Toda esta semilla, sembrada por la propaganda franco-inglesa y regada por las declaraciones del Presidente americano Wilson, brotó vigorosamente; pero los tratados secretos entre Inglaterra y Francia para la repartición de los territorios del antiguo Imperio otomano y de las posesiones coloniales de Alemania se opusieron a la realización de las aspiraciones de las poblaciones cuyo grado de civilización les permitía esperar el reconocimiento de su independencia. Desilusionadas, quedaron como presa fácil para los dirigentes de los movimientos contrarios a la dominación británica y francesa.

La renuncia de Alemania a favor de las potencias aliadas y asociadas de todos sus derechos y títulos sobre sus posesiones de ultramar, objeto del artículo 110 del Tratado de Versalles, y la del Imperio otomano, casi idéntica, formulada en el Tratado de Sevres, sustituído más tarde por el de Lausanne, crearon una situación difícil para las potencias aliadas y asociadas indicadas en las fórmulas de los tratados de paz consecutivos a la guerra de 1914-1918. La comunidad de sus fuerzas en la guerra y en las negociaciones de paz había determinado en las principales potencias (Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón, Bélgica y Estados Unidos de América del Norte), aliadas y asociadas, una figura jurídica peculiar, netamente definida; y por eso mismo se hallaron después de la victoria y de los tratados de paz, *solidariamente* propietarias de los derechos de soberanía sobre los territorios no europeos que habían pertenecido a Alemania y a Turquía; pero como no era posible ejercer en común estos derechos de soberanía, fueron instituídos los «Mandatos internacionales», según tipos netamente definidos que debían ser confiados a cada una de las potencias interesadas: la *Sociedad de Naciones*, nacida de los tratados de paz, fué la encargada de vigilar el funcionamiento de esos mandatos.

Pero antes de la institución de los mandatos, Inglaterra y Francia se habían situado frente a frente al tratar de realizar prácticamente lo convenido en el acuerdo del 16 de mayo de 1916 de repartición de las provincias del antiguo Imperio otomano.

Por este acuerdo, el territorio de Mosul había quedado atribuído

a Francia; pero la Gran Bretaña, libre de los compromisos con Rusia, que se hallaba desde octubre de 1917 en plena revolución bolchevique, quiso imponer su voluntad y, a raíz del armisticio del 11 de noviembre de 1918, envió sus tropas de Mesopotamia a ocupar la región petrolífera de Mosul (15 de noviembre de 1918), colocando a Francia en presencia de un hecho consumado. No contenta de ésto, la Gran Bretaña empleó todos los métodos coercitivos de su política para obligar a su aliada a cederle diplomáticamente ese territorio que las tropas inglesas ocupaban ya prácticamente.

Francia con el Tratado del 15 de septiembre de 1919 abandonó todas sus pretensiones sobre Mosul con la esperanza de conseguir una compensación en el Rhur; tal abandono por parte de Francia quedó confirmado con el acuerdo de San Remo y el reconocimiento por parte de Francia del mandato británico sobre Mesopotamia y de otro sobre Palestina. Las divergencias entre Francia e Inglaterra no terminaron, sin embargo, con estos acuerdos; la cuestión del petróleo de Mosul dió lugar a agrias discusiones acerca del punto de llegada al mar de dicho petróleo; el antagonismo franco-británico en las cuestiones del Próximo Oriente se manifestó en numerosas ocasiones, llegando a tener repercusiones imprevistas hasta en la actuación de Francia en Marruecos (1).

Eliminada, por una parte, momentáneamente la ingerencia rusa a causa de la revolución bolchevique, y, por otra, anulada la de la Germania que había perdido la guerra, Inglaterra trató de imponerse definitivamente como árbitro de la política colonial, sobre todo en Oriente. Pero el desarrollo colonial de la Italia fascista, que consolidó su situación en las colonias de la Somalia, Eritrea y Libia completándola con la ocupación de territorios que le eran necesarios, llegó a preocupar a Inglaterra. Ésta, por su situación preponderante en la Sociedad de Naciones, consiguió que 52 naciones pertenecientes a dicha Sociedad decretaran sanciones económicas contra el Estado italiano, cuando éste, en una campaña de siete meses, consiguió ocupar el extensísimo territorio abisinio, habitado por trece millones de indígenas (18 de noviembre de 1935).

Con la postguerra de 1914-1918, surgió en el Próximo Oriente

(1) Véase: Angelo Ghirelli. *Del Rogui a Abd el Kerim (Marruecos de antaño 1902-1924)*. En preparación.

otro problema que rápidamente tomó carácter internacional: el problema del «Hogar Nacional Judío» en Palestina.

Este problema, que tiene su origen en las aspiraciones sionísticas de importantes grupos de hebreos, quedó concretado con la base de la declaración del Ministro inglés lord Balfour, en 1917. Inglaterra negociaba entonces un empréstito de guerra en América del Norte, y los banqueros hebreos, dispuestos a realizarlo, impusieron como condición que la Gran Bretaña autorizaría la creación en Palestina de un «Hogar Nacional Judío» que permitiera a los hebreos perseguidos o expulsados de diferentes países de Europa encontrar en Palestina un punto de refugio. Hay que hacer notar que, por entonces, según los acuerdos secretos franco-ruso-británicos, Palestina al final de la guerra debía ser internacionalizada.

La declaración de Balfour y la promesa británica obligó a Inglaterra a modificar este criterio y, aprovechándose de su situación preponderante en la Sociedad de Naciones, consiguió de ésta un mandato sobre Palestina, prácticamente ilimitado en sus atribuciones y por un plazo *sine die*.

En realidad, sacando ventajas de la situación con que la distinguía dicho mandato, Inglaterra, pretextando la incompatibilidad entre árabes y hebreos, se había colocado, poco antes del conflicto mundial de 1939, de tal manera que Palestina, según el plan inglés de Peel, habría de ser dividida en tres partes: un Estado árabe, un Estado judío autónomo y un territorio que, por determinadas circunstancias, debía quedar bajo la dominación directa de la Gran Bretaña.

5.° *Las políticas coloniales de los países occidentales en la postguerra de 1939-1945.* — El conflicto mundial de 1939-1945 eliminó del mundo colonial toda ingerencia de las potencias del Eje y disminuyó considerablemente la influencia francesa, dejando a la Gran Bretaña una mayor libertad de acción para tratar de conseguir el predominio en todo lo que se refiere al Oriente musulmán. La cuestión de Palestina ha servido de base a la Gran Bretaña para crearse, de una manera paradójica, una situación preponderante en Oriente por su influencia sobre los Estados árabes, hoy unidos en una Liga o Unión que, desde luego, recibe su orientación y es inspirada por la política británica.

La política británica en Oriente hubiese tenido un éxito completo si no hubiese chocado con la propaganda soviética que tiende a generalizarse en todo el mundo musulmán y que ha creado ya algunos conflictos en las regiones del Medio Oriente lindantes con Rusia.

Por otra parte, los Estados Unidos de América del Norte demuestran interesarse cada día más en los asuntos del mundo musulmán de Oriente, y la propaganda americana no silencia sus ideas acerca de que sólo América está en condiciones de hacer que den su rendimiento las riquezas del subsuelo oriental. Es una de las posibilidades de la paz americana que pregonan los propagandistas americanos.

Capítulo III

DESARROLLO DE LA POLÍTICA MUSULMANA DE LAS PRINCIPALES POTENCIAS EUROPEAS

Es evidente que las principales potencias europeas con intereses en los países islámicos han procurado desarrollar cada una su política particular destinada a servir únicamente sus propios intereses.

Es, pues, conveniente señalar, aunque sólo a grandes rasgos, las diversas orientaciones adoptadas en su política musulmana por las naciones europeas que, por la importancia de sus intereses en las regiones musulmanas, han tenido que preocuparse del Islam y de su influencia en los territorios que ellas dominaban.

1.° La política musulmana de Rusia

El número elevado de musulmanes residentes en territorio ruso (aproximadamente *28 millones*) ha hecho de Rusia un país de intereses islámicos, y por consiguiente, ha tenido que desarrollar una política musulmana que ha variado según las épocas, manifestándose bajo diferentes formas.

a) *La política musulmana rusa en la época de los Zares.* — El hecho de tener como súbditos, no siempre subordinados, 28 millones de islamitas, determinó durante la dominación de los Zares una actitud anti-islámica por parte del Gobierno ruso. Esta actitud se manifestó de una manera constante, no sólo en las cuestiones de orden interior, sino también exteriormente con las guerras contra Turquía y con la protección prestada a los países balcánicos sustraídos a la dominación turca.

Un último hecho caracterizador de la política rusa zarista frente al mundo islámico, fué el de que, en compensación a su participación en la guerra de 1914-1918, Rusia había estipulado que le fuese cedida Constantinopla, la cual había de serle entregada una vez alcanzada la victoria. No cabe duda que tal hecho, conocido por el Gobierno turco, debió afirmar la decisión de éste a entrar en guerra al lado de los Imperios centrales.

La situación, pues, de los musulmanes en territorio ruso, era la de un pueblo oprimido. Y por lo que respecta a la política musulmana exterior, ésta se hallaba supeditada a los intereses de la lucha de los rusos contra los ingleses; en realidad se puede decir que Rusia, en la época de los Zares, no desarrolló una política musulmana peculiar, sino que se aprovechó de las contingencias para utilizar sus influencias musulmanas en la lucha contra la supremacía británica en Oriente.

b) *El comunismo soviético y su propaganda en el mundo musulmán.* — La Rusia soviética, transformada en «Unión de Repúblicas socialistas soviéticas» ha encajado en el cuadro general de su política mundial una *acción oriental y colonial,* cuya característica es el levantamiento de los pueblos coloniales contra el «Occidente opresor» y la lucha contra el «imperialismo y el capital».

Desde el punto de vista de su política interior, los soviets no han modificado más que agravándolas las condiciones de opresión a que estaban sometidos los musulmanes durante la época de la Rusia imperial.

Los musulmanes que habían puesto sus esperanzas de libertad y de justicia en el movimiento revolucionario ruso, puesto que los bolcheviques reclamaban la libertad de los pueblos, la defensa de los

débiles y la lucha contra los fuertes, vieron con sorpresa que la tiranía de la Rusia soviética respecto a los musulmanes era más dura todavía que la de la Rusia imperial, aunque los procedimientos fuesen distintos. Con el pretexto de que la Constitución soviética en su artículo 134 dispone la separación de la Iglesia del Estado, y de que en ese mismo artículo, al mismo tiempo que la libertad de profesar una creencia religiosa, se autoriza también el hacer campaña contra la religión, empezaron las persecuciones contra los musulmanes, clausurando las mezquitas, prohibiendo la edición de libros islámicos, etc.

Un fermento de indignación religiosa levantó los espíritus de los musulmanes residentes en territorio ruso, que los soviets intentaron apagar con sangre, especialmente en el Turkestán, en el Cáucaso, Ural y Crimea (1).

La política exterior musulmana de los soviets es, sin embargo, bien distinta de la de los Zares; la actitud muchas veces negativa de las poblaciones orientales en presencia de las teorías soviéticas no amedrentan a los dirigentes de la III Internacional; los nacionalismos de Angora, Teherán, Cabul y de los Estados de Arabia (creados en la post-guerra de 1914-1918), aunque de naturaleza y de tendencias antisoviéticas, constituyen, sin embargo, en manos de los soviets, un arma contra el «imperialismo» mundial. No cabe duda que el nacionalismo chino, desarrollado con cierto éxito por los dirigentes soviéticos, ha fracasado sólo porque se quiso la bolchevización fuera de tiempo de ese nacionalismo incipiente. La propaganda de Moscú emplea para sus fines todas las armas antiguas y modernas. El islamismo, para la vieja Rusia, no era en realidad más que un factor económico, representado por el tráfico derivado del importante movimiento anual de musulmanes que iban en peregrinación a la Meca. Para los soviets no tardó en transformarse en un instrumento muy poderoso para efectuar o bien la aproximación y la unión de los países islámicos (que ocupan los territorios extendidos desde las costas orientales a las occidentales del continente africano y desde el Mediterráneo extendiéndose por Asia hasta el Océano Índico y el Pacífico) o bien una alianza basada en una comunidad de intere-

(1) La cifra de la población musulmana que vive en territorio ruso se divide del modo siguiente: Turkestán 14 millones; Cáucaso, 6 millones; Urales, 6 millones; Crimea, 500.000; Siberia, un millón, y Rusia central, 700.000.

ses entre el Islam, Confucio y Buda, con el fin de combatir juntos contra el «imperialismo mundial» y la civilización occidental. El intercambio comercial, para la Rusia de los Zares era una función puramente económica; para los soviets, es un instrumento que debe servir únicamente a fines políticos.

Por otra parte, los soviets encuentran en las condiciones internas de los países coloniales armas modernas para el desarrollo de su propaganda. En efecto, armas para su propaganda son las tendencias cada día más pronunciadas hacia el nacionalismo y la independencia que se advierten en dichos países, así como la necesidad de ayuda económica extranjera, que les obliga a buscar apoyo fuera del país, sin contar el factor psicológico de la desconfianza innata de los indígenas, que en muchos casos puede ser confundida con un sentimiento de xenofobia.

Pero antes de que la propaganda soviética se hubiese desarrollado en las poblaciones coloniales, la influencia de la civilización occidental, creando problemas que anteriormente no existían para ellas, había provocado una agitación social que, indefinida en los primeros momentos, había llegado luego a concentrarse en los dos elementos principales, esto es, en los intelectuales, influídos por la educación europea, y en los obreros de los centros industriales. .Las tendencias revolucionarias de los intelectuales han originado, como es sabido, la mayor parte de los disturbios en el Oriente moderno y en África septentrional.

El autor belga A. Van Gennep (1) escribía: «En los muelles de Argel, el Islam se desgarra como una tela ya pasada; los trabajadores del muelle, cargadores de carbón, los mecánicos, cualquiera que sea su raza, abandonan el Islam para adquirir una conciencia de verdaderos proletarios, la del proletario de Europa, y se unen a sus compañeros europeos para la lucha económica. Si en Argelia existiesen grandes industrias, el islamismo ortodoxo pronto desaparecería como ha desaparecido en Bélgica el catolicismo, derribado por las grandes industrias» (2).

(1) Véase: A VAN GEPPEN. *En Algerie*. París, 1914.
(2) Conviene tener en cuenta que los trabajadores del muelle en Argel son, en su gran mayoría, «kabiles», es decir, bereberes y que su islamización es, generalmente, muy superficial.

Es indudable que la agitación que ya se notaba hacia el final de 1913 no era sólo política, sino también social; la guerra europea no hizo más que agravar considerablemente el malestar social que había empezado amanifestarse con anterioridad. La tormenta llena de amenazas iba a estallar, y el bolchevismo ruso pudo tomar la dirección de dicha agitación, por entonces difusa, y la organizó sistemáticamente, concentrándola y orientándola hacia finalidades determinadas.

El bolchevismo se declaró netamente partidario de la revolución mundial y de la destrucción de la civilización capitalista occidental. Para alcanzar estos objetivos, los directores del movimiento no sólo atacaron directamente la organización occidental, sino que prepararon y ejecutaron también ataques de flanco en Asia y África. Supusieron que, si fuese posible incendiar revolucionariamente el mundo musulmán, no sólo el bolchevismo habría de ganar con ello un poderoso auxiliar, sino que la repercusión económica de un tal estado de cosas provocaría en el Occidente — todavía conmovido por la guerra europea — la ruina industrial, en modo tal que Europa entera sería pasto de la revolución soviética.

Desde el punto de vista geográfico, la propaganda soviética ha sido casi universal; no existe parte alguna del mundo en donde los agentes soviéticos no hayan intentado aprovecharse de algún descontento. Las doctrinas estrictamente «rojas», como la de la «dictadura del proletariado», no han sido las solas armas utilizadas; siendo la finalidad perseguida la destrucción del orden mundial, toda oposición a este orden, aunque estuviese muy alejada en su esencia de la doctrina soviética, ha sido útil para la propaganda bolchevique. Así es que en todas las partes del mundo, en Europa, Asia, África y en las dos Américas, los agentes soviéticos no han dejado de repetir a los descontentos sus teorías de odio y de venganzas. Las aspiraciones nacionalistas, los agravios políticos, cualquier injusticia social, y hasta las querellas de raza, han sido las armas utilizadas por los agentes soviéticos para sus fines revolucionarios (1).

Las regiones del Próximo y Medio Oriente fueron las que más parecían constituir un terreno abonado para recibir la semilla bol-

(1) Véase: MILIUKOV. *Bolshevism: An Internacional Danger*. Londres, 1920.

chevique; estudiadas desde largos años por los agentes de la política expansionista de los Zares, que habían llegado a organizar en ellas un sistema de «penetración pacífica», fácilmente desviable hacia una orientación soviética, estaban además agitadas por desórdenes provocados por causas diversas. En ellas, para sublevar las pasiones políticas, religiosas o étnicas, Lenín o Trotsky no necesitaron concebir un nuevo plan: el practicado anteriormente por el zarismo en su labor política, antagónica respecto a Inglaterra, era suficiente para atraer a la zona de influencia soviética a Turquía, Persia, Afganistán y para alcanzar hasta las Indias.

La política oriental del bolchevismo ruso se halló formulada desdes la llegada al poder de los revolucionarios en octubre de 1917. El año de 1918 fué consagrado exclusivamente a una preparación intensiva, a la cual colaboraron un cierto número de ex agentes y diplomáticos del antiguo régimen zarista, especializados en las cuestiones orientales. Las poblaciones musulmanas de Rusia, como los tártaros del Sur y los turcomanos del Asia central, proporcionaron numerosos reclutas a los cuales se agregaron los desterrados de Turquía, Persia e India; los principales jefes de guerra del Gobierno turco, Enver, Yemal, Tallat y muchos otros se refugiaron en Rusia para huir de las represalias de los Aliados vencedores, y lo mismo hicieron los jefes terroristas indios, que durante la guerra habían trabajado en favor de Alemania. A fines de 1918, el servicio de propaganda bolchevique en Oriente estaba ya completamente organizado y comprendía tres oficinas centrales que se ocupaban respectivamente del Extremo Oriente, de la India y de los países islámicos. La oficina que se ocupaba del mundo musulmán desarrolló mucha actividad con gran celo; tradujo una cantidad enorme de literatura bolchevique a los diversos idiomas orientales, preparó un gran número de agentes secretos y propagandistas destinados a «hacer campaña» y se puso en relación con todos los elementos descontentos y revolucionarios de los países musulmanes.

En los primeros meses de 1919, la actividad bolchevique fué intensísima en el Próximo y Medio Oriente; por otra parte, el juego de los soviets estuvo facilitado por el hecho de las esperanzas nacionalistas creadas por la propaganda aliada (franco-inglesa) entre las poblaciones árabes (musulmanas) para decidirlas a sublevarse

contra Turquía; una vez acabada la guerra y firmada la paz que las separaba del Imperio otomano, dichas poblaciones tuvieron una gran desilusión porque, en lugar de la independencia que les habían prometido, quedaron sometidas a mandatos ingleses y franceses a causa de los tratados secretos franco-británicos firmados durante la guerra. Moscú sostuvo a Mustafá Kemal y a otros agitadores nacionalistas en Turquía, Persia, Egipto, etc., e intervino en los disturbios tunecinos, argelinos y hasta marroquíes. Un papel muy importante desempeñó también en los movimientos antibritánicos del Afganistán en 1919, movimientos de los cuales la revolución afgana de 1928 no fué más que un corolario directo, aunque lejano.

La política absorbente desarrollada por Inglaterra y Francia en la repartición de los despojos alemanes y turcos, de las colonias alemanas y de las provincias del Imperio otomano, empujó hacia la Rusia de los soviets un gran número de nacionalistas orientales, a pesar de que por principio fuesen contrarios a las teorías bolcheviques. No cabe duda que la nueva Rusia, denunciando todos los tratados secretos concertados con los Gobiernos imperialistas y proclamando el derecho de todas las naciones, por pequeñas que fuesen, a disponer libremente de su propio destino, atrajo a su esfera de influencia nacionalidades inferiores explotadas por las potencias occidentales, aunque los partidos constituídos en esas nacionalidades fuesen completamente contrarios a las teorías social-soviéticas.

Los resultados de esta propaganda fueron tales que los dirigentes del movimiento soviético no vacilaron en trabajar abiertamente para la realización de sus fines supremos. En los primeros tiempos se presentaron como «campeones de los pueblos orientales» en la lucha contra el «imperialismo occidental», dirigiéndose a los pueblos sin distinción de clases, prometiéndoles la «libre disposición de sí mismos», respetando, por otra parte, las ideas y las instituciones indígenas. Pero, poco tiempo después, la propaganda bolchevique tomó otra orientación; su base siguió siendo la incitación de los pueblos a la lucha contra el «imperialismo occidental», pero en medio de estos ataques antioccidentales se mezclaron llamamientos a las masas orientales para sublevarlas contra los «capitalistas» y los «burgueses», tanto indígenas como extranjeros, prometiendo a los «proletarios» remedios eficaces para sus males. Pronto los soviets no

se contentaron con las palabras y quisieron hechos; la primera aplicación del bolchevismo entre poblaciones orientales fué realizada en el Turkestán ruso. Cuando los bolcheviques llegaron al poder en 1917 acordaron dar al Turkestán la libertad absoluta de disponer de sí mismo ;los habitantes entonces proclamaron sus príncipes indígenas, restableciendo sus antiguos Estados independientes y quedando unidos a Rusia solamente por un lazo federativo bastante flojo. Pero, en 1920, el Gobierno de los soviets estimó que el Turkestán estaba ya maduro para la revolución social; los príncipes indígenas fueron destronados, el poder fué entregado a los soviets locales, los indígenas de clase elevada quedaron desposeídos de sus bienes y la resistencia esporádica que se produjo fué ahogada con ejecuciones en masa, uno de los sistemas terroristas de los soviets (1).

En el otoño de 1920, el bolchevismo se sintió suficientemente sólido, y el Gobierno de los soviets de Rusia reunió un «Congreso de los pueblos de Oriente» en Bakú, con vistas no sólo a la liberación de los pueblos orientales de la dominación occidental, sino también a su bolchevización. La invitación fué lanzada por la III Internacional (Moscú) y dirigida a los «campesinos y trabajadores» del mundo oriental. El 1.° de septiembre de 1920 se reunieron en el Congreso de Bakú 1.900 delegados, de los cuales 1.300 eran comunistas; fué más bien una reunión revolucionaria que nacionalista e iba dirigida especialmente contra el imperialismo colonial británico. El resultado inmediato de este Congreso fué una recrudescencia de la actividad soviética que provocó la bolchevización de la Georgia y de Armenia, realizada en la primavera de 1921.

Estos mismos éxitos de los bolcheviques despertaron una cierta intranquilidad en los ambientes nacionalistas orientales que en los primeros tiempos habían acogido con entusiasmo el apoyo de Moscú contra la dominación occidental; el peligro que una minoría, aunque poco importante, de «proletarios» podía representar para la realización de las aspiraciones nacionalistas era equivalente al del «imperialismo occidental»; el ejemplo de Rusia, que con una minoría comunista de no más de 60.000 individuos había llegado a dominar una masa de 170 millones de habitantes, mostrábase indiscutible y debía ser tomada en consideración, tanto más cuanto que los pue-

(1) Véase: IKBAL ALI SHAH. *The Fall of Bokhara.*

blos orientales no poseían, frente a la influencia bolchevique, las armas de la educación popular y las sólidas tradiciones de libertad organizada en el orden de las poblaciones occidentales. Las masas orientales estaban en realidad en condiciones muy parecidas a las de la Rusia de los Zares: la misma ignorancia profunda existía en las masas, la misma ausencia de la clase media importante y poderosa, la misma tradición de despotismo y la misma sumisión de la masa a las minorías audaces.

Pero los nacionalistas orientales (entre éstos se hallan los del África septentrional) están situados entre el peligro bolchevique y la dominación de los Imperios coloniales occidentales, y no cabe duda que el grado de bolchevización a que puedan llegar dependerá sobre todo de la actuación de las potencias dominadoras. En efecto, la propaganda soviética, a pesar de su finalidad de revolución mundial, admite y practica la nacionalización de las regiones sometidas, efectiva o sólo nominalmente, a las potencias coloniales, con el fin de llegar a disgregar los imperios coloniales existentes, estimando que será más fácil conseguir la bolchevización absoluta de esas regiones una vez vencida la cohesión política actualmente existente y llegar más fácilmente a la revolución social comunista, que constituye la aspiración definitiva del partido soviético.

El esfuerzo de la Rusia de los soviets, heredera del antagonismo contra Inglaterra de la Rusia de los Zares, se ha dirigido primeramente contra el Imperio colonial británico, sobre todo en Arabia y en el Afganistán, esto es, en el camino de las Indias. La Arabia, después de la guerra europea de 1914-1918 llegó a ser el centro de las comunicaciones intercontinentales; Rusia no tardó en intervenir, apoyando la formación de un Estado panarábigo bajo la autoridad del Emir Ibn Seud, con la idea de conseguir ulteriormente la unión de este Estado con Turquía y las Repúblicas soviéticas. Inglaterra se dispuso a la defensa, preconizando a su vez un Estado panarábigo bajo la supremacía del Irak, que de hecho dependía del Gobierno británico, el cual de esta manera se aseguraba el monopolio de la influencia en toda la península arábiga.

La lucha de los soviets contra el «imperialismo colonial» de las potencias occidentales, empezando por el de Inglaterra, a causa de estar el terreno preparado por el antagonismo que había existido

ya desde la época de los Zares, no dejó de dirigir sus ataques al imperio colonial francés, sobre todo en el África septentrional; la propaganda comunista ha llegado a echar raíces en Túnez, Argelia y Marruecos, lo cual contribuye a que en dichos países se tambalee el edificio colonial francés.

En el período que va de la postguerra de 1914-1918 al conflicto mundial de 1939-1945, surgieron los Estados totalitarios, unidos por un pacto antikomintern frente a la propaganda y la actuación de la Rusia soviética. El fracaso sufrido por los soviets en el movimiento que Rusia, apoyada por Francia e Inglaterra, suscitó y sostuvo en España, marca una fase de la actuación bolchevique.

Después del conflicto mundial de 1939-1945 la actitud de Rusia no ha variado sino aumentando sus exigencias. La tesis del delegado soviético M. Litvinof en Montreux, que era la antigua tesis de la diplomacia rusa de la época de los Zares, es decir: «que los estrechos debían ser abiertos únicamente a los ribereños del Mar Negro y estar cerrados para las otras potencias» (1), es la tesis sostenida aún en la actualidad por los rusos soviéticos. Éstos creyeron que su alianza con los turcos les iba a dar libre acceso al Mediterráneo y que las escuadras soviéticas podrían circular libremente entre Sebastopol y Vladivostoc y entre Sebastopol y Kronstand; pero fué grande su decepción cuando, en el último conflicto mundial, Rusia vió que Turquía no le permitía el paso por los Dardanelos; así cuando la Unión soviética pudo considerarse como victoriosa denunció la alianza con Turquía y pidió la revisión del Tratado de Montreux. Inglaterra y los Estados Unidos de América, aunque aparentemente favorables a una amplia internacionalización de los Estrechos, se oponen desde luego a toda medida que pueda mermar la soberanía y la integridad del territorio turco. Los soviets insisten en la necesidad de poseer una base naval y aérea en el Mediterráneo oriental, y han manifestado claramente su voluntad de estar presentes a toda negociación que afecte al Mediterráneo. Así Rusia estuvo representada en el «Comité mediterráneo» de Argel (1943); es notorio el interés de Rusia en la cuestión del Canal de Suez; el Gobierno de Moscú quiso también tomar parte a las negociaciones referentes al

(1) CFR. Angelo Ghirelli. *Mediterráneo*, en el Semanario «Destino», Barcelona, 24 agosto de 1946.

régimen de Tánger, en el curso de las cuales hizo reservas relativas a los derechos de España; por último, Molotov no ha vacilado en reconocer que la Unión soviética se interesa de modo particular por la Tripolitania.

A raíz del final del conflicto mundial Rusia se situó en los Balcanes, llegando a preocupar a Inglaterra; en Yugoslavia, Bulgaria y Rumania los gobiernos están bajo la influencia directa de Moscú. En Grecia, las dos diplomacias, inglesa y rusa, chocan abiertamente; en la lucha mediterránea combaten la política soviética y británica, la primera a fin de alcanzar hegemonía en la cuenca oriental del mar latino; la segunda para que las comunicaciones imperiales británicas se hallen a salvo de toda hostilidad. En realidad los ingleses vigilan celosamente desde el Estrecho de Mesina hasta el Golfo Pérsico y desde los Dardanelos hasta el Canal de Suez toda maniobra rusa susceptible de atacar la seguridad británica en la arteria vital de su imperio.

Mientras tanto, la propaganda soviética, apoyada por una acción directa o indirecta, continúa su lucha contra la Gran Bretaña, manifestándose violentamente en algunos casos, como en Persia, y quizás en Palestina de una manera más indirecta.

Pero, desde 1942, los intereses americanos en el Mediterráneo han dejado de ser exclusivamente comerciales y se han desarrollado desde el punto de vista político, estratégico y hasta espiritual (1). No cabe duda que en la actualidad el antagonismo hereditario existente entre Inglaterra y Rusia se desvía hacia un acentuado antagonismo ruso-americano.

2.° La política colonial islámica de la Gran Bretaña

Inglaterra es sin duda, actualmente todavía, la primera potencia colonial, y su inmenso Imperio comprende regiones situadas en las diversas partes del mundo: América, Asia, África y Oceanía.

La base del enorme poderío colonial de la Gran Bretaña es indiscutiblemente el hecho de que, desde un principio, y con gran constancia, Inglaterra ha considerado como su única política exterior la

(1) Véase: Jean Gottmann. *Les Etats Unis et le monde mediterraneen*. Aout, 1945.

política colonial; es decir, que la política exterior inglesa ha sido siempre supeditada a su política colonial.

La Gran Bretaña aplica a sus posesiones diferentes sistemas de gobierno, orientados todos hacia una misma fase final. En América y en Oceanía, la evolución de las *colonias de población*, transformadas en «Dominions» del Canadá y de Australia respectivamente, ha permitido la creación de Estados coloniales autónomos estrechamente unidos al Imperio británico por los lazos de una «alianza perpetua» que los mantienen bajo la influencia inglesa. Esta organización es la del *Indirect Rule,* sistema de gobierno adoptado por Inglaterra como fase final de la evolución de sus colonias de población.

Segura del apoyo incondicional de sus filiales autónomas de América y de Oceanía, como se ha podido comprobar sobre todo en el último conflicto mundial, la Gran Bretaña pudo concentrar sin recelo toda su atención sobre sus dos líneas principales de penetración y de expansión colonial: la *línea asiática,* que debe defender y asegurar para Inglaterra la propiedad de las inmensas riquezas de la India, y la *línea africana,* que debe proporcionar a la Gran Bretaña, por un tiempo indefinido, el libre abastecimiento de las primeras materias almacenadas en África.

a) *La política inglesa en su línea asiática de expansión colonial.*— En Oriente, o sea en su línea de penetración colonial asiática, la política inglesa encontró siempre la oposición de Rusia. Durante el siglo XIX el antagonismo anglo-ruso se manifestó primeramente en las cuestiones relacionadas con el Próximo Oriente, como la de los Dardanelos; más tarde también en las relativas al camino de las Indias, en Asia central y en Persia, en donde se había encontrado petróleo. En el siglo XX, la influencia de la política alemana con el ferrocarril de Bagdad modificó en parte las fases de estas luchas diplomáticas, hasta que, de un lado, la revolución rusa (octubre de 1917) y, de otro, la victoria de los Aliados en la guerra de 1914-1918 permitieron a Inglaterra desarrollar más libremente su política, cuya primera finalidad de asegurar la defensa del camino de la India venía completada por otra tan importante como la primera, que era la necesidad de dominar los terrenos petrolíferos irakianos. Por este motivo la repartición de los territorios del antiguo imperio otomano,

prevista teóricamente por los tratados secretos franco-británicos del 5 de marzo de 1915 y, sobre todo, por el del 16 de mayo de 1916, hizo nacer un grave antagonismo entre Inglaterra y Francia que en la postguerra del conflicto mundial de 1939-1945 ha cesado con la eliminación de la ingerencia francesa en el Próximo Oriente en beneficio de Inglaterra.

Con la eliminación de Francia de los asuntos de Oriente, la Gran Bretaña ha logrado conseguir una influencia preponderante sobre los pueblos árabes del Próximo Oriente, formando una Liga de los Estados árabes que, por el Convenio del 9 de marzo de 1945, se ha transformado en «Unión de los Estados árabes». A dicha unión se adhirieron Egipto, Siria y Líbano, Irak, Transjordania, Neyed e Iemen y, en cierto modo también, Palestina que, aunque todavía bajo mandato británico, fué autorizada a formar parte de la misma.

No hay que decir que, a pesar de ciertas apariencias contrarias, la formación de esta «Unión de Estados árabes» preconizada por Churchill en 1921, es en realidad un éxito de la política británica en Oriente.

1. *La política arábigo-islámica de Inglaterra.* — La actuación de la Gran Bretaña en el Próximo Oriente, que durante unos cincuenta años tuvo como objetivo preferente la consolidación de su posición en el Mediterráneo y en el Canal de Suez, ha sabido amoldarse y evolucionar en relación con la política internacional y las exigencias del momento.

En los primeros tiempos, la ocupación de Adén (1839) y la influencia establecida de una manera predominante sobre determinados jefes indígenas fué suficiente para asegurar el camino de las Indias (intervención inglesa en los sultanatos de Mascate y Zanzibar). Con la construcción del Canal de Suez, el Mar Rojo, para Inglaterra ya dueña de Gibraltar, resultó ser el camino más corto, la comunicación más directa con la India. Desde entonces, la Gran Bretaña inició una política mediterránea y oriental, destinada a salvaguardar su predominio en esta arteria de comunicación entre la Metrópoli y su importantísima colonia de la India.

El príncipe de Bismark, deseoso de dominar la situación internacional, creó desavenencias entre Inglaterra y Francia y con ello

favoreció la ocupación inglesa de Egipto. Permitió así a la Gran Bretaña establecer su primera base sólida de defensa del camino de las Indias por el Mar Rojo. Al desembarco británico en Egipto, que tenía un carácter provisional (por lo menos oficialmente), sucedió la ocupación del Sudán egipcio. Algún tiempo después, la Gran Bretaña, que ya desde 1856 tenía cierto poder de ingerencia en los asuntos del Sultán de Mascate, el cual desde entonces quedó prácticamente bajo el protectorado británico, se instaló en el Golfo Pérsico, ocupando las islas de Bahrein (1895), y en 1896 estableció su protectorado sobre Zibara (península de Katar), al Oeste de Mascate, ocupando también las islas de Kurián-Kurián en el Mar de Omán. Completaba su dominio sobre la parte SE. de la península arábiga firmando, en 1914, en vísperas de la guerra europea, un tratado con Turquía por el cual ésta le reconocía como hinterland de Adén el territorio definido por una línea que, partiendo de Chej Murad en el Mar Rojo y pasando por el río Bana, remontaba hacia el NE. hasta la orilla del Golfo Pérsico en un punto situado frente a las islas de Bahrein.

La guerra europea de 1914-1918 modificó la situación internacional, y la Gran Bretaña se aprovechó de las circunstancias para tratar de sublevar contra los turcos las provincias árabes del Imperio otomano, deseosas de sacudir el yugo de sus dominadores. La victoria de los Aliados, que determinó el desmembramiento del imperio turco, dejó una mayor amplitud a la acción británica, la cual se transformó e intensificó con una nueva orientación justificada por la cuestión de los petróleos del Próximo y Medio Oriente.

En el desarrollo de la política británica en el Próximo Oriente se advierte la influencia de dos corrientes autónomas y, en algunos casos, antagónicas: la influencia de la oficina inglesa del Cairo, y la de la oficina de la India, ambas dependientes del «Colonial Office» de Londres. La primera se ha hecho sentir de una manera peculiar en el Mediterráneo oriental y en el Mar Rojo; la segunda, en Arabia, en Adén y en el Golfo Pérsico.

En efecto, cuando a principios de la guerra europea de 1914-1918 la Gran Bretaña se ocupó de organizar la defensa del Egipto y del Canal de Suez, amenazados por los turcos aliados de los Imperios centrales, fué la oficina del Cairo la que se interesó en preparar la

sublevación de las poblaciones árabes del Imperio otomano, utilizando la influencia de Chej Hosein de la familia de los hashemitas y descendiente del Profeta, investido por las autoridades turcas, en 1908, del cargo de Cherif de la Meca y gobernador del Heyaz. La ambición de este árabe, funcionario turco, se prestó desde luego a la realización del proyecto inglés, y en agosto de 1915, sir Arthur McMahon envió al Gran Cherif de la Meca un documento por el cual Inglaterra se comprometía a reconocer, en el caso de que los árabes se sublevasen contra los turcos, la independencia de las poblaciones árabes del Imperio otomano, a excepción de la de los habitantes de la Mesopotamia meridional, en donde los intereses de la Gran Bretaña exigían medidas especiales de intervención administrativa, y a excepción también de los territorios en los cuales la Gran Bretaña no podía actuar libremente sin atentar a los intereses de Francia (1).

La oficina inglesa del Cairo envió al Gran Cherif de la Meca una muy importante suma en libras esterlinas oro, para provocar y sostener el levantamiento de los árabes del Heyaz contra los turcos, y en efecto, el Cherif Hosein, que se había puesto al frente del movimiento proclamando la guerra santa contra los otomanos, después de haber recibido refuerzos de los ingleses del Cairo, se proclamó rey del Heyaz, mientras el legendario coronel Lawrence, por entonces comandante, iniciaba su campaña.

Uno de los primeros actos del Malek Hosein fué el de enviar una carta al Emir uahabita Abd el Aziz ibn Seud pidiéndole reconociese su antoridad como soberano.

En realidad Abd el Aziz ibn Seud, a pesar de su personalidad que empezaba a destacarse en el mundo árabe, era también hechura de la política inglesa, pero de la oficina dependiente de la India.

Su padre, Si Abd er Rahaman ibn Seud, años atrás había tenido que huir de la capital de sus dominios Riadh (Neyed) cuando Abd el Aziz apenas tenía diez años, refugiándose en Koweit. Durante algún tiempo, el joven Abd el Aziz hizo la vida corriente de un joven árabe, pero educado por su padre en el mayor puritanismo

(1) Es evidente que Inglaterra, con estas reservas, pretendía salvaguardar su compromiso con Francia estipulado en el acuerdo secreto del 5 de marzo de 1915; pero no cabe duda que los nacionalistas árabes ignoraban por completo el compromiso inglés.

uahabita, aprendió en la escuela del Emir Mubarek de Koweit las sutilezas de la política oriental en lucha contra las aspiraciones de los europeos en situación antagónica entre sí. Más tarde, cuando Abdel Aziz quiso recuperar a la fuerza los dominios de su familia en el Neyed, encontró en el capitán Shakespeare, delegado de la oficina británica de la India, un apoyo decidido, pues éste le proporcionó armas, municiones y dinero. A pesar de enormes dificultades y de situaciones a veces muy comprometidas, Ibn Seud se aseguró una posición preponderante en Arabia central. El 29 de enero de 1915, el capitán Shakespeare, que lo había acompañado en su expedición, murió en un combate contra los Chamar, enemigos hereditarios de los Ibn Seud.

En 1916, después de su proclamación de rey o Malek del Heyaz, el Gran Cherif de la Meca quiso que Ibn Seud reconociese su autoridad como soberano, pues su ambición le empujaba a considerarse ya como el soberano de todas las poblaciones árabes reunidas, según el programa inglés, en un Estado independiente. La hostilidad del Gran Cherif de la Meca hizo comprender a Abd el Aziz ibn Seud que esta querella no podía terminarse más que con una lucha abierta, y que si quería conservar su independencia debía empezar a preparar la guerra contra el nuevo rey del Heyaz, esperando la ocasión oportuna. Los ingleses, al darse cuenta de las condiciones de Ibn Seud, le enviaron un agente político de la oficina de los comisarios civiles de Bagdad, míster St. John Philby, que con el tiempo llegó a ser su consejero, desempeñando este cargo durante muchos años.

Terminada la guerra europea de 1914-1918 con el armisticio del 11 de noviembre de 1918, el antagonismo franco-británico no permitió a Inglaterra realizar el proyecto de Lawrence de constituir un importante Estado árabe autónomo, situado bajo la influencia o protección británica. A este efecto, la política británica, que había conseguido eliminar a los franceses de Mosul prometiéndoles una compensación en el Rhur, intentó crear el reino de Siria, dando el gobierno de la región al Emir Faysal, hijo del Gran Cherif de la Meca. El tratado de San Remo, que tuvo como consecuencia la creación del mandato de la Sociedad de Naciones de Siria, otorgado a Francia, y del de Palestina (que en un principio debía ser inter-

nacionalizada), a la Gran Bretaña, obligó a ésta a tomar otra orientación. En 1921, en la Conferencia del Cairo, míster Winston Churchill, manifestó que la Gran Bretaña tenía interés en crear Estados árabes autónomos bajo la influencia británica.

Mientras tanto, el Emir uahabita Abd el Aziz ibn Seud había conseguido dominar a sus enemigos hereditarios los Chamar, ocupando el territorio y Hail, la capital de éstos, imponiéndose a la atención de la Gran Bretaña, que hasta entonces no parecía haber dado importancia política al Emir uahabita.

Los ingleses, considerando que Ibn Seud había roto el equilibrio a su favor (en Arabia), le enviaron un mensaje pidiéndole aceptase una reunión para tratar de los asuntos que les interesaban.

El Emir uahabita invitó a sir Percy Cox a una conferencia en Ogair; el resultado de la discusión fué que Inglaterra reconoció a Ibn Seud como soberano de Hail, Chamar y del oasis de Yof, concediéndole un subsidio en oro todos los meses, a cambio de que el Emir uahabita reconociese la existencia de una frontera entre el Neyed y el Irak, existencia de una zona neutral y derechos de pastoreo y de tomar agua a un lado y de otro de la línea de demarcación, comprometiéndose ambas partes a no fortificar ni los pozos ni la línea fronteriza.

Una grave enfermedad que inmovilizó a Ibn Seud fué aprovechada por el Malek Hosein, que se apoderó de Khurma y de Turaba. Pero, durante los cuatro meses en que Ibn Seud estuvo enfermo, el tiempo trabajó a favor suyo; Chej Hosein se hizo más impopular todavía, y habiéndose sublevado los habitantes de Khurma y de Turaba echaron a los soldados del Cherif.

Había llegado para Ibn Seud el momento de liquidar la querella con el Malek Hosein. La Gran Bretaña no tenía ya motivos para sostener al Gran Cherif, puesto que había abandonado la idea de crear un solo Estado árabe autónomo bajo su protección y había adoptado la fórmula de Churchill, es decir, la de la creación de varios Estados autónomos, fórmula que daba facilidades a la Gran Bretaña en su actuación. Por otra parte, ésta se hallaba preocupada por la situación creada por la revolución irlandesa, por la agitación en el Próximo Oriente, que afecta a Egipto, el Sudán, los kurdos del Irak y los nacionalistas turcos que amenazaban ocupar Mosul.

Decidió, pues, no intervenir en el conflicto entre el Malek Hosein del Heyaz y el Emir uahabita Abd el Aziz ibn Seud. Éste, seguro de la neutralidad británica, se preparó paa la lucha decisiva contra el Gran Cherif.

El Decreto de Ankara del 3 de marzo de 1924, por el cual los turcos suprimieron el Califato otomano del mundo musulmán, precipitó los acontecimientos. En efecto, habiéndose proclamado Chej Hosein, *motu proprio,* Califa del mundo islámico, y siendo reconocido como tal por muy poca gente, Ibn Seud reunió en Riadh una conferencia, dando a conocer al mundo musulmán la indignidad de Hosein que había usurpado el título de Califa. Apoyado por los musulmanes de la India, que le enviaron una subvención de ochocientos mil dólares para los gastos de campaña contra Hosein, Ibn Seud empezó la lucha contra el Gran Cherif; éste, preso de pánico, salió de la Meca refugiándose en Acaba después de haber abdicado en su hijo Alí. A los cinco meses, es decir, en diciembre de 1924, la campaña había terminado; Alí abdicó a su vez y se embarcó en un vapor que lo llevó a Adén, de donde marchó a reunirse con su hermano Faysal que los ingleses habían nombrado rey del Irak cuando los franceses del general Gouraud le obligaron a huir de Damasco.

En junio de 1925, Chej Hosein, que se había refugiado en Acaba, fué presionado por las autoridades inglesas para que abandonase este puerto y fué enviado a Chipre, donde permaneció hasta su muerte, ocurrida poco después.

Así terminó el episodio del efímero reino del Gran Cherif de La Meca. Pero si la política británica abandonó a Chej Hosein, considerando su actuación inútil si no contraproducente para los intereses de la Gran Bretaña en Oriente, no ocurrió lo mismo con sus hijos. Faysal, gran amigo y compañero de lucha del coronel Lawrence, fué proclamado rey de Siria en Damasco cuando Inglaterra pensó oponerse a la instalación de la influencia francesa en el país. Obligada a aceptar el mandato francés sobre Siria y Líbano, utilizó la personalidad de Faysal, sostenido por el agente británico miss Bell, haciéndole proclamar rey del Irak, con autoridad sobre la Mesopotamia, Mosul y el Kurdistán oriental. Otro hijo de Chej Hosein, el Emir Abd Aláh, fué nombrado Emir de Transjordania, Estado autónomo, creación de la Gran Bretaña, formado por muchas piezas

como Estado tapón entre el reino Seudita, la Palestina y el Mediterráneo, pues la política inglesa considera contraproducente dejar que el Emir uahabita se asome a dicho mar.

Con el conflicto mundial de 1939-1945, y al final de éste, la ingerencia francesa en Siria y Líbano quedó completamente eliminada, pasando las Repúblicas de Siria y del Líbano a ser consideradas, gracias a Inglaterra, como Estados árabes independientes.

Con la *Unión de los Estados árabes*, el programa de política británica en el Próximo Oriente, enunciado por Winston Churchill en 1921 en la Conferencia del Cairo, quedó realizado.

En efecto, el 9 de marzo de 1945, se reunieron en el Cairo los delegados de Egipto, Siria, Líbano, Transjordania, Irak, Arabia Seudita, Iemen y un delegado de la población árabe de Palestina para formar la *Unión de los Estados árabes* que, aunque considerados oficialmente como independientes, en realidad se hallaban todos bajo la influencia, más o menos directa, de la Gran Bretaña (1).

Inglaterra, a quien la Sociedad de Naciones había otorgado mandatos sobre la Mesopotamia (Irak) y la Palestina (subdividida en Transjordania y Palestina propiamente dicha), ejerció su poder con métodos netamente imperialistas. Aprovechando y entreteniendo el estado de poca amistad existente entre los principales países árabes y fomentando las rivalidades mutuas y sospechas, con las cuales dificultaba el establecimiento de relaciones cordiales y seguidas entre ellos, consiguió dirigir la mayor parte de los acontecimientos que en la península arábiga se han manifestado por una sucesión de monarquías y sultanatos, por choques de aspiraciones al Califato islámico y de sectarismo violento, los unos sinceros, los otros calculados. La política británica ha llegado a cambiar reyes y sultanes a medida de la necesidad que de ellos tenía, y a pesar de la desconfianza con que la masa de las poblaciones árabes miraba toda actuación inglesa.

Con tal política, la Gran Bretaña se propuso definir y estabilizar su situación frente a los Estados independientes del litoral del Mar Rojo (Heyaz, Asir Iemen), interviniendo eficazmente en las relacio-

(1) La «Unión de los Estados árabes» tuvo como origen directo la Liga de los Estados árabes, creada en El Cairo por un Protocolo firmado el 25 de septiembre de 1944 por los ministros de Negocios Extranjeros de Egipto, Siria, Libano, Irak y Transjordania, con la asistencia de un Delegado árabe de Palestina, aunque esta región estuviese bajo Mandato británico.

nes de estos Estados con las poblaciones del Irak, Palestina y Transjordania, situados más directamente bajo la influencia británica, y con la finalidad de ser árbitro del equilibrio árabe, condición esencial y garantía máxima de su predominio en el Mar Rojo. Con este fin la Gran Bretaña proyectó una organización solidísima que, abarcando Egipto, Sudán anglo-egipcio, la península arábiga y Palestina, tuviese como punto de apoyo Adén, Meca, Mosul, Jerusalén, Caifa, Suez, Kartum, Alejandría y Solum.

En la actual postguerra, después del conflicto mundial de 1939-1945, las aspiraciones de Inglaterra no han cambiado aunque se hayan modificado determinadas circunstancias internacionales y hayan cambiado los factores. Desaparecida la rivalidad germánica y el obstáculo representado por la política colonial italiana en Oriente, la Gran Bretaña se encuentra nuevamente en presencia del antagonismo ruso, mucho más temible que en el siglo XIX, y frente a una incógnita, que es la ingerencia norteamericana.

Fiel a su programa, Inglaterra lucha para mantenerse firme en Egipto, Sudán anglo-egipcio, Palestina y la península arábiga; en Egipto, el movimiento nacionalista tiende a que la Gran Bretaña y toda ingerencia suya sean eliminadas de los asuntos egipcios. Es lo más probable que la política inglesa haga concesiones con tal de quedar dueña absoluta del Canal de Suez y del Sudán, puesto que dominando el Sudán tendrá siempre en sus manos a Egipto, tributario de las aguas del Nilo, procedentes del Sudán (Nilo blanco) y de la meseta abisinia (Nilo azul). La unión de los Estados árabes afirma la situación británica en la península arábiga, de la cual, por otra parte, Inglaterra domina directamente toda la región Este y SE. Queda la cuestión de Palestina, que por su aparente complicación merece un estudio a parte.

En realidad, la política inglesa de defensa del camino de las Indias se ha complicado en el Asia occidental con la política internacional del petróleo, ya que la cuestión del petróleo de Mosul, cuya posesión y salida al mar es de interés primordial para la Gran Bretaña, constituye la razón vital de su orientación política moderna. En efecto, el petróleo es en la actualidad el más necesario de los elementos de defensa, puesto que quien lo posee tiene el predominio en la guerra por mar y por el aire. Pero, como es lógico, no basta

poseer los yacimientos petrolíferos, sino que es necesario también disponer del petróleo en tiempo útil, es decir, poder disponer también de sus puntos de llegada al mar, en donde los modernos buques de guerra puedan abastecerse de combustible rápidamente. El petróleo de Mosul tiene dos puntos de llegada al mar, uno, el más importante y directo, en Palestina, y el otro en la proximidad de Trípoli de Siria.

Esto explica la necesidad, para Inglaterra, de asegurarse el dominio de esos dos puntos. La entrada de las Repúblicas de Siria y del Líbano en la *Unión de los Estados árabes* da a la Gran Bretaña el dominio del óleoducto de Siria; la cuestión de Palestina, que Inglaterra tiende a resolver a su favor, habría de asegurar la llegada del petróleo a sus depósitos de Haifa, en donde ha establecido ya una base naval de primer orden que le da el predominio del Mediterráneo oriental.

2. *La cuestión de Palestina y la política inglesa.* — Otra cuestión importante para la política británica en el Próximo Oriente es la actual cuestión de Palestina, motivada por la creación del «Hogar nacional judío».

Durante la guerra europea Inglaterra necesitó un apoyo financiero y negoció un empréstito en América del Norte (1917); los banqueros hebreos que intervinieron en él exigieron del Ministro inglés Balfour que autorizase públicamente, por una declaración, la creación en Palestina de un «Hogar nacional judío» que si al principio pareció tener únicamente una finalidad filantrópica, es decir, servir de refugio a los hebreos perseguidos y expulsados de los otros países, luego tomó rápidamente un aspecto político.

La inmigración hebraica, consecutiva a la realización de la promesa de Balfour, provocó una reacción en los ambientes árabes de Palestina, reacción de la cual se valió Inglaterra para declarar la incompatibilidad de la convivencia de los árabes y de los hebreos del «Hogar nacional judío» en un mismo territorio y para proponer su renuncia al mandato sobre Palestina, resolviendo ese problema con la aplicación del plan Peel. Según éste, el territorio palestino habría de quedar dividido en tres partes: una de ellas sería destinada a la constitución de un Estado árabe autónomo, otra a la de un Estado

hebraico, también autónomo, y la tercera parte debería quedar bajo la administración directa de Inglaterra y comprendería el puerto de Caifa, el territorio atravesado por la canalización petrolífera que de Kirkuk llegaba al mar, en Caifa, y Jerusalén con su hinterland.

Cuando, en 1937, Inglaterra anunció el propósito de liquidar su mandato sobre Palestina aplicando el plan de repartición territorial propuesto por Peel, hubo una fuerte reacción entre el elemento árabe, reacción que repercutió en todo el mundo musulman; era natural que los musulmanes protestasen contra la pretensión británica de poder disponer a favor de los hebreos de territorios considerados como parte integrante del patrimonio del Islam.

No cabe duda que el sionismo aspira a poseer un territorio soberano, aspiración que pudiera tener su comienzo en la fundación de un Estado judío autónomo. No tardarían en declararse solidarios de él la mayor parte de los hebreos esparcidos por el mundo, que de este modo podrían adquirir su independencia política. Aunque la idea sionista no parece aceptada por la totalidad del mundo hebraico, sin embargo, es indudable que, una vez creado un Estado hebreo soberano, gran parte de los quince millones de hebreos existentes en el mundo solicitaría la ciudadanía en tal Estado, adquiriendo así una personalidad política independiente.

Conviene hacer observar que, cuando Inglaterra manifestó su intención de aplicar el plan Peel de repartición de la Palestina (1937), la actividad de la Italia fascista en el Dodecaneso, en Libia, en Sicilia, y la creación del imperio colonial italiano con la rápida campaña de Abisinia, que en siete meses permitió ocupar el extenso territorio ahmarico, había roto el equilibrio inglés en el Próximo Oriente. De ahí que entonces la Gran Bretaña pensara trasladar su principal esfuerzo político y militar a la región asiática, para lo cual le era necesario transformar el puerto de Caifa, que por su posición en el Mediterráneo oriental presentaba una gran importancia estratégica, en una base naval de primer orden, en el Gibraltar del Mediterráneo oriental. Esta necesidad era tanto más apremiante cuanto que Caifa era también el punto de llegada del *pipe-line* o canal petrolífero, que de Mosul llega al Mediterráneo, y también el punto de arranque de las vías de comunicación que unen el Mediterráneo con el Golfo Pérsico, por Mosul, Bagdad, Basorah.

Conviene observar que la Palestina representa respecto a la Gran Bretaña la base más importante para la defensa de su posición en el Mediterráneo oriental y la cabeza de puente para la expansión de su acción política en el Oriente cercano. Es por tanto indiscutible la gran importancia que ha adquirido Palestina para los intereses de la política británica en el Mediterráneo oriental y en el Próximo Oriente en cuanto a la defensa del camino de la India, intereses complicados además por la cuestión de los petróleos del Próximo y Medio Oriente. Se comprende por ello que Inglaterra trate de encontrar una fórmula que le permita transformar su posición provisional creada por su mandato sobre Palestina en otra más definitiva y firme, con la anexión de todo o parte del territorio palestino. No cabe duda que el plan de división de la Palestina en tres zonas (plan Peel), con responder al cumplimiento del compromiso contraído por Balfour de instituir un «Hogar nacional judío» (que en el caso presente se transformaría en un «Estado hebreo autónomo), responde también a la realización de los propósitos de la política inglesa de anexión de una parte de la Palestina y de alejamiento, en cuanto le sea posible, de los árabes del litoral mediterráneo, cediendo a los sionistas una ancha zona de litoral, adecuada para desembarcos y maniobras de tierra, mar y aire.

Desde luego, la liquidación del mandato británico sobre Palestina, según el plan Peel, presenta para Inglaterra la ventaja de conseguir la realización de sus propósitos, conservando una apariencia de legalidad. En efecto, la historia de la expansión colonial inglesa demuestra que la Gran Bretaña ha procurado siempre dar forma o apariencia legal a todas sus actuaciones, hasta a las más ilegales.

Conviene recordar que el carácter jurídico de los mandatos, según el criterio repetidas veces manifestado en las deliberaciones de la «Socidad de Naciones», *no da a la potencia mandataria ningún derecho de soberanía sobre el territorio sometido a su mandato;* el ambiente wilsoniano, que predominó después de la guerra de 1914-1918 y que presidió la institución de los mandatos, determinaba que éstos no representasen más que una *situación transitoria,* un período de tutela que no afectase para nada a la soberanía del país situado bajo mandato. En efecto, según las declaraciones de la época, hechas por la «Liga de las naciones», la razón de ser de los mandatos estaba

determinada por la *necesidad altruísta* de regir pueblos todavía incapaces de gobernarse por sí solos; la Sociedad de Naciones confiaba la tutela de tales pueblos a determinadas potencias, y éstas no serían más que «sencillas mandatarias» de la Sociedad de Naciones; por último, el carácter del mandato debía variar según el grado de civilización del pueblo objeto de tutela. En la *categoría A,* para los pueblos más evolucionados, vemos enumerados: *Mesopotamia* (mandato inglés); *Palestina y Transjordania* (mandato inglés); *Siria y Líbano* (mandato francés).

Habiéndose admitido jurídicamente que las potencias mandatarias no pueden de ninguna manera arrogarse derechos de soberanía sobre las tierras administradas en nombre de la Sociedad de Naciones, la anexión directa de toda o parte de Palestina, aunque pudiera responder a las exigencias del momento político británico, sería un acto de fuerza que en el criterio normal inglés no quedaría justificado más que en el caso de una guerra interior. Se comprende, pues, que Inglaterra haya tratado de conseguir un resultado, si no idéntico, por lo menos satisfactorio para sus necesidades políticas, con la aprobación por parte de la Sociedad de Naciones de una proposición británica de liquidación de su mandato sobre Palestina, según un plan determinado de repartición territorial. El Ministro británico Eden, en su exposición a la Sociedad de Naciones del 14 de septiembre de 1937, indicaba que el mandato inglés sobre Palestina tenía un doble origen: el artículo 22 del pacto y la declaración Balfour de 1917, y que, en vista del conflicto árabo-hebraico suscitado en Palestina haciendo imposible la creación de un Estado único, la potencia mandataria pedía autorización para proceder a un reparto territorial. La aprobación del plan Peel de desmembramiento de Palestina hubiese dado una apariencia de legalidad a la anexión efectiva por parte de Inglaterra de territorios en Palestina. Pero los acontecimientos que siguieron hicieron aplazar toda decisión sobre esta cuestión.

Es evidente que la declaración de Balfour en 1917, autorizando la creación del «Hogar nacional judío», obedeció a la presión de los banqueros israelitas de Nueva York (1), deseosos de dar a los he-

(1) Los hebreos residentes en los Estados Unidos de América del Norte alcanzan la cifra de ¡cerca de ocho millones de individuos! Las estadísticas señalan en la sola ciudad de Nueva York, dos millones sesenta y cinco mil.

breos perseguidos y expulsados de los diferentes países de Europa un refugio territorial; pero en los veinte años que transcurrieron entre la declaración de Balfour y la exposición del Ministro Eden a la Sociedad de Naciones, el número de hebreos había aumentado de 55.000, en 1917, a cerca de 400.000, en 1937 y el proyecto del «Hogar nacional judío», obra humanitaria, se había transformado en un proyecto político de creación de un Estado hebreo autónomo, aspiración sionista que desde entonces se ha ido afirmando (1).

No cabe duda que para Inglaterra la creación del «Hogar nacional judío» tiene un significado no sólo de liquidación del compromiso contraído por Balfour con los banqueros hebreos de Norteamérica, sino de autorización para solicitar de la Sociedad de Naciones el mandato sobre Palestina, región que, según los acuerdos anteriores con Francia y Rusia, debía quedar internacionalizada después de la victoria aliada en la guerra 1914-1918.

La liquidación del mandato británico, según el plan Peel de desmembramiento de Palestina en tres zonas, y la creación de un Estado hebreo frente a un Estado árabe, ambos autónomos, habría de determinar entre ellos hostilidades permanentes que harían necesaria la intervención reguladora, constante, de la Gran Bretaña; esa intervención debería justificar a su vez la ocupación militar británica de una parte del territorio palestino, la anexión del puerto de Caifa transformado en base naval, así como la de los terrenos necesarios para la defensa y seguridad del *pipe-line* procedente de Mosul, y la de las vías de comunicación con Mesopotamia; con todo esto Inglaterra justificaba su instalación en Palestina por un tiempo indefinido.

No hay que olvidar que, a pesar de los tratados secretos con Francia de 1915 y 1916, Inglaterra una vez terminada la guerra, trató de eliminar a Francia del Próximo Oriente y de las regiones petrolíferas de El Yezirat (Mosul). Las condiciones políticas del país, y las dificultades surgidas en Egipto y en Irlanda, obligaron a la Gran Bretaña a aceptar el compromiso de la creación del mandato sobre Siria y sobre el Líbano que la Sociedad de Naciones otorgó a Francia; pero basta examinar comparativamente el texto del mandato

(1) Se calculan actualmente en Palestina unos seiscientos mil hebreos procedentes de países diversos.

inglés sobre Palestina y el del mandato francés sobre Siria y el Líbano para comprender la diferencia existente en el criterio de la Sociedad de Naciones al otorgar los dos mandatos; mientras el mandato de la Gran Bretaña está otorgado de modo que la potencia mandataria «tuviese plenos poderes de legislación y administración sin límite de tiempo», el mandato francés sobre Siria y Líbano determina que «la potencia mandataria elaborará, en un plazo de tres años, un Estatuto orgánico para Siria y el Líbano».

El Gobierno Blum, con un compromiso de liquidación de mandato, transformó éste en un tratado entre la República francesa y las Repúblicas de Siria y del Líbano; pero esta liquidación no fué ratificada por la Cámara francesa. La política colonial británica, en sus maniobras de largo alcance, no perdió de vista la cuestión de Siria y del Líbano; la agitación hostil a Francia, que desde entonces se manifestó en esas regiones, representaba el deseo evidente de Inglaterra de quedar sola en esta parte de Asia occidental. En la postguerra de 1939-1945 dicha agitación consiguió eliminar por completo toda ingerencia francesa, y las dos Repúblicas de Siria y del Líbano, Estados árabes aparentemente independientes, forman en la actualidad parte de la «Unión de los Estados árabes», creada en 1945 bajo los auspicios, más o menos directos, de la Gran Bretaña.

La pretensión británica, manifestada con la divulgación del plan Peel de reparto de Palestina y de fundación de un Estado hebreo autónomo, cuyo territorio estaría formado por tierras arrebatadas a los árabes, sus propietarios secuales, impresionó profundamente al mundo musulmán, que, en su reacción, manifestó claramente su oposición.

El comité de Damasco para la defensa de Palestina convocó un Congreso panárabe que se inauguró el día 8 de septiembre de 1937 en Buldán (Siria); en sus reuniones se protestó contra el proyecto Peel de desmembramiento de la Palestina, y se lanzó un llamamiento a todos los musulmanes para que se opusiesen a la intención manifestada por los ingleses de disponer arbitrariamente del suelo que por tradición pertenecía al pueblo árabe. Los delegados de la Arabia seudita fueron los más violentos en sus protestas, añadiendo que su soberano consideraba como muy peligroso para los Estados árabes en general, y para el Heyaz en particular, la constitución de un Es-

tado judío autónomo en Palestina. El Congreso propuso, como fórmula que pudiese facilitar la solución del problema, la formación de un Estado árabe, cuya independencia fuese garantizada por un tratado con la GranBretaña, el establecimiento de un régimen constitucional dentro del cual las minorías judías tuviesen los mismos derechos que la mayoría árabe y la obligación, por parte de Inglaterra, de poner término inmediatamente a la inmigración hebraica, prohibiendo además la adquisición, por parte del elemento sionista, de las tierras árabes bajo cualquier forma, pretexto y medio. Las conclusiones del Congreso, proponiendo el boicot de la industria, del comercio y del trabajo de los hebreos en Palestina, al ser divulgadas en los países musulmanes determinaron la adhesión de la mayor parte de ellos. .La protesta del mundo musulmán contra el proyecto de reparto del territorio palestino y de creación de un Estado hebreo autónomo fué general, manifestándose por telegramas y mensajes dirigidos a la Sociedad de Naciones y también al gobierno de la Gran Bretaña. El periódico francés *Le Temps*, comentando las resoluciones del Congreso, decía: «La única lección útil de este Congreso ha sido el haber demostrado la necesidad urgente para Inglaterra y para la Sociedad de Naciones de tomar decisiones enérgicas y definitivas referente a la Palestina.»

Sin embargo, algunos días después, la Sociedad de Naciones, ante la cual el Ministro inglés Eden había expuesto, como ya hemos dicho, la situación (17 de septiembre de 1937), deliberó: «Autorizando al Gobierno británico para completar los estudios indicados y tomar las determinaciones consecutivas», y (mientras llamaba la atención sobre el hecho de que el mandato de 1922 quedaba en vigor hasta que no se decidiese otra cosa) aplazó el examen substancial de la cuestión hasta el momento en que el Consejo estuviese en condiciones de estudiarla en conjunto, reservándose completamente su opinión y su decisión.

Poco tiempo después, el 26 de septiembre de ese mismo año, el Comisario inglés del distrito de Galilea, Lewis Anfrews, que residía en el país desde hacía 20 años, fué muerto por tres individuos, dos vestidos como europeos, y uno con el traje indígena. Los ingleses iniciaron poco después la represión por el método fuerte, y desde entonces Palestina, ensangrentada por la lucha entre árabes y he-

breos ha visto su territorio ocupado militarmente por las tropas inglesas. Esta dura represión intentó ahogar en sangre el movimiento de protesta árabe contra la ingerencia hebraica y de rebelión contra los métodos empleados por los británicos.

Muy largo sería el relato de la lucha que, desde entonces, hasta que estalló el conflicto mundial de 1939, ensangrentó Palestina; las estadísticas de los muertos demuestran con toda evidencia el partidismo inglés durante ese período a favor de los hebreos y en contra de los árabes, que fueron castigados muy duramente, ya en los individuos, ya en las colectividades, mientras que en América del Norte una conferencia sionista, reunida en Detroit, votaba más de dos millones de dólares para la adquisición de tierras en Palestina y principalmente en Galilea. Las tropas británicas ocuparon el territorio de Palestina de una manera sólida y completa, mientras en Inglaterra una buena parte de la opinión pública afirmaba repetidamente en los periódicos la necesidad de la anexión del territorio de Palestina y mientras, por otra parte, se señalaba, en efecto, entre los proyectos de Inglaterra con relación a la situación internacional, el de la «anexión del territorio palestino en el momento oportuno» (1).

El Gobierno británico envió entonces una nueva Comisión (Comisión Woodhead) para estudiar una vez más la situación, y por último decidió reunir en Londres una Conferencia en la cual debían tomar parte los delegados de los diversos grupos árabes y los de la agencia hebrea de Palestina.

Los delegados del alto Comité árabe (2) se reunieron en juntas preliminares con el Gran Muftí de Jerusalén (que había huído a Siria) para establecer un programa de reivindicaciones; al terminar las conferencias, publicaron un manifiesto en el cual se hacía constar que el alto Comité árabe había aceptado la invitación del Gobierno inglés a tomar parte en la Conferencia de Palestina, y anunciaba que todos los Delegados acudirían a Londres en tiempo oportuno,

(1) El diario «Neues Wiener Journal» en noviembre de 1937, publicó en primera página y con gran relieve la noticia de que «en un importante documento dirigido por el Primer Lord del Almirantazgo a los Altos Mandos se hace referencia a la situación internacional política y marítima». Según dicho periódico, en esa circular iba indicado, entre los proyectos del Gobierno británico, el de anexionar Palestina.

(2) Los delegados árabes de Palestina a la Conferencia de Londres fueron: *Musa Alimi, Doctor Jaldi, Yemal Husein, Auni Bey Abd el Hadi, Alfred Rock, Amin Tamini,* acompañados de dos secretarios y dos consejeros políticos.

protestando, al mismo tiempo, contra la invitación que el Gobierno británico había enviado al «Partido árabe de defensa», cuyas divergencias con el alto Comité eran manifiestas.

La Conferencia se inauguró el día 7 de febrero de 1939. La Delegación árabe no quiso reconocer a los delegados de la agencia hebraica, y el Ministro de las colonias inglesas acabó por decidir que se celebrasen sesiones separadas entre árabes y hebreos. Vencida también la dificultad surgida por la discrepancia existente entre el «Partido de defensa árabe» y los delegados del alto Comité árabe, el Gobierno británico prometió publicar en un *Libro blanco* la correspondencia cambiada entre el representante británico en Egipto, Mac Mahon, y el Gran Cherif de la Meca, Si Hosein, en los años 1915-1916.

El Gobierno inglés quiso hacer de la Conferencia de Palestina una reunión en la cual el carácter predominante fuese el étnico, por lo cual excluyó de ella a los musulmanes de la India que, deseosos de transformar el asunto de Palestina en una cuestión islámica, protestaron de su exclusión.

Esta Conferencia interrumpida por el conflicto mundial no dió resultado alguno; era evidente que la Gran Bretaña, dados sus intereses de carácter primordial en Palestina, no modificaría su política más que en la forma.

Por otra parte, coincidiendo esta Conferencia con los disturbios de Siria (en donde el pueblo reclamaba la puesta en vigor del tratado con Francia, firmado por el ministerio Blum, reconociendo la independencia de las Repúblicas sirias con el compromiso de retirar todas las tropas francesas en el plazo de tres años) se podía suponer que Inglaterra se preocuparía por sustituir a Francia, estableciendo de una manera más o menos directa su influencia también en Siria y en Líbano.

En efecto, la Gran Bretaña durante el conflicto mundial no dejó de poner interés en las poblaciones árabes del Próximo Oriente. El secretario de Estado a los Negocios extranjeros, decía en 1941: «El mundo árabe ha hecho grandes progresos desde el renacimiento de su poderío al final de la última guerra (de 1914-1918), y muchos intelectuales árabes desean para sus pueblos una mayor unidad que la actual. Para llegar a realizar esta unidad cuentan con nuestro apoyo; y no dejaremos sin contestación ninguna llamada de nuestros

amigos. Me parece natural y justo que estrechemos más no sólo los lazos culturales y económicos, sino también los políticos. El Gobierno de Su Majestad británica, por su parte, dará el apoyo más completo al plan que fuese aceptado por todos ellos.»

El 24 de febrero de 1943, contestando a una demanda que le había sido presentada en los Comunes, referente a las disposiciones que se habían tomado para favorecer la creación de una «federación árabe», míster Eden afirmaba: «Como ya se ha demostrado claramente, el Gobierno de S. M. británica mirará con simpatía el movimiento que se desarrolle entre los árabes para favorecer su unidad económica, cultural y política. Es evidente, sin embargo, que la iniciativa de dichos planes debe venir de los mismos árabes; todavía no tenemos conocimiento de que se haya elaborado un proyecto que haya recibido la aprobación general.»

Terminado el conflicto mundial de 1939-1945, la cuestión del Próximo Oriente volvió a ser del mayor interés para la Gran Bretaña.

Las condiciones internacionales e interiores de Francia permitieron a Inglaterra intervenir en Siria y en el Líbano que, organizadas en repúblicas, soportaban mal el yugo del mandato que el Gobierno Blum, anterior al conflicto, había prometido liquidar; el bombardeo de Damasco por las tropas francesas, en mayo de 1945, determinó la intervención directa de la Gran Bretaña, intervención que tuvo por resultado definitivo la eliminación de la ingerencia francesa en los asuntos de esos países. Siria y Líbano, nominalmente independientes, formaron parte de la «Unión de los Estados árabes» que, como hemos indicado, fué constituída en el Cairo por el acuerdo del día 9 de marzo de 1945, firmado por los ministros de Negocios Extranjeros de Transjordania, Irak, Egipto, Siria, Líbano, Arabia seudita e Iemen. Esta unión federativa de los Estados árabes citados derivaba de la «Liga de Estados árabes», creada en 25 de septiembre de 1944 por el protocolo firmado en Alejandría, en el palacio Anthoniades, por las delegaciones de Siria, Transjordania, Irak Líbano y Egipto, con la asistencia de Musa el Alami, representante de los árabes de Palestina. Favorecida por la política británica, la «Unión de los Estados árabes» había vencido las dificultades suscitadas por las rivalidades y el antagonismo entre algunos jefes de esos Estados que no habían querido adherirse a la Liga creada por el protocolo de 1944.

También en la postguerra de 1939-1945 el problema de Palestina se presentó bajo un aspecto diferente. Cuando Inglaterra ,en 1937, manifestó su deseo de liquidar su mandato, aplicando el plan de repartición territorial elaborado por Peel, su propósito era tomar posición de una manera firme y directa en Palestina apoyando las aspiraciones hebraicas, cuya realización le permitiría anexionarse una parte de la región. Por entonces los árabes protestaron porque no querían aceptar la proposición británica de entregar a los hebreos una parte del territorio que consideraban como una parcela del patrimonio sagrado del Islam, llegando a cometer actos de terrorismo que Inglaterra reprimió duramente (1).

Las manifestaciones de descontento contra la política británica

(1) La decisión del Gobierno inglés de dividir el territorio de Palestina en tres partes, árabe, hebrea y británica, provocó la protesta unánime de los árabes de Palestina, encabezada por el Gran Muftí de Jerusalén, el Hach Amin Husein, Presidente del Consejo supremo musulmán. Varios jefes musulmanes firmantes de esta protesta fueron encarcelados, cinco de ellos enviados al destierro, a Mahé, de las Islas Seycheles; el Gran Muftí se refugió en la mezquita de Omar, rodeado por doscientos fieles guardianes. Como consecuencia de estas detenciones se inició un moviminto con el fin de provocar la huelga general en toda Palestina; esa huelga no tardó en generalizarse, y los huelguistas se lanzaron a la acción directa. Ali Dabagah, jefe de la asociación «La Juventud musulmana» fué detenido con otros notables y condenado a seis meses de cárcel: el Kadi desapareció: su casa fué registrada por la policía que se llevó toda su correspondencia. Grupos de «Jóvenes Árabes» celebraron numerosas reuniones, a pesar de que el Gobierno hubiese disuelto su organización. La asociación de las mujeres árabes de Jerusalén celebró una importante manifestación para protestar contra la detención de los jefes nacionalistas (octubre 1937). El nerviosismo de la población fué en aumento, extendiéndose la agitación a toda la región. Los soldados ingleses destinados a Egipto fueron retenidos en Palestina; les fué prohibido salir de la ciudad si no iban en grupos. Cartas de amenazas fueron enviadas a los funcionarios ingleses y a los indígenas sospechosos de presentarse candidatos al cargo del Gran Muftí destituído. El Gobierno británico manifestó su decisión de tomar medidas extremas en el caso de que continuasen los disturbios y reforzó los 7.500 soldados existentes en Palestina con otros elementos traídos de Egipto. A primeros de octubre de 1937 el país se hallaba intervenido militarmente, las fronteras cerradas entre Palestina, Transjordania y del lado del desierto. Aeroplanos ingleses reconocían continuamente los límites con Siria y con el Heyaz para descubrir las bandas de beduínos que tuviesen intención de penetrar en Palestina por la Transjordania. Patrullas meharistas y fuerzas motorizadas vigilaban constantemente las fronteras.

El Gobierno inglés, con fecha 1 de octubre, había dictado medidas contra *los terroristas*, con el fin de asegurar la tranquilidad pública, y los hebreos manifestaban su satisfacción por esas medidas tomadas contra los árabes, mientras que en las carreteras de Palestina contiuaban las agresiones a los automóviles, en busca de hebreos. Hacia la mitad de octubre, cuando se esperaba de un momento a otro la proclamación del estado de asedio, se propagó la noticia de que el Gran Muftí había logrado huir de la mezquita de Omar. Los ingleses empezaron sus represalias haciendo saltar con dinamita numerosas casas.

en Palestina no se limitaron a este país. Los árabes del Próximo Oriente se agitaron; en esa época se señalaron movimientos armados del Emir uahabita Ibn Seud que concentró un grupo importante de sus guerreros en la frontera con Transjordania, también se produjo un movimiento revolucionario en Transjordania septentrional, movimiento que, habiendo empezado por una demostración popular frente al cuartel de Balfour, se extendió rápidamente, realizándose manifestaciones armadas frente al palacio del Gobierno en Ajlon. Estas manifestaciones iban dirigidas contra el Emir Abd Aláh a causa de sus relaciones con el Gobierno británico (1). El Emir Abd Aláh era odiado por los árabes nacionalistas, pues se atribuía al gobierno británico la intención de extender su dominio político también a esa parte de Palestina que, según el proyecto de desmembramiento Peel, correspondería a los árabes.

En Siria, Egipto y Líbano funcionaron los comités para la defensa de Palestina, y el ex gobernador británico, sir Ronald Scorrs, en un discurso pronunciado en Londres, sostenía que el sistema de represión violenta no era el más a propósito y afirmaba que el proyecto de fraccionamiento del territorio de Palestina repugnaba en absoluto a la población árabe. «Cuando estuve en Palestina, añadió, había 55.000 hebreos (1917) y ahora (1937) hay más de 400.000. Los árabes, que contaban con aprovecharse de las condiciones creadas por el mandato británico, se han visto en competencia insostenible con los hebreos inmigrados a Palestina. Por consiguiente — concluyó el antiguo gobernador militar de Jerusalén —, no se puede esperar que los árabes acepten una situación que consideran, desde su punto de vista, como completamente contraria a la normal.»

La conflagración mundial de 1939-1945, fué un obstáculo para que la inmigración de los hebreos a Palestina siguiese el mismo ritmo; suspendida en gran parte, el espíritu de los árabes se calmó.

Pero, terminada la guerra, el problema judaico iniciado con la creación del «Hogar nacional judío» autorizado por Inglaterra con la declaración de Balfour de 1917 y que en 1937 se había complicado por la manifestación británica de querer poner en práctica el pro-

(1) El Emir Abd Alah es el segundo hijo del antiguo Gran Cherif de la Meca, Chej Hosein, que, siendo rey del Heyaz, fué destronado por el Emir uahabita Abd el Aziz ibn Seud. Inglaterra, por acuerdo firmado en enero 1928, reconoció teóricamente la independencia de la Transjordania.

yecto Peel de repartición territorial y que preconizaba la formación de un Estado hebreo autónomo, ese problema volvió a plantearse con tenacidad y con violencia por parte de los hebreos.

En realidad, las posiciones respectivas de los árabes y de los hebreos habían cambiado; éstos de agredidos pasaron a ser los agresores. Antes del conflicto mundial, los árabes lucharon con todos los medios, incluso con actos de terrorismo, para evitar la inmigración de los hebreos propuesta y apoyada por los británicos. Después de la guerra, los ingleses quisieron limitar la inmigración que los hebreos pretendían fuese sin limitación alguna; estos últimos entonces tomaron la iniciativa de la lucha contra los árabes y, sobre todo, contra los ingleses que deseaban restringir la inmigración hebraica proporcionándola a la extensión territorial, a la densidad de la población existente y a la situación de minoría judaica aceptable (1).

Ya en el período de luchas, desde el año de 1937 hasta que estalló el conflicto mundial, los hebreos de Palestina, para defenderse contra los ataques de los árabes y auxiliar a la policía británica en su cometido de represión, habían creado una organización denominada «Hagama», que constituía un cuerpo de policía cuyo trabajo se realizaba en colaboración con la policía británica contra las asociaciones de los árabes (2).

Después de la guerra de 1939-1945 la asociación hebraica «Hagana» formó un ejército secreto que contaba con más de 70.000 miembros, entre hombres y mujeres, y representaba una fuerza importante preparada para la acción clandestina; su estructura tenía como

(1) La extensión territorial de Palestina es de unos 26.000 kilómetros cuadrados, aproximadamente, con una población que actualmente alcanza un millón setecientos mil habitantes, de los cuales seiscientos mil son hebreos. Si se compara la densidad de población de Palestina con la de la Zona española de Marruecos septentrional, que tiene 600.000 habitantes en 21.000 kilómetros cuadrados, se tendrá la proporción de 65'4 por kilómetro cuadrado, en Palestina, por 27'15 por kilómetro cuadrado en el Norte de Marruecos.

(2) En la lucha entre árabes y hebreos, en 1937, se encontraron frente a frente organizaciones árabes y organizaciones hebreas. Los árabes habían creado la asociación de los «Muyahed-Dine» (o combatientes por la fe), fundada por Iezet ed-Dine Kas-seum y apoyada por el «Istikal» (o partido de la independencia); esta asociación comprendía las bandas armadas de Fauzi Kauayi, antiguo oficial sirio que tenía su cuartel general en las colinas de Galilea. Otra organización árabe denominada «Kafr Ahmar» estaba compuesta por grupos de jóvenes terroristas, sospechosos de estar en relación con los soviets, de los cuales recibían apoyo y orientaciones.

base la formación de células de tres a seis combatientes. Al lado de «Hagana» surgió otra organización, más misteriosa, con carácter netamente terrorista: la «Irgun Zwai Leumi», a la cual se deben los actos terrorísticos de mayor envergadura: atentados con explosivos, voladuras de puentes, minas en las carreteras y en las vías férreas, saqueos de almacenes árabes y secuestros de personajes, entre los cuales se cuenta el secuestro del comandante británico Collins. A la «Irgun Zwai Leumi» se debe la voladura del principal hotel de Jerusalén, el «Gran hotel del rey David», en donde estaba instalado el «Cuartel general británico». Una particularidad de estos terroristas es que avisan por teléfono cuando van a realizar un atentado contra un inmueble, con el fin de que éste pueda ser evacuado con tiempo...

La hostilidad de los hebreos contra los ingleses estaba motivada por la oposición, por parte de éstos, a la inmigración sin límites; los ingleses querían limitar y metodizar la inmigración hebraica en Palestina, mientras que los norteamericanos apoyaban sus pretensiones, considerando que se debía autorizar la inmigración de cien mil hebreos sin oponerse o reducir ese número (1).

En el momento en que escribimos estas líneas, la situación de Palestina, según los periódicos, es muy crítica: en Jerusalén, como en vísperas de grandes acontecimientos, las calles, los cafés, las tiendas están desiertos; por las arterias de la gran ciudad sionista sólo circulan patrullas armadas. Palestina entera espera angustiosa los acontecimientos, bajo la doble amenaza de un ataque general de las organizaciones terroristas de los hebreos y de la proclamación del «estado de guerra», anunciado por el alto Comisario británico y que amenaza con represalias más duras de las que ensangrentaron la región en 1937.

En realidad, todos esperan con inquietud las reacciones que provocaría la ejecución del terrorista judío Dow Gruner, condenado a ser ahorcado por los tribunales británicos de represión. No hay que olvidar que Gruner es un hebreo americano, hijo de un funcionario

(1) Esta divergencia de criterio entre ingleses y norteamericanos referente a la inmigración hebraica en Palstina motivó la frase que el ministro británico Bevin pronunció en su discurso en el Congreso de Bourne-mouth: «Los americanos, y principalmente los newyorkinos, son partidarios de la inmigración a Palestina de cien mil hebreos, porque encuentran que hay demasiados judíos en América», frase que fué agriamente comentada por los americanos.

de correos de Nueva York, ciudad en donde hay dos millones sesenta mil judíos (casi la tercera parte de la población total de la ciudad), y que en los Estados Unidos de América del Norte hay más de ocho millones de hebreos, es decir, aproximadamente la mitad del pueblo de Israel, prácticamente unidos por la tradición, por su civilización e idiosincracia a los otros grupos de hebreos diseminados por el resto del mundo. No hay que olvidar que el hebreo, en general, es apolítico, es decir, no tiene una política propia, lo que le permite amoldarse a todos los regímenes en todos los países. Pero es susceptible de transformarse en un fanático de los más exagerados, ya que el fanatismo es una característica semítica. Gruner, el condenado a ser ahorcado, se niega a pedir la revisión de su causa y está dispuesto a morir como mártir de la idea sionista, idea que no todos los hebreos acatan sin escrúpulos internos.

En realidad, no se puede negar que en este asunto, que Inglaterra ha querido hacer suyo, la indiscutible ingerencia americana ha complicado la situación. En efecto, hay que tener en cuenta que la cuestión hebraica en Palestina ha sido iniciada por la intervención de los banqueros hebreos de América del Norte, imponiendo como condición a la realización del empréstito solicitado por la Gran Bretaña la creación del «Hogar nacional judío» en Palestina, pero este hecho, en sí humanitario y sin verdadera importancia política por sí mismo, dió lugar a que Ingalterra obtuviera de la Sociedad de Naciones el mandato sobre dicha región que, según anteriores acuerdos, debía quedar bajo una intervención internacional. Como nación en ejercicio de tal mandato, la Gran Bretaña autorizó la inmigración de hebreos y la venta a los sionistas de las tierras árabes, y estas concesiones hechas por los británicos a los judíos han provocado por parte de los árabes propietarios en el país, despojados más o menos legalmente de sus tierras, protestas tanto más violentas cuanto que era más importante el número de los inmigrados y eran de mayor consideración las tierras adquiridas por los hebreos.

En 1937, la situación fué presentada como insostenible por Inglaterra que proponía, como única solución posible a la incompatibilidad entre árabes y hebreos de convivencia en el territorio del mandato, el fraccionamiento de dicho territorio creando tres partes, una para la formación de un Estado hebreo autónomo, otra para la creación

de un Estado árabe también autónomo y la tercera para que quedase bajo la autoridad directa de las autoridades británicas. En el momento de estallar el conflicto mundial de 1939, las condiciones de Palestina eran casi iguales a las presentes: el estado de sitio había sido declarado en varios puntos a fin de conseguir una más fácil represión del descontento árabe.

Después de la guerra mundial, la ingerencia americana se acentuó y el mismo Presidente de la República americana abogó a favor de una mayor inmigración hebraica, quizás con la idea de propagar la influencia americana por medio de inmigrados judíos procedentes de América y contrarrestar así, en cierto modo, la expansión de Inglaterra en esos países, interesantes para Norteamérica, estratégicamente y también desde los puntos de vista político y económico. Los periódicos americanos, y en particular el *New York Times*, han afirmado repetidas veces que sus intereses en el Mediterráneo son actualmente muy importantes desde los puntos de vista, estratégico, político y económico y que los Estados Unidos de América deben prepararse a sustituir a los ingleses en la salvaguardia de las grandes vías de comunicación mundiales.

La actitud decidida de Inglaterra demuestra que, a pesar del forcejeo y de ciertas apariencias, la Gran Bretaña ha orientado su política a fin de instalarse de una manera sólida y definitiva en el Próximo Oriente y principalmente en Palestina y en el Sudán anglo-egipcio; mediante la primera dominaría no sólo toda la península arábiga, sino además los petróleos del Próximo Oriente y las vías de comunicación entre el Mediterráneo y el Golfo Pérsico; con el dominio del Sudán podría disponer del Egipto, que el Nilo hace tributario del primero. El forcejeo que, por una parte, parecía mantener a Inglaterra en estado de inferioridad en la política internacional respecto a Palestina, y sus largas y enojosas negociaciones con Egipto, por lo que atañe al Sudán, demostraron plenamente que a la Gran Bretaña poco le importa dejarse derrotar en apariencia con tal de obtener de su derrota aparente los beneficios de una victoria.

¿Qué representa, en realidad, para la política británica la lucha que actualmente abruma a Palestina? Un incidente colonial, sin gran alcance efectivo, que proporciona a la Gran Bretaña el pretexto justificativo de su actitud y de su firme voluntad de instalarse defi-

nitivamente en el país, con lo cual obtendría las siguientes ventajas: se situaría con el puerto de Caifa en el Mediterráneo oriental como se ha situado en el occidental con el de Gibraltar; quedaría salvaguardado el óleoducto que de Kirkuk llega a Caifa, punto de abastecimiento del precioso líquido para las escuadras aéreas y marítimas británicas; podría defender y dominar la red de carreteras que desde la orilla del Mediterráneo oriental van al Golfo Pérsico al cual Inglaterra trata de transformar en un mar británico, a pesar de los esfuerzos rusos en el Irán.

Es indudable que, dominando prácticamente la Palestina, la Gran Bretaña domina también toda la península arábiga que su política ha sabido aíslar en provecho propio. En efecto, en esa península sólo dos Estados tienen la apariencia de ser autónomos y hasta independientes. Pero el uno, la Arabia seudita, está rodeado de regiones sometidas a la influencia británica, las cuales constituyen para Inglaterra sólidas bases para un avance en territorio seudita, si fuese necesario. Situada, en efecto, entre dos mares, el Mar Rojo y el Golfo Pérsico, dos mares virtualmente británicos, la Arabia seudita está rodeada, por el Norte, por la Transjordania y el Irak que la separan del Mediterráneo y de Siria; su costa del Golfo Pérsico está en manos de los ingleses a los que Ibn Seud la cedió por 99 años con el pretexto de concesión de pesca de perlas; hacia el Sureste, el protectorado inglés de Mascate y el desierto la separan del Océano Índico, mientras que por el Sur linda con el Imamato del Iemen, encerrado entre los territorios del protectorado de la región de Adén y el litoral del Mar Rojo (que, una vez desaparecida la influencia de Italia en Abisinia, Inglaterra puede considerar como otro mar británico) y los territorios de la Arabia seudita. Los dos Estados árabes (el Iemen y la Arabia seudita) considerados como independientes están, en realidad, en una situación de antagonismo latente, pues representan dos criterios religiosos que, aunque tengan sus orígenes en la religión del Islam, son prácticamente divergentes y, por consiguiente, enemigos.

No cabe duda, pues, que la posesión de Palestina es una necesidad absoluta para la Gran Bretaña, para consolidar su situación en el Próximo Oriente y para salvaguardar el camino de la India a la vez que el abastecimiento de petróleo de sus escuadras y escuadri-

llas del Próximo Oriente; sus intereses son, pues, de la mayor importancia estratégica, de gran alcance político y del mayor valor económico; se comprende, pues, que luche para conservar inexpugnable su posición en Palestina.

En Arabia, los norteamericanos han creado intereses practicando importantes investigaciones petrolíferas en las cuales han invertido muchos millones de dólares...

3. *Egipto y Sudán en la política británica del Próximo Oriente.* La cuestión de Palestina en Asia occidental y la cuestión del Sudán, en el extremo Noreste del continente africano, son los dos problemas de mayor interés para la expansión colonial británica en Asia y en África.

En efecto, si la Palestina constituye la base de la línea asiática de expansión británica, el Sudán es el punto de partida de la línea africana de expansión colonial de Inglaterra; ambas regiones, completadas por sus apéndices, Palestina con la península arábiga y el Sudán con el Egipto, constituyen los guardianes insustituíbles del Canal de Suez, de la gran arteria imperial británica.

Aparentemente, la cuestión de Egipto muestra un mayor relieve que la del Sudán. Sin embargo, es evidente que Inglaterra estaría dispuesta a hacer sacrificios en Egipto con tal de dominar el Sudán, pues las aguas del Nilo que proceden del Sudán supeditan la existencia del Egipto a la voluntad de los que dominen el Sudán.

En efecto, como hemos tenido ocasión de explicar en un trabajo anterior (1), el Nilo es un río cuaternario, formado por dos ramales (el Nilo blanco y el Nilo azul), que nacen en la inmensa región sudanesa; el primero procede de los grandes lagos del África central (lago Victoria y lago Alberto) y el segundo del lago Tsana, en la parte septentrional de la meseta abisinia. Estos dos ramales se unen a la altura de Ondurman (Sudán angloegipcio), y el río, después de haber recibido en Berber las aguas de su último afluente, el Atbara, inicia su curso a través del desierto, recorriendo desde Berber hasta su desembocadura en el Mediterráneo 2.768 kilómetros en dirección Norte. De todos los ríos ecuatoriales, solamente el Nilo atraviesa el desierto en toda su anchura de Sur a Norte. El ramal

(1) Véase: ANGELO GHIRELLI. *El País berebere.* Madrid, 1942. Editora Nacional.

del Nilo blanco entra en la categoría de los ríos sudaneses, a la cual pertenecen también el Niger, el Senegal, el Chari. La suerte del Nilo hubiese sido indudablemente análoga a la de los otros ríos, es decir, que no habría podido atravesar el desierto, si no fuese por el concurso del Nilo azul, poderoso torrente que baja con fuerza de las alturas de la meseta abisinia y consigue captar las aguas casi estancadas del Nilo blanco en las llamadas «marismas del Nilo blanco», uniéndose los dos ramales en Oondurman; y también porque existe una grieta de la costra terrestre debida a los movimientos orogénicos que provocaron un hundimiento, del cual tomó origen el Mar Rojo; dicha grieta fué aprovechada como lecho por las aguas del Nilo. El Nilo debe, pues, a esas circunstancias el haber conservado sus crecidas características que han fertilizado su Valle y su Delta. El Valle y el Delta del Nilo constituyen el Egipto propiamente dicho, que es en realidad un oasis rodeado por el desierto por todos los lados.

Se comprende por tanto la importancia del Sudán para el Egipto. Y se comprende igualmente que Inglaterra esté dispuesta a hacer grandes concesiones a los egipcios con tal de dominar el Sudán, pues de ese modo tendría a su disposición todos los habitantes del Valle y del Delta con la amenaza de desviar las aguas del gran río africano. Esto explica el afán británico por eliminar a Italia de Abisinia, pues dueña Italia del lago Tsana y de las fuentes del Nilo azul representaba un peligro para los intereses británicos en el Sudán y en Egipto.

Como hemos ya tenido ocasión de indicar, fué la política internacional de Bismark la que decidió a Inglaterra a instalarse en Egipto. El Canciller alemán, orientando a la Gran Bretaña hacia Egipto y a Francia hacia Túnez, tenía el propósito de provocar hondas divergencias entre estas dos potencias, y entre Francia e Italia, pues los intereses de esta última en Túnez eran indiscutibles. Alemania no había concebido aún su programa colonial. Inglaterra, segura de la actitud favorable de Germania, no vaciló, y tomando como pretexto la defensa de los intereses británicos, amenazados por el movimiento revolucionario de Arabí Bajá, desembarcó sus tropas en Alejandría (1882) y ocupó Egipto.

Se puede decir que, en realidad, la Gran Bretaña inició su ver-

dadera política de expansión en el Próximo y Medio Oriente con el desembarco en Egipto del año 1882, continuándola después de una manera sistemática y consecuente.

A la ocupación de Egipto siguió en África la del Sudán, iniciándose con ella la política de expansión británica en la línea africana; en Asia, la Gran Bretaña ocupó la isla de Bahrein, en el Golfo Pérsico (1895), estableció su protectorado sobre Zibara, en el Katar (1896), y ocuyó las islas de Kurián-Kurián, en el Mar de Omán, consolidando de esta manera su protectorado sobre el sultanato de Mascate (1).

El descubrimiento de yacimientos petrolíferos en el Próximo y Medio Oriente complicó la política de expansión colonial de la Gran Bretaña, principalmente en Oriente; con su política del petróleo, Inglaterra afirmó la necesidad, para ella ineludible, de estar presente de una manera no sólo efectiva, sino predominante en todas las cuestiones referentes al Próximo y Medio Oriente.

Con la ocupación del Sudán, que, como hemos dicho, siguió a la de Egipto, la Gran Bretaña no sólo pudo consolidar su posición en esa región sino que estableció en África una cabeza de puente para su expansión colonial en su línea africana que tenía por finalidad unir Egipto con la colonia del Cabo a través de toda el África oriental.

En Egipto, Inglaterra conservó la dinastía khedivial y las otras formas de gobierno local; el país era administrado por un representante británico con el título de «consejero financiero». La hábil administración de lord Cromer, el primer consejero financiero, proporcionó bienestar y riquezas al país, pero no logró hacer desaparecer entre los egipcios de determinados ambientes la idea de independencia que la política francesa, en su antagonismo respecto a Inglaterra, había despertado y desarrollado desde que ésta había ocupado Egipto.

(1) Como hemos indicado en páginas anteriores, la intervención de la Gran Bretaña a Mascate remonta al año 1856, año de la muerte de Seid Said, Sultán de Mascate y de Zanzibar. Los dos hijos de Seid Said, Mahid y Tuhami, no habiendo podido llegar a un acuerdo sobre el reparto de la herencia, tomaron como árbitro de la cuestión a Lord Canning que por entonces era Gobernador General británico de las Indias; éste resolvió el pleito dando a Mahid el Sultanato de Zanzibar y a Tuhami el de Mascate. Los dos Sultanes quedaron desde entonces bajo la tutela británica, e Inglaterra, poco a poco, transformó esta tutela en protectorado efectivo.

En los últimos años del siglo XIX la política antibritánica de Francia provocó el incidente de Fachoda (1898), que motivó un enérgico ultimátum por parte de Inglaterra. Francia no estaba preparada para la guerra y abandonó el territorio conquistado. Esto determinó un cambio en la orientación política colonial francesa al llegar al poder Delcassé, que era partidario de una inteligencia con la Gran Bretaña. El tratado franco-británico de 1904 (1), referente a Egipto y a Marruecos, estipuló que la Gran Bretaña tendría completa libertad de acción en Egipto y Francia en Marruecos. Francia dejó de sostener las reclamaciones nacionalistas y anti-inglesas de los egipcios, reclamaciones que hasta entonces habían sido inspiradas y apoyadas por la política francesa.

Con la guerra de 1914, Inglaterra modificó oficialmente su posición en Egipto. En efecto, la Gran Bretaña había creído que debía conservar la dinastía khedivial, la cual nominalmente se hallaba bajo la soberanía de la «Sublime puerta»; había declarado que la ocupación británica del territorio egipcio era sólo temporal y, consecuentemente, había dejado a Egipto, de derecho, en su antigua situación de vasallo del Imperio otomano, a pesar de que la Gran Bretaña ejerciera un protectorado efectivo sobre el país. Pero en la inmediata preguerra de 1914, el Khedive y gran número de egipcios se manifestaron abiertamente turcófilos, y cuando, en noviembre de 1914, Turquía entró en guerra al lado de los Imperios centrales, Inglaterra tomó medidas decisivas: aprovechando del viaje a Constantinopla del Khedive Ab-bas Hilmi, la Gran Bretaña lo destituyó y transformó el gobierno khedivial en sultanato. Hosein Kamel, primo del Khedive destronado, fué nombrado Sultán y fué declarado que Egipto quedaba bajo protectorado británico. Este protectorado duró oficialmente desde 1914 a 1922, sucediendo a Hosein Kamel, en 1917, como Sultán, Ahmed Bajá Fuad, que en 1922 tomó el título de rey de Egipto.

(1) Véase la Declaración franco-británica del 8 de abril de 1904 relativa a Marruecos y a Egipto. Esta Declaración tuvo como corolario el Convenio hispano-francés del 3 de octubre de 1904, por el cual Francia reconoció a España una zona de influencia en Marruecos y (art. 3) la facultad de ejercer libremente su acción en la región delimitada en el citado convenio, la cual «desde ahora constituye su zona de influencia». En realidad, los límites de esta zona de influencia española fueron modificados con detrimento de los intereses españoles, ulteriormente, por el Convenio del 27 de noviembre de 1912.

Durante la guerra europea de 1914-1918, las tropas británicas, instaladas en el territorio egipcio, tuvieron a los habitantes de éste bajo su férreo dominio. Pero los elementos egipcios que se hallaban en el destierro no cesaron de protestar contra el protectorado que Inglaterra había impuesto por la fuerza.

Terminada la guerra, Egipto entero protestó, bien cerca del alto Comisario, bien llevando sus protestas a la Conferencia de Versalles. Los delegados egipcios en la Conferencia no fueron escuchados, y los miembros de ésta declararon que consideraban como un derecho adquirido el protectorado inglés sobre Egipto; esta contestación fué publicada en el «Libro blanco» egipcio de 1919.

La idea nacionalista, que los ingleses habían intentado inculcar a los árabes del Imperio otomano para decidirlos a rebelarse contra los turcos durante el período del conflicto europeo, había penetrado también en Egipto, encontrando el terreno abonado, porque Egipto se hallaba muy influído por la civilización occidental. Dicha idea se había propagado considerablemente, favorecida también por el antagonismo entre Inglaterra y Francia y nuevamente despertado con motivo del reparto de los despojos del antiguo Imperio turco. En Egipto se formó un partido nacionalista denominado «Wafdt», que fué dirigido por Zaglul Bajá, y la agitación se recrudeció en todo el territorio.

El forcejeo entre Inglaterra y Egipto determinó las «Declaraciones» británicas del 28 de febrero de 1922, en las cuales el Gobierno inglés reconocía que «el Protectorado de la Gran Bretaña sobre Egipto había terminado», pero que «Inglaterra se reservaba la solución de determinadas cuestiones que quedaban a la discreción del Gobierno de S. M. británica».

Con estas declaraciones la Gran Bretaña devolvía aparentemente la independencia a Egipto condicionándola de tal modo que prácticamente resultaba sometido a su dominación como antes. En realidad, tal maniobra iba destinada a coordinar constitucionalmente el Estado egipcio en el sistema de las organizaciones autónomas del Imperio británico. Desde el punto de vista diplomático, la cuestión egipcia quedaba virtualmente resuelta, pero no lo estaba prácticamente; las reservas impuestas por el Gobierno de Londres eran de importancia fundamental y reducían por tanto la autonomía conce-

dida hasta transformarla en un protectorado disfrazado. El asesinato del Sirdar o Gobernador General del Sudán en las calles del Cairo provocó una reacción enérgica por parte de las autoridades inglesas, y Egipto quedó nuevamente sometido a las exigencias británicas.

La lucha entre los partidos, a pesar de ostentar todos ellos aspiraciones nacionalistas, siguió lacerando la existencia de Egipto hasta después de la muerte del leader nacionalista, ocurrida en junio de 1928. El rey Fuad, convencido de los peligros de la situación creada por la intransigencia británica frente a la exaltación nacionalista, promulgó un Decreto por el cual disolvió la Cámara y el Senado por un plazo de tres años.

La intervención de Italia en Abisinia y la rapidez de la campaña, que en siete meses colocó bajo la dominación de Roma un territorio de más de un millón de kilómetros cuadrados, a pesar de la hostilidad manifiesta de Inglaterra y de Francia revelada por las sanciones impuestas por la Sociedad de Naciones (a las cuales se adherieron 52 naciones), empujaron a la Gran Bretaña a dar solución, conforme a su criterio, a la situación de Egipto en cuyo territorio la agitación se extendía rápidamente. El 26 de agosto de 1936 Nahas Bajá, que además de Presidente del Consejo de Ministros egipcio era el jefe del partido nacionalista, sucesor del leader Zaglul Bajá, firmaba con la Gran Breatña un tratado de alianza basado en el reconocimiento de la independencia de Egipto. En este tratado Inglaterra se comprometía a retirar sus tropas del territorio egipcio a los trece años de la firma del acuerdo, pero, reforzaba mientras tanto la defensa de Egipto contra todo posible ataque del exterior, estableciendo fortificaciones adecuadas en las regiones que, como la del canal, más interesaban a su política. Como complemento, el erario egipcio debía exclusivamente sufragar todos los gastos ocasionados por dichos trabajos.

Los egipcios consideraron el antedicho tratado como muy oneroso y además contrario a los intereses del país. En realidad con semejante acuerdo, a cambio de una independencia política nominal, Egipto legalizaba la presencia de Inglaterra en el país por un plazo que, aunque limitado, era más que suficiente para que la Gran Bretaña fortificase sólidamente las regiones que le interesaban, gravando la economía egipcia con cargas tales que la supeditaban a la

Gran Bretaña para poder hacer frente a la situción financiera creada por el acuerdo. Con ese tratado la Gran Bretaña parecía conceder generosamente una autonomía y hasta una independencia que cercenaba por otra parte creando obligaciones en el país que limitaban concretamente sus posibilidades económicas. Inglaterra daba con una mano y tomaba con la otra, otorgando efectivamente sólo las libertades que no podían ser obstáculo a su dominio sobre Egipto, uno de los puntos básicos de su acción de política expansiva colonial en Oriente. Es lógico, pues, pensar que todas las tergiversaciones y todos los forcejeos británicos no tienen más finalidad que la de asegurarse predominio en esas regiones, consideradas como zonas vitales para el propio imperio de Oriente y de África.

Si se analizan las condiciones del acuerdo de 1936, se advierte que en ellas están reflejadas las condiciones fundamentales que el Gobierno inglés, en la declaración británica del 28 de febrero de 1922, se reservaba para que fuesen resueltas «a discreción del Gobierno de S. M. británica», es decir: 1.ª Seguridad de las comunicaciones del Imperio británico en Egipto. 2.ª Defensa del territorio egipcio contra una posible agresión extranjera y contra toda intervención directa e indirecta de otras potencias. 3.ª Protección de los intereses extranjeros en Egipto e igualmente protección de las minorías. 4.ª El Sudán.

En esa época Inglaterra esperaba conseguir que Egipto llegase a figurar entre las organizaciones autónomas de su Imperio, coordinado constitucionalmente como resultado de las facultades y soluciones que aquélla se reservaba. El conflicto mundial de 1939-1945 vino a interrumpir o a aplazar la aplicación definitiva de las cláusulas del tratado de 1936. En la postguerra consecutiva a ese conflicto los egipcios volvieron a manifestar su deseo de independencia absoluta; ésta debía alcanzar no sólo la zona del Canal de Suez, sino también toda la región del Sudán, territorios que la Gran Bretaña considera que deben quedar bajo su intervención directa.

Estos son los dos puntos que en la actual Conferencia angloegipcia de Londres se discuten con empeño, si se puede llamar discutir al forcejear egipcio bajo la presión británica. Es verdad que la situación internacional, de por sí confusa y difícil, obliga a Inglaterra a desarrollar su política con gran habilidad; es que, en

realidad, en su actuación en el Próximo Oriente, la Gran Bretaña no sólo tiene que contar con los árabes, hebreos y egipcios, sino también con los rusos y los norteamericanos.

Los rusos continúan desarrollando su política, antibritánica por tradición zarista y antieuropea por criterio soviético. Los americanos que hasta hace poco no querían tener ninguna ingerencia directa en los asuntos de Europa, del Mediterráneo y del Próximo Oriente han descubierto que en esas regiones tienen actualmente intereses stratégicos y políticos de gran importancia que refuerzan grandemente sus intereses económicos. La joven América en su Prensa acentúa su deseo de intervenir directa o indirectamente en las cuestiones que afectan a esas regiones.

Palestina y el Sudán, con Egipto y Arabia, son los puntos cardinales sobre los cuales la Gran Bretaña apoya su política de expansión colonial en Asia y África, es decir que son los puntos sin los cuales el poderío británico en Asia y en África amenazaría derrumbarse. Es evidente, pues, que, a pesar de todas las concesiones aparentes, doblándose en algunos casos y reaccionando con firmeza en otros, Inglaterra no cederá más que por la fuerza los derechos que considera adquiridos por su política y sus sacrificios en esas regiones.

El sistema de gobierno preferido por la Gran Bretaña, el *Indirect Rule,* no es siempre aplicable, ni en todos momentos ni a todos los países, y la Gran Bretaña emplea los métodos de atracción o de dominación más diversos para establecer su influencia sobre los países que le interesan.

En Palestina, la aparente incompatibilidad entre árabes y hebreos ha sido suficiente para justificar la presencia de las fuerzas de la Gran Bretaña (1) de una manera que, aunque oficialmente parezca provisional, tiene tendencia a transformarse en definitiva. En la fase actual de la cuestión de Palestina, la Gran Bretaña, preocupada por la actitud de los Estados Unidos de América en favor de los hebreos, ha declarado que expondrá el caso a la O. N. U., con lo cual provocará una aclaración por parte de América sobre sus intenciones.

(1) Se calculan en más de cien mil soldados las fuerzas británicas en Palestina, cuya superficie es de unos 26.000 kilómetros cuadrados.

El ruido que se sigue armando alrededor de la cuestión de Palestina distrae la atención mundial de las negociaciones anglo-egipcias sobre el Sudán, que para la Gran Bretaña representa un asunto que le interesa más directamente y en el cual quiere evitar toda ingerencia extranjera. Para la política inglesa en Oriente la cuestión del Sudán es de importancia vital, pues dominando las fuentes del Nilo y su curso en la parte en que recibe sus afluentes (1), Inglaterra domina efectivamente todo el valle y el Delta del Nilo, cuya existencia y riquezas están supeditadas a las crecidas periódicas que aportan al valle el limo fertilizante procedente de la meseta abisinia. La dominación absoluta del Sudán permitirá sin duda a la Gran Bretaña hacer concesiones políticas y, sobre todo, de carácter político-representativo, a los súbditos y al Gobierno del rey Faruk.

Elliot Roosevelt en su libro (2) habla de las conferencias que su padre, el Presidente de los Estados Unidos de América, había celebrado, a su regreso de Yalta, a bordo del gran crucero *Quincy*. La entrevista con el rey Faruk de Egipto fué dedicada a la cuestión del algodón de larga fibra que América había comprado durante la guerra. En la celebrada con Haile Selassié, el Negus de Abisinia habló casi exclusivamente de sí mismo y de las grandes mejoras que estaba introduciendo en su país (?). El último visitante fué el rey de la Arabia seudita, Abd el Aziz ibn Seud, con el cual el Presidente Roosevelt habló primeramente de la cuestión judía de Palestina. «Mi padre, dice Elliot Roosevelt, abrigaba la esperanza de convencer a Ibn Seud de la equidad de dejar establecerse en Palestina a las decenas de miles de judíos arrojados de sus hogares de Europa, perseguidos, errantes.» La incomprensión americana de las cuestiones y del carácter de los orientales se manifiesta en el mismo comentario hecho por el Presidente Roosevelt y relatado por su hijo: «De cuantos hombres había tratado en su vida, ninguno le había proporcionado menos satisfacciones que ese monarca árabe de voluntad de hierro.»

Los caracteres de los tres monarcas que desfilaron a bordo del

(1) El último afluente del Nilo se une a este río en el Sudán a la altura de Berber.

(2) Véase: Elliot Roosevelt. *Así lo quería mi padre*. A. Aguilar. Editor.

Quincy para entrevistarse con el Presidente Roosevelt aparecen bien destacados a través de las frases de Elliot Roosevelt: el rey Faruk de Egipto habló como hombre de negocios; el Negus de Abisinia dió muestras de su vanidad sin base; y el rey de la Arabia seudita manifestó la entereza de su carácter y de sus sentimientos como árabe y como musulmán; y, sin embargo, en esa época agentes investigadores americanos habían gastado ya y estaban gastando ingentes cantidades en la exploración petrolífera de la península arábiga...

En resumen: de los dos problemas primordiales para la Gran Bretaña en el Próximo Oriente, la cuestión africana ,respecto a la cual hubo un momento en que Inglaterra se halló en dificultades, cuando Italia en su despertar colonialista ocupó Abisinia, ha quedado resuelta a favor de Inglaterra con el conflicto mundial de 1939-1945; en el sistema de equilibrio africano que la Gran Bretaña había organizado en África oriental, la independencia de Abisinia era un factor muy importante; este equilibrio había quedado roto por la dominación italiana en Etiopía, ya fuera porque Italia podía, desde entonces modificar en cualquier momento la política del agua, con la cual los ingleses pretendían dominar el Sudán y por reflejo el Egipto, ya porque Abisinia, con más de 13 millones de habitantes, organizada por el Estado italiano, representaba un peligro para las colonias británicas limítrofes, ya también porque la instalación definitiva de Italia en territorio abisinio y la política promusulmanes, iniciada y desarrollada desde el primer momento, habría de repercutir en el equilibrio árabo-asiático, del cual Inglaterra entendía ser el único árbitro.

Se comprende, pues, que Inglaterra que ha conseguido restablecer el equilibrio africano según su criterio con la guerra mundial que tuvo entre sus resultados el de eliminar Italia de su Imperio colonial, en África oriental, no quiera que nadie, ni los egipcios, puedan llegar a romper nuevamente ese equilibrio: la cuestión del Sudán es hoy para Inglaterra una de las cuestiones de mayor importancia en su programa de expansión colonial y sobre todo de abastecimiento de materias primas almacenadas en el inmenso continente negro.

En Palestina, como ya lo hemos indicado Inglaterra aunque apa-

rentemente lucha contra las exigencias de los árabes y de los hebreos, se ha dado cuenta que esta lucha de nervios y de desgaste de prestigio encubre maniobras de políticas rivales: desde luego rusa y francesas, y también americanas, pues los Estados Unidos de América apoyan la inmigración en masa de judíos, inmigración que los británicos quieren reducida a proporciones moderadas: en realidad, la Gran Bretaña se halla en Palestina, en donde el puerto de Caifa representa el Gibraltar del Mediterráneo Oriental y el punto de suministro de petróleo a las escuadras inglesas; en donde llega al Mediterráneo el petróleo del Irak por el cual nació un antagonismo anglo-francés que ha hecho inclinar a Francia hacia los soviets; Palestina que constituye la cabeza de puente para el Golfo Pérsico y la India, camino que los eventuales adversarios de la Gran Bretaña difícilmente podrán interrumpir. La política británica en el Próximo Oriente tiene en la actualidad dos enemigos potenciales: Rusia y Francia por motivos diversos, por una parte, por otra parte los Estados Unidos de América cuyos periódicos no se cansan de proclamar la importancia de los intereses norteamericanos en el Mediterráneo y Próximo y Medio Oriente, y el estado de agotamiento de Inglaterra, después de la guerra que no pudiendo cumplir su cometido debe ceder el sitio de guardián de las grandes vías de comunicación mundiales a la joven y poderosa América.

Estas afirmaciones que se encuentran en diarios importantes de Norteamérica sostenidas por las plumas más autorizadas, como la de Walter Lippmann. El mismo Elliot Roosevelt, en su libro ya citado, dice: «Continuaremos actuando como un árbitro, como un intermediario entre Inglaterra y Rusia, y haciendo ésto resulta bien claro que los Estados Unidos se convertirán en el *conductor del mundo.* Nuestra política extranjera no se cortaría ya más según el patrón de la Gran Bretaña; en la futura organización de las naciones unidas los Estados Unidos armonizarían los dispares puntos de vista de los británicos, de mentalidad imperialista, y de los rusos, de mentalidad comunista» (1).

Es evidente que en la actualidad los puntos de vista de Moscú,

(1) Véase: ELLIOT ROOSEVELT. *Así lo quería mi padre.* Pág. 284. A. Aguilar. Editor.

de Londres y de Wáshington son discordantes por lo que respecta al Mediterráneo y al Próximo y Medio Oriente, concretándose la lucha de este modo: los rusos quieren establecer su predominio en la cuenca oriental del Mediterráneo, mientras que los británicos se afanan por asegurar la libertad en sus comunicaciones imperiales contra todo posible intento soviético. Los ingleses han visto con recelo el viaje de M. Chiborine, Ministro de los soviets en Egipto, a Palestina acompañado de varios funcionarios de su Legación para estudiar sobre el terreno los problemas que separan a árabes y hebreos. Es evidente que tampoco (los ingleses) aceptarían un *Trusteeship* individual que permitiría a los rusos instalarse en Tripolitania o en la Eritrea italiana. Mirando hacia Oriente los británicos consideran la actuación soviética en el Irán como una amenaza dirigida contra las Indias. En realidad los ingleses miran, vigilantes, las posiciones que consideran necesarias para la conservación de su Imperio, entre el Estrecho de Mesina y el Golfo Pérsico y entre los Dardanelos y el Canal de Suez y es evidente que tratarán de conservarlas por todos los medios a su alcance.

Los americanos, como es lógico, se han interesado mayormente en la cuenca occidental del Mediterráneo con un criterio amplio y también favorable a los rusos en la cuestión de los Estrechos. La intervención soviética en Tánger ha despertado la atención americana, pues para la unión de las Repúblicas soviéticas, Gibraltar tiene el mismo grado de interés que Suez y los Dardanelos. La Prensa de los Estados Unidos de América del Norte reclama con insistencia que la gran nación americana «afirme sus derechos en el Mediterráneo», especificando que estos derechos (más bien son intereses que derechos) son diferentes de los de la Gran Bretaña y su Imperio.

La tesis americana, según se infiere de los artículos de publicistas especializados e influyentes, como Walter Lippmann, tiende a una internacionalización completa del Mediterráneo y de sus vías de acceso, internacionalización basada en el principio de la libertad de los mares. No cabe duda que este criterio constituye respecto a Inglaterra una grave amenaza para su perdominio marítimo en la vía de comunicación, a través del Mediterráneo y del Próximo y Medio Oriente, con su imperio colonial de Oriente.

CAPÍTULO IV

LAS REACCIONES DE LAS POBLACIONES MUSULMANAS DEL ÁFRICA SEPTENTRIONAL ANTE LAS POLÍTICAS ISLÁMICAS DE LAS NACIONES EUROPEAS

Los movimientos y acontecimientos del mundo musulmán repercuten en los países islámicos no sólo del Próximo Oriente sino también en los de África septentrional, con tanta mayor facilidad e intensidad cuanto los medios de comunicación y de difusión son más rápidos y más frecuentes. En efecto, estas facilidades permiten multiplicar las reuniones de los delegados oficiales u oficiosos de los diversos países islámicos, manteniendo entre ellos un contacto que facilita el estudío de las cuestiones de interés común y el intercambio de apreciaciones y la toma de decisiones de carácter general musulmán.

Es, pues, lógico que las poblaciones del África septentrional reaccionen más o menos enérgicamente en presencia de los acontecimientos que afectan al Próximo Oriente, de los cuales tienen conocimiento a diario por la Radio, la Prensa, las Revistas y también por las comunicaciones de toda índole que llegan a sus manos.

Es verdad que con el desmembramiento del Imperio otomano, que arrastró consigo la supresión del Califato islámico, quedaron rotos los lazos que, aun siendo sólo superficiales, mantenían a los países musulmanes bajo la influencia político-religiosa de Constantinopla, sede musulmana de valor universal y única capital islámica con función política importante en Europa. Pero es verdad también que el centro político-religioso del mundo musulmán no ha sido todavía sustituído, pues no se ha vuelto a establecer el Califato islámico que los turcos modernos abolieron con el Decreto de Ankara del 3 de marzo de 1924. Sin embargo, no se puede dudar de que el Islam, expulsado de Turquía, humillado en Siria y Palestina, occidentalizado por el parlamentarismo y la democracia

en Egipto y completamente deformado en África septentrional, ha encontrado en Arabia, de donde salió hace tantos siglos, un importante punto de apoyo. Merced a él ha cobrado nueva vida, y ha entrado en un período de vigoroso renacimiento, aun cuando todavía se halle en momentos de obscuridades y fraccionamientos aprovechados por todos los intereses encontrados que gravitan en el mundo musulmán y en torno a él. Durante los años de 1914 a 1918 el Islam demostró haber perdido todo su vigor y toda posibilidad de reacción cuando no hubo nadie entre las masas abigarradas de los pueblos islamizados que respondiera a la proclamación de la guerra santa. Mas hoy día ha vuelto encontrar en Arabia parte de su vigor primitivo, a pesar de que la reforma religiosa de los uahabitas, dueños de los «Lugares santos» islámicos, no ha sido todavía aceptada por gran número de musulmanes. Pero el gobierno sencillo, metódico, rectilíneo del Emir Ibn Seud ha facilitado en gran medida la peregrinación anual de los musulmanes, dando un incremento cada vez mayor a la que reúne en la Meca un número de fieles que cada año aumenta.

La peregrinación a la Meca es, desde luego, uno de los medios más eficaces de propaganda islámica.

Pero si el polo religioso ha vuelto a situarse, como en los primeros tiempos del Islam, en los «Lugares santos» musulmanes, la política europea ha determinado la existencia de dos polos políticos de los cuales irradia una fuerza que influye en el mundo islámico: Egipto y Siria, que hasta hace poco estaban sometidos respectivamente a la influencia inglesa y francesa.

Pero la política de la Gran Bretaña en esas regiones difícilmente se puede llamar islámica, pues Inglaterra demuestra no preocuparse de las condiciones de los países mulsulmanes más que en lo que ella pueda utilizar para sus fines. La cuestión de Palestina es una prueba indiscutible del criterio político británico; en la primera fase, la incompatibilidad suscitada y agravada entre árabes y hebreos tuvo por finalidad el plan Peel de partición territorial de Palestina, de la cual la parte que más interesa a la Gran Bretaña debería quedar bajo el dominio de ésta.

Hemos ya indicado en otras páginas que Inglaterra desarrolló durante medio siglo aproximadamente una política que debía ase-

gurarle el predominio en el Mediterráneo oriental y en la embocadura del camino de las Indias, extendiendo sù acción hasta el Océano Índico; después de la guerra de 1914-1918, la Gran Bretaña intensificó su acción, como dueña o como mandataria de las provincias árabes del Próximo Oriente que habían pertenecido al Imperio otomano.

Después de 1919 la Gran Bretaña manifestó la tendencia a unificar su política asiática con su política africana, tomando como base el cuadrilátero Arabia-Palestina, Egipto-Sudán. Dada la importancia que estas regiones han adquirido para asegurar la existencia del Imperio colonial y exterior británico, sería ingenuo hacerse la ilusión de que la política inglesa pueda considerar como posible el abandono voluntario por su parte de uno o varios de estos puntos que constituyen los pilares sobre los cuales descansa el edificio de la dominación inglesa en Asia y en África. No cabe duda, pues, que ni el tratado anglo-egipcio del 26 de agosto de 1936, ni las conferencias celebradas ni las que se celebran actualmente referentes a los asuntos del Sudán y de Palestina, representan o demuestran el deseo por parte de Inglaterra de desinteresarse de esas regiones. Hasta la última decisión de la Gran Bretaña de llevar la cuestión palestina a la O. N. U. no es más que una maniobra; con tal maniobra, en realidad, la hábil política inglesa trata de consolidar su situación, obligando a los Estados Unidos de América a descubrir sus intenciones.

Hemos examinado ya los resultados de la política británica en Egipto, el país más oriental del África del Norte, que sigue todavía bajo la dominación efectiva de la Gran Bretaña a pesar de que ésta haya reconocido por tratado condicionado, su independencia. Examinaremos, pues, ahora la influencia de las diversas potencias europeas sobre las otras regiones del África septentrional, al Oeste del Egipto, que constituyen el Maghreb (occidente) de los árabes.

1.º *La Libia (Cirenaica y Tripolitania).* — Con el tratado de paz consecutivo a la guerra italo-turca de 1911, la Tripolitania cesó de ser una provincia turca para pasar a ser una colonia italiana.

La historia de la política de expansión colonial italiana anterior a la época fascista se puede dividir en tres períodos princi-

pales: un primer período de exploraciones científicas y monopolizaciones comerciales y territoriales (1865-1895) en el cual sabios, hombres políticos, capitanes marítimos, gentilhombres, soldados, agricultores y religiosos testimoniaron con sus sacrificios y con su sangre su fe en el porvenir de Italia en África. A estos precursores siguieron las Compañías de Navegación que se apoderaron de trozos de costa en el Mar Rojo y en el Océano Índico, que debían servir, más tarde, de base para la política colonial de los primeros gobiernos de la Italia unificada. La conquista de la Eritrea y la adquisición de la Somalia representan un esfuerzo de política fuerte, realizada por gobiernos endebles y casi inconscientes, entre la indiferencia o la hostilidad de la mayor parte del pueblo que no creía en el porvenir africano de Italia. Y en cuanto al exterior, durante cuarenta años la animosidad y la mala fe, duplicada en muchos casos por la ignorancia, han dado al incidente de Adua el carácter de un desastre, sin reparar en que desastres semejantes han tenido que sufrirlos todas las potencias coloniales (1).

Este primer período, pues, a pesar de la debilidad orgánica del Estado, la mediocridad de las condiciones internacionales de Italia, de sus limitaciones económicas y financieras, a pesar de la falta de una conciencia expansionista en el país, tuvo un resultado positivo; todos los errores políticos que se puedan señalar fueron debidos al desarrollo de una acción de una envergadura mayor que los medios materiales y morales disponibles.

El segundo período de la política de expansión colonial italiana está caracterizado por una preparación diplomática desarrollada en el ambiente internacional; tenía como objetivo la expansión de Italia en el Mediterráneo. Este período empieza con el tratado franco-italiano de 1902, en el cual Italia reconoce la libertad de acción a Francia en Marruecos a cambio de recabar para sí misma

(1) La revancha de Italia en Abisinia en 1935 ha sido brillante y luminosa como ninguna otra potencia colonial puede jactarse de haberla conseguido. Con la campaña de Abisinia de 1935, modelo único de preparación, Italia, a pesar de la hostilidad europea de la Sociedad de las Naciones que le impuso sanciones económicas, conquistó en siete meses un territorio de más de un millón de kilómetros cuadrados, defendido por gente guerrera y bien armada, cuyo armamento de procedencia europea habla por sí solo. Francia en Marruecos necesitó treinta años para someter una región de una superficie menor que la mitad y cuyos defensores no estaban por cierto tan bien armados como los abisinios.

la libertad de acción en Libia. Haremos observar que mientras Italia, en virtud de ese pacto, apoyó la política francesa en la Conferencia de Algeciras y se desinteresó por completo de la actuación de Francia en Marruecos, el gobierno de París demostró, con los incidentes del «Manuba» y del «Cartago» ocurridos durante la guerra italo-turca, poca escrupulosidad en cumplir lo pactado. Cierra este segundo período la ocupación de la Libia, a pesar de la sorda hostilidad internacional manifestada por la Alemania del Kaiser, erigido en protector de Turquía, y por los franceses que, instalados en Túnez, Argelia y Marruecos, trataban de eludir los compromisos contraídos, dificultando la acción italiana en Tripolitania. La actitud hostil de Alemania durante la guerra italo-turca, hubo de tener su repercusión en la actitud de Italia en el conflicto europeo de 1914-1918. A pesar de todo esto y de la poca experiencia colonial islámica del pueblo italiano, este período dió un resultado efectivamente positivo.

Por el contrario, el tercer período, que se refiere al de la paz de Versalles, fué completamente negativo para la expansión colonial italiana. A pesar del artículo 13 del Tratado de Londres de 1915, en el cual se señalan las compensaciones a las que Italia tendría derecho por su entrada en la guerra europea al lado de los Aliados, Italia quedó excluída de la repartición de los despojos coloniales, una vez conseguida la victoria. La inclusión de Istria y del Trentino entre las fronteras italianas no fué más que el complemento de la unidad italiana que el Imperio austro-húngaro había retrasado; era, pues, la realización de un derecho más que una compensación. Las compensaciones verdaderas de carácter colonial fueron denegadas a Italia; Francia e Inglaterra, durante la guerra, con los tratados secretos de 1915 y 1916, se habían repartido los futuros despojos alemanes y turcos y consideraban que Italia no debía poner los pies en Asia occidental ni ensanchar sus colonias africanas.

Con la constitución del Estado fascista la expansión colonial italiana progresó de una manera indiscutible. La política colonial italiana tomó por base las cuestiones económicas e incluyó en su programa, como artículo primordial, el hacer que diesen su rendimiento los territorios y los puertos. La política colonial italiana des-

arrolló la valorización de los territorios sometidos a su dominación y la civilización económica de los indígenas en las colonias de explotación que, por la mano de obra, representan la máxima base de todo programa de capitalización.

A esta política de desarrollo agrícola y de exportaciones, de difusión de la cultura y de intensificación de las relaciones marítimas y aéreas, añadió Italia en el África mediterránea una política islámica basada en el prestigio y en la economía. Al prestigio colonial italiano contribuyó la campaña de Abisinia, modelo único de preparación. La mejora de las condiciones económicas quedó demostrada por las obras italianas en Libia, por la política del agua, cada día más favorable en esas regiones antaño desérticas, y por los cultivos, por los millones de olivos y de almendros que llegaron a constituir una riqueza segura de la Cirenaica, región que no hace todavía muchos años era un territorio de estepas.

Indiscutibleemnte la Libia llegó a constituir una base interesante de concentración y de difusión de intereses italianos amalgamados con intereses islámicos para ejercer una influencia sobre los países que la rodean, llegando hasta las lejanas poblaciones saháricas.

El Islam arábigo y el Islam norteafricano están relacionados entre sí por las corrientes islámicas y nacionalistas que circulan a través de Egipto, desde el Asia occidental hasta Marruecos. La política islámica italiana necesitaba para afirmarse el prestigio que las otras potencias dominadoras de territorios musulmanes habían tratado siempre de quitarle; la campaña de Abisinia le dió el prestigio guerrero colonial que se le regateaba, y el trato concedido a las poblaciones musulmanas de Etiopía le proporcionó el prestigio derivado de su simpatía por la justicia y por el desarrollo económico de sus colonias.

El conflicto mundial de 1939-1945 hizo derrumbarse la posición colonial de Italia. En la actualidad son varias las potencias que desean los despojos coloniales italianos. Sin contar Abisinia, que la política de la Gran Bretaña necesita conservar en un estado de independencia aparente, con el Negus impuesto a sus antiguos súbditos únicamente merced al apoyo de la Gran Bretaña, las otras colonias de Italia en África son objeto de codicias y aspiraciones. Así

la Libia, o sea la Cirenaica y la Tripolitania, excitan la ambición de los soviets que para sus fines mediterráneos se contentarían con un *trusteeship* en Tripolitania, y la del Egipto, que quiere extender su influencia en la Cirenaica y la Tripolitania desarrolladas económicamente por el trabajo italiano como no lo habían estado desde que Roma las había dejado.

2.° *El África septentrional francesa.* — Francia es, sin duda, por lo menos nominalmente, una de las primeras potencias coloniales y sus posesiones, situadas en los cuatro contienntes, ocupan una superficie territorial de unos diez millones de kilómetros cuadrados, con una población que se calcula en 56 millones de habitantes. De ese total, ocho millones y medio de kilómetros cuadrados pertenecen a las colonias de África, con 36 millones de habitantes aproximadamente.

La constitución de este vastísimo imperio colonial es relativamente reciente; la verdadera expansión colonial de Francia empezó después de 1870. El primitivo imperio colonial francés, que comprendía el Canadá y las Indias que fueron arrebatados a Francia por los ingleses, y la Luisiana, que Napoleón vendió a los Estados Unidos de América, ya no existía cuando los franceses desembarcaron en Argelia en 1830. Desde 1870 la expansión colonial francesa, bien vista, si no apoyada siempre por la política del príncipe de Bismark, tomó un rápido incremento. Pero no ocurrió lo mismo por lo que se refiere a la colonización y la explotación económica de los inmensos territorios por ella abarcados.

En el esfuerzo de conquista Francia agotó sus mejores energías; su disminución demográfica, constante durante un siglo y acentuada en los últimos cincuenta años, no le permitió desarrollar la colonización por sus propios medios; Túnez fué colonizado por italianos, Argelia por españoles, italianos y malteses. En todo el inmenso imperio colonial francés, en los diez millones de kilómetros cuadrados que ocupa, la proporción de franceses metropolitanos es verdaderamente insuficiente no sólo para colonizar, sino también para administrar un imperio tan extenso y heterogéneo; apenas bastan para dirigirlo.

A causa de la deficiencia demográfica, Francia está obligada a

desarrollar una política de asociación con los indígenas, lo cual significa colaboración, cooperación y coparticipación, según los casos y el grado de desarrollo civil de la población autóctona. El imperio colonial francés es heterogéneo desde el punto de vista étnico, político y social; las divergencias existen no sólo entre las diversas colonias, sino también en una misma colonia. Por consiguiente, la política indígena asociativa no es uniforme; parece educativa en Indochina y Madagascar; es sólo alimenticia y de asistencia médica en el África ecuatorial.

Antes del conflicto mundial de 1939-1945, el Imperio colonial francés había llegado a un grado de desarrollo en el que ya no era posible aumentar la potencialidad de adquisición de productos manufacturados franceses sin, por otra parte, aumentar la producción y venta de las primeras materias, de los productos alimenticios o de la ganadería. La teoría de las colonias como «país de exportación»» en donde hallan salida todos los productos de la Metrópoli, ya no tenía valor, pues Francia no pudiendo consumir por sí misma todos sus productos coloniales había tenido que abrir las puertas al comercio de otras naciones. Las estadísticas demuestran que el comercio del Senegal era ya más activo con Inglaterra que con Francia; la Indochina exportaba más a China y al Japón que a Francia y el volumen del comercio franco-colonial era equivalente al de las colonias francesas con el extranjero; hasta el comercio intercolonial tendía a aumentar con daño del comercio con la Metrópoli.

Las colonias francesas han atravesado una crisis de desarrollo debida a la falta de trabajos públicos y de instituciones productivas, deficiencias que Albert Sarraut ya había puesto de manifiesto en su obra (1923) y cuyos trabajos determinaron que se otorgara a los gobernadores generales de las colonias una cierta autonomía administrativa y financiera que les permitió prescindir de reacabar la autorización de las oficinas centrales para la ejecución de obras de utilidad pública que pudieran ser efectuadas con arreglo a los presupuestos coloniales. Es decir, que esa autonomía administrativa les autorizó para una política de empréstitos independientes de la Metrópoli. La situación financiera en las colonias francesas era generalmente buena; la mayor parte de ellas

atendían a sus necesidades con sus propios ingresos; sólo algunas de ellas necesitaban y recibían ayuda de la Metrópoli con el fin de equilibrar sus presupuestos. Mas es evidente que una buena administración financiera no es suficiente para servir de base a una política de empréstitos a grande escala.

En realidad Francia no ha hecho nunca una política de verdadera colonización; se ha preocupado del valor militar de su Imperio más que de su valor económico. Esta verdad ha sido hecha patente en evidencia por e estudio comparativo proporcional de los capitales invertidos en obras públicas coloniales en las colonias francesas y en las inglesas, siendo la proporción de tres para las colonias francesas, por 250 para las británicas. El problema más importante de la colonización francesa, el que sostiene todo el edificio económico del imperio colonial de Francia, es el problema de la mano de obra. La política de la mano de obra indígena, es decir, del reclutamiento de los trabajadores en el mismo imperio colonial francés, ha dado resultados inesperados. Sin embargo, sería muy aventurado fiarlo todo y únicamente a dicho reclutamiento. pues es notorio que el rendimiento del trabajo de los indígenas es mínimo siempre y cuando que los trabajadores no estén bien encuadrados por europeos que vigilen y dirijan.

Pero en las grandes extensiones africanas, en las cuales las poblaciones desnutridas están diezmadas por las enfermedades, no se puede desarrollar una política de mano de obra indígena sin antes proceder a una importante mejora humana, para la cual Francia tampoco posee los medios técnicos necesarios. Las migraciones intercoloniales cuestan mucho dinero y las colonias no tienen suficiente elasticidad en sus presupuestos para atender a ellas.

El Imperio colonial francés es muy rico, pero sus riquezas no están explotadas sistemáticamente. Es creencia general que la producción francesa pudiera ser duplicada y hasta triplicada sin grandes esfuerzos y que muchas importaciones de materias primas que Francia recibe del extranjero pudieran ser sustituídas por otras de procedencia colonial francesa. Las importaciones coloniales en Francia representan poco más del 12 % de sus importaciones totales y las exportaciones francesas en sus colonias apenas alcanzan el 14 % de las exportaciones totales de Francia; el movimiento co-

mercial colonial pertenece en una tercera parte a la sola África septentrional; la lentitud del desarrollo comercial ha sido debida a las crisis del franco, de la población y del tecnicismo francés.

A pesar de esa evidente inferioridad colonizadora de Francia que no pudo hacer que diesen su rendimiento los ricos territorios de su pertenencia, la propaganda colonialista francesa de carácter imperialista siguió intensificándose; los discursos filocoloniales se multiplicaron; muchos periódicos publicaron «rúbricas coloniales»; las instituciones coloniales como la «Unión colonial», los institutos coloniales de Marsella y de París, el Sindicato colonial, etc., intentaron despertar en Francia una «conciencia colonial» que no llegó a manifestarse en la masa del pueblo francés, más bien escéptico e indiferente. El elemento colonialista francés siguió defendiendo sus ideas de incremento colonial con ardor de sentimiento nacionalista, sin darse cuenta de que, siguiendo tal sistema, Francia no podría soportar por mucho tiempo el exceso de colonias, por su deficiencia económica, demográfica y de personal técnico dedicado especialmente a la colonización.

No obstante esta nacionalización del colonialismo, el peligro de derrumbamiento del imperio colonial francés, en un plazo no muy largo, no pasó desapercibido en los ambientes políticos y gubernativos los cuales no encontraron, por entonces, mejor remedio que el de pedir ayuda a Inglaterra, la atávica rival de Francia colonial. No cabe duda que, desde 1925 hasta el momento en que estalló el conflicto mundial de 1939, la política europea aparece dominada francamente por la alianza entre Francia e Inglaterra, alianza cuyo objetivo era la defensa de la constitución imperial de los dos Estados contra cualquier ataque o peligro exterior. La concreta colaboración y la activa solidaridad franco-británica se extendían al continente africano, donde se manifestaron síntomas de colaboración colonial anglo-francesa.

En los acuerdos de París y de Londres fué previsto, como base de colaboración, el que Francia se desentendiera decisivamente de Egipto y quizás en Asia occidental a cambio de una más sólida situación en determinados puntos del África occidental, por ejemplo en el Camerún, ex colonia alemana que los franceses querían transformar definitivamente en colonia francesa. La colaboración

anglo-francesa desde el punto de vista colonial pareció que debía ejercerse principalmente sobre el África occidental y ecuatorial que, dejando de ser un campo de discordia entre Francia e Inglaterra, se transformaría en un campo de solidaridad franco-británica. Con esto Inglaterra procuraba alejar definitivamente de Egipto y del Próximo Oriente a Francia que tendía a desarrollar un programa de unificación de todas sus posesiones (colonias y protectorados) del África septentrional y occidental en un solo organismo gobernado políticamente por las mismas directivas, fundamentado económicamente en importantes mercados de importación y expor tación y basado desde el punto de vista militar en una mayor facilidad de transporte de enormes cantidades de tropas de color. Inglaterra, por otra parte, encontraba la posibilidad, para el capitalismo británico, de invertir beneficiosamente grandes cantidades destinadas al desarrollo de la economía industrial y comercial del África occidental y ecuatorial francesa, desarrollo basado en la colaboración franco-británica.

El conflicto mundial de 1939-1945 y sus consecuencias vinieron a modificar esencialmente la situación de colaboración colonial anglo-francesa y la misma situación colonial de Francia. La presencia de los Estados Unidos de América en los asuntos de interés europeo en Asia occidental y en África y la política codiciosa de la Unión de las RR. SS. en el Mediterráneo y en Asia occidental han cambiado el aspecto de los problemas coloniales.

Con la extensión de la religión islámica al continente africano en su parte ecuatorial, Francia ha llegado a ser una potencia musulmana importante desde el punto de vista territorial. Su imperio africano se extiende desde Argel a Brazzaville en el Congo y desde Dakar a Abecher en el África ecuatorial, ocupando una superficie de ocho millones y medio de kilómetros cuadrados. Pero Francia con la pérdida de su mandato sobre Siria, declarada independiente y pasada prácticametne a la esfera de la influencia británica, en espera de una nueva evolución, ha perdido toda posición directiva en el mundo musulmán.

a) *Las reacciones político-religiosas del África septentrional sometida a la dominación francesa.* — Sin contar las poblaciones negras del Sudán y del África ecuatorial convertidas al Islam,

Francia debe su posición de potencia musulmana principalmente a las regiones norte-africanas islamizadas de Túnez, Argelia y Marruecos.

1. *Regencia de Túnez.* — Hemos ya examinado en otras páginas la evolución del nacionalismo tunecino que tuvo su origen primero en el movimiento liberal musulmán que se manifestó en Turquía después de la guerra de Crimea. La obra de Jer ed Din, de la cual hemos hablado, quedó como Evangelio del nacionalismo tunecino y argelino, aun después de que Túnez, víctima de una maniobra de política internacional, pasara a depender de Francia bajo la forma de protectorado.

La agitación panislámica promovida por la propaganda inspirada por el sultán Abdul Hamid repercutió en Túnez, haciendo un cierto número de adeptos. La guerra europea hizo fracasar el panislamismo en su concepto de unión política de todos los pueblos musulmanes, suscitando el nacionalismo regional. Las promesas inglesas y francesas y la doctrina wilsoniana, afirmando el derecho de los pueblos, abrieron un nuevo horizonte a los pueblos musulmanes haciéndoles esperar la posibilidad de constituirse en Estados independientes. La sociedad tunecina culta y evolucionada acogió con interés las declaraciones wilsonianas y se basó en ellas para establecer un programa de reivindicaciones nacionalistas.

No cabe duda que la sociedad musulmana tunecina, cuyo fondo étnico es indiscutiblemente el factor bereber, está formada por la unión de varios elementos étnicos, entre los cuales los árabes y los turcos tienen su lugar.

Es notorio que el principio «unidad étnica» contribuye únicamente a la formación de la «conciencia nacional», siempre que una comunidad, un pueblo, por abigarrado que sea étnicamente, siendo coherente, estando organizado bajo un solo gobierno y ocupando un territorio definido, pueda perfectamente constituir una nación. Túnez con los elementos diversos de su población indígena encajados en el mecanismo de la civilización europea, representada por el régimen de protectorado, no sólo es un Estado, sino que puede ser muy bien una nación; esto explica la facilidad de propaganda de las ideas y aspiraciones nacionalistas en el ambiente indígena tunecino.

La esperanza de la realización de una paz wilsoniana a raíz de la firma del armisticio del 11 de noviembre de 1918 dió origen a un partido nacionalista dirigido por Abd el Aziz et Taalbi, antiguo alumno de la Universidad del Azhar en el Cairo; et Taalbi había sido expulsado de Túnez en 1910, por su propaganda panislámica. Pero mientras et Taalbi se hallaba en París en una comisión encargada de presentar un programa de reivindicaciones tunecinas, el Guelati, otro jefe nacionalista, modificó el programa del partido admitiendo hasta un cierto punto la ingerencia de Francia. El nuevo partido constitucional, llamado «partido libre», reunió muchos adeptos y suscitó una cierta agitación que llegó hasta provocar un intento de abdicación por parte del Bey, como protesta contra el régimen de protectorado. La previsión del ministro Millerand hizo abortar tal maniobra, pero desde entonces el partido nacionalista quedó dividido en dos fracciones, una constitucional y liberal, y la otra reformista, ambas con el objetivo, más o menos explícito, de conseguir la autonomía tunecina con exclusión de toda ingerencia francesa.

Con la llegada al poder del Gabinete Herriot, la agitación tomó pretexto de reivindicaciones sociales, y sostenida por el partido nacionalista se creó la «Confederación General Nacional tunecina del trabajo» que atrajo numerosos elementos que pertenecían antes a la «Confederación General del Trabajo». Los conflictos obreros no tardaron en provocar huelgas en Túnez, Bizerta, Hammam-Lif, interesando al partido comunista francés representado en Túnez por elementos afectos a la política de Moscú. En junio de 1924, en el V Congreso de la Internacional comunista, los directores soviéticos de Moscú precisaron un plan de propaganda en las colonias. La agitación comunista en Túnez tomó el aspecto de una conspiración universal para libertar el Islam del imperialismo europeo; bajo ese aspecto islámico, trató y consiguió asociarse a los movimientos reformistas y revolucionarios tunecinos.

Esta asociación de elementos antifranceses llegó a constituir un centro de agitación constante contra la ingerencia francesa, llegando hasta proclamar la conveniencia para el país de separarse de su soberano protegido de Francias.

En realidad, a pesar de la divergencia de sus respectivos obje-

tivos, los comunistas y los nacionalistas se unieron contra el protectorado de Francia, obstáculo para ambos partidos en la ejecución de sus programas. Dicha unión ha creado en la regencia un estado de agitación que ha llegado en varias ocasiones hasta producir colisiones sangrientas.

La huelga general decretada por el partido *nuevo-destur* ha demostrado que por medio de la sindicalización y los métodos de lucha empleados en los conflictos sociales en Europa, el partido podía poner en línea varias decenas de miles de musulmanes susceptibles de paralizar la vida económica del país y de provocar grandes desórdenes sin salir del cuadro de la legalidad.

Durante el conflicto mundial de 1939-1945, Túnez fué teatro de guerra aunque restringido. La victoria de los Aliados devolvió aparentemente a Francia este territorio, pero la política francesa de aproximación y de alianza con Rusia soviética ha inspirado a ésta la posibilidad de poderse basar en Túnez, que desde el punto de vista social es un centro comunista, para ocupar una posición en el eventual *trusteeship* sobre la Tripolitania.

2. *Argelia.* — Con ocasión del primer centenario de la conquista de Argelia por los franceses, un sabio profesor argelino de la Universidad de Argel, escribía: «Argelia fué conquistada por el ejército francés y Francia la conserva únicamente por medio del ejército. El «colón» hombre realista lo sabe perfectamente.»

Con estas frases, más sinceras que diplomáticas, el profesor Gautier ha definido la situación de Francia en Argelia; de la misma opinión es el autor de la *Contribution a l'Histoire contemporaine de l'Algerie* (1911-1937), publicado en la revista *L'Afrique française,* que en sus conclusiones dice: «En ningún momento, después de la conquista, hemos visto que faltara la confianza en una próxima liberación. De este fenómeno no se ocupa nuestra literatura colonial y menos todavía se ocupan los informes oficiales; pero la observación y la historia lo atestiguan. Todas las sublevaciones que se han realizado, desde la de Ben Zamun, ocurrida en el año mismo de la ocupación de Argel, hasta la de los Aures, de 1916-1917, prueban que los vencidos no han perdido la esperanza de reconquistar su independencia.»

Si examinamos en qué fundan los elementos argelinos su aspiración de independencia, veremos que, a pesar de las afirmaciones oficiales, los indígenas, en gran parte bereberes (éstos forman los cuatro quintos de la población total), no están satisfechos de la administración, la cual no llega a asegurarles el bienestar económico, fruto de un equilibrio financiero.

En Argelia ese anhelo de independencia, más neto y concreto en el ambiente más evolucionado e ilustrado, queda todavía oscuro en otros ambientes menos evolucionados y se confunde con la aspiración hacia una mejora económica de su precaria situación. En realidad, el mundo indígena argelino reacciona, en cuantas ocasiones se presentan, ante los acontecimientos políticos, religiosos, sociales y étnicos exacerbados por la agitación latente que una serie de factores contribuye a mantener constante.

El Decreto Cremieux de 1870 concedió a los hebreos los derechos de ciudadanos franceses con detrimento de los musulmanes calificados como súbditos. La vanidad ofendida de los argelinos ante semejante medida de favor, para los hebreos, considerados por los musulmanes siempre con desprecio, se ha puesto de manifiesto en motines antisemitas todas las veces que la ocasión se ha presentado.

Por último, no hay que olvidar que Argelia ha sido una de las primeras regiones norteafricanas en donde el partido comunista ha creado células de propaganda; éstas se han desarrollado precisamente al amparo de las organizaciones obreras y del descontento general, frecuentemente por causas no muy bien definidas. En Argelia, la agitación social se ha unido a la de carácter racial y religioso.

En la historia de Argelia desde el desembarco de los franceses en Sidi Ferruch, se advierte que los argelinos no han dejado de aprovechar las cuestiones religiosas para manifestar sus tendencias de rebelión contra la dominación francesa, como sus antepasados lo habían hecho hasta en la época romana. Así es como la propaganda religiosa de los reformistas o *Muslihim,* que proceden de Egipto y que representan un movimiento intelectual moderno en relación con los movimientos análogos de Egipto, Túnez y Marruecos, sin contar los de la lejana Siria, ha tenido repercusiones en toda Argelia.

A todo esto se debe añadir que la población europea de Argelia está formada en su mayor parte por elementos españoles e italianos a los cuales las leyes francesas imponen una naturalización o nacionalización forzosa, y estos neofranceses por su esencia misma propenden a formar una población aparte que no tiene nada de francesa, ni por su espíritu ni por su civilización, y que naturalmente se inclina al separatismo o por lo menos a la autonomía política.

Recordaremos que Francia ha tenido la tendencia a hacer de sus posesiones del África septentrional, como de las del África occidental, un plantel de soldados con los cuales no sólo pudiera conservar militarmente sus extensas colonias, sino constituir una importante reserva para la defensa de la Metrópoli, descuidando, por lo tanto, el desarrollo económico necesario para poder mantener satisfechas las correspondientes poblaciones.

El bereber, en general (y el argelino es en su mayoría bereber), es sin duda el mercenario ideal, ya desde los tiempos de Cartago; es soldado de profesión por carácter; a pesar de las influencias exteriores el bereber no se adapta, queda siempre bereber y, por lo tanto, sirve como un mercenario, sin hacer suyos, verdaderamente suyos, los ideales de los que lo dominan, y si éstos resultan vencidos y expulsados del país, el bereber servirá con la misma fidelidad a los que le sucedan.

Con el conflicto mundial de 1939-1945 la situación de Francia en Argelia no ha mejorado; el sentimiento de superioridad que el europeo imponía a la masa indígena ha desaparecido, pues el indígena de todos los colores ha luchado por los blancos en contra de otros blancos sirviéndose de las armas más perfeccionadas y se ha dado cuenta de que para vencer a los blancos basta saber utilizar a otros blancos.

3. *El Imperio xerifiano de Marruecos.* — Como hemos indicado en otras páginas, la política francesa, colonial y exterior, se orientó más especialmente hacia Marruecos, como consecuencia del cambio de orientación política de Francia, que hasta fines del siglo XIX se había desarrollado en una dirección de claro antagonismo respecto a Inglaterra, cambio ocurrido a raíz de los incidentes de

Fachoda y del ultimátum inglés que provocó la caída del gobierno Hanotaux y la subida al poder de Delcassé.

La política de este último, orientándose hacia el Mediterráneo occidental, llegó en primer lugar a una inteligencia con Italia, con la cual firmó un Tratado en 1902, en el cual ambas naciones se reconocían mutuamente su libertad de acción, la de Italia en Libia y la de Francia en Marruecos. Poco después Delcassé se aseguró la conformidad de Inglaterra y España con los convenios franco-inglés, del 8 de abril de 1904, y franco-español, del 3 de octubre del mismo año. La ingerencia alemana provocó la reunión de la Conferencia de Algeciras, en la cual Italia, fiel a sus compromisos de 1902, sostuvo las pretensiones francesas; por fin, eliminada la competencia alemana con determinadas compensaciones enumeradas en el convenio franco-alemán del 4 de noviembre de 1911, Francia impuso al sultán Mulei Hafid el Tratado de protectorado, firmado el 30 de marzo de 1912; éste fué completado por el Tratado franco-español del 27 de noviembre del mismo año, en el cual quedaron definidas las zonas de protectorado español.

Cuando Francia puso pie en Marruecos (1907), encargada, juntamente con España, por la Conferencia de Algeciras de contribuir a la seguridad de los puertos marroquíes, la situación del Imperio cherifiano era verdaderamente anárquica; el Sultán no tenía autoridad sobre sus súbditos más que en determinadas regiones llamadas «maghzen»; el resto del imperio gozaba de la independencia local más absoluta, interrumpida de vez en cuando por expediciones militares que los sultanes acostumbraban enviar con el fin de cobrar los impuestos a las cábilas reacias al pago, o para sofocar alguna rebelión armada de las tribus.

A raíz del acuerdo franco-alemán del 11 de noviembre de 1911, las tropas francesas adelantaron hasta Fez, en donde el Sultán firmó el Tratado de protectorado del 30 de marzo, pero de muy mala gana, como lo demostraron los sucesos sangrientos del 17 de abril que además de una durísima represión por parte de los franceses provocaron la abdicación del sultán Mulei Hafid. Entonces Francia se dedicó a la ocupación y pacificación de su zona de protectorado que no llegaron a ser definitivas hasta el año de 1932.

La organización del protectorado de Francia sobre Marruecos

se inspiró, en sus comienzos, en la organización tunecina, pues los que la establecieron fueron en gran parte funcionarios que habían estado en la Regencia. Ello fué causa de que los organizadores del protectorado de Marruecos no tuvieron en cuenta la diferencia existente entre la población marroquí y la tunecina; en ésta el elemento bereber, aunque importante demográficamente, se hallaba desde hacía mucho tiempo sometido a un gobierno que lo dominaba efectivamente y sus caracteres iniciales turco-árabes se habían conservado aún después de instalado el protectorado. En Marruecos, el elemento bereber, independiente de hecho de la autoridad del Sultán hasta la ocupación francesa, había conservado, en gran parte, sus usos, costumbres y leyes consuetudinarias, divergentes en absoluto, por lo menos, muy diferentes del carácter maghzeniano que se ha querido generalizar en la organización del protectorado.

De ahí nació la *cuestión bereber*, problema de grandes dificultades sociales, pues pone frente a frente la institución teocrática, basada en el Corán, es decir, la soberanía del Sultán con el Maghzen, y las instituciones sociales, políticas y jurídicas de un pueblo que no es musulmán, sino que ha vivido, con constantes veleidades de rebelión, bajo la presión de una teocracia musulmana. Nunca, sin embargo, su sometimiento fué efectivo, sobre todo desde que las dinastías religiosas (cherifianas de los saadianos y de los alauitas) sustituyeron a las antiguas dinastías bereberes.

La mente organizadora del mariscal Liautey dió a Marruecos un importante desarrollo industrial y comercial Pero, después de la campaña contra Mohand uld Abd el Kerim, el plan trazado por el Mariscal no fué siempre seguido; la situación económica de los indígenas, sirviendo de base a propagandas sociales y religiosas, mas, a la vez, antifrancesas, provocó una agitación que se complicó con el problema planteado por la cuestión bereber.

La propaganda del Frente popular, los Ministros mismos del Gobierno de París hablando de devolver la independencia (o la libertad) a los pueblos sometidos a la dominación francesa sin distinción de mandatos o de protectorados, fueron las causas principales de la agitación sorda que, complicada por una situación económica defectuosa, movió al pueblo marroquí. La situación eco-

nómica, la cuestión del agua, etc., la incomprensión entre europeos y marroquíes, todo lo cual vino a complicar la cuestión bereber, facilitó el desarrollo de la agitación. Tomando ésta un carácter político-religioso y político-social puso en movimiento los elementos marroquíes que, en 1937, llegaron a motines sangrientos con visos revolucionarios los cuales motivaron una represión dura y sangrienta por parte de las autoridades del protectorado.

Los partidos nacionalistas formados en el Marruecos francés, ya de carácter religioso, como los reformistas, ya de sentido dinástico, como los que preconizan una monarquía independiente, no son en realidad sino las formas externas en que tiende a manifestarse en toda ocasión la agitación marroquí basada en la xenofobia exaltada del oprimido contra el opresor. El señor Patenotre, ministro del Gabinete Daladier (con anterioridad al conflicto mundial de 1939-1945), refiriéndose a la situación de Francia en Siria y a la repercusión en Marruecos y en África septentrional francesa de las negociaciones franco-sirias, declaraba que el tratado firmado por Blum, por el cual Francia reconocía la independencia de Siria, despertaba también en África septentrional una voluntad de independencia, tanto más fuerte cuanto que Damasco representaba para las poblaciones norteafricanas sometidas a la dominación francesa un *polo político* y un foco de actividades antifrancesas.

Las crisis económicas que provocan en regiones como Marruecos una situación de carestía, contra la cual el indígena protesta y se agita, son factores de malestar social que alejan a las poblaciones de sus protectores franceses tanto más cuanto que éstos, preocupados por la organización de la defensa de su imperio colonial y por las dificultades de la Metrópoli complicadas con la crisis de la natalidad, se interesan principalmente para encontrar en sus colonias el elemento militar que les faltan.

No cabe duda que la diferencia que existe en las concepciones y en las organizaciones de los dos imperios coloniales, el británico y el francés, no permite a este último aplicar a sus colonias el método de *Indirect Rule* preferido por la Gran Bretaña.

La guerra mundial de 1939-1945 ha trastornado las condiciones políticas y sociales del África del Norte sometida a la dominación

francesa. En los momentos actuales la situación del Imperio francés en África septentrional es turbia y confusa. Oficialmente son los franceses los que administran y dominan esos países cuyo porvenir depende de la política de forcejeo de los tres grandes Estados: Estados Unidos de América, Rusia e Inglaterra, política actualmente insegura, pues las aspiraciones de los tres son divergentes, si no son contrarias.

Mientras tanto, la población indígena del África septentrional francesa evoluciona poco a poco sometida a una doble influencia: la influencia político-religiosa de los elementos reformistas, que tienden a favorecer el renacimiento del mundo musulmán en esas poblaciones, en su mayor parte bereberes, es decir, en las cuales, según la historia lo demuestra, la cuestión religiosa es un factor político; y la influencia político-social, que encuentra en el pueblo trabajador de los bereberes terreno abonado para inspirarle las reivindicaciones sociales que lo pueden llevar al comunismo.

El mariscal Liautey, ya desde 1914, empezó a darse cuenta de que en Marruecos, tanto o más que en Argelia, el problema de las condiciones sociales de los bereberes puede ser más importantes para los dominadores que el problema de la islamización de estas poblaciones, hasta ahora todavía superficial y sin raíces.

4. *España en Marruecos.* — Aunque en la época presente las condiciones de España respecto al mundo musulmán no la coloquen en una situación prominente, no deja de ser una potencia musulmana, sobre todo por su historia y sus leyendas, más que por la dominación que ejerce en Marruecos sobre poblaciones que, aunque islamizadas, no son en realidad ni árabes ni verdaderamente islamitas.

La situación de España en Marruecos ha sido definida por el tratado franco-español del 27 de noviembre de 1912, que determinó las zonas que debían quedar bajo la influencia española y que pertenecían al Imperio cherifiano: una zona mediterráneo-atlántica, en el Norte de Marruecos, y una zona sahárico-atlántica en el Sur del territorio cherifiano, a esta última zona siguen los territorios de soberanía hispana en la región mauritana occidental.

Estas dos zonas, sometidas al Protectorado de España en Ma-

rruecos, tienen una importancia considerable desde el punto de vista internacional. La zona septentrional constituye el litoral meridional del Estrecho de Gibraltar, cuya importancia en la estrategia internacional ha sido demostrada en el último conflicto mundial; la zona meridional representa un valor económico indiscutible por su situación en el camino de las líneas aéreas internacionales para el África austral y, sobre todo, para América del Sur.

En la zona septentrional del Protectorado, que representa una superficie aproximada de unos 21.000 kilómetros cuadrados, la población en su mayor parte es bereber, pues el elemento árabe está representado por pequeños grupos, uno en la región oriental procedente de la región sahárica por sucesivas emigraciones realizadas en el siglo XVI; otros, descendientes de los hilalianos que, como medida de castigo, fueron trasladados a la región atlántica al final del siglo XII. En realidad, la influencia árabe de estos grupos es nula y se puede decir que prácticamente todo el norte de Marruecos español es bereber.

De lo cual resulta que en el norte de Marruecos el problema de mayor interés es la cuestión bereber, interesante desde el punto de vista social y político y desde el punto de vista islámico. En efecto, la solución que parece adoptada por las autoridades protectoras españolas es, desde luego, la de intensificar la islamización y arabización de los habitantes de la zona, por medio de las escuelas musulmanas, de las medersas coránicas y de la jurisprudencia coránica, adoptada de preferencia a las leyes consuetudinarias, a los cánones bereberes que hasta ahora estaban en uso entre los cabileños de esa región.

Los resultados son visibles, pues la propagación del empleo del lenguaje árabe, poco conocido hace algunos años todavía, es indiscutible. La arabización e islamización, aunque superficiales, de las poblaciones norte-marroquíes las predispone a una mayor sensibilidad frente a todos los movimientos de los pueblos islámicos de Oriente ,movimientos políticos, religiosos y sociales. Con esto, el verdadero control de dichas poblaciones ya no queda en manos de las autoridades protectoras, y cabe preguntar si en la época actual puede ser de interés para España en favorecer la islamización y arabización de las poblaciones sometidas a su protectorado para

que, en su evolución final, vayan a agregarse al bloque musulmán. Otra solución preconiza la intensificación de la berberización de tales poblaciones que, aislándolas del bloque musulmán, las orientaría hacia la formación de un pequeño Estado bereber, el cual, aunque llegara a ser independiente, por muchas razones quedaría siempre unido a España de la cual sería la prolongación en el otro lado del Estrecho, Estado regido por una fórmula de *Indirect Rule* como la que los ingleses prefieren.

Es evidente que esta fórmula no es la más adecuada al carácter político y social de los protectores.

Conclusiones

EL MUNDO MUSULMÁN EN LA ACTUALIDAD Y SUS PROBLEMAS

En la presente postguerra, cuando el viejo mundo europeo en ruinas amenaza derrumbarse arrastrando en su caída civilizaciones y creencias que se creían indestructibles, el Renacimiento musulmán es, sin embargo, un hecho, aunque las extrañas convulsiones que han sacudido y siguen sacudiendo el universo entero después del conflicto mundial de 1939-1945, encierren su evolución entre las trabas del desquiciamiento y del confusionismo consecutivos a la contienda.

Es que en esta contienda, la guerra ha tomado el carácter de guerra de continentes, sin ideales (a pesar de los proclamados) y sin programas definidos. No cabe duda que en los conflictos venideros, el mundo musulmán, por su renacimiento efectivo, por su evolución hacia los métodos modernos y por la importancia de sus elementos será uno de los factores importantes.

Si se examinan las condiciones político-sociales del mundo musulmán desde la época en que la reforma uahabita señaló su renacimiento, no se puede negar su evolución y su progreso en el mecanismo de la vida moderna. El mundo musulmán ya no es anacrónico; comprende e imita, si no asimila, la mayor parte de las instituciones políticas, sociales y económicas de los pueblos occidentales. Hemos visto que, durante el siglo XIX, los elementos culturales de las poblaciones islamitas se han esforzado en estudiar y adoptar conceptos y organizaciones occidentales, aunque, en algunos casos, sólo de una manera provisional y como peldaño hacia una mayor y más elevada concepción.

La guerra europea de 1914-1918 provocó la victoria de los Aliados el desmembramiento del vetusto Imperio otomano, con lo cual realizó una poda que ha permitido el brote más vigoroso de las ideas religiosas, políticas y sociales del mundo islámico. La nueva Turquía, liberada de las trabas del anacrónico absolutismo político-religioso que la había supeditado a las presiones de las codicias de las naciones europeas, libre del peso del Califato, que ya no respondía a las exigencias de la vida moderna de los pueblos islamitas, conseguida la separación del Estado turco de la iglesia mahometana, no ha dejado, sin embargo, de ser una nación musulmana; al contrario, después de más de veinte años de experiencia de vida nacional e internacional, se encuentra hoy capacitada para ponerse al frente del movimiento político del mundo musulmán, que ha quedado transformado y renovado por su moderna evolución.

Las provincias árabes que formaban parte del antiguo imperio de los osmanlíes, libres e independientes en los momentos presentes de la dominación otomana, ya no consideran a los turcos como opresores, es decir, como enemigos; hoy día, reunidas en una «Unión de Estados árabes», constituyen un bloque moderno, dispuesto a defender los intereses comunes a todo el mundo árabe y que por reflejo afectan al mundo musulmán. Es verdad que la política británica, apoyando la formación de esta «Unión» ha tenido la esperanza de encontrar en ella un punto de apoyo valioso para salvaguardar los intereses coloniales de la Gran Bretaña en Asia y en África.

Las estadísticas modernas, a pesar de su imperfección, demuestran de una manera evidente el renacimiento musulmán, proclamando la expansión, en el mundo entero, de la fe mahometana:

PRIMER GRUPO: *Musulmanes del Próximo Oriente.* — Este grupo comprende los habitantes de Palestina, Transjordania, Siria, Líbano, Irak, Arabia seudita e Iemen (además de los de las regiones de la península arábiga sometidas a la dominación británica, es decir, Mascate, Omán, Koweit, Hadramaut, Adén, etc.), y constituye un bloque de 17.257.325 individuos que profesan la religión mahometana, aunque una parte sea cismática.

SEGUNDO GRUPO: *Elementos arabizados y bereberes musulmanes*

del África septentrional. — Los pobladores de Egipto, Sudán anglo-egipcio, Libia, Túnez, Argelia, Marruecos, Sahara y Mauritania que forman un bloque de 31.510.054 islamitas.

Tercer grupo: *El grupo de origen turco,* que comprende los musulmanes de Turquía, Cáucaso, Turquestán ruso, Turquestán chino, Mongolia, Bulgaria, Rumania, los de las islas de Chipre y de Rodas y las agrupaciones musulmanas de Grecia, Servia, Hungría, Estados Bálticos, etc., reuniendo unos 40 millones de almas, aproximadamente.

Cuarto grupo: *El grupo de origen indio,* al cual pertenecen los mahometanos de las Indias e Indonesia que suman unos 151.577.000 de individuos.

Quinto grupo: *Los musulmanes chinos,* es decir, de China, Birmania, Manchuko, Japón, Indochina, Filipinas, que constituyen un bloque de 49.330.171 creyentes en Mahoma.

Sexto grupo: *Los musulmanes europeo-adriáticos* de la Croacia y Albania que suman 1.200.000 almas.

Séptimo grupo: *Los mahometanos negros* del África occidental francesa, Nigeria, África del sur, Zanzibar, Kenia, Etiopía y Somalia, formando un bloque de unos 20 millones de individuos. (Hay que hacer observar que en esas regiones la doctrina de Mahoma se propaga con gran rapidez.)

Octavo grupo: *El grupo de musulmanes emigrados* a América que se calcula en 2.500.000 individuos.

El mundo musulmán, pues, según las cifras más recientes está constituído por 323 millones de secuaces de la doctrina de Mahoma.

Con la guerra de 1914-1918, los pueblos musulmanes del Próximo Oriente evolucionaron hacia la fase del nacionalismo regional, y esta evolución ha culminado con la federación de dichos pueblos representada por la «Unión de los Estados árabes», constituída en marzo de 1945.

En realidad, no sólo los árabes, sino los turcos, y también los bereberes musulmanes y los islamitas de diferentes países han trabajado con mayor o menor éxito para agruparse según sus afinidades raciales, movidos por sentimientos étnicos, religiosos y sociales.

El nacionalismo regional que se ha despertado y desarrollado

en varios países musulmanes, es, en realidad, el primer paso hacia la confederación de países diferentes entre sí étnicamente, pero unidos por el lazo espiritual del Islam. En efecto, en la evolución moderna del mundo musulmán la doctrina de Mahoma representa la base de la unión social, política y económica de los pueblos islamitas de orígenes étnicos diferentes.

El movimiento evolutivo del mundo musulmán se orienta, pues, hacia una forma moderna de panislamismo federativo.

Desde luego, la visión de la evolución moderna del mundo musulmán queda oscurecida por el confusionismo consecutivo al conflicto mundial (1939-1945), confusionismo creado por el derrumbamiento de organizaciones político-sociales poderosas e incrementado por las rivalidades surgidas entre los vencedores. Estas rivalidades, que en un principio estaban latentes, se han hecho cada día más patentes y han provocado y provocan conflictos secundarios que sacuden el mundo entero.

El mundo musulmán se halla complicado en estos conflictos, turbadores de muchos países y, sobre todo, de los neoindependientes, y son varios los grupos islamitas que a su vez se resienten de esta fermentación universal: en China, la guerra civil entre los dos bandos principales ha afectado también a los elementos mahometanos; en las Indias, el derrumbamiento de la antigua organización y de la autoridad británica (de una manera más o menos real) ha sido la señal de grandes matanzas entre los indígenas, matanzas que han tomado el carácter de guerra de religión.

Pero el conflicto que es hoy de interés mundial y que, afectando muy particularmente a los árabes, repercute también en todo el mundo musulmán, es la *cuestión de Palestina*. En esta cuestión, pleito entre las aspiraciones sionistas del pueblo hebreo y el criterio musulmán de defensa de la tierra del Islam, intervienen la Gran Bretaña, los Estados Unidos de América y Rusia; en estos últimos días, la «Organización de las Naciones Unidas» (transformaciones de la Sociedad de Naciones creada después de la guerra de 1914-1918), o sea la O. N. U., ha intervenido también, aprobando la partición de Palestina y la creación de un Estado judío.

Tales decisiones de la O. N. U. han suscitado una protesta amenazadora por parte de todos los países del Próximo Oriente, al

frente de la cual se ha situado la «Unión de los Estados árabes»; este movimiento constituye en realidad una amenaza contra la paz mundial, aun cuando en el asunto que aquí se ventila aparenten estar de acuerdo, momentáneamente, los Estados Unidos de América y Rusia.

Conviene recordar que la actual cuestión de Palestina tiene como punto de partida las palabras del Ministro inglés lord Balfour que, apremiado por las necesidades económicas de la guerra (1914-1918) y bajo la presión de los banqueros judíos de Norteamérica, hizo en 2 de noviembre de 1917 ,las siguientes declaraciones, conocidas diplomáticamente con el nombre de «Declaración Balfour»:

El gobierno de S. M. el Rey de Inglaterra ve favorablemente la creación en Palestina de un hogar nacional (National home) *para el pueblo hebreo, y se esforzará en facilitarle la obtención de este resultado, quedando bien sentado que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles de las comunidades no hebraicas existentes en Palestina ni tampoco los derechos ni el Estatuto político del cual gozan los hebreos en los otros países* (1).

Estas declaraciones sirvieron ulteriormente de base a Inglaterra para conseguir de la Sociedad de Naciones (derivada del Tratado de Versalles) el mandato sobre Palestina, como directora de la «historical connection» del pueblo hebreo en Palestina, y permitieron a los hebreos ver el principio de la realización práctica de las aspiraciones del sionismo, concretadas desde 1897 en los diversos Congresos sionísticos que se habían reunido a partir de esa época.

En efecto, el sionismo, derivado de las primitivas aspiraciones hebraicas del «Hovévé Zion» hacia una pequeña, lenta e individual colonización judaica de Palestina, recibió, con el Congreso sionístico de Basilea celebrado en 1897, un empuje hacia una evolución más.

En ese Congreso, Teodoro Herl, el verdadero fundador del sio-

(1) Esta cuestión se halla estudiada más extensamente en mi trabajo titulado *El mundo árabe*. Desde la época en que el capítulo sobre Palestina fué escrito en el presente trabajo (págs. 140-147), los acontecimientos se han precipitado, haciendo que esta cuestión se presente bajo su verdadero aspecto; tratamos, pues, en estas Conclusiones, de poner al día la xposición del asunto con arreglo a los datos de fines de noviembre de 1947. (Nota del Autor.)

nismo moderno, enunció el programa que debía permitir la realización práctica de las aspiraciones sionísticas: «El sionismo aspira a la creación de un hogar en Palestina para el pueblo hebreo, y este hogar deberá ser reconocido de derecho público.»

Desde 1897 hasta 1907, el sionismo buscó la realización de sus aspiraciones a través de la propaganda política y social, preconizando la reeducación del pueblo hebreo mediante la colonización. Después de la muerte de Herzl, ocurrida en 1904, el esfuerzo sionista quedó limitado a un trabajo de penetración lenta en Palestina y de consolidación de las colonias que ya existían en ese país.

En el VIII Congreso sionista, celebrado en La Haya en 1907, tomó relieve la personalidad del profesor Caín Weizmann, judío americano, que presentó un nuevo programa sintético para la realización del ideal sionístico. En la visión weizmanniana se confunden las dos corrientes que han dado origen al sionismo: la de la colonización lenta, según el «Hevévé Zion», y la del sionismo político, que considera indispensable el previo reconocimiento y la garantía para el libre desarrollo y realización del ideal sionístico, otorgados por los gobiernos europeos.

Durante los años siguientes, el movimiento sionista no adelantó un solo paso hacia el reconocimiento oficial del sionismo y hacia la garantía para su libre desarrollo, señalados en el Congreso de 1907, pero creó importantes instrumentos financieros, como el «Banco Colonial hebraico» y el «Keren Kayemath» (fondo permanente para la adquisición de tierras), y en 1913, los hebreos sionistas poseían en Palestina 60 colonias agrícolas con una población rural de 15.000 individuos, todos los cuales habían adoptado el lenguaje hebraico.

Pero la ocasión propicia para conseguir el reconocimiento oficial del sionismo y la creación del «Hogar nacional judío», se presentó hacia fines de 1917; el gobierno inglés había iniciado en América unas negociaciones de un empréstito necesario para hacer frente a las exigencias de la guerra.

Los banqueros judíos de Norteamérica, dirigidos por el profesor Weizmann, consintieron el empréstito solicitado, con la condición expresa de que Inglaterra reconociese y autorizase la creación en Palestina de un «Hogar nacional judío».

En esa época, la revolución que había estallado en Rusia y las manifestaciones abstencionistas del Presidente americano colocaban a Inglaterra en una situación privilegiada si no hegemónica en el Próximo Oriente, donde tenía que luchar únicamente contra las pretensiones de Francia basadas en los tratados secretos franco-británicos de 1915 y de 1916. Por consiguiente, el ministro Balfour no tuvo inconveniente en hacer las declaraciones del 2 de noviembre de 1917, más arriba reproducidas. Estas declaraciones sirvieron de base a la Gran Bretaña, después del Tratado de Versalles, para que la Sociedad de Naciones, derivada de dicho Tratado, le otorgase (en abril de 1920) el mandato sobre Palestina, región que en un principio debía quedar internacionalizada. En la Conferencia de Londres de 1922, el mandato británico sobre Palestina fué definido como «el motivo y la base política de la histórica unificación (historical connection) del pueblo hebreo en Palestina».

Ya se ha visto que con dicho mandato la Sociedad de Naciones dejaba la más amplia libertad de acción a la Gran Bretaña en Palestina, mientras que el mandato de Francia sobre Siria y Líbano quedaba limitado en cuanto al tiempo y a las atribuciones.

En la postguerra de 1914-1918, la creación del «Hogar nacional judío» determinó en Palestina una numerosa inmigración de hebreos procedentes de varios países y en particular de los países eslavos. El sionismo desarrolló gran actividad, comprando tierras para sus colonos judíos, provocando protestas de los árabes, ya cristianos, ya musulmanes de Palestina. Esta agitación permitió a la gran Bretaña proclamar como único sistema para poder cumplir con el mandato otrogado por la Sociedad de Naciones la división de Palestina en tres zonas a fin de formar un Estado árabe independiente, un Estado judío independiente y una zona que quedaría sometida al gobierno inglés; en esta última quedaba comprendida una faja de terreno, alrededor y a lo largo del óleoducto que de Kirkuk lleva el petróleo a Haifa, y el puerto de Haifa, que Inglaterra había empezado a transformar en una base naval de gran importancia, creando en ella el Gibraltar del Mediterráneo oriental

El descontento de los árabes tomó la forma de protesta violenta cuando en 1937 la Gran Bretaña declaró que, vista la incompatibilidad entre árabes y judíos en Palestina, era necesario llegar a la

tripartición de ese territorio, según el plan Peel, mencionado.

La reacción árabe fué motivo de duras represiones por parte de los ingleses, pero el consiguiente conflicto perdió violencia, con ocasión de la guerra de 1939, pues, por múltiples dificultades, los hebreos cesaron en su inmigración.

En la postguerra de 1939-1945, la cuestión de Palestina volvió a resurgir: el aspecto había cambiado por completo. Las organizaciones hebraicas de resistencia se habían desarrollado considerablemente bajo la influencia de elementos hebreos procedentes de Europa central; dichas organizaciones, dejando entonces la defensiva, pasaron a la ofensiva.

También la situación de Inglaterra había quedado modificada en Oriente: la Gran Bretaña ya no se encontraba, como en la postguerra de 1914-1918, frente a una Rusia en llamas por la revolución bolchevique y una América que la política wilsoniana alejaba de toda intervención en el antiguo mundo. En la post-guerra de 1939-1945, Rusia era una aliada con exigencias sin límites, tratando de imponer su propio criterio al mundo entero, y América, por su intervención en la contienda, se consideraba como la descubridora de un nuevo mundo (el mundo antiguo). Pero sobre todo, había descubierto la debilidad de Inglaterra, agotada por el esfuerzo hecho. La no intervencionista América de la primera guerra mundial no vaciló entonces en hacer publicar por sus periódicos la necesidad, para la paz del mundo, de sustituir a Inglaterra como guardiana de las vías de comunicación mundiales.

Terminado le conflicto mundial, desde el punto de vista guerrero, Inglaterra había conseguido en el primer momento dos resultados interesantes para su política de expansión colonial en el Próximo Oriente: la constitución, el día 9 de marzo de 1945, de la «Unión de los Estados árabes», que situaba prácticamente todos esos países bajo la influencia británica, más o menos directa, y la eliminación de la ingerencia francesa en Siria y Líbano (aprovechando como pretexto el bombardeo de Damasco por las tropas de Francia) y su sustitución por la ingerencia propia.

Con esto Inglaterra se podía considerar prácticamente dueña del Próximo Oriente.

Así que, cuando en agosto de 1945 se reunió en Londres el

XXIII Congreso universal sionístico y éste abogó porque se autorizase la inmigración en Palestina de 300.000 judíos que los acontecimientos bélicos habían desplazado de Europa, haciendo entrever que tal autorización pudiera ser extendida también al millón y medio de hebreos que quedaban en el centro de Europa, Inglaterra no se conmovió y se mantuvo firme en su decisión de restringir en lo posible la inmigración judaica. Desde luego, la Gran Bretaña creía, entonces, más conveniente para su política dominar a los hebreos que a los árabes, los cuales, en su protesta contra una mayor intervención judaica en Palestina, estaban apoyados por la mayor parte de los pueblos no sólo árabes, sino musulmanes de diferentes países.

Después del Congreso universal sionístico de agosto de 1945, los hebreos, desilusionados por la actitud inglesa frente a las deliberaciones del Congreso, se agitaron, y la agitación que, desde entonces, atormentó la Palestina, fué hebraica y no árabe, Los árabes firmes en su criterio de no querer la creación de un Estado hebreo autónomo en la región, permanecieron a la expectativa, dejando a los ingleses dirimir la cuestión con los judíos, con la condición de que no existiese el tal Estado autónomo hebreo y de que la inmigración judía quedase limitada.

El movimiento de agitación hebraica fué violento, y la Gran Bretaña reaccionó, castigando a los promotores; los principales jefes sionistas fueron detenidos, entre ellos, el jefe de las organizaciones militares hebreas, Moisés Shertok. La intervención directa del Presidente de los Estados Unidos de América, míster Truman, obtuvo la libertad de esos elementos, en junio de 1946.

En el XXIV Congreso universal sionista, que se reunió en Basilea a fines de noviembre de 1946, se planteó la cuestión de «prescindir totalmente de la Gran Bretaña y de pedir que fuesen encargados del mandato y del gobierno de Palestina los Estados Unidos de América del norte».

Es evidente, desde luego, que los grupos sionistas prefieren, en espera de una autonomía absoluta, que Palestina sea administrada por los americanos, pues en los Estados Unidos los sionistas cuentan con influencias que llegan hasta la «Casa Blanca». Como ya he señalado, el jefe del movimiento sionista es el profesor Caín

Weizmann; los jefes de la comunidad judía de Nueva York (en donde se calcula que ascienden a dos millones los miembros de esa comunidad) son los compañeros y asesores de Weizmann en la *Jewish Agency* (Agencia judía), fundada en 1929, la cual dirige la política hebraica de Palestina. Pertenecen a la *Jewish Agency* el gran rabino Stephen Wise, el doctor Naaum Goldman, presidente de la *World Jewish Congress,* Isaac Goldestein, Lessing Rosenvaal y Benjamín W. Cohen, consejero y ayudante de Byrnes.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que un gran sector de la Prensa americana está controlada por los hebreos americanos y que, en estos últimos tiempos, esa Prensa, no siempre de modo discreto, hace campaña para que los Estados Unidos de América se ocupen activamente de los intereses que el país tiene en el Mediterráneo y en Oriente, y no pocos periódicos yanquis pregonan la necesidad de que los Estados Unidos de América sustituyan a la Gran Bretaña, agotada por el último conflicto, en la guardia y la defensa de las vías de comunicaciones mundiales. De ahí resultan dificultades para Inglaterra en Palestina, dificultades que le han aconsejado llevar el asunto a la «Organización de las Naciones Unidas».

Desde luego, el sionismo, después de la guerra de 1939-1945, ha dado un gran paso por el camino de la autonomía hacia la formación de un Estado hebreo independiente, territorialmente soberano, demostrando que representa una fuerza universal indiscutible, al ser aprobado por la O. N. U. el principio de la partición de Palestina y de la creación de un Estado judió autónomo.

Mientras tanto, en Palestina el terrorismo judío intenta imponerse.

Desde el año 1929, en que se creó en Palestina la *Jewish Agency,* la cual constituye, en realidad, una forma de gobierno judío de la región, la agitación hebraica ha ido en incremento.

En 1930 el ejecutivo de la *Jewish Agency* se instaló en Jerusalén con el profesor Caín Weizmann, como Presidente, Ben Gurión, como secretario, y Moisés Shertok, como jefe del departamento de política.

Durante la primera fase, en la época en que Inglaterra apoyaba la inmigración hebraica y los árabes protestaban contra ella, fué

fundada la organización judía llamada *Harganah* para colaborar con la policía británica contra los terroristas árabes. Esa organización se ha transformado en milicia armada de la «Agencia judía», con cuadros militarizados y efectivos permanentes, pues todos los muchachos de diecisiete y dieciocho años están obligados a cumplir un año de entrenamiento militar, de modo que, en caso de una movilización general hebraica, la *Harganah,* sólo en Palestina, puede contar aproximadamente con doscientos mil miembros, sin tener en cuenta que en diversos países se organizan contingentes de aspirantes a miembros del *Hargaanh,* en número por lo menos igual al existente en Palestina; en realidad, el *Harganah* representa una fuerza al servicio de la «Agencia judía», núcleo de un futuro ejército hebreo.

Ya desde los primeros tiempos de la inmigración hebraica se pudo notar que casi el 60 % de los inmigrantes judíos internacionales que pisaban tierras de Palestina procedían de países eslavos y estaban influídos por las ideas morales y políticas soviéticas. No debe extrañar, pues, la formación de las organizaciones terroristas del *Irgun Zvai Leuimi,* dirigido por Menachón Beigín, y de la Stern, mandada por Nathan Yellin Friedman, que se han destacado por la violencia espectacular de sus actuaciones, tales como la voladura del «Hotel del Rey David», en Jerusalén, etc.

En el Congreso universal sionístico de Basilea, de noviembre de 1946, concurrieron representantes de todos los núcleos judíos, sionistas y de otros grandes grupos que, sin ser sionistas activos, cooperan con ellos convencidos de que el sionismo resolverá, en parte, por lo menos, el problema de los judíos que en Europa se encuentran sin hogar.

En ese Congreso, las opiniones no fueron todas dirigidas a la eliminación de Inglaterra de la cuestión palestina (criterio de los extremistas). La tendencia a no perder el contacto con la Gran Bretaña y a seguir negociando con ella está sostenida por el profesor Caín Weizmann y por Moisés Shertok, el cual, en la «Agencia judía», que constituye el gobierno hebraico en Palestina, desempeña el triple cargo de jefe del departamento político (o sea de Ministro de Asuntos Exteriores), de interventor de los organismos que representan la vida local de los hebreos en Palestina (Minis-

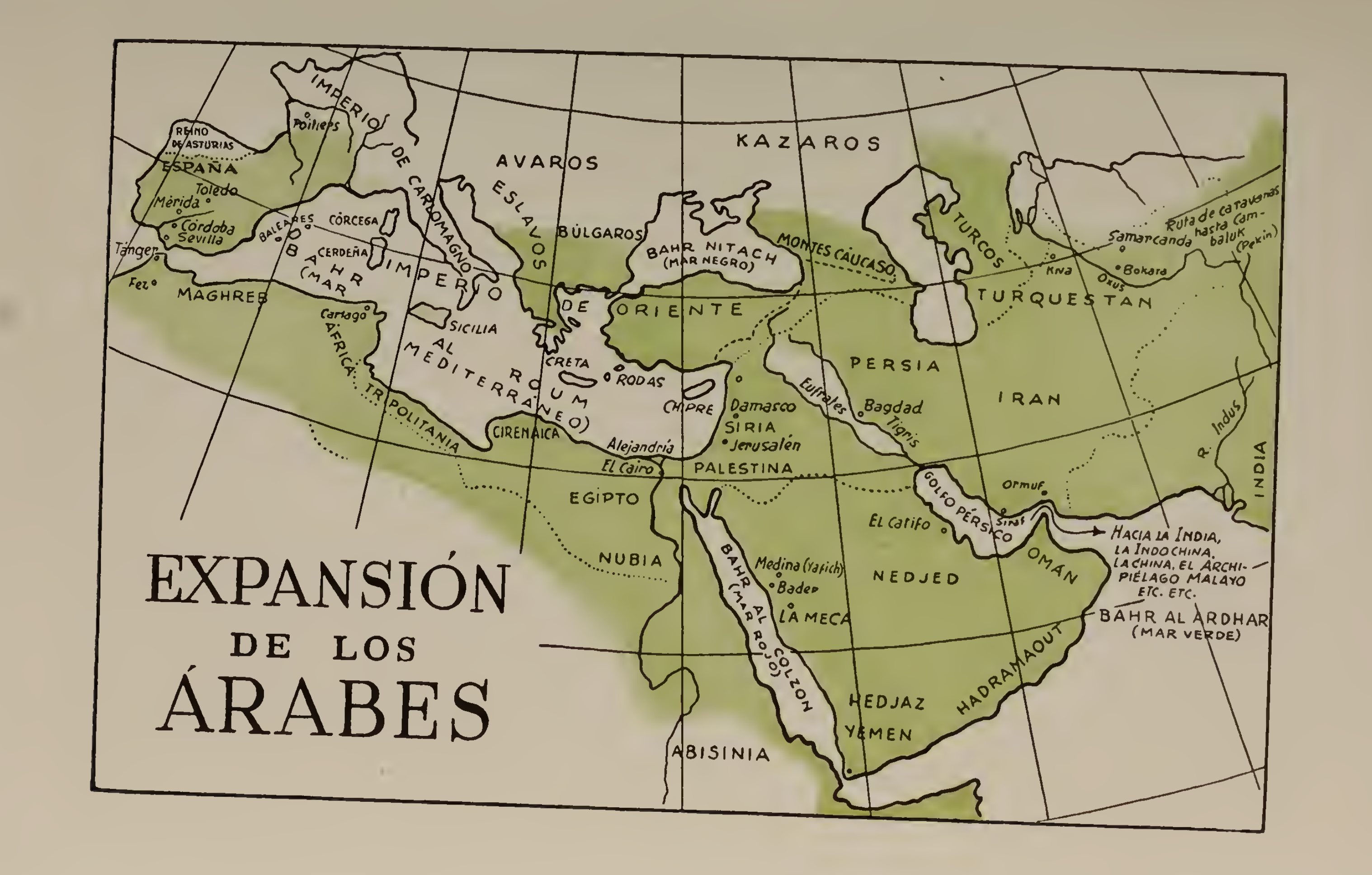
tro del Interior) y, por último, el cargo a que corresponden las funciones, semisecretas, de Ministro de la Guerra, ya que de él dependen los cuadros militarizados del *Harganah* que, como ya he señalado, representa la fuerza al servicio de la «Agencia judía».

Después del Congreso de Basilea de 1946, la lucha en Palestina tomó una violencia que ha ido en aumento, provocando la reacción no sólo de los árabes de Palestina, sino también de los de todo el Próximo Oriente.

En la actualidad, en la O. N. U. el sector que propugna la partición de Palestina y la creación del Estado autónomo hebreo ha triunfado, habiendo hecho aceptar ese criterio a la Asamblea. Mas la reacción amenazadora de los Estados árabes unidos ha determinado una actitud algo equívoca por parte del «Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas», que ha aplazado *sine die* sus deliberaciones sobre este asunto.

Los hebreos de los Estados Unidos de América, que representan casi la mitad de la población mundial hebraica constituyen, desde luego, una fuerza susceptible de influir seriamente en las decisiones y en la actitud del gobierno de la «Casa Blanca». La existencia de tal fuerza es indiscutible. Basta tener en cuenta que entre los 2.000.000 hebreos instalados en Nueva York (se calculan en seis millones los judíos que viven en los Estados Unidos de América), se hallan los dueños de la mayor parte de la Banca, de la Prensa, de la Radio, del Cine y del Teatro, así como los de la industria pesada, del comercio del algodón y de los cereales, de las agencias de transporte, etc., sin contar con que numerosos miembros de las comunidades hebraicas que practican profesiones liberales, poseen una influencia que llega, más o menos directamente, hasta la presidencia de los Estados Unidos. Todo eso constituye un poder cuya importancia se ha puesto de manifiesto en las deliberaciones de la O. N. U., en las que ha quedado autorizada la creación del Estado hebreo autónomo en Palestina.

Es indudable que la creación de tal Estado, que se sustrae completamente a la influencia inglesa, a pesar de la tendencia favorable a un acuerdo con la Gran Bretaña de algunos sionistas destacados, es contraria a los intereses británicos en Oriente. Inglaterra, no pudiendo ahora luchar abierta y directamente contra el criterio


EXPANSIÓN
DE LOS
ÁRABES
REINO DE ASTURIAS
ESPAÑA
Toledo
Mérida
Córdoba
Sevilla
Tánger
Fez
MAGHREB
Poitiers
IMPERIO DE CARLOMAGNO
BALEARES
CÓRCEGA
CERDEÑA
BAHR ROUM (MAR MEDITERRÁNEO)
IMPERIO DE ORIENTE
Cartago
ÁFRICA
SICILIA
TRIPOLITANIA
CIRENAICA
CRETA
RODAS
CHIPRE
AVAROS
ESLAVOS
BÚLGAROS
KAZAROS
BAHR NITACH
(MAR NEGRO)
MONTES CÁUCASO
TURCOS
TURQUESTAN
Samarcanda
Bokara
Kiva
Oxus
Ruta de caravanas hasta Cambaluk (Pekín)
Alejandría
El Cairo
EGIPTO
NUBIA
ABISINIA
Damasco
SIRIA
Jerusalén
PALESTINA
Eufrates
Bagdad
Tigris
PERSIA
IRAN
R. Indus
INDIA
Ormuf
Siraf
GOLFO PÉRSICO
El Catifo
Medina (Yafich)
Bader
LA MECA
BAHR AL COLZON
(MAR ROJO)
NEDJED
HEDJAZ
YEMEN
HADRAMAOUT
OMAN
HACIA LA INDIA, LA INDOCHINA, LA CHINA, EL ARCHIPIÉLAGO MALAYO ETC. ETC.
BAHR AL ARDHAR
(MAR VERDE)


Círculo ártico
R U S I A
KAZAN
R. Volga
EUROPA
A S I A
Danubio
ASTRAKAN
MAR NEGRO
CONSTANTINOPLA
ASIA MENOR
MAR CASPIO
TURKESTÁN
TURKESTÁN ORIENTAL
DAMASCO
JERUSALEN
SIRIA
MESOPOTAMIA
BAGDAD
PERSIA
AFGANISTÁN
C H I N A
EL CAIRO
ARABIA
EGIPTO
MEDINA
LA MECA
DELHI
INDIA INGLESA
CALCUTA
BOMBAY
ISLAS FILIPINAS
R. Nilo
ABISINIA
ECUADOR
ÁFRICA
OCÉANO ÍNDICO
Trópico de Capricornio

hebraico, adoptado por los Estados Unidos de América, ha armado a las poblaciones árabes del Próximo Oriente, las cuales amenazan con invadir la Palestina, bloqueando los elementos del futuro Estado judío.

Los árabes del Próximo Oriente se preparan para la guerra contra los hebreos y contra los que los sostienen, con el ideal de la defensa de la tierra del Islam; se trataría, pues, para ellos, de una guerra santa a la cual, de una manera o de otra, desearía concurrir todo el mundo musulmán. Los hebreos, por su parte, le darían el sentido de una lucha encaminada a una nueva conquista de la tierra prometida. Respecto a los Estados Unidos y a Rusia, que está al acecho, y respecto a Inglaterra, que pugna por salvar sus intereses de Oriente, sería el nuevo conflicto, el conflicto del petróleo.

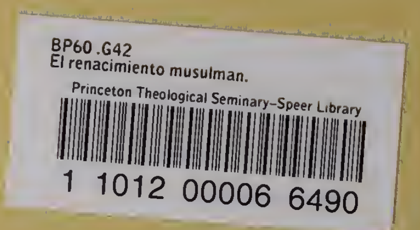
No hay que olvidar que el petróleo del Próximo Oriente representa el 17 % de la producción mundial, sin contar los campos petrolíferos de Arabia, descubiertos recientemente y ya en manos de los americanos.

El ultimátum anunciado por la «Unión de los Estados árabes» de anular todas las concesiones petrolíferas concedidas a las naciones que apoyaran la repartición de Palestina, ha provocado un compás de espera en la solución definitiva de esta cuestión por la O. N. U.

BIBLIOGRAFÍA

W. ARCHER. — *India and Future.* Londres, 1910.
Víctor BERARD. — *Le Sultán, l'Islam et les Puissances.* París, 1907.
G. CIVIMINI. — *En* «Corriere della Sera». 30 diciembre 1919.
Roberto CANTALUPO. — *L'Italia musulmana.* Roma, 1929.
Sir BAMPFYLDE FULLER. — *Studies of Indian Life and sentiment.* Londres, 1910.
Sir V. CHIROL. — *Indian Unrest.* Londres, 1910.
F. FARJANEL. — *Le Japon et l'Islam.*
GÉNESIS. — XIII, 7.
L. GENTIL. — *Le Maroc physique.* París, 1912.
A. Van GEPPEN. — *En Algerie.* París, 1914.
Angelo GHIRELLI. — *El Norte de Marruecos.* Melilla, 1926.
— — *Mediterráneo. En* «Destino», Barcelona, agosto 1946
— — *El país berebere.* Madrid, 1942.
— — *Marruecos de antaño. (Del Rogui a Abd el Kerim, 1902-1926.)*
Jean GOTTMANN. — *Les Etats Unis et le Monde mediterraneen.* 1945.
Bey HASANEIN. — *Through Kufra to Darfour.* 1924.
Hans HELFRITZ. — *Au royaume de Saba.*
HISTOIRE GENERALE DE LAVISSE ET RAMBAUD. — T. XI et XII. (Leon Bahun.)
HERODOTO.
IUSUF BEY AKCHURA OGLU. — *Tres sistemas políticos.*
IKBAL ALI SHAH. — *The Fall of Bokhara.*
ISMAEL HAMET. — *Les musulmans français du Nord de l'Afrique.* 1906.
S. KHUDA BUKHSH. — *Essay: Indian and Islamic.*
IBN KHALDOUN.. — *Histoire des berbères.*
SIDNEY LOW. — *Les tenebres sur l'Egypte.* (*Asiatic Review,* abril 1914.)
GEORGES MARCY. — *Inscriptions bilingues de l'Afrique du Nord.*
Rev. J. MORRISSON. — *New Ideas in India.* Edimburg, 1906.
Sir T. MORRISSON. — *England and Islam.* 1919.
H. H. THE AGA KHAN. — *India in Transition.* Londón, 1918.
MILIUKOV. — *Bolchevism: An International Dangier.* Londres, 1920.
ERNST PERAQUIN. — En el *«Berliner Tageblatt»* (24-3-1924).
RAMSAY MUIR. — *Europe and the No-european World.* 1917.
EUGENE PITTARD. — *La Race et l'Histoire.*
MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS ALEMÁN. — *Die Grosse Politik der Europäischen Kabinette.* 1871-1914.
ROHLFS. — *Kufra.*
L. A. SEDILLOT. — *Histoire generale des arabes.*
A. SERVIER. — *Le nationalisme musulman.*
TEKIN ALP. — *L'Ideal turc et panturc.* 1915.
ARMINIUS VAMBERY. — *Western culture in Eastern Lands.* Londres, 1912.
— — *Der Islam in Neunzehntem Jahrhundert.* Leipzig, 1875.
ELLIOTT ROOSEVELT. — *Así lo quería mi padre.* Aguilar, editor.

ESTE LIBRO FUÉ IMPRESO
EN LOS TALLERES DE
ATENAS A. G. ESCORIAL, 135.
BARCELONA. ABRIL DE 1948


BP60 .G42
El renacimiento musulman.
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00006 6490